

*Durante siglos, millones han muerto sin poder cambiar nada.  
Pero, a veces, un solo hombre puede marcar la diferencia.*

# LOS ETERNOS

RAFAEL AVENDAÑO



¿Crees en la reencarnación?

La idea de otra vida después de la muerte puede ser esperanzadora, pero no resulta tan atractiva cuando descubres que en tu vida anterior fuiste uno de los tiranos más sanguinarios del siglo XX.

Roberto Font es un anónimo estudiante de periodismo cargado de complejos, cuya única preocupación inmediata es conquistar a la chica de la que está enamorado. En una protesta estudiantil recibe un golpe en la cabeza y acaba en el hospital, donde los médicos diagnostican que está desarrollando una terrible enfermedad: la esclerosis múltiple. Desesperado y angustiado, Rob decide quitarse la vida. Entonces descubrirá que el oscuro personaje que fue en su vida anterior ha planeado su futuro por él y, de paso, le ha hecho participe de una guerra secreta por el control del mundo que comenzó mucho antes de la Segunda Guerra Mundial y que se extiende hasta nuestros días.

En una carrera contra reloj, Rob deberá dominar la subyugante personalidad que le invade, sobreponerse a los horrores del pasado y tomar el control de una delirante organización nazi que aguarda el regreso de su líder y el advenimiento del cuarto Reich. Todo para hacer frente a unos personajes siniestros que no vacilarán en provocar la muerte de millones para lograr sus fines.

Porque, de alguna forma, Rob sabe que en sus manos está el poder para evitar el desastre que se avecina. Aunque, ¿cuáles son las posibilidades de un solo hombre atrapado en ese mecanismo devastador llamado Historia? Durante siglos millones han muerto sin poder cambiar nada. Pero, a veces, un solo hombre puede marcar la diferencia. A veces.

- [Datos del libro](#)
- [PRELUDIO](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [EPÍLOGO](#)

# Datos del libro

© Rafael Avendaño Torres 2011  
© De la presente edición Grupo Editorial AJEC 2011  
Primera Edición Papel: Enero 2011  
Primera Edición Digital: Junio 2011  
© Diseño de la cubierta: María Delgado  
Edita: Editorial AJEC a través de Ficcionsbooks.com  
ISBN: 978-84-15156-09-3

**NOTA:** Su autor ha marcado un precio muy justo para el libro electrónico. Si lo consideras adecuado, y quieres defender la postura «Ebooks a precios bajos», no dejes de comprar el libro en AMAZON para ayudar a que el autor pueda seguir escribiendo.

**San Petersburgo, 1988**

No fue hasta aquel atroz instante en el que el dolor revelaba sus verdaderos sentimientos al rojo vivo que comprendió cuánto la amaba. *Poder es la posibilidad de hacer daño.* La máxima, repetida hasta la saciedad por los sádicos instructores de la academia militar rusa, cobraba ahora para Viktor Andropov una dimensión nueva e inesperada. La novedad residía en que por una vez no eran los demás quienes experimentaban el dolor y, por consiguiente, la insostenible presión del poder. Era él, el mismísimo Viktor Andropov —el joven y prometedor subdirector del temible KGB soviético—, quien estaba recibiendo una buena dosis de agónico tormento, una lección magistral de humillación y degradación: su flamante esposa, tirada a sus pies como un despojo en un mercado.

Ella se llamaba Katia. Llevaban tres años casados, y seis meses disfrutando de la lujosa mansión en San Petersburgo. El sueño de una vida feliz había durado poco. El dolor y el miedo, como es habitual en ellos, habían entrado en tromba —un torrente de sangre y gritos desesperados— y lo habían arrasado todo con brutal indiferencia: las miradas arrojadas, las caricias íntimas, el murmullo de una declaración de amor a media voz. Katia lloraba a los pies de Viktor con gemidos desacompañados, como un animalillo exhausto. La habían golpeado brutalmente y la habían violado frente a sus ojos. Pero aún estaba viva. Aferrarse a esa idea era lo único que le separaba a Viktor de la locura. *Aún está viva.*

A su alrededor, media docena de hombres armados aguardaban con poses relajadas, en una actitud que recordaba a una manada de lobos después de un festín. Fumaban cigarrillos sin parar (no habían parado de fumar incluso cuando ejercían su turno en la salvaje violación), pero ninguno había pronunciado una palabra durante todo el macabro proceso. El único sonido en el amplio salón eran los sollozos de Katia y el crepitar de las llamas en la chimenea. La mesa estaba puesta. En el ambiente todavía flotaba el rancio olor a especias y grasa cocinada.

De pronto, la temperatura del aire descendió bruscamente. Nubecillas de vapor se materializaron en sus bocas al respirar. El fuego de la chimenea se apagó con el siseo de un nido de víboras. Una sombra se deslizó en la habitación. Los hombres se agitaron nerviosos como caballos en un establo visitado por un lobo.

Viktor pudo sentir su presencia a través del miedo que se coaguló a su alrededor. Aunque no la había visto en su vida, supo de quién se trataba incluso antes de mirarla a la cara. La mujer, tan alta como él, de una robustez casi masculina, le dirigió una mirada de serpiente que le quemó detrás de los ojos. Katia dejó de llorar y se quedó en silencio, muy quieta, como un herbívoro acorralado que se sabe perdido ante el depredador.

—Así que este es nuestro gran hombre —dijo la recién llegada con una voz oscura, fangosa—. Espero que esta vez hayas captado el mensaje. ¡Oh sí, claro que sí! Todos os caigáis cuando os dais cuenta de dónde os habéis metido. Solo que entonces ya es demasiado tarde —sus labios se replegaron mostrando una hilera de dientes afilados cabalgando sobre negras encías.

Viktor apretó la mandíbula y rezó a algún Dios tejido en su febril delirio para que la muerte fuese rápida.

—Porque, al fin y al cabo, se trata de transmitir un mensaje —prosiguió la mujer—. Quiero que los malditos rusos dejéis de meteros en mis asuntos para siempre. ¿Comprendes? Pero para transmitir un mensaje se necesita un mensajero. ¿No es cierto? Así que alguien debe quedar vivo esta noche. Dime, ¿quién crees que merece morir?

—¡Déjala vivir! —suplicó Viktor— ¡Haré todo lo que quieras! Mataré a ti. Seré tu más fiel seguidor. ¡Pero déjala vivir!

Encorvándose sobre Viktor, la mujer meneó la cabeza como si rependiese a un mocosito. Con un solo brazo agarró a Katia por el cuello, levantándola sin aparente esfuerzo. Viktor apartó la mirada del cuerpo desnudo de su esposa, que se agitaba espasmódicamente frente a él. Los abultados pechos como bolsas caídas, el pubis enrojecido, los moratones y marcas sobre la blanca piel, como un detallado mapa de dolor, de las vejaciones sufridas. *Ya no es una persona, pensó, ahora es una cosa sin voluntad en manos de otra cosa.*

Katia exhaló un agónico gemido. No podía respirar. Su rostro adquirió un tono violáceo. Sus ojos verdes le miraron con una súplica muda.

—Mira atentamente. Este es el mensaje —dijo la pavorosa mujer.

Con un movimiento de la muñeca torció bruscamente el cuello de Katia, que se rompió con un chasquido de nudillos. El cuerpo sin vida se desplomó a sus pies.

Pero no bastaba con matarla.

Se escuchó un zumbido eléctrico. Luego, el jadeante carraspeo de una sierra. Quien la manejaba se movía como un afanado escultor de hielo: ademanes precisos, expertos. Apenas le llevó un minuto separar la cabeza, las piernas y los brazos del tronco. La sangre salpicaba como regada por un aspersor. Finalmente, con un suave movimiento que culminaba su actuación, abrió el vientre de Katia en dos. Las entrañas se derramaron sobre la alfombra con un chapoteo viscoso.

Cuando la sierra fue desconectada un pesado silencio se propagó en el ambiente. Todos desaparecieron sin decir palabra, sin hacer ruido, como fantasmas desvanecidos. Las luces se apagaron y el salón quedó en silencio. Una sirena de policía proveniente de algún inhóspito planeta aulló en la distancia.

Viktor continuó respirando. Su corazón latía con regularidad, la sangre fluía por sus venas. El dolor —pequeñas bocas trituradoras que recorrían su cuerpo, devorándolo vivo— excitaba sus nervios en una congregación multitudinaria de alaridos de socorro. Las neuronas de su cerebro, fiel a su costumbre, continuaban procesando información.

Una parte de Viktor murió aquella noche junto a su esposa.

Otra parte continuó viviendo.

**Casi al mismo tiempo, en Zhou, una pequeña aldea de China**

Sentado en el oscuro jardín, el niño contemplaba con genuino interés cómo se quemaba la casa de sus padres. Pasaba la medianoche. El crepitar del fuego devorando la madera llenaba el aire nocturno. Los ojos azules del niño brillaban con el reflejo de las llamas danzantes. A la luz del fuego, el jardín tenía un aspecto muy diferente a cómo solía verlo de día: las sombras eran más profundas; los árboles, el seto, la pequeña fuente dorada con forma de pez, todo oscilaba, mudaba constantemente de forma y tamaño bajo la cambiante luz. Junto a la casa, un enorme olmo con aspecto cansado proyectaba sombras que bailaban sobre la hierba.

Se había despertado poco antes de las doce y había salido al jardín espoleado por una misteriosa inquietud. No tuvo que esperar mucho hasta que las llamas fueron visibles desde el exterior. Algunos vecinos corrían ya con cubos de agua. Gritos de alarma desplazaron el silencio de la noche.

El niño temblaba y sollozaba, los ojos empañados de lágrimas, pero solo era su cuerpo reaccionando de forma instintiva ante el peligro, como el miedo de un polluelo recién nacido al escuchar el chillido lejano del halcón. No entendía por qué, pero el hecho de que en cuestión de minutos hubieran muerto su padre, su madre y su hermana, no le producía ni sorpresa, ni tristeza, ni ira. Conocía la costumbre de su padre de dejar un brasero encendido mientras fumaba en su jergón antes de ir a dormir. Aquella noche se habría quedado dormido junto al fuego, o simplemente se habría olvidado de apagarlo. Su padre era estúpido. Algo así tenía que pasar tarde o temprano. Se preguntó si ya estaría muerto. Tuvo una visión extraña: su padre en llamas, sentado en la salita mientras tomaba el té, vociferando a su madre y a su hermana, también envueltos por las llamas. Apartó esa imagen de su mente. Su padre no era como esas polillas que viven en el fuego y mueren cuando se extingue. Su padre estaba muerto.

El jardín se llenó de hombres y mujeres que se afanaban inútilmente por aplacar las llamas. La sencilla casa de madera ardía por completo. Las llamas y el humo se elevaban en una columna que acariciaba el cielo.

Nadie salvo el niño se percató del hombre que se aproximaba lentamente. Era menudo, no más alto que su padre, aunque sí más viejo. Tenía un espeso bigote negro y unos ojos grandes y redondos. El niño supo al instante que era extranjero.

Se sentó junto al él, sobre la hierba, las piernas cruzadas una bajo la otra.

—Ahora ya deben estar muertos, ¿verdad? —le preguntó el niño.

—Con toda seguridad que sí —respondió el hombre. Tenía una voz profunda que recordaba el sonido del eco al gritar sobre un pozo. A pesar de su aspecto extranjero hablaba el cantonés a la perfección—. Siento no haber llegado antes —dijo—. No pude verte con claridad hasta que el dolor de la carne quemada iluminó el camino.

El niño asintió, como si comprendiese.

—Mi padre era cruel. Pegaba a mi madre y a mi hermana. Ojalá en su próxima vida se arrastre por el suelo como un gusano —dijo el pequeño con rabia. Enjuagó rápidamente una lágrima con el dorso de la mano, como si le avergonzara—. Mamá y mi hermanita eran tan buenas. Ojalá nunca más tengan que pisar la tierra. Ojalá se conviertan en esos pájaros que vuelan durante meses y cruzan continentes. Estar siempre en el aire debe hacerles muy felices —sonrió ante la idea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el extranjero.

—Siang —respondió el niño con una nota de orgullo en la voz. Miró al hombre y sus ojos se iluminaron—. Yo sé quién eres tú. ¡Te he reconocido aunque nunca te había visto antes! ¿Es extraño, verdad? Tú eres el Maestro. Ahora que mis padres han muerto, has venido para revelarme mi verdadera identidad.

—Así es. Eres un niño muy listo —el hombre sonrió con dulzura.

—¿Me llevarás con mis otros hermanos? —Siang supo de pronto que tenía más hermanos, cientos de hermanos, ¿cómo no los había recordado hasta entonces? La presencia del Maestro había destapado un tarro de recuerdos que se derramaba por su mente.

—Me temo que tus otros hermanos se han perdido. Busco sin cesar. Por ahora solo te he encontrado a ti.

—¿Perdidos? —repitió el niño sin comprender—. ¿Cómo puede alguien perderse en el Mundo? ¿Es que hay algún otro sitio a dónde ir? —entonces se acordó de otra cosa. Una pesadilla que le asaltaba cada noche, aunque era la primera vez que recordaba los detalles con los ojos abiertos. En el sueño, alguien venía y se lo llevaba para siempre a algún lugar oscuro y frío. Pero no era el Maestro. Un estremecimiento recorrió su cuerpo escuálido. Por primera vez en su corta vida supo lo que era el miedo. El miedo que te seca la garganta y te paraliza.

—¡Sé quién se los ha llevado! —gritó— ¡Yóg-Sothoth! —el nombre acudió a su mente espontáneamente—. Tiene a mis hermanos —se puso en pie, excitado, temblaba y se agitaba, las mejillas le ardían— ¡Dime! ¿Él también me está buscando a mí?

El hombre le tomó suavemente por los hombros.

—Tranquilo, no tengas miedo. Ahora estás a salvo. Yo te he encontrado primero.

—Él me hizo daño —sollozó el niño. Estrechó la cara contra el pecho del hombre—. Él me hizo daño. Si vuelve a hacerlo no lo soportaré. Si vuelve a hacerme tanto daño mi karma no querrá volver a este Mundo. ¿Es eso lo que le ha ocurrido a mis hermanos? ¿Es eso?

El hombre meneó la cabeza. El niño no pudo verlo, pero sus ojos reflejaban un cansancio y una tristeza infinita. Frente a ellos, el incendio agonizaba, la casa convertida en un montón de carbón humeante. Las brasas brillaban como un minúsculo reflejo de las estrellas en el cielo.

—No lo sé, hijo mío. No lo sé —dijo por fin el Maestro—. Pero te prometo que no descansaremos hasta volver a reunirlos a todos.

## Barcelona, veinte años después

Podría decirse, al menos así lo afirmaba él mismo, que el inspector de homicidios Gómez Orellana creía fervientemente en Dios. Su fervor religioso, como los achaques, el deterioro físico y tantas otras flaquezas había ido aumentando paulatinamente con la edad. Su fe era la tabla de salvación a la que se aferraba para no ahogarse en sus propios miedos: al paso del tiempo, a la vejez, a la vida.

Sin embargo, en aquella ocasión su fe en las bondades divinas no le aportó demasiado consuelo. *El infierno somos nosotros*, murmuró para sí mientras se santiguaba. Respiró hondo para reprimir una arcada. En su larga carrera había visto un buen puñado de atrocidades, pero lo que tenía delante de los ojos las superaba a todas.

Se encontraba en el último piso de un lujoso hotel en el centro. Descubrió una cortina y el sol purificador del mediodía inundó la estancia. Durante unos segundos dejó vagar la vista entre las azoteas de aquella parte de la ciudad: un mosaico irregular de cubiertas de teja, mugrientas terrazas, húmedos patios interiores. Un antimundo custodiado por un ejército de obesas palomas.

Cuando se dio la vuelta casi había esperado que la sólida luz diurna hubiese esfumado aquella visión de pesadilla. Parecía que algo así no podía encajar con el resto del mundo, como una escena anacrónica sacada de las profundidades del infierno y puesta obscenamente ante la vista de todos. Pero allí seguía. Los ojos desnudos, blancos y redondos como flamantes pelotas de golf eran el reflejo de una agonía que estaba más allá de la razón.

El cuerpo pertenecía a un hombre, aunque el sexo del cadáver solo pudieron conocerlo en un primer momento gracias al registro del hotel: en seguida le identificaron como el concejal de urbanismo de un importante municipio del área metropolitana. Alguien le había encadenado por las muñecas y los tobillos al armazón de la cama.

Después le habían arrancado la piel a tiras.

El cuerpo era un amasijo sanguinolento, la cama sobre la que yacía estaba encharcada en sangre. Lo peor era la cara. Entre la carne roja dos grandes globos oculares miraban con fijeza. Al desprenderse la nariz sólo habían quedado dos pequeños orificios. La boca, llena de dientes desnudos, estaba abierta de par en par como si gritara.

Un terror desconocido se apoderó del inspector Gómez. Un miedo que no provenía de ninguna amenaza inminente pero que, cayendo sobre él sigilosamente, le aceleró el pulso y provocó que el sudor brotase en las axilas y en las palmas de las manos.

—Una mujer pregunta por ti —dijo una voz a sus espaldas—. Una tal Sara Slim. Tiene una autorización del Ministerio del Interior.

Gómez se giró hacia Alcaraz, su segundo en el mando y hombre de confianza. El miedo acuciante se esfumó tan repentinamente como había llegado, dejando tan solo un regusto amargo en la boca.

—¿Del Ministerio? —preguntó extrañado.

—CNI —aclaró—. La acompaña un tipo con pinta de matón.

—Los de Madrid huelen la mierda rápido —dijo Gómez ajustándose la corbata arrugada—. Que entren.

Alcaraz regresó segundos más tarde acompañando a una llamativa pareja. Sara Slim era una mujer de mediana edad, extraordinariamente delgada hasta el punto de que su rostro parecía una trabajadísima sesión de maquillaje sobre una calavera desnuda. Llevaba un vestido negro de una sola pieza que le confería a su cuerpo el aspecto de un saco de perchas. El hombre que la seguía, por el contrario, exhibía una colosal robustez de forzado olímpico. Tenía el pelo blanco y un aspecto de jugador de baloncesto retirado. O quizás, según la primera impresión del inspector Gómez, de experimentado y activo matón de la mafia rusa.

—¡Joder, menudo cuadro! —exclamó la mujer al ver el cuerpo ensangrentado. Al pasar junto a Gómez le enseñó una placa identificativa con la altiva indiferencia de quien muestra la tarjeta de abonado a la salida de un parking. El pedazo de plástico le otorgaba el rango de subdirectora adjunta del CNI—. Él es un colaborador —dijo presentando al coloso—. Se llama Viktor Andropov.

El hombretón estrechó la mano del inspector Gómez sin apartar la vista del cuerpo desollado. Gómez se limitó a asentir mientras estudiaba a la extraña pareja con el ceño fruncido.

La mujer dio unos pasos en torno a la cama. La sangre oscura que empapaba las sábanas absorbía los rayos de sol como un negro sumidero de luz en mitad de la habitación.

—¿Qué han averiguado hasta ahora? —preguntó con voz ronca.

—Poca cosa —resopló Gómez—. Se registró ayer por la tarde, por una sola noche. A mediodía, al no dar señales de vida, la chica del servicio de habitaciones entró y se encontró con la escena. La pobre casi se queda seca del susto. Según el recepcionista, solo tuvo una visita. Una mujer. Llegó pasada la medianoche y salió al amanecer. Por su apariencia, los empleados del hotel pensaron que se trataba de una prostituta de lujo. Ya sabe, no es raro que un hombre solo de paso por la ciudad contrate ese tipo de servicios.

A Gómez no se le escapó cómo la imponente figura de Viktor se tensaba de repente, como si un amarre de acero tirase de su espalda.

—Una mujer —repitió el ruso con voz caverosa. Músculos correosos se perfilaron en su mentón.

—Sí —dijo Gómez—, aunque dudo mucho que haya sido ella. No creo que una mujer sola pudiera hacer algo así.

—Para despellejar a un hombre vivo no se requiere fuerza bruta, solo habilidad y años de experiencia —dijo Viktor con voz inexpresiva.

—¿Añade de experiencia? —Gómez alzó las cejas—. ¡Jesús! ¿Y quién puede tener experiencia en algo así? Esto debe ser cosa de algún perturbado.

—¿Nadie le escuchó gritar? —preguntó Sara.

—¿Insinúa que le hicieron eso estando vivo? Santo Dios, los gritos se habrían escuchado en toda Barcelona —Gómez sintió que el estómago se le revolvía otra vez. La agonía de ser desollado vivo debía ser atroz, monstruosa, inimaginable.

—No tendría sentido tomarse todo este trabajo si ya estaba muerto —dijo Viktor—. Quien hizo eso quería provocar mucho dolor. Es probable que le cortaran las cuerdas vocales y la lengua antes de empezar.

—Dios mío —masculló Gómez. De pronto tenía calor, mucho calor. Era como si de repente la maldita habitación hubiese alcanzado la temperatura de un horno. Pensó que lo primero que haría al salir de allí sería beberse una cerveza helada.

—Viktor es un experto en sectas satánicas y grupos ocultistas —explicó la mujer—. Ha colaborado con nosotros en otros casos similares.

—Entiendo —dijo Gómez—. Entonces le interesará ver esto —Gómez abrió la puerta del cuarto de baño, una pieza independiente adosada a la habitación.

En las baldosas blancas, sobre la bañera, alguien había dibujado una esvástica con sangre. Las líneas eran ligeramente curvas, como dos letras S entrecruzadas entre sí. El trazo estaba desdibujado al resbalar la sangre en la superficie lisa. Viktor echó un vistazo al dibujo en la pared y regresó a la habitación.

—¿Alguna cosa más que tengamos que ver aquí? —preguntó la mujer.

Había un tono de exigencia en su voz que provocó un hormigueo nervioso en el estómago de Gómez. Con movimientos deliberadamente pausados, se acercó a la mesita del recibidor y cogió una hoja de papel. Se la tendió a Sara, quién la leyó con el ceño fruncido.

—Sí, es una nota de suicidio —constató Gómez—. ¿Extraño, verdad? El hombre se despide de su mujer y familia. Al parecer, no atravesaba muy buen momento. Estaba a punto de divorciarse y los negocios le iban mal. Por lo que leo entre líneas, debían de estar a punto de pillarle en algún caso de corrupción. Es probable que planeara saltar por la ventana, por eso eligió la última planta.

—¿Cree usted que la nota es auténtica? —preguntó la mujer.

Gómez esbozó una sonrisa torcida.

—Bueno, tal vez el asesino quiso prepararlo todo para que pareciese un suicidio.

—No se pase de listo —dijo Sara—. Veo que ha hecho su trabajo y ya sabe que este hombre era concejal de urbanismo. Pero era mucho más que un simple concejal. Era cuñado del alcalde. ¿Entiende eso, verdad? Si se filtra el rumor de que se trata de un ajuste de cuentas por algún asunto turbio, les salpicará a todos. Ándese con cuidado, inspector, o antes de que se de cuenta estará de mierda hasta el cuello.

Gómez tuvo que morderse la lengua para evitar que la bilis que le quemaba la garganta se materializase en un torrente de palabras. Odiaba a los chupatintas del CNI que se creían superiores simplemente por tener acceso a información privilegiada sobre los tejemanejes de los políticos y que, además, se afanaban por ocultarla al resto de fuerzas de seguridad. Los odiaba por creer que las vidas, y por tanto las muertes, de esos políticos eran asuntos más importantes que las vidas del resto de los ciudadanos.

—Movilizaré a todos mis hombres —dijo con fingida docilidad. Sabía que el único cambio en el mundo que conseguiría enfrentándose a ella era un empeoramiento de su úlcera.

—Viktor colaborará con usted —indicó Sara—. Conoce bien el mundillo neonazi. Si esto ha sido obra de alguno de esos fanáticos, él le ayudará a bucear entre ese lodo.

Gómez cruzó una mirada con Viktor. El ruso tenía unos grandes ojos grises, inexpresivos, parecían dos ventanas asomadas a un cielo vacío. Por un instante tuvo la sensación de que no había nada detrás.

—Téngame al día —dijo la mujer saliendo por la puerta—. El ministro y el alcalde esperan resultados en veinticuatro horas.

El gigante la siguió como una sombra enorme y silenciosa, y ambos desaparecieron en el ascensor. En el rellano, Gómez se quedó contemplando el pasillo enmoquetado del hotel.

—Menuda víbora —dijo Alcaraz a sus espaldas—. ¿Crees que se tira al gigante?

—¡Qué cosas tienes, hombre! ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Tiene usted razón. El tipo la partiría en dos.

—Hum, yo no estaría tan seguro —Gómez se permitió una sonrisa maliciosa—. ¿Conoces esas serpientes de la selva que son capaces de devorar a un búfalo de un solo bocado?

—Sí, claro. Las he visto en la tele.

—Pues eso. Venga, tenemos trabajo.

Dada la finitud del ser humano, una conciencia desdichada que sabe de antemano que ha de morir, hay miles de razones para la desesperación.

Para Rob Font aquel día —el día del Horror, el día de la Muerte y la Locura—, comenzó teniendo un aspecto engañosamente prometedor, superficialmente feliz. Incluso llegó a creer con inocente fe que iba a ser un Gran Día, un día Memorable, uno de esos días que incluso años después quedaría flotando en el recuerdo henchido de felicidad. Probablemente el destino, si semejante concepto se encarnase en un cuerpo remotamente humano, se estaba destemillando de risa en algún lugar.

Eso fue, por supuesto, antes de que la inconsciencia cayera sobre él como una losa.

La inconsciencia no fue lo único que había caído sobre él. Una tonelada de ajetreado gorila de seguridad le aplastaba contra el suelo. El primer golpe no había bastado para hacerle perder el sentido. No del todo. Entre brumas, quiso gritar que parase, que se rendía, que no opondría resistencia. Pero lo único que salió de sus labios fue un gemido ahogado. Con el pómulo clavado en el suelo aún tuvo lucidez suficiente para ver con el raballo del ojo cómo el sádico alzaba de nuevo el brazo.

Todo era muy doloroso y, quizás por eso mismo, todo sucedía muy despacio. El tiempo parecía haberse congelado. La sombra de un puño se cernía hacia su cara, milímetro a milímetro...

De pronto se sintió ligero, como si cayese al vacío. Escuchó un sonido curioso, parecido a un coro de trompetas, o tal vez era la campana del campus. Cerró los ojos y vio un túnel de paredes de niebla. Una luz brillaba al final. Le invadió una sensación de paz y armonía con el universo. La luz tiraba de él. *¿Qué habría al otro lado? ¡No quieras saberlo! ¿A quién le importa lo armoniosas que se vean las cosas desde arriba? Yo estoy aquí, en la parte finita de todo esto, y estoy al borde de la desesperación. Yo. Si el universo sigue su curso acabará por arrollarme...*

Las paredes de niebla retrocedieron. La luz se acercaba al tiempo que los sucesos de las últimas horas comenzaron a desfilar por su memoria como deformes escenas de una película vista desde detrás de la pantalla de cine.

Rob se abandonó a los recuerdos, y el primero fue el de un despacho de la facultad en cuyo interior la peste a calcetín usado, a sudor y a posos del café en tazas rebosantes de colillas pugnaban entre sí por llegar a ser el estímulo olfativo dominante. Media docena de perezosos individuos, que formaban parte de un activo comité sindical estudiantil, aguardaban desparramados sobre maltrechas sillas, flácidos como seres invertebrados, los pies sobre la mesa, los ojos soñolientos. Vestían flamantes vaqueros de marca con aspecto de haber pasado varios años en un vertedero y camisetas decoradas con imaginativos lemas políticos, tales como Jódete Facha, Anarquía, Puta Democracia, o atractivas combinaciones de todos ellos.

Rob entró y se dejó caer en una de las sillas vacías. Segundos después llegó Ainara. Ainara. La mujer de sus sueños. Al admirarla con la expectación del sufrido amante que durante un tiempo y contra su voluntad ha permanecido alejado de su amada —después de pasar la mañana juntos en clase se habían separado: hacia ya más de cinco minutos que la veía—, Rob sintió un estremecimiento, un cosquilleo nervioso que ascendió desde más abajo del estómago hasta la nuca. Lo tenía todo preparado para aquella noche: el ansiado documental de Bukowski, pizzas en la nevera y una botella de ese vino que a ella le había parecido tan fantásticamente delicioso en la degustación en la que ambos se habían colado en cierta ocasión. Rob sonrió ligeramente al recordar el glamuroso estilo que ella había exhibido al emborracharse —la suavidad de sus arcadas al vomitar, el brillo intenso de sus ojos—, y cómo se había agarrado a él con la excusa de no caer de bruces al suelo... La condenada botella le había costado los ahorros de un mes, pero sin duda merecía la pena. Tenía la sospecha, algo le decía... estaba casi seguro de que aquella noche ella acabaría en sus brazos... Sí, tarde o temprano tendría que ocurrir.

—Bien, ya estamos todos —dijo uno de los estudiantes cuando Ainara se hubo acomodado.

Su nombre era Fran. En su cara impoluta de niño mimado brillaba una altiva expresión de sabelotodo, de flamante oficial de marina recién graduado ansioso por ejercer las ventajas de su rango sobre los desgraciados y desprevenidos soldados rasos.

Los demás arrastraron sus sillas para acercarse a la mesa y le dedicaron toda su atención. Alguno de ellos, dando muestras de gran interés, incluso llegó a abrir los ojos.

—Compañeros, ¡nos hemos enterado por los pelos! —proclamó con aire triunfal—. El fascista rector intentó ocultarlo, pero la censura a la que nos acostumbra esta vez no le ha dado resultado. ¡Sabemos que finalmente el acto será aquí, mañana!

Todos asintieron, carraspearon, moquearon, tosieron y escupieron, dando vivas muestras de entusiasmo. Rob miró de reojo a Ainara. Tenía el pelo rojo recogido en una cola hacia atrás. No pudo dejar de observar que sus ojos verdes brillaban como un remanso de aguas cristalinas.

—Vendrán medios de comunicación fascistas. Por eso nuestro objetivo será conseguir repercusión mediática —continuó Fran—. Lo importante es que se vea bien la pancarta. También tenemos listas las camisetas. Nuestra opinión política debe quedar sutilmente de manifiesto.

Sacó una camiseta de un cajón y la extendió sobre pegajosa la mesa. Tenía dos palabras impresas en la parte frontal: 'FUERA FASCISTAS'.

—Hemos falsificado pases de prensa, no tendremos ningún problema con el acceso —explicó—. Bien, lo importante será actuar coordinados en el momento preciso. Tendremos que esperar hasta que las cámaras de televisión estén encendidas. Johsua —dijo mirando a uno de los adornados jóvenes— tú te situarás junto a la unidad móvil y nos darás la señal. Si conseguimos hacerlo durante una conexión en directo... ¡nos verán en toda España!

Como agitados por una descarga eléctrica —la idea de salir en el telediario en directo—, todos soltaron aullidos de alegría, entrechocaron las palmas de las manos entre sí. Rob, fingiendo compartir su entusiasmo, esbozó una sonrisa forzada. No le caían demasiado bien aquellos tipos, una pandilla de anarquistas, alborotadores callejeros, asaltantes de restaurantes de comida basura en tumultos contra la globalización. Pero Ainara parecía satisfecha con todo aquello. Imaginó que se acercaba a ella y le acariciaba la mejilla. Sintió un hormigueo en la base del estómago.

—Ainara —dijo Fran—, tú llevarás la pancarta escondida en un portafolio. Yo te ayudaré a desplegarla. Rob, tú te ocuparás de los huevos.

—¿Yo? ¿Huevos? —Rob se enderezó en su silla, parpadeando como si acabase de despertar—. ¿De... de qué hablas? —tartamudeó.

—Le vamos a lanzar unos cuantos huevos a ese fascista —dijo Fran. Los demás sonrieron como si contemplasen una imagen idílica—. Tendrá que abortar la conferencia. Racionalizaremos su imagen. Será perfecto.

—Pero yo no puedo hacer eso —balbuceó Rob—. Aquello estará lleno de guardias de seguridad, de policías...

—¿Acaso tienes miedo? Si no quieres colaborar con el movimiento puedes quedarte fuera. Ahora estás a tiempo. Otro se encargará de poner los huevos.

—No, yo lo haré —Rob enrojeció. Miró de reojo a Ainara—. Por supuesto, yo lo haré.

—¡Perfecto! —asintió Fran—. Entonces todo listo, compañeros. Nos encontraremos mañana a las diez.

Salieron charlando animadamente, mezclándose en pequeños grupos con otros estudiantes que se amontonaban en los pasillos. Los pasillos de la facultad siempre estaban repletos de abigarrados estudiantes, como el metro en hora punta. Era durante las clases cuando más abarrotados estaban y, cuando finalizaban, había que abrirse paso a codazos para alcanzar la salida.

Solo y apartado de los demás, Rob buscó la compañía de Ainara.

—Ainara —llamó elevando la voz para hacerse oír en el bullicio. Por alguna razón se vio a sí mismo como un niño pequeño reclamando la atención de su madre—. Me largo ya, ¿te vienes? He encontrado ese documental de Bukowski. Había pensado que podríamos verlo luego en mi casa —un ardor agradable se expandió por su pecho ante la idea de pasar la tarde a solas con ella

—¡Lo encontraste! —dijo Ainara, encantada—. ¡Estoy deseando verlo! Pero esta tarde no puedo —sus labios se fruncieron en un mohín que a Rob le pareció adorable—. ¿Lo dejamos para mañana?

—Eh, está bien...

—¡Genial! Fran, tú también puedes venir a verlo. ¡Vas a flipar con ese documental!

—Sí, claro. Vas a flipar —dijo Rob, que de pronto tuvo la desagradable sensación de estar de pie sobre una lona elástica que se hundía cada vez más.

—Adiós —le despidió Fran— ¡Y mañana no te olvides de los huevos!

¡Gilipollas! pensó Rob. Dio media vuelta y se alejó pasillo abajo. Tenía la sensación de que todo el mundo le observaba, sus miradas burlonas quemándole la espalda como punteros de láser. No podía evitar sentirse pequeño y frágil cada vez que se encontraba cerca de Fran, prototipo de ejemplar humano agraciado en el reparto de características anatómicas, con sus ojos de husky siberiano, su cara aniñada y su pose de intelectual.

Rob era bajito. El hecho de ser corto de estatura o el tener una constitución escuálida, circunstancia que consideraba meramente accidental, nunca le había importado demasiado. No hasta que se dio cuenta de que, por alguna remota razón que probablemente se enraizaba en costumbres ancestrales, ser bajito y débil equivalía a ser invisible cuando se trataba de llamar la atención del sexo opuesto. Estaba descubriendo dolorosamente que en cuestión de relaciones humanas solían invertirse los valores. Lo accidental se consideraba esencial y viceversa.

Salíó de la Facultad de Periodismo y enfiló la Diagonal con rápidas zancadas que eran compensadas sobradamente por la escasa longitud de sus piernas. Negros nubarrones se agolpaban en el cielo, como si estuviesen siendo recolectados por una gigantesca mano invisible. El halo de vapor oscuro que exudaba el tráfico podía verse a través del aire húmedo. Absorto en sus pensamientos —el resentimiento contra el mundo, contra Fran, contra sus genes, monopolizando el discurso interior—, Rob cruzó la avenida frente a una interminable fila de automóviles que, a través del vaho del asfalto, se asemejaban a un batallón de artillería pesada aguardando con impaciencia la señal para abalanzarse contra el enemigo invisible del tiempo.

Sin Ainara el resto de la tarde se le antojaba un espacio insoportablemente vacío.



Últimamente había aparecido Fran. ¿De dónde había salido ese tipo, con sus proclamas políticas del siglo pasado y su metro ochenta? Fran, subiéndose a la tarima después de clase y llamando enardecidamente a la revolución del proletariado. Ainara, que hasta entonces no había dado demasiadas muestras de interés por el mundo real más allá de la literatura, de pronto sintió un vívido interés por los pueblos oprimidos, por el sistema de clases, por lo que ocurría en miserables fábricas en remotos países asiáticos. ¡Y para colmo le habían metido en esa estupidez del sabotaje! ¡Pues no iría! ¡Que les jodan! No aparecería por la universidad en una buena temporada. Que Ainara le echara de menos. Sí, ella no tardaría en echarle de menos. Ya estaba bien de andar detrás de ella como un perrito faldero. Al final vendría a buscarle con lágrimas en los ojos interrogantes, el corazón encogido, ávida de una explicación por su ausencia...

El bramido furioso de un claxon le devolvió a la realidad. Apuró el paso para llegar a la acera antes de que los voraces coches se le echaran encima. Escupió una maldición. Barcelona le resultaba antipática, atestada de gilipollas con aire cosmopolita y cara de sabelotodo. Se quitó la pingosa chaqueta de lana y la anudó a la cintura. Hacía un calor del demonio. Exhalaciones en espiral ascendían desde el asfalto humeante. Las turbias calles parecían la salida de un inmenso tubo de escape.

La melodía de *Analyse*, de Radiohead, sonó en su bolsillo. Sacó el teléfono móvil y pulsó la diminuta tecla verde.

—¡Rob!, tío, ¿dónde te metes? —dijo una voz ronca en el pequeño aparato— Hace siglos que no te veo.

—Hola Leo —saludó Rob—. Acabo de salir de clase.

—Pásate por mi casa. Tengo una sorpresa.

—Dame diez minutos.

Colgó. Apretó el paso, pero no fue porque advirtiera la fina lluvia que se materializó en el aire como por arte de magia. Cuando no estaba con Ainara el mundo perdía intensidad, se volvía gris, insípido, ausente, desenfocado. La vida se convertía en el recuerdo atrofiado de una vieja fotografía desteñida. Una sensación de urgencia devoraba los segundos. Cuando no estaba con Ainara era como caminar por la luna, cada paso requería una eternidad. El tiempo se arrastraba lánguido sobre el polvo gris. Como si viviese dentro de una enorme resaca, lo mejor era no moverse, no pensar. No había ningún lugar a dónde ir, no había nada que hacer. Solo tratar de respirar, y esperar. La idea de no verla al día siguiente comenzó a oprimirle el pecho.

Sí, acudiría a la cita, puntual, preparado. Solo por verla a ella. ¡Solo por verla a ella!

Leo vivía en un piso de su propiedad en un arcaico edificio del ensanche fagocitado por dentro por viejas glorias del espectáculo barcelonés y diversas tribus enemigas de inmigrantes del sur de África que ahora compartían habitación. Rob se detuvo frente al decrepito portón y pulsó el botón del portero automático. Entonces le sobrevino la extraña sensación, como un soplo en la nuca, de que alguien le observaba. Se giró bruscamente. Nadie le miraba. En la acera tan solo un puñado de oficinistas, tipejos de chillona elegancia, caminaban con rapidez bajo los paraguas. No era la primera vez que tenía aquella sensación, una imagen captada con el rabllo del ojo de la mente: la idea de que alguien le andaba siguiendo. ¡*Me estoy volviendo paranoico!* Sacó el teléfono móvil.

—Leo, estoy en la puerta de tu casa, ¿dónde estás?

—¡Ah, Rob! —respondió su amigo—. Estoy abajo, en el garaje. Subo a abrirte.

Leo apareció en el portal al cabo de unos instantes. Tenía la frente sudorosa y respiraba agitadamente. Era solo un poco más alto que Rob, pero mucho más robusto. En cada una de sus gruesas piernas había suficiente materia para recomponer a un Rob completo. Tenía una cara grande y plana, como un molde de harina aplastado, nariz chata de boxeador, un grueso entrecejo y los ojos tal vez demasiado juntos, lo que le confería el aspecto de estar permanentemente enfadado.

—¿Que tal hombre? —le saludó Leo, dándole una fuerte palmada en el hombro.

—Jodido, como siempre —respondió Rob con la cabeza inclinada y los hombros hundidos.

Entraron al ascensor, pero en lugar de subir, Leo pulsó el botón de la planta sótano.

—¿Dónde vamos?

—Quiero enseñarte una cosa.

En el sótano había una multitud sumida en una actividad frenética. Rob tuvo la impresión de encontrarse de repente en el interior de una ajetreada mina sudafricana. Fornidos senegaleses golpeaban los pilares del edificio con picos y martillos mientras sus mujeres y niños recogían los escombros con palas y los vertían en carretillas de mano que llevaban hasta los ascensores. Varios ancianos en bata y zapatillas colaboraban afanosamente dando instrucciones que nadie escuchaba, apuntando a todas partes con descarnados dedos nudosos. En el aire flotaba una nube de polvo lechoso. Leo cogió una herramienta y se la ofreció.

—Prueba, pareces tenso. Te vendrá bien un poco de ejercicio —dijo.

Agarró un pico y comenzó a golpear la columna más cercana. Rob tomó el áspero mango de madera, pero apenas pudo alzarlo. Pesaba demasiado. Lo dejó caer, exhausto.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —preguntó— ¿Pretendéis echar abajo el edificio?

—¡Exactamente! —respondió Leo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—¿No has visto las obras en la calle? —Leo dejó de golpear para limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Están construyendo una ampliación del metro. Pasa justo por delante de este edificio.

—¿Y eso que tiene que ver? —preguntó, aunque ya empezaba a imaginar de qué iba todo aquello.

—Este edificio es una puñetera ruina —explicó Leo—. Tiene más de cincuenta años, y nunca lo han rehabilitado. Tuberías, electricidad, ya sabes, cuando no se jode una cosa es otra.

—Así que...

—Lo vamos a echar al suelo. Diremos que la estructura se vino abajo por las obras del metro. Acusaremos al ayuntamiento de negligencia y todo eso. Haremos un montón de ruido. Para tapar el escándalo tendrán que construirnos otro bloque de pisos. Nuevecitos. También vamos a reclamar una indemnización por todos los objetos perdidos —Leo sonrió. Unos prominentes caninos asomaron en su ancha boca.

—Y por supuesto, todo el mundo se ha llevado ya sus cosas a otra parte —apuntó Rob.

—Sí. Bueno, casi todos.

La primera impresión que uno tenía de Leo era la del joven dinámico que suele practicar una irreflexiva violencia. Pero eso era un error. Leo practicaba una violencia reflexiva. No era la violencia la que dominaba su carácter, sino su carácter el que había llegado a dominar a la violencia. Aunque, llamando a las cosas por su nombre, todo eso solo era cuestión de *personalidad*. En el fondo, en cuestión de verdadero carácter, Leo tenía espíritu de sosegado leguleyo. Realmente disfrutaba leyendo la letra pequeña. Le encantaba encontrar consecuencias inesperadas, sacar partido de los errores ajenos, de las desgracias ajenas. Actualmente tenía en marcha ocho pleitos: cinco por accidente de tráfico, dos por ingerir comida defectuosa en sendos restaurantes, y uno por haberse golpeado con la cabeza —prácticamente de forma involuntaria— contra un toldo en la calle —existía una ordenanza que regulaba la altura mínima—. Leo siempre estaba al tanto de ese tipo de cosas. Cada vez que Leo tenía un accidente —lo cual ocurría con sospechosa frecuencia debido fundamentalmente a que a menudo era él quien los provocaba—, ganaba dinero. Si seguía así, se mataría haciéndose rico.

Lo que Rob no acababa de entender era como se las habría apañado para convencer al resto de desesperados vecinos. Sin embargo, la sonrisa se congeló en su rostro cuando cayó en la cuenta de algo.

—Y tú, ¿dónde irás?

—A tu casa, por supuesto. Ya he alquilado una furgoneta. Haremos la mudanza dentro de un par de días. Por cierto, mi hermana también viene.

—¿Tu hermana? —Rob tragó saliva, y se atragantó. Si podía haber algo peor que compartir su diminuto apartamento con otra persona, era compartirlo con dos. Y además, ¿qué hacía allí su hermana?

—Acaba de llegar —explicó Leo—. Creo que tiene problemas. No ha querido contarme nada, pero se le ve en la cara. Se va a quedar una temporada conmigo.

—Con nosotros querrás decir.

Pero no podía negarse. Leo era su mejor amigo. Rob consideraba a Leo como su mejor amigo no solo porque fuera su único amigo —si descartaba a varios conocidos de la facultad con los que, en realidad, jamás había llegado a intimar más allá de unas cuantas entrañables borracheras en las que se habían desnudado el alma mutuamente—, sino porque, habiendo crecido juntos en el pueblo, su amistad había sobrevivido a la niñez, a la adolescencia y, ahora, a la vida más o menos adulta. Leo le había sacado de apuros en más ocasiones de las que podía recordar y, aunque la mayor parte de esos apuros habían sido provocados por el mismo Leo, solo se tenían el uno al otro cuando se trataba de echarse una mano: ambos se conocían demasiado bien.

¿Pero, también su hermana? Rob no la conocía. Es decir, no la conocía como adulta. Recordaba una niña gordezuela correteando por la casa, incordiándoles constantemente con sus llantos y su arsenal de chantajes infantiles. Transponiendo mentalmente la imagen de Leo, imaginó una voluminosa muchacha ceijunta, de pelo grasiento y apetito voraz. *En fin, habrá que hacer un sacrificio.*

—Suficiente por hoy —dijo Leo dejando caer la herramienta. Ambos se encaminaron al ascensor.

Arriba, a una muchacha le abrió la puerta. Ella retrocedió sinfín. Ella sabía que estaba viendo en aquel decrepito edificio. El primero que me contó fue que alguna actriz o agraciada modelo estaba realizando una campaña de beneficencia en la zona: mejorando su imagen pública, mostrando al mundo lo duro que resulta para una pobre tribu de Uganda seguir manteniendo sus costumbres —las danzas tribales, los sacrificios humanos— en treinta metros cuadrados de piso.

Pero detrás no había focos ni cámaras.

—Mi hermana María —presentó Leo—. Él es Rob. ¿Te acuerdas de él, verdad?

—Hola Rob —saludó ella.

María se le acercó y pegó su mejilla a la suya. El pelo húmedo, recién salido del baño, desprendía un ligero aroma a frutas. Después desapareció en el interior del sombrío piso, que de pronto se le antojó a Rob un lugar fantásticamente peligroso.

Se acomodaron en uno de los sofás del salón. María se dejó caer grácilmente, las piernas entrecruzadas. Vestía unas mallas negras ajustadas que resaltaban unas piernas felizmente torneadas y una gruesa chaqueta de punto diez tallas mayor de la debida.

—Apenas me recordarás, ¿no es cierto? —dijo mostrando una sonrisa que a Rob se le antojó demasiado perfecta para ser real. Todo aquel despliegue de belleza no podía estar ocurriendo así, por las buenas, delante de sus narices—. Leo me ha hablado mucho de ti. Sigues siendo su mejor amigo.

—Bueno, sí. Puede decirse que prácticamente solo nos tenemos el uno al otro... —se interrumpió al darse cuenta de lo que estaba diciendo. *Idiota, cuidado con lo que dices, ¿qué clase de solitario inadaptado vas a parecer?*— Lo... lo que quiero decir es que nos tenemos mucha confianza.

María asintió, moviendo la cabeza muy despacio, como si meditase sobre lo que eso significaba.

—Voy a traer algo de beber —dijo Leo desapareciendo en la cocina.

Rob había estado en aquella casa cientos de veces. Había pasado innumerables horas sentado en aquel mismo gastado sofá, charlando con Leo, bebiendo hasta perder la conciencia, compartiendo las penas, fantaseando sobre el futuro. Pero en aquel instante el pequeño salón perdió toda familiaridad. No era solo que estuviera milagrosamente ordenado —la ropa interior de Leo ya no colgaba de los muebles, y habían desaparecido las columnas de cajas de pizzas vacías y las hileras de abolladas latas de cerveza— sino que la misma presencia de María hacía que todo tuviese un aspecto diferente, distinguido. Rob se llevó una mano a la mejilla cubierta de barba, trató en vano de estirar la camiseta sucia y arrugada. De repente se sintió como si estuviese en mitad de una recepción de gala vestido con ropa interior.

—¿Así que... vas a quedarte por aquí una temporada? —preguntó con voz entrecortada. Carraspeó disimuladamente. ¿Por qué era como si tuviese la garganta llena de algodonos?

—Eso parece —respondió María, bajando la mirada y abrazándose a sí misma como si tuviera frío.

Rob, por su parte, se concentró en los múltiples picores que le asaltaban por todo el cuerpo. Mientras buscaba las palabras que parecían haberse replegado en un rincón de su mente, reparó en algo extraño en la forma en que María cruzaba los brazos. Se fijó en que su brazo izquierdo parecía más delgado que el derecho.

—Oye tío, ¿te ocurre algo? Tienes mala cara —dijo Leo saliendo de la cocina con tres vasos, una botella de coca cola de dos litros y otra de whisky, sostenidas milagrosamente con una sola mano. En la otra llevaba una cubitera del tamaño de una bañera.

—No, no es nada. Falta de sueño. He pasado la noche estudiando —dijo Rob, sentándose muy tieso. Le sobrevino una oleada de calor.

—Tómame algo. Yo voy a darme una ducha —dijo Leo desapareciendo en el cuarto de baño con un vaso rebosante de whisky.

Rob se sirvió una copa. Las manos le temblaban. Vació casi todo el contenido de un largo trago. Sentía la camiseta pegada al cuerpo, adherida por el sudor pegajoso. Hacía un calor de mil demonios. ¡Venga, di algo! ¡No te quedés callado como un retrasado! Necesitaba una frase seductora, con un encantador toque de ingenio, algo que levantara admiración y expectación. Un comentario que diese pie a una conversación interesante. Se agitó, incómodo. Solo se le ocurrió pensar cómo le vería ella desde su punto de vista. ¿No parecería demasiado bajo? Se hundía. Maldito sillón. Demasiado mullido, el condenado sillón parecía querer tragárselo.

María alargó el brazo para coger su vaso de coca cola. Entonces Rob pudo ver claramente su mano izquierda. Era una mano más pequeña de lo normal, como reducida, los dedos finos y rosados. Buscó desesperadamente un punto en el que depositar la mirada.

—¿Por qué quisiste estudiar periodismo?

Rob se envaró, sobresaltado. El corazón percutía en su pecho como un mecanismo desenchajado que amenazase con salirse de su carcasa.

—Oh, bueno... no lo sé, realmente —se dejó caer flojamente en el respaldo, cruzó las piernas tratando de componer una fingida pose relajada—. Lo que quiero decir es que yo... nunca pensé, no tengo vocación periodística ni nada de eso.

—¿Ah no? —María arqueó una ceja que se plegó con sorprendente docilidad.

—En realidad, no —se aclaró la garganta—. Mi meta es ser escritor profesional. Eso es lo único que tengo claro desde... bueno, desde hace unos cuantos años, supongo. Pero mis padres se hubieran muerto si no hubiese estudiado una carrera, ya sabes —se agitó, incómodo—. Por otro lado, yo quería independizarme, en el pueblo me ahogaba, así que estudiar periodismo me pareció una buena alternativa. Además, supongo, tenía la vaga esperanza de aprender algo útil sobre el oficio de escribir.

—Rob es muy listo, un genio —gritó Leo desde el cuarto de baño—. El tío no estudia nada y ahí le tienes, a punto de acabar la carrera en la mitad de tiempo.

Rob engulló lo que quedaba en el vaso. Sentía la mirada penetrante de María clavada en él. El bendito whisky pareció aflojar algunos resortes en su lengua.

—Eso no es verdad —replicó ruborizándose—. Me esfuerzo como cualquiera. Ni te imaginas lo duras que son las noches, solo en mi apartamento, tratando de memorizar todas esas memeces.

—¿Pero, si estudias de noche, cuándo duermes? —preguntó María.

—Normalmente me acuesto al amanecer y duermo hasta el medio día.

—¡Vaya! ¿Y cuándo vas a clase?

—En realidad, no voy demasiado.

—¿Lo ves? —dijo Leo, como si aquello confirmase sus palabras— Y aún así, aprueba con nota. Aunque últimamente no se pierde una clase, desde que va detrás de esa... ¿cómo se llama? Ainara —Leo asomó con una toalla anudada a la cintura. Le guiñó un ojo y desapareció de nuevo.

María bajó los ojos. Rob maldijo mentalmente a Leo. ¡Joder! Se sorprendió al darse cuenta de que la presencia de María había ahuyentado sus pensamientos recurrentes sobre Ainara como un rayo de sol barre la niebla pegajosa. ¿Qué estaría haciendo ella ahora? Pensó en llamarla. *Mejor no. No puedes estar llamándola a cada momento. Sigue manteniéndola apartada de tu mente. Eso es, piensa en otra cosa.*

Estudió con disimulo las largas pestañas azabache de María, su mirada descansando en el regazo. Tuvo que emplear todas sus fuerzas para no mirar su mano, aquella mano menuda como la lluvia.

—Lamento tanto haber dejado de estudiar —dijo María al cabo de un minuto. Sonreía, pero a Rob no se le escapó el eco de tristeza—. Hay tantas cosas que me hubiera gustado hacer.

—Oh, vamos, no hables como si ya fuese tarde. Tienes toda la vida por delante.

María se agitó como si de pronto tuviese mucho frío, y entonces rompió a llorar.

¡Rayos! ¿Y ahora qué he dicho? Rob la miró con un nudo en el estómago. María se cubrió la cara con una mano. Rob se levantó y se sentó junto a ella.

—Venga, ¿qué ocurre? —murmuró. Timidamente, intentó cogerla de la mano. María escondió la mano izquierda bajo las piernas.

—No puedo contártelo —susurró ella—. Mi hermano no puede saberlo.

María agarró su mano con desesperada fuerza, sus uñas se clavaron en su piel. Desde el baño llegaba el sonido del agua corriendo en la ducha.

—No le diré nada —dijo Rob.

—Lo harás. Eres su mejor amigo.

—Sí, pero ahora tú también eres alguien muy especial para mí —las palabras brotaron de su boca en un tono tan solemne que incluso a Rob le pareció excesivo. Siempre tenía la fastidiosa sensación de estar fuera de lugar cuando se trataba de hablar con mujeres. Se volvía estúpidamente melodramático. Se sentía como un personaje de Dostoyeski intentando conquistar a una heroína cyberpunk. Sin embargo, ella le miró agradecida.

—Hay algo en ti —dijo María sorbiéndose la nariz— ¿sabes?, es como si te conociera de toda la vida. Algo me dice que me puedo fiar de ti. Me ayudarás, ¿verdad?

Rob asintió repetidamente con la cabeza. La mirada acuosa de María le produjo una sensación de insondable vértigo, un dejó vú que le llenó de una vibrante felicidad, pero que extrañamente también venía acompañado del anticipo de un peligro, de un difuso terror futuro.

—Hace una semana todo parecía ir tan bien. Tenía un novio. Un chico sencillo. No alguien listo como tú, con estudios universitarios.

Rob quiso replicar. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en lo que Leo le habría contado y la imagen de distorsionada pedertería que ella se habría formado de él. Pero se mantuvo en silencio.

—Pero a qué podía aspirar yo, una vulgar camarera... Ya conoces a nuestros padres. Nunca tuve muchas oportunidades para estudiar...

—No digas eso. Tú... tú eres maravillosa. Cualquiera... haría cualquier cosa por tenerte a su lado...

María le miró con una media sonrisa, como si dijese un cumplido.

—Supongo que era el típico bravucón —dijo—. Muy... guapo. Todas en la pandilla íbamos detrás suya. Qué tonta soy, me sentí tan afortunada porque él se fijase en mí.

Rob cerró los ojos y, durante un instante, pudo ver nitidamente la cara de él. No le conocía, pero ya le odiaba a muerte. Alto, fuerte, su piel nunca había sido castigada por el acné, su pelo nunca estaba grasiento. Hacía suspirar a las jovencitas. Era tonto del culo, pero qué importaba, todas querían follárselo.

—Yo... pensé que lo nuestro iba en serio —continuó—. Hace una semana le conté... estaba tan feliz...

Rompió a llorar de nuevo. Rob pasó su brazo sobre sus hombros. La atrajo hacia sí suavemente.

—Estoy embarazada de dos meses —confesó María entre sollozos—. Nadie lo sabe. Tampoco mi madre. Ni siquiera mis padres. Si no se enfureció. Dijo que no quería saber nada. Me dijo que no era suyo. El muy hijo de puta. Discutimos. Yo le insulté. Y entonces me pegó —se llevó la mano a la cara—. Dios mío, me dio una paliza. Quería obligarme a abortar. Vine en cuanto se borraron las magalladuras. Si mi hermano se entera...

La rabia subió por la garganta de Rob como amarga bilis. No podía respirar. Sí, si Leo se enterase aquel cabrón recibiría lo suyo. Había visto a Leo dar palizas de muerte a tíos por mucho menos que aquello. Pero en esta ocasión tendría ayuda. Él era bajo y débil, nunca se había peleado con nadie, pero de pronto sintió una fuerza que le empujaba desde dentro, una voz interior que le susurraba que no tuviese miedo. Tuvo la extraña certeza de que el desgraciado que le había hecho daño a María podría estar muerto si él así lo quería.

El sonido de la puerta les sobresaltó. Leo salió vestido con un chándal y una toalla cubriéndole la cabeza. María se levantó de un salto y desapareció en su habitación.

—¿Qué le pasa a mi hermana? —preguntó.

—Creo que no se encuentra bien —respondió Rob, tratando de disimular la conmoción en la voz.

—Venga, vamos a tomar algo tú y yo. Quiero hablarte del libro que estoy leyendo. ¿Sabías que el fin del mundo será dentro de cuatro años?

—Sí, claro. Otra vez.

—Esta vez va en serio —dijo Leo con entusiasmo—. En 2012 la Tierra se alinea con el centro de la galaxia. Está comprobado científicamente. En esa misma fecha se acaba el calendario maya. Esos tíos vivieron casi en la prehistoria ¿cómo crees que podían tener esos conocimientos astronómicos?

Salieron al rellano. Rob, cabizbajo, no podía quitarse de la cabeza a María.

—Precisamente el calendario maya toma como referencia para su año cero una fecha tres mil años antes de que existiese su propia civilización —siguió Leo—. Justo cuando la Tierra estaba en el otro extremo de la galaxia. ¿No te parece raro?

Rob tuvo la sensación de que algo tiraba de él. Parecía que estar junto a María era lo único que tenía sentido en aquel momento. Como si con cada paso que daba alejándose de ella se internara en un lugar sombrío, apartándose de la única luz que podría darle un sentido a todo.

—Por supuesto, tengo una teoría —dijo Leo—. Creo que los campos magnéticos y la masa de las estrellas han influido realmente en el desarrollo de la civilización. Es algo científico. Te lo explicaré mientras tomamos unas cervezas.

—Sí, necesito beber algo —dijo Rob—. Con unas copas seguro que lo entenderé mejor.

A la mañana siguiente Rob corría calle abajo convencido de que, mientras dormía, alguien le había cambiado el cerebro por un bloque de hielo. Las malditas nubes se habían largado a alguna otra parte cuando más las necesitaba, y el sol, a sus anchas, inundaba el aire con una luz dolorosamente brillante.

Había pasado la noche en vela. Por algún motivo fue incapaz de conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza a María. Como si una parte de su esencia se le hubiese quedado prendida en la piel. La noche había sido insoportablemente larga. Primero había intentado leer, pero se había sentido como un niño pequeño al que le cuesta encontrar el significado de las palabras. Luego bebió whisky y escuchó música hasta el amanecer, hasta que finalmente se quedó dormido, borracho.

Se detuvo unos segundos para tomar aliento. Tenía ganas de vomitar, pero no tenía tiempo. Lo que se estaba fermentando en su estómago tendría que esperar. Llegaba tarde al dichoso acto de sabotaje. *Joder*. Al final se había quedado dormido.

Cuando llegó a la facultad comprobó aliviado que todos se agolpaban aún en la puerta del salón de actos. La conferencia aún no había empezado. Ni siquiera habían abierto las puertas. Caminando de puntillas, aplastado entre sudorosas espaldas, Rob se abrió paso a codazos entre la ruidosa multitud que desbordaba los pasillos y el hall.

—¡Rob! —saludó Ainara cuando le vio aparecer—. Pensé que ya no venías.

—¡Mierda! —maldijo Rob acordándose de repente—. ¡Se me olvidaron los huevos!

Los labios de Ainara se fruncieron en un mohín de disgustada sorpresa, como un bebé al que, en el último instante, le arrancan de los labios el ansiado chupete.

—Me quedé dormido y salí con prisas —se disculpó tratando de sonar afligido, aunque en el fondo se sentía aliviado por no tener que representar el estúpido papel que le habían asignado.

—No te preocupes —dijo Fran apareciendo a su lado—. Los hemos traído nosotros —le alargó una pequeña mochila—. Hay media docena. Bastará con que logres lanzar uno o dos. Intenta acertarle a la cara —en sus labios asomó la sonrisa de un diablo que acaba de adquirir un lote de almas a un precio razonable.

Rob agarró la mochila con la punta de los dedos como si fuese un saco de granadas de mano sin seguro. En aquel momento abrieron las puertas y la multitud les empujó al interior. Rob se dejó arrastrar siguiendo con la mirada el hipnótico trasero enfundado en vaqueros de Ainara. Se preguntaba si alguna vez lograría posar allí sus manos cuando una mano —sobre su hombro— le sacó de su ensimismamiento. Se giró para encontrarse con la sonrisa sardónica de Fran.

—Uf, tío —le dijo con tono confidencial—, lo último que me apetece ahora es meterme en este lío.

Todas las alarmas se dispararon en su cabeza. Fran nunca le hablaba en ese tono amistoso. En realidad, le ignoraba la mayor parte del tiempo. Y, además, estaba esa sonrisa maliciosa de afectado mafioso. Apretujados por la muchedumbre, mientras se internaban entre las filas de sillas, Fran le hablaba en un susurro.

—Estoy hecho polvo —dijo a su oído—. No me extraña que estés colado por ella. Tranquilo, se te ve a la legua. Esa tía es una máquina. No he pegado ojo en toda la noche, lo hicimos de todas las formas, ella encima, por detrás, las piernas sobre la cabeza, uf, aún me tiemblan las rodillas. Y ella, mírala, tan fresca.

Le dio un golpecito amistoso en el hombro y se alejó, la melena rubia sobresaliendo entre la multitud. Rob se esforzó por alcanzar su asiento. No era fácil. El suelo se había vuelto extrañamente blando y pantanoso. El aire había adquirido una turbia consistencia, como si estuviese a punto de solidificarse. Costaba respirar, se podía ver con dificultad. Los ruidos, las conversaciones, el rumor de la gente llegaban amortiguados. Las paredes parecían desprender un murmullo sordo que lo impregnaba todo y ahogaba el resto de sonidos. Hacía mucho calor, un calor que brotaba del mismísimo interior de su pecho.

Se dejó caer en uno de los asientos de la primera fila, donde podía tocar la tarima del orador con los pies. Un par de asientos más allá, al otro lado del mundo, vio a Fran y Ainara. Fran le decía algo al oído y ella reía. Su risa cruzó lentamente el espacio que les separaba y le golpeó como un bofetón abrasador.

Entonces las bocas dejaron de moverse y todos miraron al frente. Un hombrecillo vestido con traje oscuro subió al atril. Los aplausos retumbaron como el inicio de un terremoto. Cuando volvió el silencio, el hombrecillo comenzó a hablar. La voz resonó en los altavoces con una cadencia metálica, las palabras sin sentido flotaban en el aire como mariposas desorientadas.

Rob miró de nuevo a Ainara. Su pelo rojo refulgía como fuego, la misma llama abrasadora que le quemaba por dentro. Sentía la imperiosa necesidad de respirar aire fresco. Se estaba abrasando, consumido por el calor, perdía materia, haciéndose cada vez más pequeño. *Si no hago algo, se le ocurrió, pronto desapareceré.*

Cuando distintos estertores y espasmos le avisaban de que ya no podría contener mucho más el horrendo contenido de su estómago, sintió un dolor agudo, de naturaleza diferente, en el costado. Le llevó unos segundos comprender que alguien trataba de llamar su atención a base de codazos en las costillas. ¿Y *ahora qué?* De pronto todas las cabezas se habían vuelto hacia atrás. Siguiendo las miradas se encontró con Ainara en pie, sobre su silla, y a su lado Fran, también subido a la silla, tan alto, insoportablemente alto, tan alto que tocaba el cielo. Tenían una pancarta entre las manos.

Alguien le empujó hacia delante. Rob dio un par de pasos, tropezó, recuperó el equilibrio, y se encontró en mitad de la tarima de oradores. Se dio cuenta de que tenía algo en la mano: un huevo. Claro, eso era. Tenía que lanzar un huevo. Así lo quería Fran. Así lo quería Ainara. Y entonces lo entendió todo. Tenía que lanzar ese huevo para que ellos pudiesen seguir follando.

Todo el mundo gritaba. Rob alzó la mano, miró el huevo y vomitó. Entonces el suelo giró noventa grados y le golpeó en la cara brutalmente. Intentó levantarse, pero algo se lo impedía. Ese algo era un hombre enorme que, sentado a horcajadas sobre su espalda, le hablaba a un pequeño micrófono que colgaba de su oreja. Con el rabillo del ojo, Rob vio la cachiporra en su mano. Era negra y reluciente, forrada de piel. El brazo que la sostenía oscilaba levemente arriba y abajo, como un dubitativo director de orquesta. Luego, con un asentimiento de su gorda cabeza a alguna inteligible instrucción recibida a través del auricular, el guardia hizo descender por fin el brazo.

Habría que decir, en favor de la dureza del cráneo de Rob, que el golpe en sí mismo no logró dejarle inconsciente. Lo que lo dejó inconsciente fue el rebote de su cabeza contra el duro suelo de mármol. Incluso después del atonador golpe, durante un fugaz lapso antes de la desconexión, los interruptores de su cerebro aún tuvieron tiempo para procesar un esperanzador pensamiento: después de aquello, ya nada podría ir peor.

Una vez más, se equivocaba.

Era sin duda el peor caso con el que se había encontrado en toda su carrera.

El inspector Gómez dio una calada al cigarro casi consumido, provocando que los tres centímetros de ceniza que pendían del extremo como por arte de magia cayeran sobre el escritorio repleto de papeles desordenados. El inspector Gómez era un hombre descuidadamente obeso. Vestía un traje de lana gris arrugado y una camisa con el cuello oscurecido por la grasa. Tenía una cara mofletuda y abotargada cubierta de irregular barba gris. Sobre su cráneo desnudo varias hebras de pringoso cabello se extendían desde la oreja derecha a la izquierda, tan fuertemente adheridas a la piel por la grasa que en lugar de pelo parecían líneas pintadas con un rotulador.

Sopló suavemente para dispersar la ceniza. Las partículas entablaron una retorcida danza sobre el escritorio, girando frenéticamente en torno a la luz proyectada por la pequeña lámpara de mesa.

Sentado frente a él, Viktor Andropov aguardaba en silencio. Mientras Gómez desplazaba gruesos fajos de expedientes de un punto a otro de su escritorio, la mirada de Viktor se paseó por el pequeño despacho hasta recaer en una fotografía enmarcada y casi oculta tras una montaña de atiborradas carpetas. En la fotografía aparecía una atractiva mujer de mediana edad, ataviada con un traje de fiesta, cogida del brazo de un hombre impecablemente vestido de esmoquin. El hombre mostraba con orgullo una placa conmemorativa en la mano, y ambos sonreían como si de verdad estuviesen convencidos de que aquel feliz instante pudiese durar para siempre.

—Es mi esposa —dijo Gómez, siguiendo su mirada—. El que está a su lado, aunque no lo parezca, soy yo —sus labios se torcieron en una mueca de tristeza—. Murió hace cinco años, en un accidente de tráfico.

—Lo lamento mucho.

—Ahora está en un lugar mejor. Algún día, muy pronto, me uniré a ella.

—Ojalá otros pudiéramos encontrar ese sencillo consuelo ante la muerte —dijo Viktor con una voz ronca, apagada.

—Oh, no crea que es tan fácil. Me refiero al asunto del consuelo. A mí no me educaron en la fe católica, ¿sabe? Mis padres eran ateos y republicanos. En mi caso he sufrido el proceso inverso a la mayoría. Cuánto más maduraba, más sentido encontraba a la religión. Hace unos años leí a Santo Tomás y él acabó convenciéndome. Se lo recomiendo, una lectura muy interesante.

—Tal vez, algún día —dijo Viktor sonriendo amistosamente.

Gómez le devolvió la sonrisa de un párroco que reprende a un niño travieso. Viktor se acomodó en su silla y encendió un cigarro. Era tan alto y robusto que su presencia parecía desbordar el pequeño despacho del inspector. A través de la delgada puerta acristalada les llegaba el sonido de las voces y el trasiego de la comisaría.

—Un buen amigo del ministerio del interior me ha facilitado alguna información sobre usted —dijo Gómez mirándole con atención—. Su pasado es muy interesante. Entre otros cargos, fue subdirector del antiguo KGB. Sin embargo, mi amigo no conocía demasiados detalles sobre su ocupación actual. Tan solo me dio a entender que usted es algo parecido a lo que se conoce coloquialmente como un cazador de nazis. Me habló de fructíferas colaboraciones con el CNI en varias operaciones contra grupos de la ultraderecha...

Viktor asintió con un gesto ambiguo.

—También he pedido referencias sobre usted en Interpol. Su ficha no existe. El FSB ruso tampoco tiene noticias sobre su paradero actual. De lo que deduzco que debe ser usted una especie de agente libre. En mis tiempos lo llamábamos espía. ¿Estoy en lo cierto?

—Solo en parte. Aunque el Mossad y otras agencias financian parcialmente mis operaciones, en realidad puede decirse que me mueven mis propios intereses.

—Disculpe mi curiosidad, ¿pero cuáles son esos intereses?

—Es una larga historia —respondió Viktor, sombrío—. Quizás le baste saber que busco a alguien. Se trata de una mujer. Esa mujer tiene negocios en Europa vinculados con lo que queda del viejo movimiento nazi. De vez en cuando, como pago de la deuda con los países que me financian, ayudo a detener a algunos viejos cabecillas del régimen.

—Comprenda mi recelo, no me gusta compartir información con un desconocido.

—Le aseguro que puede confiar en mí. Sara Slim me avala. Pero supongo que no me ha hecho venir solo para interrogarme sobre mi vida.

—No. En realidad... Necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

Gómez rebuscó entre sus papeles y sacó una carpetilla de plástico. La abrió y la cerró, como si dudara sobre qué hacer a continuación. Finalmente sacó una fotografía y se la mostró a Viktor. En ella se veía el cuerpo desollado de un hombre, atado de pies y manos a una gruesa mesa de roble, en una postura similar a la del cadáver que habían encontrado en el hotel. De no ser por la indescriptible expresión de horror que transmitía su cara, parecería uno de esos muñecos que se utilizan para estudiar los músculos del cuerpo humano.

—Sabía que no sería la última vez que vería una atrocidad semejante —dijo Viktor.

—¿Y qué le hacía a usted pensar eso?

—Están buscando a alguien. Solo pararán cuando lo encuentren.

—¿A quién buscan? Y, lo que es más importante para nosotros: ¿quién le busca?

—Respecto a la primera pregunta, no lo sé. Es probable que ni ellos mismos lo sepan. Y en cuanto a quién está detrás, solo puedo decirle que se trata de una mujer. La misma a la que yo persigo desde hace años.

—No me está siendo de mucha ayuda —resopló Gómez—. Abrió un cajón del escritorio y sacó una botellita plateada y dos vasos metálicos. Vertió un generoso chorro de licor en cada uno.

—Le aseguro que aún no tengo nada que pueda servirle —dijo Viktor—. Pero me gustaría saber más sobre la segunda víctima. Le prometo que en cuanto averigüe algo, usted será el primero en saberlo.

Con una mezcla de avidez y compulsión, Gómez vació el contenido del vaso de un trago y lo volvió a rellenar.

—Apareció muerto en su despacho —dijo señalando a la fotografía—. Era el dueño de un importante bufete de abogados. Tenemos la certeza de que se encontraba solo en el edificio. Se había quedado hasta pasada la medianoche, supuestamente acabando algún trabajo. El guardia de seguridad y las cámaras así lo confirman. Solo recibió una visita. De nuevo una misteriosa mujer.

Gómez clavó sus ojos inquisitivos en Viktor. Esperaba una reacción, pero su rostro era una máscara impenetrable.

—Esta vez las cámaras de seguridad captaron su imagen. Ésta es su foto.

Con deliberada lentitud, Gómez buscó en el portafolios. Viktor, sentado muy tieso en la silla, pareció adquirir de pronto una extraña cualidad pétreo, inmóvil y gris. Gómez puso delante suya la fotografía de una mujer. Era alta y rubia, vestida elegantemente. A pesar de ser de noche lucía unas impenetrables gafas de sol. Al verla, Viktor se relajó visiblemente.

—Así que no es la misma mujer que usted busca —dijo Gómez al observar su reacción. Había un tono de fastidio en su voz.

—No, no es ella —Viktor tomó la fotografía y la estudió detenidamente—. Nunca la había visto en mi vida.

—Hemos confirmado con el recepcionista del hotel que se trata de la misma mujer que visitó a nuestra primera víctima. En una de las paredes dejó idéntica marca, una cruz gamada trazada con sangre. Así que ya sabemos quién es el asesino.

—Pero no tienen ni idea de por dónde empezar a buscar.

Gómez meneó la cabeza.

—La situación es todavía más grave —dijo—. Está desapareciendo gente. Familiares de las víctimas. No logramos encontrar a la esposa y a la hija de este hombre. Su hijo mayor denunció su desaparición.

—¿Y el otro? —preguntó Viktor.

—Divorciado, hacía años que no se veía con su ex-mujer. Ella se encuentra bien. Le hemos puesto protección policial. Pero tenía una amante que ha desaparecido. Hasta ahora hemos conseguido que no se filtre nada a la prensa, pero en cuanto se sepa lo que está ocurriendo... —Gómez frunció el labio superior mostrando una hilera de dientes amarillos. El gesto le confirió el aspecto de un perro rabioso, uno de esos gordos perros de ancha cabeza, acorralado, rabioso y confundido.

—¿Algo más que pueda ser relevante? —preguntó Viktor.

Gómez ensanchó la expresión de su boca en lo que era un triste intento de sonreír.

—Supongo que alguien trata de volverme loco —dijo—. Este tipo también dejó escrita una nota de suicidio. Un grafólogo ha certificado que la nota es auténtica. Tenía una pistola preparada para volarse los sesos. Supongo que nuestra misteriosa mujer le sorprendió antes.

—Le agradezco enormemente la información —dijo Viktor poniéndose en pie—. Le prometo una vez más que si averiguo algo usted será el primero en saberlo.

Cuando la puerta se cerró, Gómez permaneció inmóvil tras su escritorio durante varios minutos. El teléfono comenzó a sonar, pero no lo descolgó. Sentía que algo semejante a un peso lastraba sus pensamientos hacia un vacío interior. Maldijo para sus adentros y bebió un largo trago de whisky directamente de la botellita plateada. No podía quitarse de encima la inquietante sensación de que algo había cambiado en el aire, en la luz. Era como si una presencia extraña y ponzoñosa lo impregnase todo. Podía sentirlo en el vello del cuerpo, como electricidad estática.

Ciertamente, era el peor caso que le había tocado resolver en toda su carrera, y algo le decía que aquello no había hecho más que empezar.

Cuando Rob despertó, se sintió sorprendentemente bien. O quizás era que no sentía absolutamente nada, lo cual, en contraposición al sufrimiento que había dejado atrás cuando cayó inconsciente, era como estar en el paraíso. Su cuerpo orbitaba a kilómetros de distancia, desconectado de su mente, que flotaba plácida en un estanque de paz y de quietud.

Eso fue hasta que echó un vistazo a su alrededor. Estuvo a punto de gritar cuando se dio cuenta de que lo que dificultaba sus movimientos era un enjambre de cables adheridos a la cabeza y al pecho, conectados al otro extremo a un Cavo Cañaveral de aparatos rebosantes de nerviosas luces indicadoras. Oía intensamente a alcohol y a desinfectante. Supuso que debía estar amaneciendo porque una luz trémula y vaporosa se filtraba a través de las cortinas de gasa.

*¡Mierda, mierda! ¿Cuánto tiempo llevo aquí?* Se arrancó un puñado de cables. Las ventosas le dejaron la piel marcada de círculos morados, como si hubiese sufrido el abrazo de un pulpo gigante. Se bajó de la cama. La habitación y sus diferentes focos de luz dieron vueltas a su alrededor. Ya tendido completamente en el suelo, comprendió que las piernas no le respondían. Una de las máquinas comenzó a pitar con insistencia, como si intentase chivarse de algo.

*¡Eh! ¿Y ahora qué he hecho?*

La puerta se abrió y aparecieron unos pies calzados con zapatillas blancas que se prolongaban en unos bonitos tobillos enfundados en medias negras. Unas manos sorprendentemente fuertes le alzaron hasta la cama.

—Así que por fin has recobrado el conocimiento —dijo la enfermera después de acomodarle y cubrirle con una fría sábana verde.

*¿Por fin?* Rob trató de bajar el volumen de las alarmas que saltaban en su cabeza. No le dejaban escuchar sus propios pensamientos.

La enfermera se volvió para saludar la llegada de quien a todas luces debía ser el médico de guardia: su rostro tenía una expresión de esforzado interés que a duras penas disimulaba el hastío y el distanciamiento.

—Hola Rob, ¿qué tal te encuentras? —saludó. Tenía una voz amable, pero sus ojos eran fríos y velados.

Rob meditó unos instantes. Se sentía fatal. Se sentía como la persona más imbécil del planeta. Avergonzado, dolido, traicionado. Se sentía como un ridículo bufón dentro de una enorme farsa donde era el último en enterarse de ser el centro de todas las burlas. Pero probablemente no era a eso a lo que se refería el doctor.

—Me siento bien —dijo—. Tengo el cuerpo de cartón, pero por lo demás... —sonrió débilmente.

—Bien, es normal cierto entumecimiento —se limitó a decir el doctor. Le colocó algunos cables. Manipuló con destreza los controles los aparatos—. Ahora no te muevas, voy a tomarte una nueva lectura... Bien, eso es —musitó mientras sus manos apretaban interruptores y giraban controles—. Ya está. Ahora ya podemos quitarte todo eso.

—¿Para qué era?

—Te dieron un buen golpe en la cabeza. Te has pasado un día entero en coma.

—¡Un día entero! —Rob intentó levantarse de nuevo— ¡Joder! ¡Sí que me dieron fuerte!

—Tranquilo, no debes moverte —le doctor le sujetó por los hombros, obligándole a recostarse—. Nos tuviste preocupados durante un buen tiempo, pero ahora que has despertado, en principio, todo parece ir bien. Hablaremos más tarde, ahora ya pueden pasar tus padres.

—¡Mis padres! ¡Están aquí! ¡Oh, no! ¡Oh, no! —Rob miró a su alrededor con desesperación, buscando un lugar por el que huir de la habitación. Arrojarle por la ventana parecía una buena opción. ¿A qué altura estarían?

La enfermera regresó acompañada de un hombre y una mujer. Los padres de Rob, ambos de una edad que les situaba muy cerca de la jubilación, tenían un aspecto ojeroso y arrugado, los rostros hinchados y lívidos.

—¡Roberto! ¡Hijo mío!

Su madre se abalanzó hacia la cama, agarró la cara de Rob con manos regordetas, le inspeccionó la cara durante unos segundos, estampó dos sonoros besos en sus mejillas y se echó a llorar. Su padre se mantuvo tras ella en silencio, el semblante serio. Se limitó a tomar a su esposa por el brazo, tratando de consolarla. Rob vio en sus caras que habían pasado mala noche, probablemente sentados en algún duro banco de la sala de espera del hospital.

—¿Cómo has podido hacernos esto! —dijo su madre entre sollozos—. ¿Por qué, Rob, por qué? Un chico tan bien educado, tan tranquilo —sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz—. Metido a terrorista. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Qué dirán de nosotros en el pueblo! ¡Qué dirán!

—Mamá, yo solo..., todo era una tontería...

—¡Te vimos en las noticias! ¡Oh, señor! ¡Todo el mundo te vio! Queriendo agredir a ese señor tan serio. ¡Mi hijo! ¿Por qué, Rob, por qué? ¿En que te hemos fallado?

—Nos has causado un gran disgusto —dijo su padre, mirándole con severidad.

—Lo siento papá, en realidad yo no...

—¡Dios mío, Rob! ¡Puedes ir a la cárcel! ¡Y te lo tendrás bien merecido! ¡Por mezclarte con esos terroristas! ¿Dónde los conociste? ¿Quiénes son? ¡No volverás a esa universidad! ¡Te vuelves con nosotros al pueblo!

—No son terroristas, mamá. Solo un puñado de idiotas que querían armar ruido.

—Tú encima defiéndelos. Ojalá vayan todos a la cárcel. ¡Tú también! ¡Así aprenderías! Te estaría bien empleado. Ay, dios mío, nosotros que te lo hemos dado todo, y así nos pagas. ¿Que te ha faltado hijo mío? ¿En que hemos fallado?

Rob se hundió bajo las sábanas, sin fuerzas para replicar. Era inútil. Su madre no escucharía otra cosa que sus propios lamentos. Jamás sería capaz de hacerla cambiar su punto de vista, ni aunque escribiese un minucioso tratado de mil páginas explicándosele. Pero sabía que, con toda seguridad, al cabo de un rato se le pasaría el enfado y lo olvidaría todo. Lo que en realidad le dolía era la mirada de reproche, dura y distante, de su padre. Ellos nunca se habían comunicado demasiado bien, y la forma que su padre tenía de expresar su enfado consistía en aumentar aún más la distancia entre ambos. Rob odiaba que ante cualquier fracaso suyo sus padres se comportasen como si los perjudicados fuesen ellos.

*¡Mierda!, soy yo quién está jodido, ¿por qué me hacéis sentir tan culpable?*

El médico carraspeó para llamar su atención. Su madre interrumpió la letanía de lamentos.

—¿Cómo se encuentra mi hijo? —preguntó secándose las lágrimas con una punta del crujiente pañuelo.

El médico les miró con rostro adusto. Había algo en su expresión, como si mirase desde lo alto de una montaña, que hizo estremecer a Rob.

—Bien —dijo con voz hueca—. Tengo buenas y malas noticias. Lo primero es informarles que el golpe que sufrió su hijo no ha revertido en ninguna lesión preocupante.

*¡Malas noticias! ¿Qué malas noticias?*

—Tendrá un chichón y un severo dolor de cabeza cuando se pasen los efectos de los calmantes, pero eso es todo. Sin embargo, su hijo ha pasado casi veinticuatro horas en coma. Eso nos hizo estar preocupados al principio.

*¡Malas noticias! ¡Maldita sea! ¿Por qué le hablas a ellos? Yo soy el paciente. Soy un adulto consciente y responsable de mis actos. ¿Por qué no te diriges a mí?* Quería levantarse y zarandear al médico por las solapas.

—...un coma ocasionado por un traumatismo de esa clase no suele durar más de un par de horas, cuatro o cinco a lo sumo...

*¿Y qué? ¿Qué pasa? ¡Dilo ya maldita sea!*

—...así que realizamos algunas pruebas complementarias, entre ellas una resonancia magnética. Y en la resonancia, hemos encontrado algo preocupante.

El médico se giró entonces hacia Rob. Le miró fijamente con ojos inexpresivos que auguraban malas noticias.

—No me andaré con rodeos. Pensamos que tienes ELA. Esas son las siglas con las que se conoce a la esclerosis lateral amiotrófica.

—¿Qué? ¡No puede ser! —quiso gritar pero, además del alma, se le había encogido la voz.

—Lo siento —se lamentó el médico.

—Pero... —dijo su madre sin comprender aún—. ¿Eso es grave?

—Verán, se trata de una enfermedad neuromuscular en la que las células nerviosas que controlan el movimiento de la musculatura gradualmente disminuyen su funcionamiento y mueren, provocando debilidad y atrofia muscular. Eso significa que su hijo puede quedar incapacitado o paralítico. Les será franco, si la enfermedad evoluciona desfavorablemente, puede llegar a causar la muerte.

—Oh, dios mío —sollozó su madre—. Pero doctor, hay una cura, ¿verdad?

Rob escuchaba mientras se hundía en silenciosa estupefacción. No podían estar hablando de él. *¡Eh, oiga! ¡Se está equivocando! ¿Verdad? Se ha confundido de paciente. El de la esclerosis está en la habitación de al lado. Yo estoy sano, ¿no lo ve? ¡Yo me encuentro perfectamente!*

—Me temo que por ahora no existe ningún tratamiento probado —respondió el doctor—. Algunos fármacos recientes se han mostrado prometedores en la detención de la progresión de la enfermedad. Y, aunque no tenemos nada que la cure completamente, sí existen remedios para combatir el conjunto de síntomas que acompaña a la enfermedad, como son los calambres, la espasticidad, las alteraciones en el sueño o los problemas de salivación...

*¡Dios mío! ¿Está hablando de mí? ¡No puede ser! ¿Me voy a convertir en uno de esos vegetales en silla de ruedas? ¡No puede ser, no puede ser! No me puede ocurrir a mí, no puedo tener tan mala suerte. ¡No a mí, no a mí!*

—...existen numerosas estrategias muy eficaces para cuando aparecen las alteraciones respiratorias —continuó el médico con tono asépticamente profesional— o cuando

urgente problemas relacionados con las secreciones. Los fisioterapeutas, terapeutas ocupacionales y logopedas son los profesionales encargados de asegurar la independencia funcional a través del ejercicio y la utilización de los equipos técnicos oportunos...

Rob dejó de escuchar. No podía seguir escuchando. Era demasiado. Las lágrimas en sus ojos pugnaban por abrirse camino, abrasadoras como perlas de metal líquido. Se esforzó por contenerlas. No quería que le viesen llorar como un niño, no allí, delante del médico y la enfermera.

—...un especialista les contará todos estos detalles, y les guiará a través de todo el proceso que han de seguir. Pero hasta que aparezcan los primeros síntomas, su hijo puede llevar una vida perfectamente normal. —se volvió hacia Rob—. Hoy mismo te daremos el alta. Siento haber tenido que darles esta mala noticia —dijo, y se marchó seguido por la silenciosa enfermera.

Rob se enfrentó a las caras de sus padres. Su madre lagrimeaba mansamente, sin los aspavientos de antes. Su padre tenía la mirada perdida en el vacío, con un brazo rodeando los hombros de su mujer. Lo único que delataba su sufrimiento era el temblor que se había apoderado de su barbilla.

Rob cerró los ojos y dejó que las lágrimas se escurriesen entre los párpados. Aunque ínfimo, el llanto era el único alivio que podía encontrar en aquel momento.

—Te vienes a casa. Te vuelves con nosotros —repitió su madre una y otra vez.

—Ni hablar —negó Rob mientras se abrochaba los botones de la camisa.

Estaba anocheciendo. Después de haber comprobado las lecturas del electroencefalograma en un par de ocasiones a lo largo del día, el médico le dio el alta y le indicó que podía marcharse.

—Tu madre tiene razón —dijo su padre—. No te podemos dejar aquí, solo.

Rob sintió lástima por ellos. Había meditado largamente durante todo el día y, ahora que había tomado la decisión, se sentía extrañamente liberado. Pronto todo acabaría para él. Pero eso no evitaría el sufrimiento de ellos.

—Papá, mamá —dijo mirándolos con fingida docilidad—, mañana tengo algo que hacer aquí. Es algo muy importante para mí. Algo que tengo pendiente desde hace tiempo y que no puedo dejar. Pero el domingo le pediré a Leo me lleve al pueblo. Lo prometo. Podéis ir tranquilos. El domingo estaré allí.

Su madre pareció conformarse con aquello. *¡Bien! Un día es todo lo que necesitas.*

Frente al espejo, se peinó el rebelde pelo con los dedos. *Tengo una pinta horrible. Pero pronto eso también dejará de importarme.*

—Mamá —dijo mientras se abrochaba los zapatos con dedos temblorosos—, ¿ha venido alguien a verme mientras estaba inconsciente? ¿No ha preguntado nadie por mí?

—No —respondió su madre—. La enfermera nos hubiera avisado. Nadie.

Rob suspiró. Ainara ni siquiera se había pasado a verle. Ni una llamada. *¡Pues que te aproveche ese gilipollas de Fran!* De pronto sintió ganas de incendiarlo todo, un incontrolable deseo de arrasar el planeta. Pero tuvo que contentarse con darle un flojo puñetazo a la mesita sobre la que languidecía el almuerzo sin tocar.

Salieron casi simultáneamente a la llegada de Leo, que le esperaba estacionado en la entrada del hospital de tal forma que el pequeño Seat Ibiza se las apañaba para ocupar con orgulloso protagonismo la totalidad de la zona reservada a las ambulancias. Las calles tenían un aspecto húmedo y gris de desagüe. Soplaban un fuerte viento que les sacudió las ropas y el pelo como si descendiesen por una montaña rusa a toda velocidad. Rob se despidió de sus padres, a los que tuvo que prometer por enésima vez que el domingo regresaría a casa. Se metió en el coche mientras su madre rompía a llorar.

—¡Tío! ¿Pero que coño te ha pasado? —preguntó Leo—. ¿Por qué lloraba tu madre?

—Oye, ¿llevas la botella de whisky?

—Claro, hoy es viernes. Está en la guantera.

Rob abrió la portezuela y sacó una botella de recio cristal verde oscuro. Le dio un largo trago, ávido como el primer biberón de un recién nacido. El líquido descendió abrasador por su garganta y cayó en el estómago como una bola de plomo hirviente, pero ni siquiera se inmutó. Gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas. Se limpió con el dorso de la mano un reguero de licor que le chorreaba por la barbilla y comenzó a relatar lo sucedido en la universidad, la protesta estudiantil, el golpe. Luego le explicó la parte más dura.

—¿El ELA? ¿Joder tío! ¿Seguro? —Leo miró a Rob atentamente, como si quisiera descubrir los síntomas, mientras controlaba la carretera con el rabillo del ojo—. ¿Eso no es lo que tiene ese científico? El de los agujeros negros y todo eso...

—Sí —asintió Rob lacónico—. Ese mismo.

—Bueno tío. Podría ser peor. Quiero decir, ese tío lleva así un montón de tiempo y aún no se ha muerto. Fíjate, incluso se casó con su enfermera.

—Sí, es un consuelo.

*No quiero acabar en una silla de ruedas, convertido en un manajo retorcido de músculos babeantes. No, en absoluto. Pondré fin a esto.*

Aunque había tomado la decisión hacia varias horas, fue entonces, bajo los liberadores efectos del alcohol, cuando tomó plena conciencia de lo que iba a hacer. No veía más salida que el suicidio. ¿Qué sentido tenía continuar? Ya se había desvelado el final de aquella lamentable historia que era —que había sido— su vida: un final dramáticamente prematuro. En realidad, no era la muerte lo que le asustaba. Lo que le causaba pánico era vivir luchando contra la maldita enfermedad. Ser consciente todas y cada una de las condenadas horas del día de que te estás muriendo, de que tu cuerpo se deteriora a la velocidad de la luz. Saber que un día te despertarás para descubrir que ya no puedes salir de la cama por ti mismo, que ya no puedes mear sin ayuda, que necesitas que te vistan y que te den de comer. Vivir una vida de medicamentos y tratamientos, de sesiones de rehabilitación y visitas constantes al hospital. Una vida falsa, ajena, ausente.

*Esa no sería mi vida, sería la vida de la enfermedad.*

Dio otro largo y desesperado trago. El zumbido del motor y el aullido del viento descendieron súbitamente de intensidad. La gravedad se aflojó ligeramente.

—Oye, ¿a dónde vamos? —preguntó viendo que tomaban una carretera de las afueras.

—Al Paraíso. Hoy es viernes. Tengo cita con Linda.

—Déjame antes en mi casa.

—Ni hablar. No voy a dejarte solo. Mírate. Estás hundido. Lo que tienes que hacer es emborracharte y echar un polvo.

*Lo que realmente necesitas es un milagro médico. Por dios, ¿que están haciendo todos esos científicos? ¿Por qué no encuentran una cura de una maldita vez?* Rob los imaginó trabajando relajadamente en sus laboratorios, de ocho a seis, sin ninguna sensación de urgencia, realizando sus experimentos, publicando sus resultados, dándose palmaditas en la espalda por lo bien que habían conseguido controlar el avance de la esclerosis en una puñetera rata de laboratorio. *¿Por dios, por qué no se daban más prisa?* Era su vida la que estaba a punto de acabarse, maldita sea.

Leo detuvo el coche junto a una larga hilera de enormes camiones que descansaban solemnes, como naves espaciales recién llegadas de algún planeta remoto, en la explanada que hacia las veces de aparcamiento del Club Paraíso. En lo alto del edificio con aspecto de almacén parpadeaba el cartel con las palabras Club y Paraíso en letras de neón, bien visible desde la carretera, cada letra brillando en un color diferente.

—Pásame la botella —pidió Leo. Rebuscó en el bolsillo de la cazadora y sacó un frasquito de plástico transparente. Extendió la palma de la mano y vertió un puñado de pequeñas pastillas de colores—. ¿Quieres una? —ofreció.

—¿Si me trago el bote entero, acabarán conmigo? —preguntó Rob mirando esperanzado las diminutas píldoras.

—No creo, pero te mandará tan lejos que a lo mejor no encuentras el camino de vuelta.

—Ya. Entonces paso.

—Venga, hombre —le animó Leo—. Solo una. Pasarás un rato en el paraíso. Lo necesitas.

*O en el infierno*, se dijo con pesimismo. La única vez que se había atrevido a tomar drogas se había pasado la ajetreada noche convencido de que todos los que le rodeaban habían muerto y que se encontraban atrapados en un metafísico bucle sin salida: una suerte de limbo que le obligaba a permanecer en movimiento hasta redimirse de sus pecados. Al amanecer se había despertado hecho un ovillo en la puerta de la discoteca, completamente agotado. En su estado actual no se atrevía a imaginar la paranoia existencial que podría estar acechando en su mente, esperando que algo descorriese el cerrojo.

Leo se metió dos pastillas rojas y una azul en la boca. Bebió un trago de whisky, cerró los ojos e inspiró profundamente, como si se preparase para zambullirse. En otros tiempos Leo había sido un voraz consumidor de drogas. Era la única forma de soportar las largas travesías marítimas: los angostos camarotes compartidos con docenas de sudorosos marineros, la agorafobia del océano infinito, la disciplina y el trabajo agotador, las noches de juerga al recalar en puerto... Pero ahora estaba limpio. Ya no consumía. Solo el habitual porro al levantarse y acostarse, con el desayuno y después de cada comida, más una raya de cocaína para aguantar las largas guardias, más unos cuantos éxtasis el fin de semana y, por supuesto, de nuevo algo de cocaína el lunes por la mañana, para superar la resaca del fin de semana. Y eso era todo.

Un camión maniobró frente a ellos, deslumbrándoles durante un instante con los potentes faros. Rob apuró el contenido de la botella y la arrojó por la ventanilla. A lo lejos parpadeó un relámpago, iluminando brevemente la siniestra masa de árboles que se extendía a ambos lados de la carretera. Se quedó contemplando la oscuridad que parecía haberse tragado el mundo para siempre. Pensó que jamás volvería a ver la luz del sol.

—En marcha —dijo Leo—. Linda me espera.

*¿Y a mí, qué me espera?* se preguntó Rob.

Viktor, que ya no experimentaba el paso del tiempo, sintió un leve pero profundo movimiento en su interior al sacar el teléfono. Dos placas tectónicas acomodándose entre sí: una, el Tiempo, con toda su inmensidad e imparable avance; la otra, él mismo. Aquel ajuste era necesario en ciertos momentos para no quedar estancado, para no quedar aislado como un viejo fósil. En algún momento del pasado el mundo había perdido para él su vector de empuje hacia el futuro. El sol se asomaba cada mañana y se desplazaba por el cielo, pero no era más que una sucesión de imágenes estáticas. Los rostros que le rodeaban y sus mutaciones sólo eran máscaras cambiantes. La gente, sus ideas y pensamientos, las emociones que los guiaban, sucedían en otra realidad: la realidad del Tiempo. Él vivía al otro lado de una delgada línea. Una frontera que nadie más podía ver, pero que estaba terriblemente cerca de todos, a la distancia que separa un latido de corazón del silencio.

Marcó un número. Mientras escuchaba pacientemente los tonos de llamada, se agachó para coger una lata de refresco tirada en el suelo y la arrojó contra un puñado de bulliciosas palomas que se apelotonaban en mitad del sucio callejón. Las palomas salieron despavoridas en un torbellino de alas blancas con dirección al tejado más próximo.

—Señor Hoffman, soy Viktor —dijo cuando el tono de llamada fue reemplazado por un entrecortado silencio—. Me gustaría verle.

Durante largos segundos nadie respondió. Una brisa fría correteaba entre las callejuelas empedradas del barrio gótico. El apático sol arrancó un destello en un escaparate cuando el viento cambió la configuración de las nubes que lo tapaban, deslumbrándole durante un instante.

—Ellos andan cerca —dijo de pronto una voz apenas audible. Era la voz de un anciano al que le cuesta respirar.

—Lo sé. Por eso necesito verle.

—Ella también está aquí. Puedo sentirlo. El miedo se le queda a uno grabado en los huesos, como un viejo reuma. Duele cuando ellos están cerca.

—Tiene que ayudarme a encontrarla.

Una risa histérica, cargada de desesperación, salió a borbotones del pequeño auricular.

—Yo no puedo ayudarle en nada. Si ellos me descubrieran...

—Usted ya no debería temerles.

—¡Precisamente porque estoy al borde de la muerte les temo más que nunca! —gritó la voz del anciano—. ¿No lo entiendes? ¡Somos los muertos los que más hemos de temerles!

—Voy hacia su casa. Estaré allí en unos minutos —fue la respuesta de Viktor.

—¡Estúpido! ¿Crees que porque ella está muerta está fuera de su alcance? ¡Si les persigues volverán a hacérselo de nuevo!

Viktor iba a replicar cuando la llamada se cortó. Con grandes zancadas atravesó el mar de palomas que se había asentado de nuevo sobre el empedrado como enormes copos de nieve sucia. Las palomas se hicieron a un lado, indiferentes. Viktor se abrochó los botones del abrigo para protegerse del viento cortante. Se estaba haciendo viejo, pensó, si aquella brisa le hacía temblar los huesos. En su vieja tierra de Siberia, en un día como aquel se hubiera bañado desnudo en el lago Baikal. O tal vez el motivo de sus temblores era otro.

Con más de noventa años, Hoffman era uno de los últimos nazis vivos que había combatido junto a Hitler. Ayudados por la dictadura, después de la guerra, él y otros cientos de dirigentes del régimen nazi se habían refugiado en España con identidades falsas. Hoffman y otros muchos se habían mantenido después en contacto. Algunos de ellos incluso habían impulsado los nuevos movimientos nazis resurgidos en Europa, organizaciones que abogaban por la llegada del cuarto Reich. En el curso de sus investigaciones, años atrás, Viktor había descubierto la verdadera identidad de Hoffman y le había chantajeado con no denunciarlo a cambio de determinada información. Gracias a él había averiguado el paradero de numerosos jerarcas nazis refugiados en Europa, así como interesante información sobre lo ocurrido en la trastienda de la segunda guerra mundial. A pesar de las reticencias de Hoffman, Viktor siempre había tenido la impresión de que el antiguo militar encontraba cierto consuelo al contarle sus secretos, como si la confesión de sus crímenes le aliviase en parte de la carga que suponían.

Media hora después, Viktor se encontró en una calle tan estrecha que un hombre como él podía tocar ambos lados si estiraba los brazos. Apretó con fuerza el botón del telefonillo. Aguardó unos instantes, pero no hubo respuesta. Empujó la pesada puerta metálica, que se abrió con un gemido. Desde el zaguán en sombras partía una angosta escalera que se perdía en la oscuridad. No había ascensor. Los escalones de madera estaban tan podridos que ascender por ellos era como cruzar un río sobre el tronco de un árbol. Subió hasta el rellano del tercer piso y llamó de nuevo.

Con un extraño presentimiento, empujó la puerta. Estaba abierta. Un olor a pólvora le llegó del interior en penumbra. Se internó por un estrecho pasillo embaldosado con celosías hasta llegar a la oscura pieza que hacía las veces de salón. El piso entero apestaba a humedad, a medicinas y a ese aroma avinagrado que anuncia la muerte.

Encontró el cuerpo de Hoffman echado en un viejo sofá lleno de agujeros. La escopeta descansaba en su regazo. La sangre roja y fresca aún fluía por el suelo desde el orificio en su cabeza. En una esquina había una chimenea cuyas brasas brillaban en la oscuridad como los ojos de un animal nocturno. Viktor corrió una gruesa cortina y una luz sucia y pesada se derramó por la habitación a través de los cristales cubiertos de polvo.

Incluso muerto, el rostro de Hoffman seguía teniendo un aspecto sólido y robusto, el mentón prominente, la frente ancha y despejada, unas gruesas cejas ya albinas enmarcaban los azules ojos que parecían contemplar el vacío.

Viktor se inclinó sobre él y le cerró los ojos. Reparó en el cuaderno sobre la mesa del comedor, dejado allí como si el viejo hubiese querido que él lo encontrase después de su muerte. Tomó una silla y se acomodó junto a la mesa. Sacó un cigarrillo y lo encendió lentamente mientras contemplaba pensativo el cadáver del anciano.

Por fin, se decidió a abrir el cuaderno. Debajo de la tapa había un par de hojas dobladas por la mitad. Las puso a un lado y examinó el resto. Estaba repleto de anotaciones manuscritas. Por la letra y el papel amarillento dedujo que eran antiguas. Reconoció fechas y nombres. Parecía un diario con sucesos ocurridos durante la guerra. Pasó las páginas y encontró más datos, nombres y direcciones. En aquel cuaderno estaba anotado el paradero actual de muchos de los jerarcas nazis desaparecidos tras la guerra. Viktor conocía la mayor parte de aquella información, el propio Hoffman se la había ido revelando con el tiempo. Observó que había hojas arrancadas aquí y allá. El corte en el papel era reciente, como si el viejo se hubiese arrepentido en el último momento de dejar cierta información por escrito.

El final del cuaderno tenía un aspecto diferente: la tinta aún brillaba, la letra apresurada. Viktor leyó:

Para muchos la muerte representa una liberación. Estúpidos. Muertos somos más vulnerables. Buscábamos la inmortalidad, y lo que encontramos fue la condenación eterna. Yo también fui una vez un joven lleno de curiosidad. Me fascinaba la historia de nuestra amada Europa. Consumí mi niñez encerrado en la biblioteca de mi padre, leyendo las proezas de los grandes generales, hombres que moldearon nuestro mundo. Julio Cesar, Alejandro, Napoleón. Pero, para mi desgracia, aquella visión infantil cargada de idealismo se fue desvaneciendo con la perspectiva adulta, al igual que la fe religiosa se diluye cuando el adulto la somete a la consideración de la lógica. Antes de la guerra yo era un joven historiador lleno de ambición. Quería desentrañar los mecanismos que mueven la historia, los misterios que hacen que una nación prevalezca, las verdaderas raíces de la cultura. Me especialicé en el periodo de La Revolución francesa, supongo que por admiración hacia uno de mis ídolos de juventud, el que yo consideraba como el mayor genio militar de la historia. Sin embargo, cuanto más estudiaba la figura de Napoleón y su época, menos comprendía qué era lo que había hecho de él un gran hombre. La Revolución francesa produjo multitud de jóvenes tan ambiciosos, inteligentes, resueltos y poco escrupulosos como aquel hijo de un vulgar abogado corso. Comencé a preguntarme por qué ese joven en particular, de aspecto insignificante, con acento extranjero, sin dinero ni influencia, se las ingenió para abrirse camino en el mundo de tal manera que, después de ganar una batalla tras otra, se convirtió en dictador de Francia y puso a media Europa bajo su dominio. En mi búsqueda de conocimiento entré en contacto con la Sociedad Thule. Allí conocí a nobles aristócratas y militares, hombres cultos provenientes de la burguesía alta. Todos anhelábamos un conocimiento oculto que presentíamos, pero lo que encontramos iba más allá de nuestras más febriles expectativas. Allí fue que intuí por primera vez la presencia de *ellos*.

Escuchamos cosas extrañas sobre ciertos personajes de la logia, hombres y mujeres que pertenecían a un círculo interno, oculto y secreto. Se decía que practicaban el esoterismo, que elevaban sus conciencias por medio de rituales mágicos, que alcanzaban una percepción de inteligencias malvadas, no humanas, que habitaban el Universo y que, por esos medios, podían llegar a inducir situaciones deseadas, e incluso a predecir el futuro. Yo, por entonces, no lo tomé demasiado en serio. Hasta que la guerra estalló y entonces *ellos* comenzaron a dejarse ver.

Empezaron a suceder cosas difíciles de explicar. Hitler se comportaba de forma extraña. Había rumores. La mayoría de los que alcanzamos cierto rango dentro de la jerarquía nazi no éramos ni ingeniosos mitómanos, ni creíamos en la existencia de una conspiración judeo-masónico-comunista. El mismo Goebels reconoció que el problema judío era diferente y más complicado de lo que solía creerse. Algunos sectores de las SS ironizaban sobre la puerilidad de los argumentos antisemitas de la propaganda del régimen. En una organización de élite como las SS, compuesta por gentes brillantes, la simplicidad de la teoría conspiratoria anti-semita era poco menos que increíble. Podíamos aceptar que la historia de la humanidad era la historia de los conflictos raciales, podíamos aceptar que la raza aria indogermánica fuese una raza superior a las demás y que, por tanto, debía dominar... Aceptábamos incluso que el espíritu judío, como el führer había señalado en Mi Lucha, era la antítesis de lo ario. Incluso es posible que entre nuestras filas hubiese antisemitas fanáticos, pero ni eran mayoría, ni copaban la totalidad de los cargos superiores... Nosotros no planeamos un genocidio premeditado. Si lo hubiera sido, probablemente hoy la raza judía se habría extinguido de la faz de la tierra, como los romanos borrarón de Etruria hasta el lenguaje. No, el verdadero plan de las SS era otro.

Las siguientes páginas estaban arrancadas. El cuaderno acababa allí. Viktor lo cerró y abrió las hojas sueltas que había encontrado al principio. La primera tenía la apariencia de un antiguo teletipo impreso con letras a máquina. En el encabezado resaltaba un deslucido sello impreso en tinta roja: *Alto Secreto*. Por el contenido, dedujo que se trataba de la

descripción de unas coordenadas marítimas. Abrió la segunda hoja. De nuevo la letra de Hoffman. La tinta parecía más antigua.

...la descripción en coordenadas del movimiento de una de las flotas de submarinos alemanes, nuestros temibles U-boots que tanto daño hicieron a las líneas de suministros del Reino Unido. El comunicado nos llegó por mediación de uno de nuestros espías infiltrado en el mando inglés. El documento tiene fecha del 24 de mayo de 1941. Nuestro hombre trata de avisarnos de que los ingleses conocían con total exactitud la posición y el número de naves desplazadas. Algo habitual dentro del espionaje en una guerra. En este caso, nuestro espía tuvo dificultades para hacernos llegar este mensaje. En realidad, fue descubierto y eliminado poco después. El documento llegó a mis manos el día 30 de mayo, tarde, porque los submarinos ya habían sido enviados a su destino, sin posibilidad de desdecir las órdenes. Sin embargo, la decisión de hacia dónde dirigir nuestros esfuerzos y cuántas naves enviar a cada punto solo se tomó un día antes de su partida, el 29. Lo sé porque yo tomé esa decisión. La pregunta es: ¿cómo supieron los aliados hacia dónde irían los submarinos cinco días antes de que yo mismo lo decidiese?

Fue entonces que comprendí que en esta guerra había factores que se me escapaban, a mí y a mis colegas del mando estratégico. Comprendí por qué ciertas órdenes eran indiscutibles. Comprendí por qué la guerra estaba ganada en 1941 y por qué, unos meses después, todo se vino abajo. Comprendí por qué Hitler pasó de ser un estratega infalible a cometer error tras error. Había alguien más detrás de todos nosotros, alguien que tomaba las decisiones. Y también había alguien en el otro lado... alguien que parecía poder anticipar todos nuestros movimientos, un judío que consiguió escapar a pesar de todos nuestros esfuerzos...

El texto acababa allí. Viktor deseó tener algo de beber a mano, pero en aquella habitación no parecía haber nada ni remotamente alcohólico. Reprimió sus ansias encendiendo un nuevo cigarro, que chupó con avidez. Se inclinó sobre las brasas aún calientes de la chimenea. Con la punta de los dedos tiró de un trozo de papel sepultado por las cenizas. Se trataba de los restos de una fotografía en blanco y negro, quemada parcialmente. El grueso papel no había ardido por completo. La imagen mostraba parte de un antiguo palacete rodeado de árboles. Se guardó los restos de la fotografía y el diario en el bolsillo interior de su abrigo.

Se puso en pie con dificultad. La atmósfera de la habitación era pesada, le oprimía el alma. Se sintió de pronto como en el fondo de un pozo, sin aire. Le invadió una debilidad que casi le hizo caer. Su cuerpo se puso rígido, comenzó a sudar y a temblar, tenía frío y calor a la vez. Se sentía vaciado de toda energía, el corazón latía a una velocidad enloquecedora.

*Tranquilízate, se dijo, no ocurre nada. Ella no está aquí.*

Salió del piso dando tumbos y, por fin, en la calle pudo respirar. El corazón regresó poco a poco a su ritmo habitual.

*Nunca se pierde una imagen del miedo, le habían enseñado sus instructores, simplemente se archiva para siempre como un recuerdo vergonzoso. Si no te enfrentas al objeto de tu miedo, será tu compañero constante.*

Las palabras de su juventud resonaron en sus oídos. Cuando las escuchó por primera vez, hacía una eternidad, no las había comprendido. El miedo no se aprende con la inteligencia, se graba en el alma. La mayoría de hombres viven cargando sin saberlo su miedo a sus espaldas, manteniendo la mente ocupada en otra cosa, fingiendo que no existe. Viktor sabía que el miedo era la única emoción que había cruzado la frontera con él. Sería su compañero constante hasta el día en que se enfrentase a ella.

Y eso ocurrirá, se dijo con determinación, tarde o temprano, ocurrirá.



—¿Sabes una cosa? El Fin del Mundo ocurrirá tan solo dentro de cuatro años. Entiéndeme, no me refiero a que la Tierra explotará ni nada de eso. Más bien será algo así como el fin de la puñetera civilización. Todo empezará el 21 de diciembre de 2012. ¿Por qué sabemos que será en esa fecha? Porque ese día se acaba el calendario maya. ¿Qué te parece? Esos tíos estaban tan seguros de que todo acabaría ese día que tuvieron los huevos de ponerle un punto y final a su calendario. Pero hay más. Lo increíble es que la fecha donde empieza el calendario maya, su año cero por así decir, es anterior en unos 3000 años a su propia época. ¿Comprendes? Lo que nadie se explica es por qué eligieron precisamente ese momento. Un momento clave en la Historia, ya sabes: en Egipto se les ocurre empezar a construir pirámides; en Mesopotamia se inventan la escritura; en América aprenden a cultivar maíz. ¿Entiendes? Estamos hablando de los primeros pasos de la civilización. Antes de aquello los hombres eran un puñado de monos desnudos corriendo asustados de un lado para otro. La pregunta es: ¿por qué todo comenzó entonces y no en otro momento? Y sobre todo: ¿cómo pudieron saberlo esos tipos, los mayas? Nadie lo sabe. Pero si el principio de su calendario coincide con el inicio de la civilización, ¿no te parece una prueba suficiente de que algo pasará cuando se acabe?

Leo hablaba a gritos para hacerse oír por encima de la música. Sentada a su lado, o más bien encima de él, Linda, una de las prostitutas del Club Paraíso, le escuchaba atentamente.

—No entiendo una mierda, cariño —dijo agitando las enormes pestañas postizas que parecían la cola de un pavo—. Para mí el fin del mundo ocurrirá el día que la palme. Y eso que llamas civilización, por mí puede irse al carajo. Seríamos más felices viviendo en los árboles.

—En eso tienes razón —asintió Leo. Y, como para celebrar la coincidencia de sus puntos de vista, le chupó el cuello y le manoseó ávidamente los muslos y pechos.

Rob, por su parte, se encontraba concentrado en la oscuridad del interior de sus párpados, en la esperanza de que todo dejase de dar vueltas a su alrededor. Sentada a su lado, una joven de piel negra como el tizón le miraba con los ojos muy abiertos, desafiantes, como de animal. Rob se topó con el blanco de sus ojos y por un instante creyó ver allí resumida la tragedia de un continente entero. Leo se había empeñado en que tuviese compañía, pero no podía evitar sentirse inquieto al lado de aquella joven de ébano. Se sentía culpable, aunque no estaba seguro de qué.

Huyendo de aquellos ojos dejó vagar la mirada a su alrededor. Fogonazos de rostros fantasmales, chorreantes de lujuria, hombres de miradas lascivas y mujeres fingiendo deseo, aparecían y desaparecían en la oscuridad, palpitando al ritmo multicolor de los intermitentes focos. Entre todos aquellos rostros, uno llamó su atención.

Era incapaz de recordar por qué, pero la cara le resultaba familiar. Se trataba de un hombre joven, probablemente de su misma edad. Nadie le acompañaba, lo cual era extraño allí dentro, donde las prostitutas revoloteaban alrededor de cada hombre como moscas en torno a un despojo. A pesar de la penumbra saltaba a la vista su aspecto oriental, los ojos rasgados, el cráneo afeitado al cero. Rob habría jurado que no estaba allí la última vez que miró, y también que el tipo le sonreía: le estaba observando fijamente. Tuvo un estremecimiento al notar aquellos ojos clavados en los suyos. Le sobrevino una curiosa sensación de desnudez, como si el extraño pudiese leer directamente los oscuros pensamientos que discurrían por los rincones de su mente. Durante un largo instante no pudo apartar la mirada, cautiva de aquellos ojos rasgados que parecían más viejos que su propietario. Mientras intentaba recordar dónde lo había visto antes, en su mente afloró un extraño sentimiento: lo odiaba. Tuvo la certeza de que ambos eran enemigos mortales. Pero cuando intentó profundizar en la idea, el concepto se hundió en su mente como un lastre en el mar, desapareciendo por completo al cabo de unos segundos.

Rob engulló de un trago lo que le quedaba en su copa y dejó el vaso en la mesa con un fuerte golpe. Sentía unas ganas enormes de ponerse en pie y gritar con todas sus fuerzas. Lo que hizo sin embargo fue levantar la mano para pedir otra copa.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Leo con voz gangoso—, soy un escritor. Escribir es la forma más potente de gritar que conozco. Tu voz puede llegar muy, muy lejos, y llegar a la gente muy, muy adentro —se golpeó violentamente el pecho con el puño.

—Vamos Rob, intenta relajarte, hombre —farfulló Leo. Los ojos le brillaban como si contemplase un incendio. Tenía las pupilas tan dilatadas que parecían a punto de saltarle de los ojos.

—¿Que le pasa a tu amigo? —preguntó Linda, realizando la proeza de hablar sin sacarle la lengua de la oreja.

—Déjale en paz —murmuró Leo, cortante—. Está pasando por un mal momento.

Rob le dio una palmadita en el muslo a la joven a su lado y se hundió en su asiento con el ceño fruncido. Si al menos la cabeza dejase de darle vueltas. Las puñeteras luces parpadeantes le estaban volviendo loco. Su acompañante, obviamente más inexperta que Linda, intentó rodearle torpemente con sus brazos. Aunque la cercanía de toda aquella piel desnuda estaba provocando que su entrepierna monopolizase toda la sangre de su cuerpo, Rob no tenía la menor intención de acostarse con ella. La idea de que la joven lo haría solo por dinero, o peor aún, obligada por alguna mafia, solo le provocaba el deseo de prender fuego a aquel lugar y bailar sobre sus cenizas.

—¡Rob! ¡Es ella! —exclamó de pronto Leo. Se incorporó deshaciéndose del abrazo de Linda y de su hábil y jugosa lengua.

—¿Qué es quién? —farfulló Rob. Tenía que hacer un esfuerzo titánico para que la lengua hiciese los movimientos adecuados. En la pugna por controlar su cuerpo, el alcohol hacía rato que había ganado la batalla.

—Vera, la nueva. Te dije que merecía la pena —el rostro de Leo se iluminó de entusiasmo—. ¡Ahí la tienes!

Rob se volvió. Una mujer había surgido detrás de una cortina, al fondo del local. Si Rob hubiese estado en condiciones de hablar, se hubiese quedado sin habla. Recordó vagamente que Leo le había hablado de ella al entrar. Aunque Leo siempre exageraba cuando se trataba de mujeres —y de casi todo, en realidad—, Rob pensó que en aquella ocasión se había quedado corto.

La mayoría de los hombres de desentendieron de sus parejas para admirarla a su paso. Si bien aún era joven, se encontraba en ese delicado punto entre la juventud y la madurez en el que una mujer ostenta lo mejor de ambos momentos. Era alta, de curvas voluptuosas. Bajo la falda ridículamente corta asomaban unos largos muslos morenos y torneados. Su escote perfecto, en forma de Y, encarnaba uno de los pocos fenómenos de la naturaleza que un hombre podría contemplar durante horas sin desviar la atención. En su rostro ovalado, enorgañado por mechones plateados, resaltaban unos labios carnosos y sensuales, la nariz picara, ligeramente respingona. Llevaba los ojos ocultos tras unas gafas de sol que le otorgaban un toque de misterio. Su figura entera relumbraba con un halo de altivez y sofisticación. Parecía el tipo de mujer que una imaginación casada con un millonario y que espera encontrar en las portadas de las revistas de famosos y en sus sueños, no en aquel tugurio.

Aunque tal vez la parte más irresistible de su atractivo, según el relato de Leo, residía en que no aceptaba ofertas de los febriles clientes del Club. Cada noche aparecía misteriosamente, daba una vuelta por el local y, a veces, en contadas ocasiones, elegía a un hombre con quien acostarse. Los rumores de los que Leo se hacía eco con entusiasmo hablaban de una ninfómana que enloquecía de lujuria a sus amantes. Algunos habituales del Club le tenían verdadero pánico. Otros habían ofrecido auténticas fortunas a cambio de sus favores. Pero no debía ser cuestión de dinero, porque ella los había rechazado a todos.

La mujer avanzó contoneándose entre los reservados como un felino que acecha sigilosamente. Después de rodear varias mesas llegó hasta donde se encontraba Rob. Le miró a través de sus gafas oscuras y arqueó los labios como si se relamiere por dentro. Rob sintió que las tripas se le volvíen del revés. Por algún motivo, tener frente a sí a aquella mujer le hizo pensar en su madre, no en la madre de carne y hueso cuya imagen podía recordar hasta donde la memoria le alcanzaba, sino en una presencia apenas evocada, alguien que había estado a su lado desde antes de que las sensaciones fraguasen en recuerdos, alguien que le abrazaba y le alimentaba y cuya mera proximidad bastaba para disipar el miedo de las sombras y el silencio, un refugio perfecto cuya existencia el paso del tiempo se había encargado de borrar de su mente pero que, ahora se daba cuenta, siempre había echado de menos sin saberlo.

Sin decir una palabra, la mujer extendió la mano hacia él. Rob saltó como un resorte. Su contacto hizo que el corazón se le disparase como un mecanismo enloquecido. Lejana, como en un sueño, escuchó una voz.

—Vamos arriba.

Fue Leo quien habló. Las dos parejas se encaminaron hacia las escaleras, al final de las cuales partía un largísimo pasillo flanqueado por decenas de puertas. Sin soltarle de la mano, la mujer abrió una de ellas y tiró de Rob hacia el interior.

La habitación, para ser una habitación de puticlub, estaba profusamente amueblada: una enorme cama en forma de corazón, mesita de noche, tocador, dos sillones, una especie de diván, varios taburetes forrados de terciopelo, un lavabo en una esquina y, a su lado, un gigantesco bidé que alguien poco dado a las proporciones hubiese podido confundir con una bañera. Las paredes estaban pintadas de rojo vibrante, alumbradas tenuemente por varios focos a media luz. Rob tuvo la sensación de encontrarse en la lujosa sala de espera de alguna sucursal del infierno.

Junto al lavabo había una segunda puerta interior, la cual se abrió de golpe. En el umbral apareció Leo, desnudo, la enorme barriga colgando como un Buda.

—Todos los cuartos están comunicados entre sí. Dejaré el cerrojo abierto por si luego te apetece cambiar de pareja —dijo guiñándole un ojo.

—¡Ni hablar! —gritó Linda desde la habitación contigua— ¡Tú eres solo para mí!

Leo se encogió de hombros y cerró la puerta, dejándolos solos. Rob descubrió que temblaba como un niño. La mujer le acarició las mejillas con las manos.

—Tranquilo, no tengas miedo —susurró con una voz dulce y a la vez obscuramente sensual—. Voy a aliviar tu sufrimiento.

Con cada movimiento su cuerpo emanaba un aroma cautivador que no se parecía a ningún perfume que Rob hubiese oído nunca. Sus largos dedos acabados en uñas pintadas de rojo comenzaron a soltarle los botones de la camisa. Luego le abrió el pantalón y le fue despojando de toda la ropa hasta dejarle completamente desnudo. Le empujó suavemente hacia la cama. Como una madre que se ocupase de su bebé recién cambiado, depositó cuidadosos besos sobre su vientre, en las piernas. Rob se estremeció de placer al sentir el esforzado pene completamente dentro de su boca. Cuando creyó que estaba a punto de correrse, Vera se estiró sobre él y le hizo el amor hasta que eyaculó en un orgasmo tan intenso como una dosis de heroína.

los dedos.

—¿Qué clase de criatura eres? —murmuró Rob. La mujer le silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—Ssshhh —suspiró ella—, yo acabaré con tu dolor. Yo calmaré tu sufrimiento.

Rob deseó que fuese cierto. Por unos momentos había saboreado una extraña plenitud, como si hacer el amor con aquella mujer fuese lo único que realmente hubiese anhelado durante toda su vida. El miedo y la angustia se habían esfumado. Podría permanecer a su lado una eternidad y no echaría en falta nada más. *Ojalá se detuviese el tiempo*, pensó, *aquí y ahora*. ¿Pero qué ocurriría cuando se levantase y todos sus problemas cayesen sobre él como una montaña de lodo? No lo soportaría. La idea de quitarse la vida se le antojó con total claridad como la única salida. Un escalofrío le sacudió de arriba abajo.

Como contagiada de la misma descarga, Vera se levantó de un salto. El lejano retumbar de los truenos resonó en las paredes como pasos de un gigante cada vez más próximo. Rob escuchó el tintineo de algo metálico y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, se encontró encadenado por unas esposas al cabezal de la cama.

—¿Eh, qué estás haciendo? ¡No me gustan estos juegos! ¡Suéltame!

Sin decir una palabra, Vera se quitó las gafas de sol. Sus ojos estaban en blanco, dos superficies sin vida, de una opacidad lechosa. Los ojos de un ciego de nacimiento. Rebuscó en el cajón de la cómoda y sacó un cuchillo curvo de unos treinta centímetros de longitud.

—¿Qué vas a hacer con eso? —gritó Rob. Se agitó tratando de zafarse de las ataduras, pero las esposas de metal estaban fuertemente ancladas a la cama.

—Ssshhh, me has buscado durante mucho tiempo, y por fin me has encontrado —respondió la mujer—. Ahora vamos a sufrir juntos.

No había amenaza en su voz, al contrario, el tono era el de alguien que enuncia una promesa maravillosa. Aproximó el cuchillo a su garganta. Una suave mano se posó en su mejilla. El cuchillo tenía un aspecto horriblemente afilado, la hoja brillaba bajo las luces carmesí como si estuviese al rojo vivo.

—¡Dios mío! ¡Estás loca! ¡Leo, Leo! ¡Ayúdame!

Entonces sucedieron varias cosas simultáneamente. Una estampida bramó en sus oídos, como si la tormenta se hubiese materializado dentro del edificio. La puerta de la habitación se abrió de golpe y un hombre apareció en el umbral. Sostenía una pistola en la mano. Vera soltó un alarido. Rob apenas tuvo tiempo de fijarse en la dura mirada incrustada en el rostro sombrío, porque la pistola que le apuntaba monopolizó toda su atención. El orificio del cañón parecía un diminuto agujero negro dispuesto a tragarse el mundo. De lo que no tuvo la más mínima duda fue de que aquel hombre le iba a matar. *Se acabó*, se dijo, *ahora ya todo da igual*, y esa idea le tranquilizó.

La puerta de la habitación contigua se abrió dando paso a una inquisitiva Linda de mirada interrogante. El pistolero, sorprendido por la presencia a sus espaldas, se giró con un movimiento reflejo y disparó. La cabeza de Linda saltó hacia atrás como si le hubieran dado un mazazo. El hombre se volvió de nuevo hacia ellos. Vera no paraba de gritar como una niña asustada. Rob cerró los ojos. Un segundo disparo le martilleó los tímpanos. Lo siguiente que pasó por su cabeza no fue la esperada bala, sino el sorprendido pensamiento introspectivo: la extrañeza de seguir vivo.

El intruso forcejeaba para librarse de un grueso brazo que le aprisionaba desde atrás, asfixiándole. La pistola cayó al suelo. Leo, desnudo, el rostro enloquecido, desencajado por el esfuerzo, siguió apretando con fuerza hasta que el hombre se derrumbó, inconsciente, o tal vez muerto.

—¿Que demonios...? —balbuceó, pero las palabras se quedaron enganchadas en su garganta al contemplar la escena a sus pies.

Vera sostenía la cabeza de Linda en su regazo, acunándola como si se tratase de un bebé desconsolado. Sus manos y su cuerpo se empapaban rápidamente de la sangre que fluía con sorprendente persistencia, como si nunca fuera a agotarse.

—¡Suéltame! —gritó Rob histérico.

—¿Pero qué...? —gimió Leo.

—¡Tiene que haber una llave en algún sitio! ¡En esos cajones!

Leo rebuscó en la cómoda, arrojó al suelo faldas, blusas, sujetadores.

—¡Aquí no hay nada!

Escucharon otra detonación proveniente del piso de abajo, gritos, el tumulto del pánico.

—¡Mira en la mesita! —gritó Rob, que tiraba con todas sus fuerzas, retorciéndose sobre la cama como un poseído rociado con agua bendita.

Leo encontró unas llaves diminutas engarzadas en una anilla.

—¡Estate quieto! —chilló mientras sus gruesos dedos luchaban por introducir la llave en la ranura de metal.

Rob, al ser liberado, saltó de la cama como si hubiese estado acostado sobre brasas hirvientes.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Mientras se enfundaba en sus pantalones, Rob se asomó al pasillo para descubrir horrorizado a dos hombres apostados al fondo. Al verle, uno de ellos gritó algo en un idioma incomprendible pero que sonaba indudablemente amenazador. Rob volvió a sentir la angustiada —y por desgracia ya familiar— sensación de estar atrapado frente a la muerte sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

—¡Vienen! —gritó.

El seco y contundente sonido de dos disparos percutió en sus oídos. Después se hizo el silencio. Espoleado por el miedo, Rob se escondió detrás de Leo como un niño asustado. Alguien entró en la habitación. Llevaba una pistola en la mano.

—Venid conmigo si queréis vivir —dijo el desconocido. Su porte expresaba la confianza y autoridad de un hombre que tiene un propósito y un deseo que cumplir.

Rob reconoció al joven oriental que le había llamado la atención abajo. El extraño saltó por encima del cuerpo de Linda como si evitase un charco, y se metió en la habitación contigua. Agarró a Vera por el brazo obligándola a seguirle.

—¡Venga, será mejor que nos larguemos de aquí! —exclamó Leo.

Siguiendo los pasos del desconocido pasaron al otro cuarto, amueblado de forma mucho más austera. Leo cerró la puerta y corrió el cerrojo con un movimiento frenético. Cada habitación tenía dos puertas: una daba al pasillo exterior y la otra comunicaba con la habitación contigua. El desconocido y Vera ya habían desaparecido. Rob y Leo siguieron sus pasos, cruzando puertas y más puertas. La mayoría de las habitaciones estaban ocupadas por parejas que les miraban pasar con ojos atónitos, hombres que se vestían apresurados, mujeres con el miedo reflejado en sus caras. La última puerta desembocaba en una escalera de incendios adosada al exterior. Descendieron vertiginosamente hasta el suelo.

Estaban en un costado del edificio del Club, junto a una larga fila de camiones y coches estacionados. Llovía con tanta intensidad que las gotas parecían propulsadas por alguna fuerza misteriosa.

—¡Allí están! —gritó alguien.

Varios hombres corrieron hacia ellos. Sonaron disparos muy cerca. Se tiraron al suelo. Los cristales de un coche estallaron lloviendo en mil pedazos sobre sus cabezas.

—¿Por qué nos persiguen? —masculó Rob entre dientes, aunque hubiera podido gritar a pleno pulmón que nadie le habría escuchado. Los disparos, amortiguados por el estruendo del aguacero, sonaban a su alrededor como si alguien incrustase clavos de acero en la chapa de los coches.

Un coche se detuvo derrapando juntó a ellos. El misterioso joven oriental estaba al volante. A su lado yacía la prostituta, Vera, recostada inconsciente en el asiento de copiloto.

—¡Subid, rápido! —les apremió.

Se metieron sin pensarlo dos veces. El coche aceleró con un rugido de motor, los neumáticos resbalando en la grava. La tormenta, lejos de suavizarse, había ganado en intensidad. Los rayos se perfilaban en el horizonte iluminando brevemente la cadena de montañas circundante. Los esforzados limpiaparabrisas se movían frenéticos, intentando en vano despejar el agua que se acumulaba en el cristal. La carretera era una mancha borrosa al otro lado.

—¡Joder! ¡Esto parece una puta guerra! —gritó Leo— ¿Qué diablos está pasando?

El misterioso conductor no dijo nada.

—¡Cuidado! ¡Ahí delante! —avisó Rob.

Vieron el camión atravesado en mitad de la calzada cuando ya lo tenían encima. El desconocido dio un volantazo en el último instante. El coche se precipitó por la cuneta y cayó por un terraplén. Rob sintió cómo el mundo se comprimía a su alrededor. Todo daba vueltas. La crujiente chapa gemía y le golpeaba en la cabeza. Era como estar en el interior de una centrifugadora.

Después de un tiempo indeterminado, todo se quedó muy quieto. Se escuchaba un silbido de vapor, semejante a una olla a presión. Rob sentía un dolor agudo en la base del cráneo. Algo húmedo y pegajoso le resbalaba por la frente. Por algún motivo pensó en Ainara. Como disparada por un flash, por su mente cruzó una imagen: Ainara a cuatro patas mientras Fran la penetraba por detrás. Intentó mirar a su alrededor, pero todo estaba oscuro. O tal vez era que sus ojos permanecían cerrados. No tenía forma de saberlo. No sentía nada. Había perdido el contacto con su cuerpo. Se imaginó a sí mismo como un cerebro flotando en un viscoso líquido dentro de un frasco. Su mente, como una pequeña vela sin cera, se fue apagando poco a poco, hasta sumergirse en las tinieblas.

**Más de lo que sus nervios podrían soportar**

Media docena de coches patrulla y ambulancias se congregaban en la entrada del Club Paraiso. La lluvia amenazaba con desgastar el mundo, arrastrar el color, diluir las formas. Acabar con la paciencia de todos. Las oscilantes luces rojas de los vehículos se alternaban con los rayos de la tormenta como única iluminación del trasiego de policías y enfermeros. El teniente Alcaraz, malhumorado y calado hasta los huesos, salió al encuentro del inspector Gómez.

—¡Jefe! —saludó, gritando para hacerse escuchar por encima del estruendo de la lluvia.

—Póngame al día —fue la respuesta de Gómez mientras caminaba hacia el interior con los hombros alzados y la cabeza inclinada, en un gesto inútil por evitar mojarse.

—Ha sido una auténtica masacre —informó Alcaraz—. Tenemos ocho fiambres abajo, y tres más arriba.

—¿Quiénes son?

—Cuatro de ellos matones a sueldo. Contratados por el propietario para proteger a las chicas, ya sabe. También se han cargado a una de las putas y a tres clientes. Los otros tres son asaltantes.

Gómez respiró hondo. El interior del local tenía el aspecto de haber sido arrasado por un huracán, el suelo cubierto de cristales, mesas y sillas volcadas, cuerpos de hombres tendidos aquí y allá. Se agachó para inspeccionar uno de los cadáveres que yacía sobre un charco de sangre.

Era un hombre de raza negra, corpulento, vestido con pantalones y cazadora de cuero. Tenía un aspecto indudablemente peligroso, la cara salpicada de cicatrices, la cabeza afeitada cubierta de intrincados tatuajes, símbolos y runas que recordaban a un mural azteca.

—Es uno de los asaltantes —explicó Alcaraz.

—Fíjate en esto —Gómez señaló a un punto en el cuello donde tenía tatuada una esvástica nazi.

—¿Cree que...? —preguntó Alcaraz.

—No lo sé. Estos tipos se tatúan cualquier cosa en el cuerpo sin tener ni idea de lo que significa —Gómez tiró del cuello del jersey. El dibujo del tatuaje se prolongaba desde la base del cráneo hacia abajo.

—Ayúdame —pidió Gómez.

Entre ambos le quitaron la chaqueta y el jersey. La visión de aquel torso desnudo les horrorizó. Los tatuajes se extendían por todo el cuerpo: una enorme cabeza de demonio — las fauces abiertas mostrando unos dientes afilados y sangrientos— ocupaba todo el pecho. Pero lo que impresionó a los dos policías fueron las cicatrices. Huellas de heridas terribles, largos cortes profundos que cruzaban el torso y la espalda rodeados de otras marcas más cortas e incisivas, como las que produciría algún tipo de látigo de espinas. Algunas heridas eran antiguas. Otras parecían recientes, aún supuraban sangre y pus.

—¡Joder! —gimió Alcaraz—. ¿Qué clase de sádico le habrá hecho esto?

Subieron a la planta de arriba. En el pasillo inspeccionaron los cadáveres de los otros dos asaltantes. Descubrieron que también tenían el cuerpo tatuado y cubierto de heridas similares. Después fueron hasta la habitación donde se encontraba la prostituta muerta. Tapada con una sábana, tan solo se podía ver su cabeza rodeada de un charco de sangre roja que resaltaba aún más la palidez de su rostro sin vida.

—¿Sabemos algo de la mujer desaparecida? —preguntó Gómez mientras inspeccionaba la habitación.

—Hay mucha confusión. Algunos testigos dicen que uno de los asaltantes se la llevó por la fuerza —explicó Alcaraz—. Parece ser que estaba con un cliente en esta misma habitación. Estamos tratando de identificarle para interrogarlo.

Gómez paseó alrededor de la estancia, observando las paredes desnudas. Se detuvo junto a un par de focos alógenos.

—Si no me equivoco, pronto sabremos qué es lo que ha ocurrido aquí esta noche —anunció—. Ahora me gustaría tener una charla con el dueño de este tugurio. Hazle venir, por favor.

Alcaraz dio unas instrucciones por radio. Al cabo de un minuto dos policías uniformados entraron sujetando a un hombre por los brazos.

—Este es André —dijo Alcaraz mirando con hostilidad al recién llegado.

André era un hombre de mediana edad en cuyo rostro cuarteado destacaban unos ojos saltones, globulosos y enrojecidos. Una barba irregular y una nariz ganchuda le confería un aspecto desagradable y desaliñado: un sucio pirata del siglo veintiuno.

—Muy bien señor André —dijo Gómez—. ¿Alguna idea sobre quiénes eran los hombres que asaltaron su local?

El dueño del burdel se encogió de hombros.

—No señor —contestó con un inconfundible acento italiano—. Nunca había visto a tipos semejantes por aquí, si usted me entiende —enseñó los dientes en una sonrisa de comadreja.

—¿Tiene algún tipo de problema con las mafias? ¿Debe dinero? ¿Ha recibido amenazas últimamente?

André respondió a cada pregunta con insistentes y repetidos movimientos de cabeza.

—Espero que sea consciente, señor André, de que si sospechamos que nos oculta algo le arrestaremos y le interrogaremos en comisaría, y le aseguro que allí no seré tan amable.

—Le digo la verdad —masculló el hombre, sin dar muestras de sentirse intimidado—. No tengo ninguna cuenta pendiente con nadie. Mi local es perfectamente legal. Cumplan con su trabajo lo antes posible y déjeme en paz.

—¿Qué hay de la mujer desaparecida? Háblenos de ella.

—¿Esa? Se llamaba Vera. Llegó hace un par de meses.

—¿Llegó? —intervino Alcaraz.

—Sí, ya sabe, en realidad... —André pareció titubear— Vino con un lote de chicas desde Hungría. Aunque ella, bueno, digamos que alguien la protegía.

—¿Alguien la protegía? —Gómez y Alcaraz intercambiaron una mirada.

—No, no me pregunten quienes. No les conozco directamente. Yo solo tengo tratos con un intermediario que trabaja para ellos. Nos ayuda a gestionar los viajes de las chicas... ya saben.

Gómez sintió un movimiento inusual en la boca del estómago. No se trataba de la familiar úlcera, ni de la demoledora combinación de ácidos y gases que habitualmente burbujearan en su interior. Era algo diferente, premonitorio. Con un gesto de la barbilla le instó a que continuara.

—Las instrucciones eran que la dejásemos en paz —dijo André—. Ella decidiría si quería trabajar o no. Yo solo tenía que darle alojamiento y vigilar que no desapareciese.

—¿Entonces ella no ejercía como prostituta? —preguntó Gómez.

—En realidad, sí —André vaciló. Sus ojos de sapo recorrieron la habitación—. Ella elegía cuándo y con quién se acostaba. Pasaba casi todo el tiempo encerrada aquí. No era muy sociable. Pero a veces bajaba y se follaba a algún cliente.

—¿Qué quiere decir exactamente con que ella elegía?

—Bueno, normalmente los clientes deciden con qué chica quieren pasar un rato. Pero ella, bueno, Vera es una mujer especial. Ningún hombre cuerdo querría negarse a estar con ella. Y no me refiero a algo estrictamente sexual. Desprendía una especie de... aura protectora. Es difícil de explicar —André se encogió de hombros.

—Si ella no trabajaba a menudo —dijo Gómez— supongo que su misterioso protector debía de compensarte económicamente por tu hospitalidad.

—¿Para qué ocultarlo? Me pagaron una fuerte suma de dinero —admitió André—. Pero si llego a imaginar esto —señaló al cadáver en el suelo— nunca habría aceptado.

—Comprendo —dijo Gómez—. Ahora me gustaría ver las grabaciones.

—¿Grabaciones? No entiendo...

Con un movimiento inesperadamente ágil, Gómez agarró a André por el cuello y le lanzó violentamente contra la pared.

—¡Escucha, gilipollas! Deja de jugar conmigo. No soy uno de esos inspectores de sanidad que te puedes quitar de encima con sobornos. Si no colaboras voy a hacer que te arrepientas.

—¡Está bien! Está bien —gimió André, cuyos saltones ojos, como consecuencia de la falta de aire, comenzaban a parecerse peligrosamente a los de un dibujo animado—. Las cintas están en mi despacho. Pero que conste que lo hago por motivos de seguridad. Hoy día uno no sabe qué clase de degenerado puede venir a acostarse con las chicas.

—Claro, uno nunca sabe. ¡Andando! —espetó Alcaraz, dándole un empujón.

André les condujo por una puerta tras la barra. Cruzaron un mugriento almacén en cuyas sombras se adivinaba la efervescente actividad de atestadas colonias de roedores y, a través de un desfiladero de cajas de licores, llegaron a un cuartucho angosto y alargado. El dueño del local rebuscó con avidez entre un montón de cintas que desbordaban una desvencijada estantería metálica. Se giró con una sonrisa torcida mostrando una en la mano. La sonrisa se congeló en su rostro cuando su mirada se cruzó con la de Gómez. Agachó la cabeza y metió la cinta en el reproductor.

En la pantalla de un pequeño televisor apareció la habitación que habían visto en el piso superior. La cámara encuadraba la cama, donde una pareja hacía el amor. Gómez palideció cuando reconoció a la mujer.

—¡Mierda, es ella! —exclamó Alcaraz.

Gómez le instó con un gesto para que callase. Durante varios minutos, los dos policías observaron en silencio hasta que la imagen se quedó inmóvil, la habitación vacía, el cuerpo desnudo de la prostituta muerta tendido sobre un charco de sangre que crecía imperceptiblemente.

—Llévatelo —pidió Gómez.

Alcaraz salió fuera llevándose al dueño del club. A solas, Gómez rebobinó la cinta hasta el momento en que la mujer sacaba el enorme cuchillo curvo. Se había quitado las oscuras gafas: sus ojos en blanco parecían mirar un mundo que estaba más allá del alcance de los demás.

A Gómez no se le pasó por alto el movimiento de sus labios. Detuvo la imagen. Estudió aquel rostro ciego, la superficie lechosa de sus ojos. Había una especie de beatitud mística en su expresión, como si se dispusiera a llevar a cabo el acto más gozoso de su vida. Retrocedió de nuevo hasta el momento en que sacaba el cuchillo. El movimiento de sus labios: repetitivo, como si recitase una plegaria. Subió el sonido del aparato al máximo. Enmascarado por el ruido de estática, se escuchaba un débil murmullo. Inclinado sobre el aparato, la oreja pegada a las pringosas rejillas del altavoz, Gómez trató de interpretar lo que decían aquellos labios. Se diría que se trataba de una misma frase, repetida una y otra vez. No, no era una frase, era una sola palabra. O un nombre. Como si invocase a alguien.

*Yog-Sothoth.*

Desconectó el aparato y se guardó la cinta.

—Te librate por poco, chaval —musitó, sintiendo un alivio infinito. Contemplar cómo aquel joven era desollado vivo sin duda era más de lo que sus nervios podrían soportar.

Él era esencialmente cruel. Había caminado por senderos oscuros impregnados de maldad. Se había hundido hasta la cintura en lodos malolientes. Había descendido a los infiernos y había regresado con la lección aprendida.

Ella era inocente. Él, su padre, había hecho todo lo posible por mantenerla al margen de todo. Su pequeña de rizados de oro, su bombón de ojos azules. Limpia como la nieve. Él tenía las manos cubiertas de sangre. Sus modales eran bruscos; su voz, autoritaria, acostumbrada a hacerse obedecer a gritos. O mediante cosas peores. Su piel oscura y curtida, las cejas gruesas y retorcidas, la mirada turbia le conferían un aspecto feroz. Pero lo que más terror causaba eran las historias que se contaban sobre él...

Ella solo veía en él a un padre amable y cariñoso. Los secuaces que le rodeaban a todas horas eran su familia. A sus ojos, sus sonrisas no eran torvas y malignas, sino afectuosas. Ella, la hija del Jefe, despertaba las simpatías de todos. Un ángel de luz, una rosa fresca que creció arropada y protegida entre zarzas encrespadas.

Cuando cumplió quince años su padre la envió a la mejor universidad que el dinero podía pagar. La rodeó de lujos. La rodeó de personas con modales exquisitos. Sus amigas eran las refinadas hijas de otros millonarios. Algunos de ellos incluso se habían enriquecido de forma legal. En su dieciocho cumpleaños llenó su mansión de actores de cine y estrellas de rock: ídolos de jovencitas. Ella nunca olvidaría aquella fiesta. Un preludio de la vida maravillosa que la aguardaba a partir de entonces.

A ella no le gustaba andar acompañada de sus guardaespaldas. Por eso la había enviado lejos de Alemania, lejos del lugar donde él manejaba sus asuntos. Un tutor que ejercía de intermediario se encargaba de que nadie pudiera relacionarla con él y sus negocios. Creyó que estaría a salvo en su apartamento de lujo, en el barrio más seguro de Londres. Así que la dejó ir sin protección durante el día. ¿Que podría ocurrirle a plena luz del día?

Fue un grupo de punks trasnochados. Hijos de clase media, rebeldes sin causa, marginados y acomplejados, crecieron en el seno de familias siempre ausentes, odiando a todo el que pareciera feliz. Se cruzaron con ella por casualidad, en mitad de la calle. La contemplaron durante unos instantes: su exclusiva ropa de marca, sus ojos azules y los dientes de perlas. No pudieron soportarlo. Demasiada belleza y, sobre todo, demasiada felicidad. A su lado, sus vidas les parecieron de repente insoportablemente oscuras e insignificantes. Así que comenzaron a golpearla sin más. Utilizaron las cadenas que colgaban de sus cinturones. Utilizaron sus gruesos anillos con calaveras. Utilizaron sus botas con suela metálica para golpearla en la cara.

Nadie acudió a ayudarla. Cuando alguien alertó a la policía de lo que estaba ocurriendo ya era demasiado tarde. No estaba muerta, pero hubiera deseado estarlo. La cara convertida en un amasijo de carne roja y sanguinolenta. Sus ojos azules eran dos borrones acuosos que nunca volverían a ver. Era una estrella ascendente y en segundos quedó reducida a un ser informe, tendido en mitad de la acera sobre un gran charco de sangre.

Los jóvenes punks desaparecieron antes de que llegara la policía. No podían evitar sonreír. Eran cuatro. Uno de ellos era una chica. Fue la que golpeó con más dureza. Después de la paliza se fueron a celebrarlo. Esa estúpida niña pija aprendería a no pavonearse nunca más. Aprendería lo que era el sufrimiento. Esa puta había tenido lo que se merecía.

Les agarraron en mitad de la juerga, completamente borrachos. Cayeron sobre ellos y, antes de que se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, despertaron en una habitación oscura y fría. Las paredes eran de piedra. Estaban desnudos, atados de pies y manos con grilletes de acero sobre losas de mármol en forma de cruz, las piernas y brazos sujetos a los extremos. El lugar apestaba a sangre seca, a orín y a vómitos. Los cuatro se miraron sin comprender. Sus caras perforadas, llenas de piercings, sus cuerpos tatuados con calaveras y demonios, parecían encajar a la perfección en aquel lugar oscuro, de piedra y medieval.

Una pesada puerta herrumbrosa se abrió con un chirrido de cripta, y un hombre entró seguido de otros hombres. El primero tenía un aspecto sólido y robusto, una gruesa cabeza plantada en un cuello de toro. Su mirada era triste bajo las gruesas cejas. Los otros hombres llevaban batas blancas y mascarillas de hospital. Parecían doctores preparados para una larga operación. El hombre de los ojos tristes les miró mientras cogía algo con sus manos enguantadas. Un tintineo metálico resonó en las paredes de piedra.

—Solo os diré una cosa —dijo con una voz cavernosa que les hizo estremecer—. Es importante que lo sepáis. Para que tenga sentido. Quiero que sepáis el motivo de todo el dolor que vais a sentir a partir de ahora.

Ninguno de los cuatro jóvenes se atrevió a hablar. Un miedo profundo y ancestral atenazaba sus gargantas. De pronto su crueldad parecía cosa de aficionados frente a aquel hombre que les miraba con un odio que estaba más allá de la razón humana.

—Ella era mi hija —dijo, aunque no había el menor rastro de emoción en su voz—. Era mi hija. Y otra cosa, también es importante. No vais a morir rápidamente. Cuando yo me canse de escuchar vuestros gritos, lo que creo que tardará bastante en ocurrir, vendrá alguien a sustituirme. Y luego alguien más. Durará meses. Estos señores se encargarán de que así sea.

Los hombres que parecían médicos se ajustaron las mascarillas y los guantes de látex con movimientos profesionales. Prepararon jeringuillas hipodérmicas cargadas de sustancias potenciadoras del dolor. Bajo los efectos de aquellas drogas un pequeño corte suponía una agonía. La droga te mantenía despierto y muy consciente de todo lo que le ocurría a tu cuerpo.

Los jóvenes gimoteaban, suplicando.

Comenzó el dolor.

—¡Ya están aquí! —anunció una voz en el umbral de la cripta.

Helmut Hess, delegado de Los Trece en Alemania, se volvió hacia el recién llegado, dando la espalda a los cuatro amasijos de carne y sangre: aún estaban vivos y conscientes, y seguirían vivos durante mucho tiempo aún. A su alrededor el suelo estaba sembrado de tripas y trozos de miembros amputados.

—¿Que ocurre? —preguntó Hess, sacándose los guantes cubiertos de sangre.

—El avión aterrizó hace unos minutos. Uno de ellos es el maldito chino. No estamos seguros de la *identidad* de los otros dos.

Hess sonrió con satisfacción. ¡Siang! Por fin caía en sus manos. Todo había salido como lo habían planeado.

—¿Dónde están? —preguntó, saliendo de la celda.

—Abajo. En las antiguas mazmorras.

—Bien. Extrema la vigilancia. Ese chino está lleno de trucos.

—Ella también acaba de llegar —anunció el esbirro con una nota de temor en la voz.

Hess palideció.

—¿Karla? —preguntó— ¿Ella está aquí? ¡Maldita sea! ¿Por qué no me avisaste antes?

Se quitó la chaqueta y el pantalón empapados en sangre y se vistió con un traje nuevo. Luego ascendió apresuradamente por los escalones de piedra.

Rob regresó lentamente a la consciencia con la imprecisa sensación de que un ejército de gnomos o duendes desfilaba sobre su cabeza, un millón de diminutas botas golpeándole rítmicamente al son de los latidos de su sien. El aire estaba impregnado del mismo olor agrio y penetrante que aquella ocasión en la que se quedó dormido sobre su propio vómito. Era la peor resaca de su vida. Apretó los ojos con fuerza, como si de esa forma pudiese ahuyentar el dolor. Entonces le asaltaron recuerdos fugaces de una pesadilla. Alguien cargaba con su cuerpo inconsciente, le metían dentro de un estrecho cajón, todo se agitaba... había transcurrido una eternidad desde que...

Se incorporó de un salto. ¡Esoy vivo! El pensamiento acudió a su mente como la primera bocanada de aire de un recién nacido. Pero a juzgar por cómo olía en aquel lugar no estaba muy lejos del infierno. El infierno debía quedar unas plantas más arriba. La cabeza le ardía y las piernas le temblaban con espasmos y calambres. Se llevó una mano a la cara y la retiró con asco, sintiéndola pegajosa y llena de lodoapestoso. Todo estaba muy oscuro. Tanteó a su alrededor. El suelo estaba cubierto de una especie de limo viscoso y resbaladizo. Sus manos tropezaron con un bulto.

—¡Leo! ¡Despierta! —llamó, agitando el cuerpo. Su voz resonó con un eco siniestro. Asediado por la opresiva atmósfera, había imaginado que estaban en alguna especie de cripta angosta, pero la amplitud de la reverberación se asemejaba a la producida en una estancia muy grande, como en el interior de una iglesia.

—¿Qué ha pasado? —masculló Leo, levantándose con dificultad—. ¿Dónde estamos?

—¡Mierda, no lo sé, joder!

—Tal vez yo pueda ayudaros.

La voz les sobresaltó a ambos. Rob dio un salto hacia atrás. Su corazón le imitó, saltando un poco más allá. La voz, vibrante como una cuerda de arpa, había sonado muy cerca. Pero no podía ver nada.

—¿Quién está ahí? —preguntó Leo escudriñando las tinieblas.

Rob intuyó una silueta aproximándose, aunque solo era algo negro sobre fondo negro, o tal vez se lo estaba imaginando.

—Me llamo Siang —dijo la voz— y soy un amigo.

—¿Amigo? —repitió Leo— ¿Amigo de quién?

—No hay tiempo para biografías —respondió, pronunciando muy despacio, como si le hablara a un retrasado—. Necesito vuestra ayuda para salir de aquí.

—¿Salir de dónde? ¿Dónde estamos? —clamó Rob.

—Si la memoria no me falla —dijo Siang— esta mazmorra nauseabunda pertenece al castillo de Wewelsburg, en Alemania.

—¿Alemania? —bramó Leo—. ¿Estás loco? ¿Cómo vamos a estar en Alemania?

Dando traspás, Rob trató de moverse en la oscuridad. Sus ojos debían estar sacando un rendimiento extraordinario al escaso puñado de fotones que les llegaban, porque ahora alcanzaba a ver el suelo y las paredes de piedra negra.

—¿Quién nos ha traído aquí? —preguntó.

—Os habéis metido en algo que va más allá de las simples apariencias —respondió Siang—. Ese era vuestro destino. Así lo predijo el Maestro, y una vez más puedo constatar con satisfacción que su *Visión remota* resiste el paso del tiempo.

—¡Vete al diablo! —maldijo Leo— ¿De qué demonios estás hablando?

—Tranquilos. Tenéis que mantener la serenidad. Sé que no resulta fácil. Pero solo tenemos una oportunidad de salir vivos de aquí, y tal vez tú, Rob, tengas la clave de nuestra salvación.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La pregunta quedó ahogada por un sonido agónico y metálico. En la pared, a un par de metros sobre sus cabezas, se abrió una pesada compuerta oculta en sombras. Una bocanada de luz anegó la oscuridad, cegándoles por unos instantes. Cuando sus ojos se adaptaron a la claridad, distinguieron la silueta de un hombre que les miraba desde arriba.

—Así que mis huéspedes ya están despiertos —dijo el hombre con una voz grave y gutural. Tenía un fuerte acento alemán—. Aquí están —volvió la cabeza para mirar a alguien tras él—. Tal y como te prometí.

El hombre se hizo a un lado y una figura femenina apareció bajo la arcada de piedra. Femenina tal vez era decir demasiado. Aquella silueta era femenina en el sentido en el que un cocodrilo hembra lo es.

—Ah, por fin —dijo la mujer con un silbido agudo que sonaba como un cuchillo afilado arañando una superficie de metal. Era el tipo de voz que uno asociaría, si pudiese hablar, con una serpiente fría y escamosa—. Cuánto tiempo he esperado hasta encontrarme de nuevo cara a cara con el escurrinado Siang. Por tu expresión veo que aún recuerdas nuestro último encuentro —de su pecho brotó una risa entrecortada, como borbotones de sangre gangrenada—. ¿Y quienes son tus nuevos amigos? Creo que no los reconozco.

—Ellos no tienen nada que ver conmigo —dijo Siang con voz tensa—. Puedes deshacerte de ellos. No saben nada.

—Oh, no, no —dijo la mujer exhibiendo una negra sonrisa—, todos tenemos secretos ocultos enterrados en el pasado, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Te equivocas —negó Siang—. Ahora estoy solo.

—Eso lo veremos... lo veremos —la mujer meneó la cabeza, sus ojos buscaron a Rob—. Así que resististe la tentación del suicidio.

Rob tuvo la desagradable sensación de que aquellos ojos hurgaban con avaricia en el interior de su alma. ¿Cómo sabía ella...?

—Te arrepentirás de no haberte matado cuando tuviste ocasión —dijo. No había rastro de amenaza en su voz. No lo necesitaba. Hablaba con la seguridad del que sabe que cumplirá lo que dice y no necesita imprimir mayor énfasis que el del propio significado de las palabras—. Comenzaremos con él —le indicó al hombre a su lado—. Quiero saber quién fue y si hay algún motivo para que en esta vida esté tan cerca de...

No alcanzaron a escuchar sus últimas palabras porque la pesada puerta de hierro se deslizó sobre los oxidados goznes con un lamento, sumiéndoles de nuevo en la oscuridad.

—¿Quiénes eran esos? —preguntó Leo—. ¿Qué quieren de nosotros?

—Escuchadme bien —dijo Siang con apremio—. Esa gente no son vulgares delincuentes. Utilizan el crimen y la extorsión, asesinan, pero son capaces de eso y de mucho más. Saben cómo infringir dolor. Llevan siglos practicando. Son maestros de la tortura. Es mil veces preferible morir antes que caer vivos en sus manos.

—Dios mío, esto no puede estar pasando —gimió Rob. Realizaba titánicas esfuerzos para hilvanar un pensamiento coherente, pero la inquietante sensación de claustrofobia, la asfixiante oscuridad y el aire enrarecido no le dejaban pensar. Tenía exactamente la misma sensación que en una de esas pesadillas en las que cuanto más corres más despacio te mueves. Solo que olía demasiado mal para tratarse de un sueño. De eso estaba seguro.

—Ese hombre era Helmut Hess —continuó Siang, ignorándole—. Eso confirma mis sospechas. Estamos en el Rainstag, en el castillo de Wewelsburg. Y eso significa que tenemos una oportunidad de escapar. Esta fortaleza fue remodelada durante la segunda guerra mundial por Heinrich Himmler para ser utilizada como cuartel general de las SS. Castillos como este están llenos de cámaras y pasadizos secretos. Es muy probable que este sótano tenga alguna trampilla oculta que comunique con el exterior.

—¿Una salida secreta? —dijo Leo, observando los muros— ¿Y cómo podremos encontrarla?

—Cuando Himmler acondicionó el castillo debió de disponer de los planos originales. Un hombre metódico como él tuvo que haber estudiado todos sus secretos. Sin duda él sabría cómo escapar.

Rob tuvo la impresión de que Siang hablaba del desaparecido nazi como si le hubiese conocido en persona. Un chillado. Habían acabado encerrados con un chillado.

—Pero el maldito Himmler no está aquí para ayudarnos —dijo Leo exasperado.

—Oh, en cierto sentido podemos decir que sí —afirmó Siang con una sonrisa lobuna—. Él es la siguiente encarnación de Himmler —señaló a Rob con un largo dedo—. Si existe una salida, tú deberías conocerla.

Rob dejó escapar una risita histérica y decidió que sería bueno mantener la máxima distancia entre él y el chillado. Pero el chillado se le acercaba mirándole con sus ojos rasgados. El pobre hombre estaba loco. ¿Reencarnación? ¿Cómo podía pensar que él...?

—¡Leo, Leo! ¡Ayúdame!

—¡Eh, apártate de él! —advirtió Leo.

Leo intentó sujetarle del brazo, pero Siang se revolvió como un gato y, antes de que Leo pudiese reaccionar, presionó con dedos de acero un punto en su cuello. Leo se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos.

—¿Qué le has hecho? ¡Hijo de puta!

Rob chocó contra una de las paredes y se quedó muy quieto, como un pájaro embelesado por una serpiente. Siang se aproximó y le puso las manos sobre los hombros.

—Tranquilo, tu amigo despertará en un momento. Debes confiar en mí durante un minuto. No te pido más. Si soy un loco, pronto se demostrará. No tienes nada que perder.

Sus ojos parecieron agrandarse de repente.

—Hay mucho en juego —dijo. Hablaba muy despacio, arrastrando las sílabas, como si empujase cada palabra al interior de su mente—. Ahora, confía en mí. Confía... en... mí...

Siang le presionó levemente en los hombros, haciéndole caer al suelo. Se arrodilló frente a él sin dejar de mirarle fijamente. Aquellos malditos ojos crecían cada vez más, llenando todo el espacio. Las pupilas negras atraían toda su atención, oscuras e insondables como un pozo sin fondo. Con un súbito vértigo, Rob sintió cómo la tensión de sus músculos se aflojaba. Sus pensamientos confusos aspirados por aquellos ojos negros y profundos que no podía dejar de mirar.

Con la suavecía de un plegario, Siang murmuró una retahíla de sílabas en un lenguaje desconocido. Rob cerró una especie de cosquilleo rítmico, como si alguien soplara sobre su cerebro desnudo. Las palabras de Siang se abrieron paso en su interior y se instalaron en ciertos rincones de su mente. Las neuronas de su cerebro crearon determinadas conexiones sinápticas para albergar aquellas palabras. Una configuración peculiar que estimuló a otras neuronas vecinas, propagando una intrincada red que se extendió por su cerebro siguiendo precisas pautas complejas, como un diagrama de Mandelbrot en expansión. La red alcanzó las partes del cerebro donde se genera la memoria visual, y entonces...

Una brillante imagen sacudió la oscuridad. Luego otra, y otra. Las imágenes eran borrosas, semejantes a fotografías desveladas, demasiado luminosas para distinguir las formas imprecisas. Se sucedían cada vez más rápido, tan rápido que la oscuridad fue desplazada por una luz cegadora, insoportable. Rob cerró los ojos con fuerza, pero la luz provenía del interior de su mente. Los destellos se llenaron de sonidos, de voces inconexas, palabras sin sentido en un extraño idioma pesado y gutural. Algunas caras se dibujaron imprecisas a su alrededor. Rostros que no alcanzaba a distinguir con claridad pero que le resultaron familiares. Hombres con uniformes atiborrados de insignias militares: calaveras plateadas, cruces y águilas.

Después, el bullicio dio paso a un tenso silencio. Decenas de rostros miraban expectantes. Le miraban a él. La luz se reflejaba en una docena de ojos muy abiertos, azules como el cielo. Rob reconoció la admiración y el temor en aquellos ojos, y de alguna forma supo que él era el causante de esos sentimientos. Una voz se elevó sobre el pesado silencio. Era casi un susurro, pero el tono era firme y autoritario. También arrastraba las erres en ese extraño idioma. Rob comprendió que era él quien hablaba. Las palabras salían de su boca y, aunque los sonidos le resultaban incomprensibles, supo perfectamente lo que estaba diciendo.

—¡No! ¡No! —gritó. Se desplomó inconsciente.

Cuando despertó, el miedo había sido reemplazado por la confortable sensación del que se sabe a salvo en el hogar. Con cortas zancadas dejó atrás el ala sur del castillo reservada para su uso privado, y atravesó orgulloso la gigantesca biblioteca en la que había reunido más de doce mil volúmenes. Reconstruir aquella fortaleza había costado la vida a dos mil prisioneros destacados del campo de Sachsenhausen, pero sin duda el resultado había merecido la pena. Admiró con satisfacción las pinturas y tapices que colgaban de las paredes. Sus tropas habían saqueado media Europa buscando en museos y colecciones privadas obras de arte adecuadas a la altura del lugar. Había contratado a los mejores artesanos para elaborar finos tapices, sólido mobiliario de roble, pomos de hierro forjado, candelabros. Se compraron alfombras valiosísimas y cortinas de brocado que flanqueaban los altos ventanales. Las puertas fueron revestidas y embellecidas con piedras y metales preciosos. Las torres del castillo, construidas en el antiguo estilo germánico, se elevaban orgullosas a gran altura por encima de los bosques circundantes.

Bajó a la segunda planta, donde una monumental sala albergaba al Tribunal Supremo de las SS. El centro de aquella estancia lo ocupaba una gran mesa redonda de roble macizo, rodeada por doce butacones tapizados de piel de cerdo y decorados con el blasón del miembro que debía ocuparlo. Era el centro de decisiones de los doce jefes de las SS.

Descendió por unas pronunciadas escaleras de piedra y pasó junto a la cripta. Allí, bajo los muros del castillo, se hallaba la sala de los muertos, un recinto abovedado que albergaba en su centro una pira y, en los muros, doce habitáculos en los que había ordenado que se levantaran doce altares. Había dado estrictas órdenes para que, cuando un miembro de su círculo de mando de las SS muriese, fuese incinerado junto con su escudo de armas, y sus cenizas depositadas en su altar correspondiente. En el techo de la bóveda, encima de la pira, había una esférica y cuatro arpilleras por las que el humo del ritual fúnebre debía ascender formando una columna.

Dejó atrás el primer sótano con aire pensativo, las manos cruzadas tras la espalda, y se encaminó por el largo pasillo que desembocaba en las mazmorras. Al fondo, junto a una gran puerta metálica, dos guardias le saludaron con los orgullosos brazos en alto. Asintió distraídamente y les ordenó que abriesen la puerta. Unos metros más abajo, en la oscuridad húmeda y asfixiante, una docena de cuerpos famélicos se agitaron al sentir la luz sobre sus cabezas...

—¡Rob! ¡Rob!

Alguien le llamaba. Notaba sobre el rostro el aliento exhalado por sus gritos. Temeroso, abrió los ojos al mundo. Atisbó una cara en la oscuridad. Tardó unos segundos en reconocerla.

—¡Rob! ¿Estás bien? —Leo le sacudió por los hombros.

—Déjale incorporarse —dijo una voz.

—¡Apártate de él! —dijo Leo— ¿Rob, puedes hablar?

Rob parpadeó repetidamente. El mundo continuaba inmerso en esa molesta penumbra que apenas permitía adivinar lo que había más allá. Pero ahora aquel sótano de piedra le parecía diferente, familiar. Esa clase de familiaridad que uno acaba percibiendo de una casa recién estrenada después de vivir en ella durante un tiempo. Las habitaciones, los muebles, el color de las paredes, todo lo que era nuevo y llama la atención al principio desaparece paulatinamente camuflado bajo una cortina invisible de cotidianidad. Recordaba haber deambulado entre aquellos muros mientras trabajaban en su reconstrucción, estudiando cada piedra bajo la luz de potentes focos eléctricos. Recordaba decenas de cuerpos famélicos, torturados, cubiertos de mugre y costras de sangre seca, tendidos en aquel suelo putrefacto. Sus prisioneros. Los había observado desde el mismo punto que aquella horrible mujer les había estudiado hacía un rato. Recordaba...

—¡No puede ser! —gritó con una convulsión. Se cubrió la cara con las manos. Su cuerpo se agitaba y temblaba con espasmos incontrolados.

—¡Rob! ¿Qué te pasa? ¿Qué le has hecho?

Siang no respondió. Le presionó con dedos firmes algunos puntos del cuello. El cuerpo de Rob se aflojó al instante.

—Rob —llamó Siang con voz suave—, respira hondo, trata de ordenar tus ideas. No tenemos tiempo. Vendrán de un momento a otro. Piensa, ¿recuerdas algo diferente?

Leo le ayudó a ponerse en pie. Rob miró a Siang, y de nuevo le sacudió esa sensación de familiaridad. Sí..., recordaba..., o mejor dicho, sabía. Era un conocimiento extraño, fuera de lugar. Y sin embargo también era totalmente natural que supiera aquello. ¿Cómo no lo había recordado antes? Había un pasadizo. Lo había descubierto mientras estudiaba los viejos planos de la construcción original.

Sacudido por temblores, sin atreverse a preguntarse de dónde provenían aquellas ideas, fue hasta una de las paredes y tanteó las rocas rugosas. Paseó los dedos trémulos entre las juntas recubiertas de argamasa hasta encontrar un punto donde uno de los bloques de piedra no estaba soldado al resto de rocas.

—¡Aquí! —anunció con un grito ahogado.

Siang recorrió el contorno de la piedra con los dedos. Flexionó una pierna para buscar un punto de apoyo y empujó. La piedra se hundió con un sonido áspero y prolongado. A su lado, en el suelo, una losa comenzó a moverse lentamente, rotando sobre sí misma hasta completar un giro de noventa grados y detenerse. Había dejando al descubierto una abertura cuadrada de unos treinta centímetros de lado.

—No voy a meterme ahí —dijo Leo mirando el estrecho orificio.

—Es tu muerte —respondió Siang con indiferencia—. Yo no voy a quedarme aquí.

Siang se arrodilló junto a la abertura. Metió la cabeza y se arrastró hasta desaparecer en el interior como un gusano tragado por la tierra.

—Mierda, creo que tiene razón, tenemos que salir de aquí —dijo Rob.

—¿Cómo sabes que no nos quedaremos atascados ahí dentro?

—Estoy casi convencido de que tiene una salida. No podemos quedarnos aquí. ¿Viste a esa mujer? No creo que nos espere nada bueno.

—Está bien. Ve tú delante. Si me quedo atascado no te impediré el paso.

Rob metió la cabeza y tanteó con las manos a su alrededor. Era un túnel excavado en la roca viva, de poco más de un metro de diámetro. El suelo se inclinaba hacia abajo en una ligera pendiente. Se arrastró a gatas hacia el interior, deteniéndose cada poco para comprobar el diámetro de la galería. No parecía ensancharse. Leo le seguía, podía escuchar su respiración agitada. La oscuridad era total.

Entonces recordó algo. Una idea tan vaga y a la vez tan intensa como un déjà vu que se prolongase indefinidamente: la imagen de un mapa extendido en la mesa, el esbozo de un mecanismo dibujado sobre papel amarillento.

—Leo —llamó en un susurro—, sobre tu cabeza, a un par de metros de la entrada, debería haber una piedra que sobresale en la roca... presiónala. Creo que eso cerrará de nuevo la trampilla. Cuando vuelvan a buscarnos no tendrán ni idea de por dónde hemos salido.

—La tengo —resopló Leo.

Escucharon el sonido de los engranajes sobre sus cabezas, el roce de la piedra contra piedra. Cuando cesó, continuaron arrastrándose.

Avanzaron a gatas durante una eternidad. El túnel no era lo suficientemente alto como para avanzar de rodillas, y arrastrarse era desesperadamente lento y doloroso.

—Si esto sigue estrechándose me quedaré atascado —gruñó Leo.

Rob pensó en la asfixiante agonía que debía suponer quedar allí atrapado. Le sobrevino un deseo incontrolable de ponerse de pie, de saltar con todas sus fuerzas bajo el cielo y llenarse los pulmones de aire puro. El corazón latía enloquecido en su pecho con golpes duros y secos. Imaginó que aquel sonido recorría el túnel hacia delante y llegaba hasta un lugar que él nunca alcanzaría.

¿Quién lo excavaría?, se preguntó. ¿Y por qué no lo harían más ancho, por el amor de Dios! Pensó en decenas de esclavos obligados a meterse allí y excavar cada vez más abajo, adelante, hasta morir agotados y ser reemplazados por otros. Alguien debía realizar el penoso recorrido hacia atrás para sacar los pedazos de roca negra a la superficie. Excavar y vaciar. Durante una eternidad. ¿Cuántas vidas habrían quedado sepultadas allí debajo solo para que ahora ellos pudiesen escapar? *Eso es, escapar. Saldremos de aquí. Esto debe tener alguna salida. Cuando salgas podrás tener un saludable y rutinario infarto.*

Entonces, cuando la más negra desesperación comenzaba a apoderarse de él, vio la claridad, un círculo de luz a una distancia indeterminada.

La abertura se abría en mitad de una elevación de piedra en un pequeño claro del bosque. Pataleando, Rob se impulsó hacia fuera hasta que logró que la mitad de su cuerpo quedase suspendida en el aire, emergiendo del agujero como un gusano sorprendido en una manzana. Aún era de noche, y entre las hojas de los árboles se vislumbraba una luna turbia y sangrienta. Se agitó y se retorció hasta que consiguió caer al suelo cubierto de matorrales. Se puso en pie rápidamente y tiró de Leo. Su macizo rostro empapado en sudor tenía una expresión de alivio infinito.

—¡Dios! ¡Pensé que nunca saldría de este agujero! —gimió Siang con su cuerpo acabado de escurrirse fuera de una gruta con un gordo tapón de corcho de una botella. Ambos se derrumbaron agotados. Rob inhaló una bocanada de aire nocturno, el más dulce que había respirado en su vida. Desde el suelo vieron a Siang, erguido sobre el montículo de piedra. Escrutaba la densa vegetación que les rodeaba, observando el cielo ocasionalmente, como si leyese su posición en las estrellas.

—¿De dónde saca las energías? —dijo Rob con voz entrecortada. Descubrió que estaba tan cansado que apenas podía hablar. Sentía que hasta el último músculo de su cuerpo ardía como si los hubiesen estirado uno a uno hasta romperse.

—Esto no ha acabado aún —anunció Siang. Sus ojos relucían con brillo felino—. Ya nos estarán buscando. Hay un pueblo no muy lejos, a un par de días a pie —señaló hacia un punto indeterminado en la espesura—. Allí hay una persona de mi organización que nos podrá ayudar.

—¿Estás loco? —resopló Rob—. ¡Ya estamos fuera! ¡Ahora buscamos a alguien y llamamos a la policía!

—Rastrearán todos los caminos en un radio de varios kilómetros alrededor del castillo —explicó Siang. Saltó al suelo levantando una nube de hojas secas con el impacto—. Tampoco podemos fiarnos de la policía. Será mejor ir campo a través.

—¿Por qué tenemos que ir detrás tuya? —dijo Leo—. Yo no me fio de ti.

—Podéis quedaros aquí hasta que os encuentren. O podéis perderos en el bosque. En ambos casos moriréis —Siang les obsequió con la sonrisa de un vendedor de coches usados que acaba de hacer su última oferta.

—¡O puedes irte a la mierda! —dijo Leo—. Iremos por nuestra cuenta.

—De acuerdo. Nos veremos en la próxima vida. Tal vez.

Siang se internó en la espesura y desapareció al cabo de unos segundos.

—Mierda, Leo. Tenemos que seguirle. A lo mejor tiene razón. No tenemos ni idea de dónde está ese maldito pueblo.

—No me fio de ese chino. Si él puede orientarse, yo también.

Rob miró con desmayo el bosque a su alrededor. La masa arbórea formaba una muralla que parecía impenetrable en todas direcciones.

—Creo que será más fácil seguirle, de momento —dijo—. Al menos parece que él tiene una idea clara de hacia dónde ir.

Leo estudió los árboles con gesto ceñudo. Miró al cielo.

—Está bien. Vamos —cedió por fin.

Corrieron en la dirección en la que había marchado Siang. Le encontraron unos minutos más tarde. Caminaba a buen ritmo y no se volvió para comprobar si le seguían.

—¡Eh, esperáanos! —le gritó Rob.

La oscuridad de la noche cedió ligeramente, y un tenue resplandor, apenas imperceptible, anunció el amanecer. El aire estaba muy quieto y frío. Caminaban con los ojos fijos en el suelo para no enredarse con los matorrales que les cerraban constantemente el paso. Siang iba siempre unos metros por delante. En el cielo, las estrellas comenzaban a fundirse en un azul luminoso. El estridente clamor de un centenar de pájaros se extendía por el aire.

—¡Ese tío está loco! —espetó Leo—. Cuando lo agarre voy a borrarle de su cara esa sonrisa de autosuficiencia.

—Todavía no acabo de creermelo que estemos en Alemania —dijo Rob—. ¿Por qué nos habrán traído hasta aquí?

—Ni idea. Todo esto es muy raro —Leo le miró con curiosidad, como si cayese en la cuenta de algo—. ¿Y tú, cómo supiste lo de ese pasadizo?

Rob no supo que decir. Desde que despertó del truco de hipnosis de Siang se estaba volviendo loco tratando de entender de dónde venía el flujo de recuerdos extraños que pululaban por la periferia de su mente. No alcanzaba a darles forma, pero ahí estaban, como una imagen captada con el rabillo del ojo.

—Que me maten si lo sé —dijo—. Puede que simplemente desbloquee algún recuerdo antiguo. Un libro que leí hace tantos años que ya ni siquiera me acuerdo. O a lo mejor lo vi en alguna parte, en la tele, en una revista... y después lo olvidé, ¿quién sabe?

—Ya. ¿Y cómo sabía él que tú lo sabías?

Rob se encogió de hombros.

—No creerás en esa mierda de la reencarnación, ¿verdad? —dijo.

—¿Por qué no? —respondió Leo, adoptando una peligrosa expresión pensativa—. Hay psiquiatras que juran ser capaces de sacar recuerdos de vidas pasadas de sus pacientes. ¿sabes? Tipos serios, médicos con carreras de prestigio. ¿Crees que se inventarían algo así? Hipnotizan a algún hijo de puta, y de pronto sabe tocar un instrumento musical aunque nunca hubiera recibido clases de música. O rompe a hablar en alguna lengua extranjera. Eso prueba algo, ¿no te parece?

—Ya. Una vez vi un documental donde unos periodistas escépticos investigaban casos como esos —dijo Rob—. Al final siempre encontraban una explicación lógica. Descubrieron que lo que la hipnosis hacía era aflorar recuerdos ocultos, algo aprendido en la infancia sin saberlo. Cuando eres niño tu cerebro se empapa de todo lo que te rodea, aunque no lo utilice. Había una mujer que tocaba conciertos de Mozart en el piano. Resultó que su madre recibía clases de música en su casa cuando ella era una niña. Sentada junto a su madre, aprendió sin darse cuenta a tocar todas esas melodías. Y el tipo que hablaba varios idiomas. Descubrieron que cuando era niño pasaba horas jugando con una vieja radio. Sintonizaba emisoras extranjeras y aprendía los idiomas. Y así con cada uno de los casos.

—Eso no explica lo tuyo —dijo Leo.

—De niño me pasaba horas hojeando la enciclopedia de mi padre. Puede que lo leyera allí. ¿Quién sabe? —un soplo de aire frío les hizo estremecer. Rob levantó las solapas de la chaqueta para protegerse—. Pero me siento raro —admitió—. No sé qué me hizo ese tío. Es como si de pronto se hubiese destapado un frasquito de perfume en el interior de mi cabeza que no deja de evocarme recuerdos. Pero no logro relacionar esos recuerdos con mi propia vida.

—Cuando regresemos puedes ir a un psiquiatra para que te hurgue en la cabeza —dijo Leo— y averigüe lo que tienes dentro.

—Sí, cuando regrese —suspiró Rob.

¿Regresar, a dónde? se preguntó. Le embargó una acuciante sensación. Había huido. Era un vagabundo, un prófugo. Llevaba tanto tiempo fuera que ahora ya no tenía un hogar al que volver. *No hay un lugar al que regresar, porque no hay una vida que retomar.* ¿Cuánto tiempo le quedaría? ¿Meses, años? Daba igual, era como si hubiese muerto desde el mismo instante en el que el médico habló. Con cada segundo que transcurría las estúpidas células de su espina dorsal se morían a centenares. Las malditas neuronas habían perdido las ganas de vivir. ¿Por qué tenía que sucederle a él? ¿Qué razón podía tener el maldito universo para joderle de esa forma? Pero las cosas ocurrían porque sí, sin ningún motivo. La naturaleza no tenía especial interés en favorecer la vida de ningún hombre en particular. Los astros no juegan a favor de nadie. La vida de un hombre no es más que un suceso microscópico dentro de una mota en un universo infinito. Pensar que eso podría ser el centro de todo daba risa. O vértigo.

De pronto se sintió infinitamente cansado. Un cansancio antiguo, que había ido fermentando durante años, cayó sobre él. Notaba calambres eléctricos trepando por las piernas cada vez que daba un paso, como si caminase sobre cables de alta tensión.

Leo, en cambio, casi hubiera dicho que disfrutaba de la marcha. Pero Leo había tenido entrenamiento militar. Le habían obligado a caminar sin parar durante días por sitios peores que aquel. Probablemente el esfuerzo físico le servía como válvula de escape a la ansiedad. Y el maldito chino flotaba entre los matorrales como una pluma. Seguro que era uno de esos budistas entrenados en situaciones extremas, capaces de pasar días en ayuno mientras se rompen alegremente barras de hierro en la cabeza...

Él no había hecho deporte en su vida. Solo había leído libros. ¿De qué le servía eso ahora, en el mundo real? En una guerra sería de los primeros en caer. Pensó que, si pudiera elegir, se cambiaría por cualquiera de ellos dos. Ser cualquier otro parecía mucho mejor que ser él mismo. Ellos estaban sanos. Cuando el cansancio les venciese, descansarían unos minutos y volverían a estar listos. Un baño, una buena comida, y la vida comenzaría de nuevo. Pero para él las cosas solo iban a peor con cada segundo. La esclerosis no se tomaría ningún descanso. Casi podía sentir como bullían las células de la espina dorsal en un último estertor de muerte. ¿Cuántas, pequeñas y retorcidas, habrían caído ya desde que comenzó la enfermedad? ¿Cuántos más tenían que morir para que sintiese los primeros síntomas?

Tropezó con algo duro y cayó al suelo de bruces. No tuvo fuerzas para levantarse. Unos brazos tiraron de él hacia arriba, pero sus piernas se habían vuelto de goma.

—¡Eh, tío! —llamó Leo—. ¡Vamos a parar unos minutos!

Se dejaron caer sobre el suelo cubierto de hierba húmeda. El sol brillaba en el cielo, aunque sus rayos apenas traspasaban la espesura de las copas de los árboles. Siang se sentó frente a ellos con las piernas cruzadas al estilo oriental, la espalda muy tiesa. Su rostro estaba relajado. Lucía una sonrisa de orgullosa altivez.

—Me gustaría saber de quién estamos huyendo —dijo Leo echándole una mirada cargada de suspicacia.

—Habrá tiempo para las explicaciones —respondió Siang—. Corremos un peligro terrible si nos encuentran.

—¿Qué crees que iban a hacer con nosotros? —preguntó Rob.

—Tuviémos mucha suerte al escapar. Ellos saben cómo infringir un dolor tan atroz que su recuerdo perdura durante muchas vidas. Puedes creermelo. Sé de lo que hablo —su sonrisa arrogante se desvaneció por un instante.

Rob iba a decir algo, pero un gesto de Siang le conminó a guardar silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo.

—¡Silencio! —susurró Siang mirando al cielo—. ¡Helicópteros! ¡Nos buscan!

Rob aún tardó varios segundos en escuchar el débil sonido, semejante a un trueno demasiado lejano. Vio un puntito arriba, en la dirección en la que miraba Siang. Bien podría haber sido un pájaro, o una mota en su retina.

—¿Pueden vernos? —preguntó.

—El bosque es espeso, pero llevarán detectores de infrarrojos —respondió Siang—. Buscarán tres focos de calor próximos. Tenemos que separarnos. De esa forma no podrán distinguimos de otros animales grandes del bosque.

—¿Separamos? Pero nos perderemos —gimió Rob.

—Avanzad trazando un arco en dirección al sol. Nos encontraremos más tarde —dijo Siang, que ya desaparecía en la espesura.



—El chino tiene razón —dijo Leo—. Junto a nosotros descubrirán. Camina siempre con el sol sobre tu cabeza. Mataré a más gente. No estaré muy lejos.

Leo, con las mejillas encendidas y una expresión que recordaba a un oso acorralado, se alejó con grandes zancadas. *¡Genial!* pensó Rob. *¿Y cómo diablos se avanza manteniendo el sol sobre tu cabeza?* Miró al cielo, pero lo que vio a través de las copas de los árboles no fue el sol, sino un helicóptero flotando entre las nubes. El sonido de los rotores inundó el aire como un trueno que se prolongase durante una eternidad. *¡Mierda!*

Salió corriendo en una dirección al azar, enredándose con los arbustos del suelo y arañándose la cara con las ramas que le cerraban el paso. Hubiera jurado que antes el bosque no era tan espeso. Miró hacia arriba sin dejar de correr. El helicóptero parecía flotar sobre su cabeza. *¡Me está viendo! ¡Joder, me está viendo!*

Por algún motivo acudió a su mente la mujer del castillo. Tuvo la sensación de que le observaba desde el aire: la cruel sonrisa negra, los pómulos y el mentón afilados, una mancha borrosa de pura maldad. La imagen le espolé con una descarga eléctrica. Corrió con todas sus fuerzas, saltando entre las zarzas y los matorrales. Resbaló en un desnivel y rodó por un terraplén una docena de metros, levantando una nube de pájaros a su paso. Aterrizó en una zona despejada de vegetación y siguió corriendo a toda velocidad. Los gruesos troncos de los árboles se elevaban a su alrededor a una altura imponente. El suelo era una capa de hojas secas que crujía bajo sus pies. Corrió durante una eternidad. Hasta que sintió los pulmones a punto de estallar y tuvo que detenerse para tomar aliento.

Miró temeroso al cielo, pero las copas de los árboles se apretaban formando un tupido techo que apenas dejaba pasar la luz solar. No había ni rastro del zumbido del helicóptero. Tampoco podía distinguir la posición del sol. Buscó a su alrededor. La vista se perdía en la oscuridad, entre un mar de troncos altos y gruesos, semejantes a columnas que sujetasen la bóveda arbórea. Aquella parte del bosque tenía un aspecto siniestro que recordaba a un templo oscuro y silencioso, lleno de peligrosos secretos. *¡Perdido! Perdido en mitad del maldito bosque...*

Sabía que allí, sólo en la espesura, no sobreviviría durante mucho tiempo. La duda era qué le mataría antes, el hambre y la sed, o el frío. Miró a los fugaces pajarillos que saltaban entre las ramas. La idea de comerse uno no le pareció demasiado repugnante. *Pero nunca conseguiría atraparlo. ¿Y qué hay de los insectos?* Había escuchado historias de gente perdida en la montaña que sobrevivía con unos cuantos saltamontes. *¿Habría de esos por allí? La idea de chupar el vientre blando de unos de esos bichos le provocó una arcada.*

Se dejó caer agotado sobre un montículo cubierto de hierba. Un bosque o un estéril desierto de arena, tanto más daba si no sabía cómo procurarse comida. Tumbado boca arriba, sus ojos se perdieron entre los destellos cambiantes del sol entre las hojas. Caminar en dirección al sol. *¿Hacia dónde quedaba eso?* Estaba demasiado cansado para pensar. Estaba demasiado cansado. Lo malo no era morir. Lo malo era que tardaría demasiado. Escuchó un aullido en la lejanía y, después, un gruñido, más cerca. Se le ocurrió que no era el único por allí que pensaba en la hora de la cena.

Una sombra a su lado le hizo incorporarse de un salto. El corazón le dio un vuelco. Había alguien junto a él, observándole.

—¡Siang! —gritó—. ¡Maldito seas! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de llegar —respondió el oriental con una sonrisa enigmática.

—Me has dado un susto de muerte. La próxima vez puedes hacer ruido al pisar como todo el mundo.

—Lo siento. Te alejaste demasiado.

—¿Ya no nos buscan?

—Creo que esta vez les despistamos. Por la forma en que corriste debieron confundirte con una liebre salvaje.

—Muy gracioso. ¿Cómo me encontraste?

—Tú y yo nos conocimos en otra vida. Fuimos grandes enemigos. Eso creó un vínculo entre nosotros. Ahora que nos hemos vuelto a encontrar, el antiguo vínculo se ha reforzado. Puedo rastrear tu Karma en el continuo.

—Sí, claro. Y ahora, dime: ¿cómo me encontraste?

Siang le dio la espalda y se internó por un sendero que pareció surgir de la nada. Para Rob, el bosque era una masa informe igual de impenetrable en todas direcciones. Siang, en cambio, se movía como si todo aquello fuese una ciudad llena de rutas perfectamente señalizadas. *¡Maldito!* suspiró, corriendo para no quedarse atrás.

Al cabo de diez minutos encontraron a Leo sentado en unos peñascos.

—¡Gracias a dios! —dijo al verles llegar—. Creí que te habíamos perdido.

—Sí. Ahora estamos perdidos todos juntos.

—Vamos —les apremió Siang—. Tenemos que darnos prisa. Hasta ahora hemos tenido suerte, pero seguirán buscándonos.

En el cielo, el sol había llegado a su cenit y comenzaba a declinar hacia el oeste. Atravesaron una empinada colina cuyo suelo, cada vez más irregular, estaba regado de piedras que se deslizaban al pisar. Concentrados en encontrar un punto firme donde apoyarse, nadie dijo nada durante varias horas.

El estómago de Rob gruñía con cada paso, quejándose por la falta de comida. El dolor y el cansancio habían quedado en una especie de segundo plano, como si su cuerpo hubiese desistido de emitir señales de advertencia al darse cuenta de que no le iba a servir de nada.

La luz cedió a la oscuridad súbitamente, y la noche cayó sobre ellos sin previo aviso. Las estrellas brillaron con intensidad en el cielo despejado. Siang, que en todo momento encabezaba la marcha, se detuvo, escrutando a su alrededor.

*¡Oh, no! ¡Otra vez no!* pensó Rob. Miró al cielo buscando los temidos helicópteros.

—Por aquí —dijo Siang. Se internó por un sendero que se abrió misteriosamente a su izquierda.

Le siguieron durante varios minutos entre la espesura, hasta que ellos también pudieron escuchar claramente el sonido.

—¡Agua! —gritó Rob—. ¡Dios! ¡No podía más!

Ante ellos apareció un pequeño arroyuelo de aguas oscuras. El musgo que cubría las rocas que lo flanqueaban brillaba bajo la luz de la luna con una hermosa fosforescencia esmeralda. Rob se arrodilló en la orilla y hundió la cara en el agua helada. Siang y Leo le imitaron.

—Pararemos un rato —dijo Siang—. Necesitamos comer algo. Todavía tenemos por delante unas cuantas horas de viaje, y las fuerzas comienzan a flaquear.

*¿Comienzan?* se dijo Rob. *Es un milagro que haya llegado hasta aquí por mí mismo.* Y si el hambre no le había provocado una alucinación, había escuchado la palabra *comer*.

*¿Comer qué?*

Se acomodaron en un pequeño claro junto al arroyo. Siang desapareció en la oscuridad y regresó al cabo de unos minutos. Se había quitado el grueso jersey de lana y lo traía enrollado en las manos como si fuese una bolsa. Se sentó junto a ellos y lo extendió sobre la hierba. Aparecieron varias decenas de pelotitas parduscas del tamaño de abolladas pelotas de golf.

—Hubo suerte. Encontré algunos nidos cerca —informó—. Son muy energéticos —añadió al ver el gesto escéptico de Rob. Tomó uno y lo abrió con destreza clavando una uña en la cáscara. Volcó el contenido en su boca.

—Y además no están mal de sabor —dijo con una sonrisa.

—Son asquerosos —dijo Leo, sorbiendo uno—. Solíamos comerlos en las maniobras de supervivencia. Personalmente, prefiero los saltamontes.

Rob descubrió que el sabor no era tan horripilante, tan solo levemente asqueroso, aunque probablemente en aquel momento cualquier cosa le hubiese parecido un manjar. Después de devorar media docena apenas se sentía saciado.

—Dormiremos un par de horas antes de seguir —dijo Siang cuando dieron cuenta de todos los huevos. Se recostó en el suelo, la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Parecía tan satisfecho como después de un gran festín.

Rob buscó un trozo de suelo plano que no estuviese lleno de ramitas afiladas. Leo se dejó caer pesadamente a su lado. Arrastrado por el viento como un mal presagio, llegó hasta sus oídos el aullido lejano de un lobo. Rob reprimió un escalofrío.

—Tranquilo —dijo Leo—. Los lobos no atacan a los humanos. Salvo que estén muy desesperados.

—Ya. ¿Y cómo sabes que ese no lo está? Puedo imaginar lo estresante que debe ser la vida en el bosque.

—Lo importante es no tenerles miedo. Huelen el miedo —dijo Leo.

—Entonces estamos perdidos. Si me exprimen ahora solo saldría un buen chorro de miedo, espeso y caliente —Rob se sentó replegado sobre sí mismo, la barbilla apoyada sobre las rodillas—. Ahora mismo todos los lobos del maldito bosque tienen que estar corriendo hacia aquí.

Las palabras de Rob se perdieron arrastradas por el viento entre un susurro de hojas. Sumidos en la oscuridad, lo único que unos ojos humanos habrían podido intuir eran las sombras vagas de los tres hombres sentados en el suelo.

—¿Nos explicarás ahora quién eres y quién nos ha traído hasta aquí? —preguntó Leo.

—¿Quién soy? —Siang meditó unos instantes, como si tratase de desentrañar el significado de la pregunta—. Soy uno y he sido muchos. La identidad es algo efímero. Hoy me llamo Siang, mañana tendré un nombre diferente. El nombre es solo una etiqueta. Un hombre se define por sus actos.

—Déjate de acertijos —espetó Leo—. Queremos saber de qué va todo esto.

—Entonces, lo que realmente necesitas saber de mí no es quién soy, sino de dónde vengo y cuál es mi propósito en esta vida. Y para que podáis entenderlo, primero he de hablaros de cuál fue mi propósito en mis vidas pasadas —Siang inspiró profundamente, como si tratase de absorber por la nariz la esencia del bosque—. Mi primer yo nació hace cinco mil años, en una pequeña provincia situada entre el Norte de la India y el Himalaya. Se la conocía como la Ciudad de la Luz —el tono de su voz cambió, se volvió más grave y pausado. En la oscuridad, adquirió la cadencia y textura de la voz de un anciano—. La Ciudad de la Luz, aislada del mundo exterior por cadenas de montañas nevadas, permaneció oculta durante siglos. A sus habitantes se nos conocía como los Hermanos de la Luz. Vivíamos de acuerdo con los más elevados preceptos morales. El crimen y el castigo eran desconocidos. Llevábamos una vida espiritual libre de sufrimiento y preocupación. La ciudad era gobernada por una comunidad de doce Mahatmas, grandes sabios que tenían un contacto directo con la Fuente del Conocimiento Sagrado. Nuestro pueblo contribuyó en cierta manera al florecimiento de la antigua cultura. Fue una época hermosa, en la que el espíritu dominaba al cuerpo y la sabiduría era moneda corriente entre todos los hombres.

«Sin embargo —prosiguió—, la envidia y la ambición florecieron en el alma de los hermanos. Él y otros doce seguidores a quienes se les atribuyó, gestaron una traición. Arrasaron nuestro pueblo, mataron y torturaron a miles de inocentes. Se apropiaron de nuestras reliquias sagradas. Obligaron a los Mahatmas a huir y dispersarse por el mundo. *Los Trece Malditos*, como les llamamos desde entonces, utilizaron el conocimiento sagrado para levantar un imperio sangriento. Durante siglos, muchos les han servido o han sucumbido a su influencia. Políticos, comerciantes poderosos, nobles y monarcas o vulgares criminales, si es que hay alguna diferencia entre todos ellos. Todo el que tuviese pocos escrúpulos y la suficiente ambición. Su primer gran imperio se forjó hace cuatro mil años. Sin embargo, después de varios siglos de supremacía, aquel legendario imperio acabó derrumbándose inevitablemente bajo su propio peso.

»Pero *Los Trece* no renunciaron a su ambición. Comenzaron una nueva etapa de reconquista y expansión sobre las cenizas de su reino destruido. El ciclo se ha repetido en los últimos cuatro mil años. Imperios que surgen y se colapsan. Si observáis con atención la historia de la humanidad, veréis que detrás de cada potencia dominadora se esconde un gobierno en la sombra. Los imperios caen, pero *Los Trece* siempre están ahí, ocultos, manejando los hilos de la política y el poder. Han tejido una red de influencias que crece hacia el exterior como una tela de araña. Articulan su poder mediante cientos de organizaciones, algunas clandestinas, otras legales. La cadena de mando funciona en círculos concéntricos, de tal forma que cada miembro de un círculo reporta a alguien que pertenece a un círculo interior, y así sucesivamente, formando un árbol endiablado intrincado. Pocos conocen quién mueve realmente los hilos. Porque la cadena de mando continúa hasta llegar a una sola persona, el auténtico líder, el traidor que ha manejado en secreto el destino del mundo, encarnación tras encarnación, durante siglos. Se le conoce como *Yog-Sothoth*. En el antiguo lenguaje de mi pueblo significa *El Rey del Mundo*.

Las últimas palabras de Siang provocaron en Rob un incómodo estremecimiento, una convulsión en la boca del estómago. Aquel nombre le era familiar, estaba seguro de haberlo escuchado anteriormente. Pero, ¿dónde?

—Los Mahatmas y los Hermanos de la Luz juraron acabar con *Los Trece* —continuó Siang—. La guerra en la trastienda de la Historia ha durado siglos. Desgraciadamente nosotros estamos perdiendo. Once Mahatmas han desaparecido ya. Solo mi Maestro ha logrado enhebrar vida tras vida hasta nuestros días. También los Hermanos de la Luz han desaparecido, perdidos en la inmensidad del tiempo como barcasas en el océano. Me temo que yo soy uno de los últimos.

Rob y Leo intercambiaron una mirada en la oscuridad. *Completamente chiflado*, pensó Rob. —A veces olvido el extraño concepto de la existencia que tenéis los occidentales —dijo Siang, como si leyese sus pensamientos—. El hombre no es una vela cuya vida se acaba al consumirse la cera. Cuando este cuerpo perezca, el Maestro me buscará en mi siguiente vida, al igual que yo le buscaré a él. Ese fue nuestro juramento. La Eternidad es nuestro destino —Siang alzó la mirada al cielo cargado de estrellas—. Tal vez todo esto os parezca ilusorio, pero *Los Trece* son un peligro muy real. Amenazan la paz del mundo, vuestro mundo tal y como lo conocéis. Han transcurrido apenas sesenta años desde que intentaron por última vez reconstruir su imperio. En aquella ocasión fallaron. Pero si pensáis en las consecuencias que tuvo, entenderéis la gravedad de lo que está comenzando una vez más.

—¿Te refieres a la segunda guerra mundial? —preguntó Leo.

—Exacto.

Rob acogió la observación de su amigo sin demasiada sorpresa. A fin de cuentas, Leo nutría su curiosidad literaria exclusivamente de estrafalarias revistas de ocultismo y gruesos volúmenes de divulgación histórica —pasada o futura— cuyos autores a buen seguro tejían sus delirantes tramas entre paredes acolchadas. Debía ser emocionante para él escuchar algo así de primera mano. Lo que realmente le inquietaba era la premonitoria sensación, un cosquilleo en la boca del estómago, de que estaba a punto de revelarse un oscuro secreto de su pasado, algo tan horrible, tan insoportablemente vergonzoso, que lo había relegado a un oscuro rincón de su mente hasta el punto de convencerse a sí mismo de que nunca había sucedido.

—¿Así que esos tipos se escondían detrás de los nazis? —dijo Leo. Su rostro tenía la satisfecha expresión del que acaba de encajar una pieza muy complicada del puzzle—. ¿Entonces Hitler era ese Yog... como se llame?

—No —negó Siang con un paciente movimiento de cabeza—. Hitler no era más que una marioneta en sus manos. *Los Trece* nunca se expondrían al mundo. El secreto es su mejor escudo protector. Ellos se sirven de los vínculos externos de su organización para actuar. Los utilizan como pantalla. Yog-Sothoth siempre se mantuvo en un discreto segundo plano. Prefiere que alguien dé la cara en su lugar. Eligieron a Hitler, alguien que pertenecía a una de las muchas organizaciones ocultistas que expandían su ideología por Alemania, como podrían haber elegido a otro cualquiera. Tampoco su lugarteniente Himmler fue uno de ellos, aunque dedicó muchas energías para entrar en el selecto grupo. Himmler llegó incluso a replicar su propio círculo de mando. Sospecho que el iluso tenía la oculta ambición de eliminar a *Los Trece* y ocupar su lugar en el nuevo Reich. ¿No es así, Rob?

Rob sintió un hormigueo en la base del cráneo. Tuvo una extraña sensación de anticipación. Sabía que sabía lo que iba a escuchar un instante antes de escucharlo.

—¿Por qué me preguntas eso a mí, estás loco? —profriró con voz temblorosa.

—Pero ahora los nazis ya no son ninguna amenaza —intervino Leo.

—Sigues sin comprender —replicó Siang—. El poder de la ideología nazi desapareció, es probable que para siempre, pero *Los Trece* no están vinculados a ninguna nación o ideología concreta. Operan con un *delegado* en cada país que mantiene viva la estructura de la organización. Se infiltran en la política. Colocan miembros en el gobierno de turno, en la policía y los servicios secretos, en los medios de comunicación. En algunos países su poder es muy grande, en otros apenas son una banda de mafiosos sin ninguna influencia. Allí donde se hacen fuertes, toman el control directo del gobierno y comienzan una nueva etapa de expansión. Hace sesenta años se dieron las condiciones ideales en Alemania. Es cierto que actualmente no podrían arrastrar a Europa a una nueva guerra.

—Entonces no veo a qué peligro te refieres —insistió Leo—. ¿Qué pueden hacer un puñado de chiflados por su cuenta?

—Ese puñado de chiflados, como tú los llamas, se han hecho fuertes en otro lugar. Solo tenéis que mirar con cierta perspectiva histórica. Los síntomas están por todas partes, hasta un ciego podría verlo —Siang sonrió amargamente.

Inexplicablemente para él, Rob lo vio. Entendía perfectamente a qué se refería Siang. Curiosos conceptos de geopolítica acudieron desde algún rincón de su mente. Aunque era la primera vez que pensaba conscientemente en aquello, era casi como... como si él mismo hubiese meditado largamente sobre el asunto.

—El Islam —musitó casi sin darse cuenta.

—Así es —dijo Siang—. Ellos serán el instrumento para el próximo asalto. En realidad ya ha empezado. Las organizaciones de *Los Trece* están muy imbricadas con los gobiernos de varios países islámicos. Y se mueven más rápido de lo que hubiésemos pensado hace tan solo una década. Están abonando el terreno para una nueva confrontación. Lavando las mentes. Creando el caldo de cultivo adecuado para una guerra. Ya cuentan con millones de seguidores fieles. Cuando el conflicto estalle, los occidentales os sorprenderéis, pero todo ha estado gestándose delante de vuestras narices. El instrumento que los dirigentes nazis aplicaron para controlar al pueblo alemán no fue sino aquello que los Trece han venido utilizando a lo largo de la historia: el miedo. No existe mejor medio de esclavizar a la gente que crear un estado de miedo. El miedo se basa siempre en un engaño. En esta ocasión, disfrazan bajo el manto de la religión el miedo con el que quieren controlar a sus súbitos, convenciéndoles de que luchen por su esclavitud como si se tratara de su salvación, para que no consideren una ignominia, sino el máximo honor, dar su sangre y su alma para orgullo de un solo hombre.

—Menudo cuento —dijo Rob con creciente nerviosismo. Le invadió la sensación de que si permanecía en silencio el extraño mundo del que hablaba Siang acabaría tragándose, igual que la noche se había tragado el bosque—. Si realmente esa gente fuese tan importante, ¿por qué nadie les ha descubierto hasta ahora?

—El mejor truco de magia es el que no oculta nada y, sin embargo, esconde su secreto a la vista de todos —respondió Siang—. Ellos nunca se han preocupado de borrar sus huellas del todo. Algo así sería imposible, y lo saben. Por eso, si miráis con atención más allá de la historia oficial, veréis su rastro por todas partes. Y aún así, nadie creará lo que tiene ante sus ojos. ¿Cómo lo consiguen? La palabra clave es *contra-información*. Durante siglos, *Los Trece* han promovido cientos de historias sobre sociedades clandestinas, logias ocultistas, alquimistas, sociedades secretas, masonería, sucesos que salpican y relacionan entre sí la mayoría de figuras históricas. En lugar de silenciar a los que trataban de investigarles, pusieron a su disposición más información. Pero también se inventaron otras muchas tramas que mezclaban con los hechos verdaderos. Sobornaron a historiadores y novelistas, favorecieron la aparición de cientos de teorías conspiratorias y de leyendas. Entre todas esas historias se esconde una que es cierta. Simplemente está camuflada entre una red de fantasías y mentiras que tienen el mismo aspecto que la verdad.

—Eso es retorcido —dijo Leo—. Pero suponiendo que fuese cierto, ¿qué tiene que ver con nosotros dos?

—Hoy habéis tenido el dudoso honor de conocer a uno de *Los Trece malditos*. La mujer que visteis en el castillo. Se llama Karla. La misión que el Maestro me encomendó en esta vida fue encontrar la siguiente encarnación de *Yog-Sothoth* antes que ella. El Maestro cree que puede tratarse de la prostituta con la que Rob se encontró la pasada noche. El Maestro también predijo que Rob estaría cerca de ella. Debido a tu relación anterior, tu Karma permanece ligado a Yog-Sothoth.

—¿Pretendes que me crea eso? —espetó Rob.

—Cerrar los ojos no hará que las cosas cambien —respondió Siang con indiferencia—. Si no os convence mi verdad, podéis inventar una a vuestro gusto —se recostó en el suelo, las manos detrás de la nuca.

Leo se acomodó de costado junto a Rob, un brazo bajo la cabeza.

—Será mejor que intentemos descansar —le dijo.

Rob se tumbó de espaldas. Tenía un agujón ardiente clavado en el estómago, y no se trataba del hambre punzante. Lo que les había sucedido era peor que la peor de sus pesadillas. Albergaba la esperanza de que todo acabara en cuánto llegasen a un lugar civilizado y hablasen con la policía. Ellos sabrían qué hacer. La policía les pondría a salvo. La historia de Siang era como un juego de campamento, un cuento de terror narrado hábilmente a luz de la hoguera para asustarles.

Solo que había un inquietante detalle que hacía que el cuento pareciera real.

Buceó en sus recuerdos tratando de entender qué era lo que no encajaba en su mente. Ahí estaban todas esas imágenes de su niñez, recuerdos dolorosos y traumáticos en su mayor parte. Pero algunos de esos recuerdos no habían estado siempre allí, no encajaban entre el resto. Era como mirar un álbum de fotos en el que alguien hubiese intercalado fotografías de otra persona. Costaba separar unos recuerdos de otros porque todos estaban envueltos por la misma aura de familiaridad. En todos ellos se veía a sí mismo, más joven o siendo todavía un niño, de esa extraña forma en la que uno se recuerda como alguien tan diferente y, sin embargo, se sabe la misma persona. Recorriendo las calles camino del colegio. Pasando junto a enormes edificios de piedra adornados con altas columnas y relieves barrocos que parecían sacados de una vieja película en blanco y negro. De vuelta a

así, su madre le esperaba en los gastos de fogones, mirándose a los grandes ojos azules abiertos de par en par en la mano derecha. Su madre siempre estaba rezando. Recordaba una pelea en el patio del colegio, durante un partido de fútbol: un salvaje le había arrancado un diente de una puñetazo. Rob había querido matarlo, pero el otro chico era mucho más fuerte, así que se guardó su odio y no hizo nada. En realidad él siempre estaba enfermo, tenía tuberculosis o algo así, no lo recordaba demasiado bien, y nunca jugaba al fútbol. Pensó en la muchacha que se sentaba en la fila de delante. Pasaba horas mirando su pelo rubio. Lo extraño es que por aquella época había estado enamorado de una chica morena. ¿Cómo se llamaba? No podía recordar su nombre. Su cara también era confusa. Solo recordaba su voz y su presencia cercana en una tarde de otoño en la que caminaron juntos hasta su casa. Él estuvo callado todo el tiempo, sin saber qué decir, y ella jamás volvió a acompañarlo.

—Estaba en esos y en otros muchos recuerdos de su infancia. Cada vez que intentaba aprehender los detalles de un suceso determinado, su mente caprichosa saltaba a otro instante, sin que mediara ninguna relación entre ambos. Y mientras se esforzaba por aferrarse a cada resbaladizo detalle, se quedó dormido.

Rob escuchaba pacientemente al instructor de gimnasia y su interminable discurso sobre los beneficios de la elasticidad y el desarrollo muscular. Le odiaba desde la primera vez que lo vio, pero se esforzaba por tener siempre presentes las palabras de su padre:

—Heinrich, escucha siempre a tus profesores con la máxima atención.

Estaba cansado, no había dormido lo suficiente. Se había pasado la noche soñando con Napoleón, Alejandro y otros grandes líderes que todavía no tenían nombre para él. Por la mañana se despertaba aún más cansado, como si él mismo participase en las batallas que soñaba.

La penumbra que reinaba en aquel gigantesco gimnasio no le ayudaba a superar la somnolencia. Recorrió con la mirada las ordenadas filas de muchachos, todos con los ojos puestos en el maldito instructor y sus disparatados ejercicios gimnásticos. Cómo los odiaba. El profesor ordenaba y todos le obedecían sin rechistar. Debía ser fantástico tener a todo el mundo con los ojos bien abiertos escuchando cada palabra que saliera de tu boca.

Había llovido recientemente, y el aroma a tierra mojada que se filtraba entre las rejas de los amplios ventanales se mezclaba con el olor a sudor de los muchachos. Ahí tenía a aquel energúmeno describiendo círculos con sus rodillas, como un homosexual. ¡Oh, Dios!, espero que no nos pida que hagamos eso, pensó al verle. Como en una pesadilla silenciosa, todos comenzaron a imitarle, contoneando las caderas con aquel movimiento desquiciado de rodillas, las manos en la cintura. Para evitar desastres mayores, se agachó un poco, puso las manos en posición, movió las rodillas hacia adelante y hacía atrás, pero no lograba imitar aquellos aberrantes movimientos circulares.

—¡Himmler! —bramó el instructor— ¿Qué demonios estás haciendo?

Rob intentó desplazar la cintura, pero era inútil, por más que se esforzaba solo conseguía flexionar las piernas en una postura completamente vertical.

—¡Himmler! ¡Eres una vergüenza para la madre Alemania! ¡Nunca vas a llegar a nada!

Rob le miró fijamente a los ojos, pero aquel desafío solo empeoró las cosas. El gorila le agarró de una pierna y le levantó en el aire como a un muñeco. Luego empezó a zarandearlo arriba y abajo con fuerza, como si fuera un salero.

Las risas de los demás le pitaban en los oídos. Sintiendo toda la sangre agolpándose en la cabeza, rezó por perder la consciencia de una vez por todas. Ardía de vergüenza bajo las miradas de sus compañeros que subían y bajaban, subían y bajaban, subían...

Abrió los ojos a la oscuridad, boqueando como un pez fuera del agua. Sintió una fuerte sensación de vértigo o caída, y luego, la rápida recuperación de los centros de equilibrio, el instantáneo reconocimiento de la postura horizontal y de su propia tragedia.

Se incorporó con dificultad, temblando de frío. Una efervescencia de sonidos llegaba hasta sus oídos proveniente de la oscura masa de vegetación. El crujido de unas hojas al ser pisadas, el quejido de las ramas de los árboles combándose bajo algún peso, el jadeo de algo. Un tumulto de seres desconocidos que poblaban las tinieblas. A juzgar por todo aquel jaleo, el bosque parecía mucho más activo de noche que de día. Sacudió levemente el cuerpo que yacía junto a él.

—¡Leo! ¡Leo! —dijo en un susurro, temeroso de despertar a Siang. Leo no respondió. Le sacudió con más fuerza— ¡Leo! ¿Estás durmiendo?

Obviamente sí, y parecía que profundamente.

—¡Leo! —llamó en su oído.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó Leo dando un respingo— ¿Ya nos vamos?

—No, no... No podía dormir. Me preguntaba si tu tampoco.

—Supongo que sí. Aunque estaba teniendo una pesadilla horrible —se frotó los ojos con los pulgares—. Me alegro de que me despertaras.

—¿Qué te parece? —susurró Rob— Me refiero a la historia del chino, ¿tú te crees algo?

Leo acabó de restregarse los ojos con fuerza y se dejó caer pesadamente. Rob se tumbó a su lado con las manos tras la nuca, observando cielo estrellado.

—¿Por qué no? —dijo Leo—. Cuando has visto como yo a todo un puñetero ejército en marcha, miles de hombres, decenas de barcos, una fortuna en armamento..., piensas que nadie se tomaría tantas molestias por nada. Supongo que realmente hay algo peligroso ahí fuera.

—Sí, puede que tengas razón —dijo Rob—. Las estrellas. Uno las mira y cuesta hacerse a la idea de la distancia que nos separa de ellas. Todo ese espacio ahí arriba. Si te paras a pensar en lo que creemos que somos, no tiene ningún sentido. ¿Qué diablos hacemos aquí? Es difícil creer en algo parecido a la reencarnación. Pero de alguna forma encaja con... algo.

—Sí —dijo Leo pensativo—. Encaja con algo.

Pasaron varios minutos en silencio, observando el abismo cuajado de estrellas sobre sus cabezas.

—¿No tienes miedo? —preguntó Rob.

—¿Miedo?

—Miedo a morir.

—La muerte ya no me asusta. Supongo que le tuve miedo la primera vez que me la eché a la cara. Cuando murió mi hermano, ¿recuerdas? Entonces casi me volví loco pensando en la muerte.

El hermano pequeño de Leo había muerto de leucemia con solo diez años. Cuando ocurrió, Rob y Leo tenían quince, pero era la primera vez que Rob le oía mencionarlo desde entonces.

—Le di tantas vueltas, ¿sabes? —dijo Leo con voz algodonosa—. No podía pensar en otra maldita cosa. Se me metió en la cabeza que tenía que averiguar por qué había tenido que pasarle precisamente a él. Como si hubiese algún motivo. La muerte era como un acertijo que tenía que resolver para que mi pobre hermano pudiese descansar en paz, donde fuera que estuviese. Estuve a punto de matarme yo mismo para encontrarme con él y resolver el misterio. Luego, me di cuenta de que en realidad el único que estaba sufriendo era yo. Lo que quiero decir es que él ya no estaba en ninguna parte, sólo existía en mi recuerdo, ya no era más real que un personaje de un libro. ¿Comprendes lo que te quiero decir? Entonces me tranquilicé. Me di cuenta de que la maldita muerte solo le preocupa a los vivos. Así que, por supuesto, sigo temiendo que les ocurra algo a los demás, a la gente que quiero. Pero no me preocupa en absoluto mi propia muerte. Y cuando me llegue la hora, todavía me preocuparé menos.

—¿Pero qué pasa con todo lo que te pierdes? Hay tantas cosas que aún no he hecho y me gustaría alcanzar... Puede que la mayoría de mis sueños nunca llegaran a cumplirse, pero mantener la esperanza, quizás eso sea lo único que merece la pena.

—La puñetera esperanza y todo lo demás dejará de importarte cuando estés muerto. Mi política consiste en no perder el tiempo agobiándote con eso mientras estás vivo.

Rob no supo qué decir a eso. Se quedaron en silencio, escuchando el sonido de la brisa en las hojas y el ajetreado murmullo del bosque. Al rato, Rob escuchó la respiración pesada de su amigo. Cerró los ojos e intentó dormir una vez más.

La noche y el duro invierno dejaban caer una copiosa nieve sobre el gran refugio alpino, situado en la cresta de una elevada montaña. El nido de águilas, una lúgubre construcción de piedra, desafiaba a la tormenta y al viento que aullaba sobre el negro abismo.

En su interior, un hombrecillo asomado a unas interminables cristaleras contemplaba con exaltada admiración la furia de los elementos desatada en el exterior. Un rayo quebró la oscuridad y el hombre, un individuo ensimismado en sus pensamientos que lucía un cómico bigotillo, se apartó del ventanal para seguir compartiendo la velada con sus invitados, hombres uniformados por las insignias nazis y mujeres vestidas con ostentosos trajes de noche. Alguien hizo un comentario y, de inmediato, el hombrecillo respondió enérgicamente. Desde un discreto rincón, Rob observaba la escena en silencio.

—Voy a revelarles un secreto —espató el hombre del bigotillo. Hablaba con ademanes espasmódicos y parecía muy nervioso—. La mutación de la raza ha empezado. ¡Existen los seres sobrehumanos!

Un puñado de hombres de uniforme asintieron. Rob no pudo contener una mueca, que en otras circunstancias podría haber mutado en una sonrisa de desprecio. Sabía que él era el único entre los presentes que comprendía el verdadero significado de aquellas palabras.

—El hombre nuevo está entre nosotros. ¡Existe! He tenido la visión de un hombre formidable, intrépido y cruel. Ante él me he acobardado.

Varios hombres alzaron las cejas, murmurando entre sí. Rob apuró su copa y salió del salón. Recorrió un laberinto de pasillos en penumbra que, como un largo intestino, entretejía las decenas de salas, dormitorios privados y salones profundos de la fortaleza. A pesar de los gruesos muros de piedra, el silbido del viento contra las afiladas torres de guardia llegaba nítido hasta sus oídos. Ascendió por largas escaleras talladas en piedra, flanqueadas por ventanucos del tamaño de un puño, hasta llegar a sus habitaciones privadas.

Se sentó frente a la mesa repleta de libros tostados y polvorientos —el único mobiliario consistía en un escritorio de madera, un arcón de viaje y una cama cubierta por una colcha de terciopelo rojo, presidida por la bandera de una esvástica— y trató de continuar con la lectura donde la había dejado horas antes. Pero no lograba concentrarse.

Él está aquí. Esta noche. El nerviosismo histórico de Hitler era su carta de presentación. Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Conocería sus planes? Hasta ahora no había hecho nada que no fuese obedecer sus órdenes fielmente. Y sin embargo, sentía una garra atezar su garganta ante la idea de verle cara a cara. Apartó aquellos pensamientos con un movimiento de cabeza y se sumergió en las palabras del antiguo libro.

Un grito le despertó en mitad de la noche. Se había quedado dormido, la cabeza apoyada en la mesa. Se incorporó atisbando las sombras, intentando decidir si el grito había sido real o había provenido de sus sueños. Otro alarido le confirmó lo primero. Corrió escaleras abajo, hasta los aposentos de Hitler.

Sentado en el borde de su cama, Hitler pedía socorro con gritos convulsivos. Varios sirvientes trataban de tranquilizarle, pero Hitler se rechazaba a todos los movimientos frenéticos, presa de un pánico que le hacía temblar hasta el punto de sacudir el lecho. Lanzaba palabras confusas e incomprensibles, jadeaba como si estuviera a punto de ahogarse. De pronto, se puso en pie, tambaleándose y mirando a su alrededor con aire extraviado. Miró a Rob, y su rostro se iluminó durante un instante.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Ha venido hasta aquí! —gimió.

Sus labios estaban pálidos. Por su cara resbalaban gruesas gotas de sudor. Pronunció unos números sin sentido, algunas palabras y trozos de frases inconexas. Empleaba palabras muy extrañas, uniéndolas de un modo chocante. Al cabo de un rato se quedó callado, pero siguió moviendo los labios. Los sirvientes por fin pudieron aproximarse. Le dieron unos masajes y le hicieron beber algo. Cuando ya parecía tranquilizarse, dio un grito que les hizo apartarse a todos con un sobresalto.

—¡Allí! ¡Allí! ¡En el rincón! ¡Está allí!

Rob se giró hacia donde apuntaba con el corazón latiendo desbocado. Avanzó hacia el fondo del dormitorio y apartó las gruesas cortinas con un movimiento brusco. Hitler daba patadas en el suelo y chillaba. Los cristales del ventanal le devolvieron el reflejo de la escena a sus espaldas. Un rayo iluminó brevemente la noche, perfilando los gruesos remolinos de nieve que descendían desde el cielo negro y se perdían en la profundidad de la montaña.

Los sirvientes se esforzaban por tranquilizar a Hitler, diciéndole que nada ocurría de extraordinario, hasta que se fue calmando poco a poco y, por fin, se quedó profundamente dormido.

Rob se despertó sobresaltado, el corazón latiendo alocado. La brumosa luz de la luna se filtraba entre la bóveda arbórea arrancando tenues destellos en las hojas cubiertas de humedad. Se puso en pie, sacudido por temblores provocados por el frío y el miedo. Los recuerdos de las pesadillas se alejaron como la marea después de una noche de luna.

Leo ya estaba despierto. Atisbaba a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿Dónde está Siang? —preguntó Rob cuando sus sentidos se adaptaron a la oscuridad.

—No lo sé. Cuando desperté ya había desaparecido. Maldito chino, sabía que no era de fiar.

—¿Pero entonces, cómo continuaremos? ¡No sabemos en qué dirección está el pueblo!

Rob miró a su alrededor, escuchando la espesura. Se sintió como un insecto atrapado bajo una montaña de hojas secas.

—Seguiremos solos —dijo Leo—. Hemos marchado todo el tiempo hacia el noroeste. Si el chino no nos mintió pronto tendríamos que tropezar con el pueblo si seguimos en esa dirección.

Señaló vagamente a un punto en el bosque. Rob era incapaz de orientarse hacia ninguna parte. Ni siquiera recordaba cómo habían llegado hasta aquel claro.

—¿Estás seguro?

—Seguro. ¡Vamos!

Emprendieron la marcha con paso cansino. Bajo la luz de la luna la vegetación tenía un aspecto azulado, alienígena. Con cada paso que daban un millón de sombras huían como cucarachas sorprendidas al encender la luz, arrastrándose por el suelo con un sonido de hojas secas.

Rob descubrió que al menos se sentía algo mejor después del breve descanso. En comparación, la arcada de dolor era bastante menos violenta, mitigada. *Tampoco es que haya mucha diferencia entre arder a mil grados o a novecientos*, se dijo. Pero tenía que admitir que el ejercicio y el aire puro parecía haber quitado un tapón en su mente. Sentía deslizarse los pensamientos con más facilidad que nunca. Incluso le invadió cierta euforia ante el desafío de abrirse paso en aquel bosque hostil. *¡No acabaréis conmigo tan fácilmente!* La advertencia no iba dirigida a nadie en particular. Tal vez a sus propios miedos, tal vez al fantasma formado por todos los que de una u otra forma le habían menospreciado en el pasado.

—Me muerdo de hambre —dijo Leo, que no dejaba de resoplar y maldecir a cada paso.

—No me lo recuerdes —se quejó Rob, cuyo estómago estaba desplegando todo un arsenal de recursos para llamar desesperadamente su atención: dolor en todas sus variantes y especialidades, náuseas, retortijones y convulsiones, gases, ácidos, o súbitamente, la inconcebible y angustiosa sensación de vacío.

—Lo que nos ha pasado —apuntó Leo—, ¿crees que alguien de la tele querrá comprarnos la historia? Podríamos conseguir un poco de publicidad en uno de esos programas de sucesos, ya sabes. Si dramatizamos un poco podemos sacar mucha pasta.

—Joder Leo, se supone que nos está buscando una banda de asesinos. Deberíamos escondernos en un pozo oscuro y no sacar la cabeza en una buena temporada. ¡Y tú quieres que nos demos publicidad!

—Cuando se lo cuente a mi hermana no se lo va a creer. La pobre debe andar preocupada.

Rob pensó en María, sola y angustiada, preguntándose qué había sido de ellos. Su estómago, experimentando con nuevas formas de dolor, se retorció en un vigoroso nudo. Entonces Rob recordó otra cosa: hacía dos días que sus padres tampoco sabían nada de él. A estas alturas debían de estar consumidos por la preocupación.

*No tengas remordimientos*, se dijo. *Al fin y al cabo, ibas a matarte. Si no hubieras desaparecido, en vez de un apartamento vacío habrían encontrado tu cadáver.* La imagen se le antojó cruel. *Mi pobre madre. No puedo hacerle eso.* Pero tampoco se veía capaz de seguir con su vida como si la enfermedad no existiese. Quitarse del medio era lo mejor que podía hacerles. ¿Y Aina? ¿Le habría echado ella de menos? Lo dudaba. *Aparte de mis padres, ¿alguien más me estará echando de menos?* Se dio cuenta de lo solo que estaba, de lo solo que siempre había estado. Si la importancia de una vida se mediera por la cantidad de personas que llorarían tu muerte, cuando ese número tiende a cero, ¿merece la pena seguir viviendo?

Vislumbraron las primeras casas del pueblo cuando el sol despuntaba ya en el cielo y el sonido de los pájaros llenaba el aire frío con un griterío agudo y estridente. El bosque acabó bruscamente en lo que parecía alguna clase de cultivo de hierba baja. Durante unos instantes dudaron en abandonar la espesura y salir a campo abierto.

—¿Crees que todavía corremos peligro? —preguntó Rob.

—Hum, no lo sé —Leo escrutó la aparente calma de las casas rurales como si buscara alguna amenaza oculta—. En cuanto nos vean llamaremos la atención.

—¿Qué hacemos entonces? No podemos quedarnos aquí parados...

—Ssshhh. Alguien viene.

Una figura se aproximaba caminando entre los sembrados. Vestía una cazadora con capucha echada sobre la cabeza. Se descubrió cuando estuvo a un centenar de metros.

—¡Jodido chino! —exclamó Leo.

—¿Cómo rayos sabía...? —masculló Rob. Pero no le fue difícil imaginar a Siang atravesando velozmente el bosque sin el lastre que ellos suponían, calculando después el tiempo que tardarían en alcanzarle, avanzando a su lento ritmo.

Siang llegó hasta donde se encontraban luciendo una sonrisa. Parecía fresco y descansado como si llevase una semana esperándoles en aquel pueblecito.

—¡Siento haber desaparecido así! —dijo animadamente antes de que pudiesen abrir la boca—. Pero quise adelantarme para preparar la huida.

—¿Aún nos buscan? —preguntó Leo.

—Sí. No podemos confiar en las autoridades locales. Seguidme.

Para desesperación de Rob, Siang se internó de nuevo en el bosque.

—¿A dónde coño vamos? —gruñó Leo.

—Conseguí un vehículo —les explicó, apremiándoles con un gesto.

Recorrieron una semicircunferencia de un kilómetro campo a través, hasta llegar a un pequeño camino donde les esperaba una vieja furgoneta. Un hombre alto y recio como un toro salió del interior.

—Tranquilo. Es amigo —dijo Siang—. Forma parte de nuestra red en esta zona. Mantenemos bajo vigilancia el castillo —aclaró.

El hombre de la furgoneta intercambió con Siang una larga parrafada en un trastabillado idioma que clasificaron como alguna clase de chino. Siang asentía y les miraba de reojo de vez en cuando. Después, el hombre le entregó unas llaves y se marchó sin más caminando por el sendero de tierra en dirección al pueblo.

—Esto es para los falsos pasaportes —dijo Siang apuntando a Leo y después a Rob con la lente de un teléfono móvil.

La camioneta solo tenía dos asientos. Rob se acomodó en el desnudo suelo trasero de chapa y Leo en el asiento de copiloto. El motor se puso en marcha al tercer intento, después de emitir un sonido muy semejante al que produciría el ataque de tos de una fábrica de tornillos. La furgoneta comenzó a andar perezosa, traqueteando por el camino de tierra.

—¿Piensas sacarnos del país en este trasto? —preguntó Leo.

—No, solo iremos hasta Hamburgo. Allí alguien nos esperará con pasaportes falsos y podremos coger un avión. Aunque tardemos más, circularemos por carreteras secundarias. Solo cuando pisemos el aeropuerto estaremos relativamente a salvo.

La carretera discurría sinuosa, encajonada entre laderas cubiertas de maleza. Árboles de retorcidos troncos extendían sus raíces hasta el borde del camino, como si quisieran reconquistar aquella franja de tierra ganada al bosque por el hombre. Un zumbido salió del bolsillo de Siang. Conduciendo con una sola mano, sacó el teléfono móvil. Escuchó atentamente unos segundos. Respondió una ráfaga de palabras en chino. Rob quiso adivinar cierta sorpresa en el tono de su voz, aunque la conversación sonaba como si recitase a toda velocidad el menú de un restaurante chino.

—En la mochila hay bocadillos —dijo Siang cuando colgó.

Rob se abalanzó sobre la bolsa como un portero de fútbol sobre una pelota perdida en la línea de gol.

—¡Dios mio! —gimió— Creí que iba a morir de hambre.

Le dio un bocado al pan crujiente y lloró. Su estómago rugió y se convulsionó con exaltado alborozo.

—Ese teléfono —dijo Leo mientras masticaba— ¿Puede hacer llamadas internacionales?

—Acabo de tener una.

—¿Me lo dejas?

—¿A quién vas a llamar?

—A mi hermana.

Leo marcó los números. Una voz robótica le informó con indiferencia que el terminal al que llamaba estaba desconectado.

—¡Mierda! No lo entiendo. Debería estar esperando mi llamada.

—Tu hermana... —preguntó Siang— ¿Dónde vive?

—Acaba de mudarse a mi casa. ¿Por qué?

—Pásamelo. Haré una comprobación.

—¿Qué hay que comprobar? —preguntó Leo alarmado.

—Puede que hayan registrado tu casa... —respondió Siang.

—¿Mi casa? ¿Por qué iba nadie a registrar a mi casa?

—Si se han tomado de la molestia de traeros vivos hasta aquí es porque creen que ocultáis algo —explicó Siang sin apartar la vista de la ondulante carretera—. Buscarán información en vuestro entorno. Rob, ¿vives con alguien por quién tengamos que preocuparnos?

—No. Yo... vivo solo en Barcelona, en un apartamento alquilado. Mis padres viven en un pueblo...

—Lo comprobaremos de todas formas —dijo Siang.

Hizo una llamada. Una cascada de palabras en chino salió atropellada de su boca. Silencio. Luego otra ráfaga. Rob y Leo aguantaron la respiración, intentando entender algo del torrente de sonidos incomprensibles. Siang permaneció durante un largo rato con el teléfono apretado a la oreja, escuchando. Finalmente colgó.

—Uno de los nuestros irá a tu casa —le dijo a Leo—. También comprobarán que tus padres estén bien —miró a Rob por el espejo retrovisor.

Leo le dio un puñetazo al salpicadero. Luego se quedó muy quieto, los ojos apretados, resoplando fuertemente, como si quisiera expulsar por la nariz algún demonio interior.

Rob no podía decir que estuviese furioso. Simplemente estaba tan cansado que era incapaz de sentir nada salvo el miedo, ácido y caliente, instalado permanentemente en la base del estómago. María... ¿Y si le había pasado algo? La idea se le antojó insoportable. Se recostó en el duro suelo de chapa, agradecido simplemente de no tener que moverse.

Hace dos días viajar así hubiese sido una tortura, pensó. Ahora me parece maravilloso. Recordó haber leído historias sobre veteranos de guerra que, al regresar vivos a su país, se dedicaban a beber y a holgazanear como mendigos durante el resto de sus vidas. Todo el mundo se sorprendía de que no se esforzaran lo más mínimo por reconducir sus vidas. Rob pensó que después del infierno que habían pasado, el simple hecho de sentarse en un banco del parque a tomar el sol debía parecerles el paraíso. La gente normal los observaba pensando que se habían vuelto idiotas. Pero ahora lo veía con claridad. Ellos ya no necesitaban nada más en la vida para ser felices. Recordó un cuento titulado *El infierno es la ausencia de Dios*. Bien podrían invertirse los términos y decir que el *Cielos es la ausencia de Satanás*. La idea de retomar su vida, libre del ELA, antes de toda aquella locura, se le antojó como lo más maravilloso del mundo. Las lágrimas acudieron a sus ojos cansados. ¿Cómo fui tan estúpido para desperdiciar amargado tantos momentos? No mires atrás. Lucha para salir de esto desde ahora. Por el futuro. Quizás pueda curarme. Quizás pueda enamorar a María. Quizás algún día pueda sentarme en un banco del parque bajo el sol...

Mecido por el suave traqueteo de la furgoneta, sus pensamientos se hicieron cada vez más vagos. El peso del cansancio le sumió en un inquieto duermevela. Desmoronada la tenue barrera levantada por su mente consciente, un flujo de recuerdos antiguos inundó una vez más sus sueños.

—¡Es una mancha en el honor del soldado alemán que quede un solo polaco con vida en Varsovia! —gritó Rob al compungido Obergruppenführer Berger—. ¿Por qué no ha cumplido usted mis órdenes? Quiero que esos cerdos sean destruidos. Hace tiempo que estaría hecho si no fuera usted tan blando —pronunció la última palabra como si se tratase del insulto más terrible.

—Reichsführer, hemos hecho lo que hemos podido —farfulló Berger, la frente perlada de sudor—. Las bajas son terribles. La revuelta de Varsovia ha costado ya la vida a diez mil soldados alemanes.

—¿Qué me importan las pérdidas! Sólo cuentan los resultados. No se llora a un soldado caído por la patria. Se está orgulloso de él. ¿No eran suficientemente claras mis órdenes? Arrase la capital polaca y extermine a sus habitantes como ratas. No tienen sitio en el gran Reich alemán. Pero si prefiere usted el frente ruso, es fácil —añadió con una sonrisa helada—. Los SS no gustan de los cobardes que tienen miedo de la sangre, así es que ni una palabra más sobre las bajas. La moneda de la guerra es la sangre, y un Estado fuerte nace en la sangre. Dentro de cuarenta y ocho horas, Varsovia debe ser borrada del mapa.

Cuando Berger salió a toda prisa del despacho por la puerta principal, Rob se giró hacia otra puerta, la que comunicaba con su salita privada y en la que alguien había estado escuchando, oculto.

—No podemos permitir que se nos escape —dijo una voz afilada desde las sombras. El tono era amenazante.

—Me ocuparé personalmente de que ni un solo polaco quede con vida —respondió Rob, con un nudo en la garganta—. Serán aniquilados.

—Así lo espero, mi querido amigo, así lo espero.

A pesar de que la calefacción mantenía caliente el interior del vehículo, Rob se despertó sacudido por temblores. El zumbido del motor vibraba en sus oídos. Leo dormía, la cabeza apoyada contra la ventanilla. Anocheceía. Circulaban por una amplia autopista. A su alrededor se extendían ondulantes campos de sembrados y, más allá, un mar lejano de diminutas luces brillantes.

—¿Qué ciudad es esa? —preguntó. Escuchó su propia voz débil, como si una bolsa de plástico le cubriese la cabeza. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca completamente seca.

—Hamburgo —respondió Siang—. Estamos a punto de llegar.

—¿No quieres dormir? Yo puedo conducir un rato.

—No te preocupes. Puedo pasar varios días sin dormir.

Rob se preguntó qué clase de hombre era aquel que parecía no sucumbir nunca al cansancio.

—¿Has tenido alguna noticia de María? —preguntó Leo, que también había despertado.

—El móvil se quedó sin batería. Volvemos a estar incomunicados.

Siang condujo la traqueteante furgoneta por una salida de la autopista que les llevó hasta el aeropuerto minutos más tarde. Un hombre menudo, que parecía perdido dentro de un enorme abrigo gris, les esperaba en el aparcamiento. El sol había desaparecido completamente. Soplaba un fuerte viento del norte que les sacudió helándoles hasta los huesos. Un avión pasó sobre sus cabezas, flotando en el aire como sostenido por hilos invisibles. El hombrecillo repartió entre ellos billetes de avión y pasaportes falsos. Rob abrió el suyo. Su rostro enmarcado en la fotografía parecía tan cansado como se sentía, la piel lívida y los ojos rodeados por una sombra oscura.

Siang intercambió unas palabras en alemán con el hombrecillo. Parecía nervioso. Siang frunció el ceño.

—Han comprobado tu piso —dijo, dirigiéndose a Leo—. No había nadie, pero encontraron señales de que había sido registrado.

—¡No! ¡Desgraciados! —bramó Leo— ¿Qué han hecho con mi hermana?

—No lo sé. Lo averiguaremos cuando volvamos a España. También han entrado en tu apartamento —dijo mirando a Rob—. Pero parece que no se han acercado a la casa de tus padres. Mantendremos una discreta vigilancia de todas formas.

Rob respiró con fugaz alivio. Al menos sus padres estaban bien. Pero, ¿y si le habían hecho algo a María? La idea era insoportable. Sintió un peso nuevo, algo que le oprimía y que no podía hacer a un lado como habitualmente apartaba —como si se tratase de un enjambre de insidiosos mosquitos— las diversas tribulaciones, paranoias, psicosis, complejos y miedos que le asediaban. El peso de la Tragedia. Una Tragedia dura y afilada, pesada como un bloque de granito. La Tragedia se había cernido sobre él —¿por qué a mí?— y esta vez tenía la certidumbre de que se trataba de algo definitivo. Letal.

Nadie puso objeción a sus pasaportes falsos, ni tampoco nadie pareció fijarse demasiado en su aspecto sucio y desarrapado. No destacaban demasiado de las decenas de resacasos jóvenes que pululaban como zombis por el aeropuerto de regreso de un fin de semana de turismo —drogas, sexo, alcohol— en alguna ciudad europea.

Durante el vuelo, Leo, sumido en sus propios pensamientos, solo contestó con gruñidos a los intentos de conversación de Rob, que se resignó a observar el cielo por la ventanilla. Flotaban sobre un manto lechoso de nubes que brillaban con tonos dorados y púrpura bajo la luz del desnudo sol. Rob tuvo la vívida sensación de no ser más que un insignificante insecto perdido en la inmensidad. Casi deseó que fallasen los motores del avión. Todo acabaría en un instante. El mundo, enorme y silencioso, continuaría girando como si nada hubiese sucedido.

La cara de Siang, sentado en la fila de atrás, asomó entre los asientos que ocupaban Rob y Leo.

—El Maestro quiere hablar con vosotros —dijo—. Os ruega que vengáis conmigo.

—¿Ir? ¿Adónde? —preguntó Rob.

—A un lugar seguro. No podéis confiar en nadie. Los Trece os buscan.

—Pero nosotros no hemos hecho nada —dijo Rob—. ¿Qué quieren de nosotros?

—La mujer que se hace llamar Vera sigue en España —dijo Siang, como si eso respondiese a su pregunta—. Eso es extraño. Ya deberían haberla sacado del país. Algo no encaja. El Maestro quiere hablar contigo —miró a Rob a los ojos—. Piensa que puedes ayudarnos a entender ciertas cosas.

—Iremos —dijo Leo tajante—. Tenemos que averiguar qué ha pasado con mi hermana.

—¿Por qué no vamos a la policía? —replicó Rob—. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—¡Joder, Rob! —gritó—. No me voy a quedar de brazos cruzados sabiendo que mi hermana puede estar en manos de esos degenerados.

Varios pasajeros se giraron hacia ellos. La azafata les lanzó una mirada de advertencia desde el extremo del pasillo. Rob meneó la cabeza con resignación. Era inútil discutir.

—El Maestro os lo explicará todo. Es importante. Pronto lo comprenderéis.

Rob estudió el rostro pálido de Siang, sus ojos llenos de luz. Había algo en su mirada que le empujaba a confiar en él. Una especie de santidad. A pesar de su altivez, cuando mirabas a Siang algo te decía que era la clase de persona dispuesta a dar la vida por ti sin dudarlo.

—Está bien —dijo. Sintió que se deslizaba por una pendiente en la que no podía dar ya marcha atrás—. Iremos contigo.

Siang asintió con evidente satisfacción y regresó a su asiento. Cuando el avión aterrizó, nadie les impidió abandonar el aeropuerto. Subieron a un taxi. Siang dio una dirección y pronto se zambulleron en el intenso tráfico de Barcelona.

El inspector Gómez se llevó el vaso a los labios y bebió un largo trago, sintiendo agradecido la suave relajación inducida por el alcohol. Frente a él, acomodado en un amplio sofá, Viktor Andropov le imitó. Se encontraban en un reducido apartamento abuhardillado de una pieza, en el que una imponente cama, la cocina, y dos grandes sillones de piel de búfalo compartían todo el espacio. A su alrededor, columnas de libros apoyados en las paredes amenazaban con derrumbarse en cualquier momento. Las luces estaban apagadas. La única claridad provenía de un estrecho ventanuco enrejado por el que se filtraba la luz polvorienta del alba.

—Siempre había tenido la idea, tal vez un tanto romántica, de que un espía solo se alojaría en lujosas suites de hotel —dijo Gómez esbozando una sonrisa inquieta.

—No me pagan tanto como para permitirme ese tipo de vida —respondió Viktor con una mueca—. No paso mucho tiempo aquí, y este sitio es discreto.

—Solo estaba bromeando. Le agradezco que me haya recibido a estas horas.

—No se preocupe. No suelo dormir demasiado. ¿Hay alguna novedad?

Demasiadas, pensó Gómez. Pasó a relatarle sucintamente lo sucedido en el Club Paraíso. Viktor le escuchó atentamente, sin inmutarse, como si temiese que sus gestos pudiesen ahuyentar las palabras. Cuando acabó, Gómez apuró el contenido del vaso, relamiéndose los labios húmedos. Viktor alargó hacia él la botella de whisky y volvió a llenarlo.

—Por alguna razón —prosiguió Gómez ante el silencio del ruso—, he pensado que tal vez usted pudiera conocer el significado de algo. He consultado a varios expertos en idiomas, en historia y en mitología, pero nadie ha sabido darme una respuesta. Se trata de algo que esa mujer no paraba de repetir. Unas sílabas extrañas: Yög-Sothoth —pronunció la palabra como si hubiese estado paladeándola antes de soltarla.

Gómez notó como las manos de su interlocutor se crispaban apretando con fuerza el vaso.

—Ya veo que para usted sí tiene un significado —dijo, los ojos convertidos en dos ranuras—. Creo que ha llegado el momento de que me cuente todo lo que sabe sobre esa gente. Hasta ahora su colaboración no ha sido de mucha utilidad. No me malinterprete. Gracias a usted hemos detenido a un centenar de simpatizantes nazis que andaban metidos en asuntos turbios. Pero no hemos encontrado ni un solo vínculo con los asesinatos ni con esa mujer. Así que tengo la sensación de que esos símbolos no eran más que una pista falsa para desviar nuestros esfuerzos. ¿No es así?

Viktor meneó la cabeza tres veces, en intervalos de varios segundos, como si asintiera a alguna indicación que solo él podía escuchar. Entonces se levantó pesadamente para alcanzar un libro del grueso montón que tenía a su lado. Gómez observó los lomos de los volúmenes amontonados. En su mayoría parecían tratados sobre la segunda guerra mundial, aunque también había muchos de historia antigua y otros cuyos títulos no le decían nada.

Viktor pasó las páginas rápidamente hasta encontrar lo que buscaba. Giró el libro para que Gómez pudiese verlo.

—Esta fotografía es real —dijo—. No es ningún montaje de revista de ocultismo sensacionalista.

Gómez observó la imagen bajo la luz turbia. Se trataba de la estatua de un Buda esculpida en piedra. El rostro redondo tenía una expresión benévola, los labios gruesos curvados en una leve sonrisa. Tallada en el pecho se podía ver claramente una esvástica de idéntico trazo a la empleada por los nazis.

—La conexión es evidente —señaló Viktor—. Y, de una u otra forma, se encuentra en la mayor parte de la simbología vinculada a los grandes imperios. Recuerde que el símbolo del cristianismo, que impuso un reinado de terror durante siglos en la Europa medieval, también es una cruz. Probablemente en algún momento alguien decidió... recortarla —pasó el dedo sobre la imagen del libro, como si la acariciase—. Lo siento, olvidé que usted es creyente.

—No se preocupe. Siga por favor.

—No soy un experto en historia antigua. Tan solo he ido averiguando cosas a lo largo de los años, atando cabos —señaló al puñado de libros amontonados a su alrededor—. Hace años yo era un joven ingenuo y ambicioso. Tuve acceso a muchos de los archivos secretos que la Unión Soviética incautó a los nazis al final de la guerra. El Ejército Rojo. Ellos fueron en realidad los primeros en entrar en la sede central de la todopoderosa SS. Estudiando esos documentos descubrí cosas sorprendentes.

Ceró el libro y lo depositó sobre el montón, que se balanceó peligrosamente. Gómez encendió un cigarrillo. En aquel ambiente la llama del mechero parecía pequeña y débil, oprimida. Tuvo la curiosa sensación de que el mundo se oscurecía a su alrededor, como si el aire cambiase de textura dificultando el paso de la luz. Durante unos instantes quedaron en silencio, frente a frente, observando el humo azulado, hipnótico, que flotaba trazando formas caprichosas en el aire.

Fue Viktor quien rompió el silencio con su voz grave y monótona, teñida por el fuerte acento ruso.

—El 12 de septiembre de 1919, un hombrecillo oscuro y anónimo, reclutado como espía para delatar a las células comunistas que surgían por aquel entonces en Alemania asistiría a un acto público celebrado por el incipiente Partido Alemán de los Trabajadores. Por entonces, el partido apenas contaba con cincuenta miembros. El hombre se llamaba Adolf Hitler. En menos de un año, Hitler ocuparía la dirección del partido y lo elevaría hasta cotas de poder inimaginables para la mayoría de sus integrantes de aquel momento. ¿Alguien puede explicar cómo lo consiguió? Para mí —dijo—, la respuesta es obvia: el camino ya estaba trazado. Hitler solo fue una marioneta en manos de otros, los verdaderos artífices de su ascenso. Que apenas nadie sospeche realmente de la existencia de esas personas puede darnos una idea de su verdadero poder e influencia —hizo una pausa para encender un cigarrillo. Una larga bocanada de humo salió de su boca como un alma que huye de un cuerpo—. Sin embargo, inevitablemente han ido quedando ciertas pistas de su presencia. Ocultos o no, para articular su poder necesitaban entrar en contacto con ciertos personajes, celebrar reuniones en las que transmitir sus órdenes. Se afianzaron en Europa utilizando como intermediarios ciertas organizaciones de carácter ocultista. En la Alemania de principios de siglo tuvo mucha relevancia la que se conocía como Sociedad Thule. Aparentemente no eran más que un inofensivo círculo literario dedicado a analizar las antiguas costumbres germánicas. Su emblema, una vez más, una esvástica ceñida por espadas y guinaldas. Sus miembros, que llegaron a contarse por centenares, eran escogidos normalmente entre nobles aristócratas y militares. Pero detrás de esa fachada existía un círculo íntimo y secreto, formado por una docena de hombres. Algunos de estos hombres llegarían a ser dirigentes del Imperio del III Reich, como Rudolf Hess. Pero sospecho que tras ellos existía un círculo aún más secreto, los verdaderos organizadores del imperio. Lo único que se sabe de ellos es que algunos, antes de llegar a Alemania, pasaron muchos años en Egipto y Turquía, en los reinos del Himalaya o en Japón. Allí, su rastro se pierde entre multitud de extrañas leyendas sobre sociedades místicas. Algunas de esas sectas orientales camparon a sus anchas por la Europa de principios de siglo. Pero lo relevante es que la mayoría parecen estar vinculadas a una organización más amplia, un grupo que opera a nivel mundial, un grupo conocido como *Los Trece* que gobiernan el Mundo.

Mientras hablaba, Viktor mantenía la mirada absorta en su vaso. Entonces, como si saliera de un trance, miró a Gómez a los ojos.

—Su líder, un personaje que tiene más de leyenda que de real, se hace llamar Yög-Sothoth. Un nombre cuyos orígenes nacen en las viejas leyendas de los primitivos pueblos del Himalaya. Significa, entre otras cosas, el Señor del Mundo.

Gómez hizo un esfuerzo para sacudirse el estupor que le embargaba. Un suspiro de sudor helado le bajó por la espalda.

—El Señor del Mundo... —murmuró—. ¿Realmente cree usted en esas historias?

—Es probable que solo sea verdad un uno por ciento de todo lo que se ha escrito sobre ellos. Pero le aseguro que pude constatar que su presencia fue muy real en la Alemania nazi. Es prodigioso el esfuerzo que han hecho para mantenerse ocultos bajo toneladas de mitos. Pero yo y algunos locos más hemos seguido su pista hasta nuestros días —Viktor sonrió débilmente—. Ahora, su influencia política es débil en Europa, aunque siguen presentes a través de organizaciones criminales. Sin embargo, se han hecho fuertes en ciertos países islamistas. Una vez más, vuelven a estar detrás de movimientos políticos revolucionarios.

Viktor guardó silencio, sus últimas palabras quedaron suspendidas en el aire, enredadas entre el humo que flotaba a su alrededor. Gómez le observaba con el ceño fruncido.

—¿Y cree que esa misteriosa mujer puede formar parte de ese grupo? —preguntó.

—Estoy convencido —afirmó Viktor.

—Y supongo que también la mujer que usted persigue.

Viktor asintió.

—Así que, después de todo, se trata de una vulgar secta ocultista. Comprendo que puedan ser peligrosos, pero le aseguro que acabaremos deteniéndolos a todos.

Viktor le dedicó una sonrisa cargada de tristeza. Su rostro se veía viejo y consumido bajo la luz cetrina. Al otro lado de la ventana, el aire, pesado y turbio del amanecer, anunciaba tormenta.

—Si fuesen vulgares delincuentes —replicó Viktor—, ¿cómo se explica entonces que un simple puñado de hombres lograra imponer su poder a medio mundo? No, hay algo más. Ejercen un poder real, y ese poder tiene un origen.

Por un instante, sus ojos ardieron con el fuego de la pasión de quién ha descubierto verdades evidentes que permanecen ocultas a los demás. Luego, su mirada recuperó su frialdad habitual, gris y gélida como el cielo del ártico.

—Lo siento —dijo, realizando un visible esfuerzo para relajarse—. Usted es un hombre analítico. Atiende a hechos. Así que es natural que mi historia le resulte increíble. Pero los hechos están ahí, al alcance de cualquiera. Adolf Hitler planeó un robo en el Vaticano para hacerse con una reliquia sagrada, la lanza que supuestamente atravesó el costado de Jesús. En una dependencia secreta de la iglesia de San Pedro se custodiaron durante la Segunda Guerra Mundial objetos que Hitler pretendía conseguir a toda costa. Hitler cambió y retrasó todo tipo de planes, arriesgando la vida de miles de personas, en la delirante idea de conseguir cierto objeto que creía le otorgaría un poder sobrenatural.

—No dudo que un loco como Hitler creyese que existiera algo así —le interrumpió Gómez—. ¿Pero, realmente lo cree usted?

—Tal vez Hitler no era tan loco como piensa. Casi todas las culturas han venerado y buscado un objeto de poder. El Santo Grial, la Lanza de Longinos, el Arca de la Alianza. Son solo ejemplos de la tradición cristiana. Cada civilización tiene los suyos. El Martillo de Wotan de la cultura nórdica, las Calaveras de la diosa de la Muerte en centro América... la lista es interminable. Muchos pueblos han creído ser los elegidos para custodiar una misteriosa fuente de poder. Sospecho que en la mayoría de los casos solo fueron réplicas creadas en

algún momento para tratar de ocultar la verdadera. Podemos pensar que Hitler estaba loco, o podemos pensar que bajo todos esos nombres y artilugios supuestamente sagrados se escondía una reliquia verdadera, una fuente de poder. Solo así se entiende que encontrar ese objeto fuese uno de los objetivos prioritarios del régimen nazi. Hitler y muchos otros estaban sinceramente convencidos de que, cuando cayese en sus manos, lograrían una victoria absoluta. El mismísimo Himmler encomendó al mítico coronel de las SS, Otto Skorceny, la tarea de investigar el paradero de lo que ellos denominaban, sin duda bajo un nombre en clave, el santo grial. En marzo de 1944, Skorceny reunió a sus mejores hombres de combate y montó un campamento de exploración en la base del castillo de Montségur. Rastrearón durante meses las grutas que se extendían bajo la montaña del castillo. La versión oficial dice que fracasó. Pero hay quién afirma que encontró lo que buscaba.

Viktor se incorporó para llenar de nuevo los vasos.

—Le contaré más hechos —prosiguió—. La historia dice que fue gracias a la máquina computadora, inventada por el matemático Alan Turing, que se consiguió descifrar los mensajes encriptados que el mando alemán utilizaba para transmitir las órdenes a sus tropas. Es algo objetivo, que ha llamado la atención de los historiadores, que a partir de cierto momento en el desarrollo de la guerra los aliados parecieran ir siempre un paso por delante en sus movimientos tácticos. El caso más evidente, pero no el único, fue la continua interceptación de los submarinos alemanes cuando emergían a la superficie. Se dice que gracias a la máquina de Turing se rompían los mensajes en clave que transmitían su posición. Pero las máquinas encriptadoras alemanas eran terriblemente sofisticadas. Incluso hoy día sería muy costoso romper sus códigos, aún utilizando potentes ordenadores. ¿Alguien puede creer que con un destaralado ordenador de engranajes se podían descifrar claves en cuestión de horas? Y aún admitiendo que así fuese, ¿por qué los alemanes seguían empleando sus máquinas encriptadoras? Si sospechaban que sus claves estaban siendo reveladas, ¿por qué no hicieron nada por evitarlo? ¿Por qué seguir utilizando el mismo sistema una y otra vez? Pensar que los alemanes simplemente eran más estúpidos que los americanos y se dejaron engañar es una ofensa a la inteligencia —Viktor soltó una nube de humo—. Hay una versión no oficial que da otra explicación. Se habla de un curioso personaje, un joven judío de origen polaco que huyó de Alemania y se refugió en los Estados Unidos. Ese hombre llegó a colaborar directamente con el alto mando aliado. Se dice que fue un asesor personal de Churchill. En realidad, se cree que ese hombre era la fuente que el mando aliado utilizaba para anticipar los movimientos de tropas nazis.

—¿Quiere decir que podía predecir el futuro? —preguntó Gómez, perplejo.

—Así es. Ese hombre podía pronosticar con exactitud la posición de cualquier batallón enemigo días antes de que se produjese movimiento alguno. Antes incluso de que los propios generales hubiesen tomado siquiera la decisión. ¿Quién era? Su identidad también permanece envuelta en extrañas historias. Después de la guerra desapareció sin dejar rastro. Algunos le identifican con el Mahatma Supremo de una orden espiritual enfrentada a Los Trece desde tiempos inmemoriales.

Gómez se enderezó en su asiento yapuró su copa. Notaba una presión en la boca del estómago que ni siquiera la bebida había ayudado a relajar.

—De igual forma —continuó Viktor—, algunos de los documentos incautados por el ejército rojo aluden, si bien de forma velada, a la influencia absoluta que cierto personaje ejercía sobre Hitler. Entre otras cosas, parece ser que ese hombre en cuestión podía *predecir* los movimientos de las tropas aliadas. Naturalmente me estoy refiriendo a Yög-Sothoth. De lo que podemos deducir que la verdadera intrahistoria de la guerra fue la lucha entre dos voluntades: la del judío conocido como Mahatma y la del personaje llamado Yög-Sothoth.

—Y ambos deben sus extrañas habilidades, por así decirlo, a un misterioso objeto perdido —concluyó Gómez—. Bonita historia. Cuesta creer algo así.

—Quizás yo esté loco. Quizás persigo fantasmas — los labios de Viktor se curvaron en una sonrisa amarga—. Me pidió que le contara lo que sabía, y eso he hecho.

—Y yo se lo agradezco —respondió Gómez—. Aunque me temo que mi investigación sigue en punto muerto.

—¿Llegó a tener hijos?

Gómez le miró, desconcertado.

—No —resopló—. Estoy solo en este mundo extraño. Desde que murió mi esposa mi única compañía es un viejo pastor alemán.

Viktor asintió, como si esperase oír aquello. Sacó del bolsillo los restos de una fotografía con los contornos quemados.

—Averigüe donde está este lugar —dijo tendiéndole el pedazo de papel.

Gómez contempló durante un instante la fotografía. Se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Gracias —hizo un ademán para levantarse—. ¿Sabe? —dijo volviéndose a sentar, como si recordase algo—. A veces es fácil perder la perspectiva sobre la condición humana. Mi perro es un ejemplar magnífico. Cuando le miro a los ojos y veo la nobleza y la lealtad que reflejan, pienso que es mejor que todas las personas que conozco. Lo alimento con pienso especial para perros. Eso lo mantiene sano y fuerte. Pero a veces, muy de vez en cuando, le doy de comer un buen trozo de carne cruda, recién cortada, aún sangrando. Entonces se vuelve como loco. Devora la carne con verdadera pasión. Durante esos instantes los ojos se le ponen rojos, inyectados en sangre. Si intento acariciarlo mientras come, gruñe como una fiera y me enseña los colmillos manchados de sangre. De vez en cuando me gusta contemplarlo así. Para no olvidar qué es, y para no olvidar qué soy yo.

El inspector Gómez se puso en pie con aire cansado. Le tendió la mano a Viktor.

—Gracias por todo —dijo, y se marchó.

Viktor permaneció varios minutos sentado, envuelto en sombras. Su silueta parecía la estatua de un coloso que reposa en un nicho olvidado de algún templo antiguo. Fuera había dejado de llover y un silencio pesado se había instalado en la atmósfera. Se levantó despacio, fue hasta la mesita junto a la cama y sacó una pistola del cajón. Regresó al sillón. La pistola ejercía un peso y estaba fría, como la mano de un muerto.

Ven, le habló al espacio vacío que se extendía frente a él. *Te espero*.

Podría decirse que el miedo era el único sentimiento que quedaba en su interior. Después de veinte años de buscarlo sin éxito para enfrentarlo cara a cara, el suicidio parecía la única forma de librarse definitivamente de él. O tal vez no. El viejo Hoffman había dicho que eran los muertos quienes más tenían que temer. Quizás tuviera razón. No son los muertos los se quedan atrás, pensó, sino los vivos. Ellos, *los muertos*, se lanzan al vacío, al encuentro de la nada. O del miedo. ¿En qué lugar lo dejaba eso a él? Podía aguardar agazapado su momento, o podía arrojarse adelante. Era su elección.

Permaneció sentado, inmóvil, esperando sin prisa, hasta bien entrado el día.



El taxi navegó entre las arterias exteriores de Barcelona zambullido en el torrente de malhumorados vehículos que huían de la urbe en hora punta. Media hora más tarde le depositó junto a una vieja fábrica abandonada, en una antigua zona industrial de las afueras.

—¿Es aquí? —gruñó el taxista, mirando a Siang no sin desconfianza.

—Sí.

Rob contempló el apocalíptico paisaje sintiendo una especie de inquietud nerviosa que le instigaba como un demonio. Era un día oscuro y triste, silencioso, las nubes se cernían bajas en el cielo plomizo. Siang les guió hasta uno de los viejos edificios abandonados. Los altos ventanales enrejados, la mayoría con los cristales rotos, parecían sonreírles como viejas bocas desdentadas. A su alrededor se elevaban abigarradas estructuras de chapa y metal que parecían a punto de desmoronarse en cualquier momento. Caminaron rodeando carcacas de viejos camiones y grúas, hierros retorcidos cubiertos de óxido, botellas rotas, latas, maderas podridas, gatos muertos, charcos de basura hedionda y animados enjambres de moscas.

—Bonito sitio —murmuró Leo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rob, cada vez menos convencido de haber hecho bien siguiéndole hasta allí.

—Aquí estaremos seguros —se limitó a decir Siang.

Si esperaban que dentro del edificio las cosas tuviesen mejor aspecto, se equivocaban. Siang les guió por un largo pasillo iluminado tristemente por la claridad que se derramaba a través de una claraboya en el techo. Las paredes rezumaban humedad. Escombros y basura se acumulaban por todos los rincones. Dejando atrás enormes salas repletas de contenedores herrumbrosos y maquinaria montada sobre raíles descoyuntados, llegaron hasta el antiguo comedor utilizado, en alguna época remota, por los trabajadores de la fábrica. Un olor a moho, a excrementos y a putrefacción flotaba en el aire. En una esquina descubrieron un colchón mugriento, una maleta atiborrada de ropa y una caja de cartón con latas de comida y botellas de agua. Rob imaginó a Siang escondido durante meses en aquel lugar miserable y, por primera vez desde que le conoció, sintió algo parecido a un arrebatado de simpatía hacia él.

—Dijiste que el tal Maestro quería hablar con nosotros —dijo Leo—. ¿Está aquí?

—No —Siang meneó la cabeza—. Pero le veréis igualmente.

Siang apartó una raída manta para descubrir un ordenador portátil y una pequeña antena parabólica que desplegó como un paraguas. La antena, montada sobre un trípode, apuntaba al cielo a través de un tragaluz en el techo. Siang se arrodilló en el suelo frente al ordenador y les indicó con un gesto solemne que se sentasen a su lado. Sus dedos aletearon sobre las teclas. Segundos después, la imagen de un anciano se materializó en la pantalla. Por el gesto de reverencia que floreció en el rostro de Siang, supieron que aquella cara pertenecía al que llamaba *EIMaestro*.

Rob había esperado al que llamase con un nombre de aspecto oriental y ascético, uno de esos venerables monjes budistas de cabeza afeitada y sonrisa beatífica. Sin embargo, el Maestro tenía la apariencia vulgar de un anesthesiado pensionista como los que se pueden encontrar dormitando en pringosas tabernas de cualquier pueblo. Tenía el rostro acartonado y terriblemente arrugado, la nariz prominente y enrojecida, de alcohólico, el pelo cortado a cepillo, tupido y negro como las gruesas cejas bajo las trataban de abrirse paso unos ojillos pequeños, apenas visibles tras unas grandes bolsas oscuras. Un poblado bigote le ocultaba la boca, que se movió para hablar.

—Me alegro mucho de verte —dijo con un hilo de voz apenas audible—. Sus acuosos ojos buscaron a Rob—. Me buscaste desesperadamente en tu vida anterior. Ahora que la inercia de ese ahínco te ha conducido por fin hasta mí, me alegro que sea como amigo —los ojos se cerraron, y solo el agitado movimiento de cabeza revelaba que permanecía despierto—. Nuestros anhelos labran nuestro destino —continuó, como si hablase en sueños—, nos unen y nos separan. Cada deseo es una fuerza que nos empuja, como una lanza que espolea al espíritu. Si es lo suficientemente fuerte, puede guiar nuestros pasos durante varias vidas, aunque hayamos olvidado el verdadero motivo que lo originó. Por eso cada meta conlleva a través de eseos: el deseo que se dirige a un fin, y el deseo de actuar. Cuando se olvida por el camino uno de los dos, nos sentimos perdidos...

—¡Joder! No entiendo nada —interrumpió Leo—. ¿Para qué querías vernos? ¿Sabes algo de mi hermana?

—¡Silencio! El Maestro está hablando —le advirtió Siang con severidad.

Leo le lanzó una mirada furibunda. Una vena palpitaba en su frente como un indicador de la ansiedad que, semejante a un gas altamente explosivo, se acumulaba peligrosamente en su interior.

—Por favor, escuchemos lo que tiene que decir —suplicó Rob. Por un momento temió que Leo perdiese los estribos y se enzarzase en una pelea con Siang.

El Maestro le dirigió una mirada admonitoria a su pupilo, quien bajó la cabeza en un gesto de sumisión.

—Está bien. Que hable —dijo Leo de mala gana.

—Solo os ruego un poco de paciencia —dijo el Maestro—. Luego, seréis libres para actuar como consideréis.

Rob asintió. *Está bien, pero date prisa, si le ha pasado algo a María...*

—Le he pedido a Siang que te trajese ante mi presencia porque necesitaba verte para estar seguro —dijo el Maestro mirando fijamente a Rob—. Todos los Mahatmas hemos tenido la misma premonición en algún momento de nuestras vidas —hablaba lentamente, sopesando cada palabra—. La profecía, si así queréis llamarla, vaticina que un hombre que abrazó el mal resurgirá en su próxima vida como el salvador del Mundo. Ese hombre reunirá a una *gran ejército* y derrotará a Yög-Sothoth y a sus Doce apóstoles negros en la gran batalla final del mundo. La victoria dará paso a una era dorada de perfección para los seres humanos que durará mil años, durante los cuales la práctica espiritual conducirá a la humanidad a la liberación y a la iluminación final —sus ojos se encendieron—. Ahora que te tengo delante, he sabido que *tú* eres aquel de quién habla la profecía.

—¿Yo? —exclamó Rob contorsionándose como si una mano enorme le hubiese palmado en la espalda—. ¡Eso es una locura!

—La locura consiste en no aceptar la realidad tal y como se nos muestra. La locura consiste en adaptar los hechos a esquemas erróneamente preconcebidos por la mente. La locura consiste en negar que el hombre tiene infinitas posibilidades ante sí —sentenció el Maestro.

Un puñado de palomas se revolvió con un aleteo sobre las vigas desnudas del techo. El viento había dejado de soplar y un silencio ominoso se apoderó del ambiente. El Maestro, que vestía una sencilla túnica color azafrán, tiró de una gruesa cadena de oro que colgaba de su cuello y mostró un colgante que pendía de ella. Se trataba de una insignia con forma de dos letras S entrecruzadas dos veces sí.



Rob notó cómo se le erizaba el vello en la nuca. El Maestro le dirigió una mirada escrutadora, los ojos convertidos en dos ranuras.

—Así es. Lo has sentido. Tu Karma reconoce el *Poder*. No es algo que se olvide fácilmente. Este símbolo representa nuestra Reliquia más Sagrada —sacudió el pequeño colgante delante de sus ojos—. Una cosa no es sagrada porque sea buena. Es sagrada porque contiene un poder terrible. Tan poderosa para el bien o el mal como una simple descarga eléctrica o la energía del átomo. Puede producir un enorme bien, pero si es mal usada, las consecuencias pueden ser catastróficas para millones de inocentes. Muchos han dado su vida tratando de descubrir siquiera una pequeña parte de la verdad que estoy a punto de revelaros —su voz adquirió de repente un oscuro tono de solemnidad—. Tal vez Siang os haya hablado ya sobre nuestro antiguo pueblo. Su origen se remonta a más de cinco mil años atrás, y comienza con el encuentro de un misterioso objeto. Nosotros lo bautizamos como *La Llave del Conocimiento*. Aunque otros lo custodiaron anteriormente durante siglos, antiguas guerras e innumerables cataclismos hicieron que permaneciese oculto durante otro tanto. Disfrazado bajo múltiples nombres en infinidad de leyendas, su origen se pierde en la noche de los tiempos. Forma parte de la historia misma de la humanidad, y ha desempeñado un papel más importante de lo que la mayoría puede sospechar siquiera. No exagero si digo que *La Llave* ha sido el objeto más codiciado de la historia. Durante un milenio estuvo en manos de los faraones del remoto Egipto. Los antiguos fundadores del cristianismo, Jacob, Moisés, Abraham, también la poseyeron brevemente. No solo ellos, el Buda, Jesucristo, Mahoma, hombres comunes que cambiaron el curso de la historia. ¿Nunca os habéis preguntado qué hizo que cada uno de esos hombres corrientes, uno entre millones, se elevase sobre los demás?

Guardó el colgante de nuevo bajo la túnica.

—Pero desgraciadamente *La Llave* no ha sido empleada solamente para conocer la *Verdad* —el Maestro cerró los ojos, como si un molesto dolor cruzase su cabeza—. En los comienzos no todos los miembros de nuestro pueblo fueron espíritus puros. Hubo hombres codiciosos que ambicionaban su propia gloria. Uno de ellos, ayudado por doce traidores, robó *La Sagrada Reliquia*. El ladrón se proclamó a sí mismo Yög-Sothoth, que en el antiguo lenguaje significa el Rey del Mundo.

»Una noche de invierno, oscura como las entrañas de un animal, Yög-Sothoth abrió las puertas de nuestra ciudad a un ejército de invasores con quienes había tramado secretamente un acuerdo. Niños, mujeres, hombres, todos fueron degollados en silencio. Cuando cundió la alarma, los pocos que aún estaban vivos solo pudieron huir. Mi padre fue uno de los supervivientes. Yo tenía apenas cinco años cuando ocurrió. Mi padre nos condujo a mi madre y a mí a través de las montañas heladas. Mi madre estaba embarazada de su segundo hijo. La travesía fue demasiado dura para ella. El hambre y el frío acabaron con su vida y la de mi futuro hermano. Mi padre, con una fortaleza que solo pueden alcanzar aquellos que han elevado su espíritu por encima del mundo, cargó conmigo a hombros durante cientos de kilómetros, atravesó las montañas del Himalaya, y logró llegar a una pequeña aldea donde nos acogieron. Nadie entendía cómo mi padre seguía vivo después de aquella proeza. Cuando llegó a la aldea solo era un puñado de huesos cubiertos de

pellejo. Pero no murió. Una fuerza se insuflaba a tu cuerpo consumido. Tardó varios meses en recuperarse. No tuvimos noticias de ningún otro superviviente. Durante cinco años crecí solo junto a mi padre en aquella aldea de las montañas. Él me enseñó el lenguaje del universo léxico, aquel que describe directamente las cosas por su significado más allá de lo meramente físico: el mundo detrás de nuestras percepciones. Todo lo que aprendimos en el antiguo lenguaje se graba en nuestra esencia inmortal y permanece imborrable vida tras vida. De ese modo estudié quién era yo, y cuál era la historia de mi pueblo. Aprendí las técnicas para armonizar las energías de los seres humanos y el universo, para abstraerme de la corriente del tiempo y alcanzar la Visión Remota. Concluida mi educación, mi padre y yo nos embarcamos en la tarea de encontrar a nuestros hermanos desaparecidos. Durante cuarenta años recorrí el mundo junto a mi padre, buscando a cada hermano en su nueva encarnación, despertando en él los antiguos recuerdos. Cuando mi padre murió, yo proseguí su tarea, pero ya no estaba solo. Cada vez éramos más. Durante varias vidas viajamos sin descanso. Dimos la vuelta al mundo en infinitad de ocasiones. Hasta que nuestro pueblo entero despertó de nuevo. Luego, nos convertimos en guerreros. Mi padre y los Hermanos de la Luz juraron destruir a Los Trece traidores. Mientras tanto, Yög-Sothoth había empleado el poder de *La Llave* para levantar un implacable imperio regido por él y su siniestra congregación.

»Nuestro pueblo, disperso por el globo, libró una batalla secreta contra Yög-Sothoth que duró dos milenios. Hace mil años logramos arrebatarles por fin la Sagrada Reliquia. Durante cinco siglos resistimos la presión de Yög-Sothoth, manteniendo su paradero en secreto. Finalmente, asediados por ellos, un puñado de hermanos huyó a un lugar remoto. Luego, se quitaron la vida y el secreto del lugar donde fue escondida desapareció para siempre. Desde entonces Los Trece se han afanado por encontrarla.

El Maestro hizo una pausa para aspirar una bocanada de aire y emitir diversos suspiros y gorgoteos de viejo. Después cayó en un silencioso letargo. Siang agachó la cabeza en actitud reverencial. Leo, inmóvil, tenía la mirada clavada en la pantalla; las distintas partes de su rostro parecían tener serios problemas de ensamblaje, en especial la mandíbula, que traqueteaba sin parar. Había un brillo desquiciado en sus ojos.

Rob se agitó nervioso. Mientras escuchaba había sentido cómo crecía un vacío en su interior. Notaba algo allí detrás, en el fondo de su mente. Algo cuya forma solo había alcanzado con el raballo del ojo en noches de pesadilla, algo aterrador pero que también le hacía presentir un éxtasis de plenitud si lo abrazaba.

—El poder de La Sagrada Llave no reside en ninguna fuerza oculta o misteriosa —el Maestro alzó de pronto la vista—. No libera ninguna energía destructiva —dijo—. No doblega las voluntades. Su devastador *poder* reside en destapar el verdadero potencial del ser humano. El hombre se convierte en súper hombre. El hombre superior no está limitado por las barreras de los sentidos. Aquél que entre en contacto con La Llave podrá ver más allá de las apariencias. Recordará su pasado con nitidez, no solo su vida actual, también las anteriores. Y, por supuesto, podrá vislumbrar el futuro.

—¿El futuro? —repitió Rob con voz desencajada. El extraño vacío de su interior se agitó con una inexplicable codicia y una curiosidad extrema. Era como si comenzase a vislumbrar un misterio que, sin ser consciente de ello, le hubiese estado atormentado durante toda su vida.

—La capacidad de la precognición es solo una de las huellas que deja en la mente el contacto con La Llave —explicó el Maestro—. Pero quizás sea el don más codiciado para aquellos que ambicionan dominar el mundo. En todo conflicto bélico, cuando una civilización intenta imponerse sobre otra, conocer por adelantado los movimientos de tu adversario te concede una ventaja demoledora. Los Trece utilizaron esa ventaja, primero para levantar su imperio, luego para sostener su dominio durante siglos. Sin embargo, cuando La Llave les fue arrebatada, la capacidad de anticipar el futuro fue mermando para ellos vida tras vida. También para mí, hace mucho tiempo, el futuro era como un libro abierto. Ahora, apenas puedo entrever retazos de imágenes fugaces como sueños.

—Bonita historia —interrumpió Leo, que no pudo ya contener su nerviosismo—. Yo también podría contar unas cuantas parecidas, incluso mejores. ¿Pero, a dónde nos lleva todo esto?

El Maestro le miró con la expresión benévola de un padre que sorprende a su hijo en una travesura.

—Yög-Sothoth tuvo La Llave bajo su poder durante mucho tiempo —intervino Siang—, y eso lo convierte en el más peligroso de Los Trece, pues su huella aún perdura en él con fuerza. El Maestro fue el último de los Mahatmas en entrar en contacto con La Llave —al decirlo su voz se cargó de orgullo—. Por eso, con el Maestro vivo y sin la ventaja que significa contar con el poder de Yög-Sothoth para predecir la estrategia del contrincante, no se atreverán a iniciar una nueva guerra. Los Trece necesitan a Yög-Sothoth, y él necesita a Los Trece para vivir de nuevo.

—¿Y vosotros tratáis de impedirlo? —dijo Rob, comprendiendo por fin—. ¿Creéis que esa mujer, la prostituta del club, es la siguiente encarnación de Yög-Sothoth?

—Así es —asintió Siang—. Durante su último intento para conquistar el mundo se sirvieron del pujante imperio alemán. Los ejércitos libraron sus batallas, pero la verdadera guerra fue el choque de dos voluntades, la de Yög-Sothoth y la del Maestro.

Rob y Leo miraron al anciano sin acabar de creerse que aquel desconocido hubiera sido decisivo en el curso de la guerra.

—Nuestra Orden —explicó Siang, como si leyese sus pensamientos— imbricada en los gobiernos aliados, participó activamente en diseñar las estrategias de guerra. Guiados por el Maestro pudimos prevenir muchos de sus movimientos tácticos. Solo gracias a esa ventaja logramos vencer.

—Comprendo que queráis encontrar a Yög-Sothoth antes que ellos —dijo Rob, que había tenido una idea estremecedora—. Pero ellos habrán pensado lo mismo. Tratarían de neutralizar a... —miró al anciano. Las palabras se atascaron en su garganta.

—Estás en lo cierto —dijo Siang—. Por desgracia, o tal vez por suerte, Yög-Sothoth nunca conoció con exactitud la identidad de la nueva encarnación del Maestro. Tan solo supo que nacería en Polonia, y que sería judío.

—Y sin embargo vosotros le encontrasteis antes —dijo Rob.

Siang asintió.

—¡Eh, un momento! —bramó Leo—. ¡Creo que ahora me he perdido! —miró a Rob con expresión de desconcierto.

Rob le hizo un gesto con la mano para que aguardase.

—No me queda mucha vida —habló el Maestro—. Cuando Yög-Sothoth despierte una vez más, yo habré regresado al eterno continuo y ellos comenzarán una nueva ofensiva. Y lo harán antes de mi próxima encarnación. Lo lamento por el lugar donde ocurra.

—¿Pero, no podéis hacer nada por impedirlo? —exclamó Rob, por cuya mente cruzó fugazmente la imagen del hongo atómico. Porque esta vez los Trece no tendrían que tamizar laboriosamente a todo un país buscando al hombre, le bastaría con aniquilarlo completamente.

—He meditado intensamente durante años, buscando una revelación que me mostrase una salida victoriosa —respondió el Maestro—. Me esforcé por vislumbrar la nueva identidad de Yög-Sothoth, pero su visión se ha mostrado esquiva como una mosca de verano. Solo alcancé a ver que tú, Rob, mantenías un vínculo con él. Tu Karma surgía con fuerza cuando trataba de evocar su presencia. De alguna forma sigues ligado a él.

—Así que me habéis estado vigilando, esperando que apareciese esa mujer en mi vida. Siempre tuve la sensación de que alguien me seguía —miró a Siang, que le devolvió una sonrisa altiva—. Pero habéis fallado, ellos la tienen en su poder.

—Así es —admitió el Maestro—. Sin embargo, creo que tú eres aquel del que habla la profecía. De alguna forma, aún tienes que desempeñar un papel en los acontecimientos futuros. Por eso debes permanecer con nosotros.

—Pero eso es ridículo. ¿Qué puedo hacer yo? No veo cómo puedo ayudar... —¿Ayudar? ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Yo no quiero ayudar, quiero largarme de aquí!

—Eso es algo que tendrás que averiguar por ti mismo a partir de ahora —dijo el Maestro.

—Debemos tener fe en el Maestro —murmuró Siang.

—¡Genial! —exclamó Leo—. Rob nos ayudará. ¡Confíemos todos! ¿Y qué hay de mi hermana? ¿Sabéis algo de ella, o no?

El Maestro le miró como si reparase en su presencia por primera vez.

—Hay un antiguo caserón a unos treinta kilómetros de donde os encontráis —dijo—. Siang lo conoce bien. Es uno de los centros de reunión que Los Trece utilizan en España. Sabemos que en los últimos días ha habido un movimiento inusual, hombres entrando y saliendo. Creemos que podrían ocultar a Yög-Sothoth en ese lugar. Si tu hermana sigue viva, tal vez también se encuentre allí.

—¡Claro que sigue viva! —gritó Leo.

—Para averiguarlo tendremos que entrar —dijo Siang con resolución. Sus labios se tensaron en una sonrisa cargada de ímpetu—. ¿Vendréis conmigo? —la pregunta iba dirigida a ambos, pero su mirada inquisitiva, como la de un zorro que husmea una madriguera, se posó en Rob.

—Pero... —balbuceó— es una locura...

—¡Iremos! —espetó Leo dando un puñetazo en el suelo. Un puñado de palomas salió volando desde un rincón hasta el techo.

—Está bien —dijo Rob—. No veo qué puedo hacer yo... —se miró las manos pequeñas, los brazos delgados y las cortas piernas—. Pero haré lo que sea por encontrar a María.

—¿Quién más nos ayudará? —preguntó Leo—. Aparte de este —señaló a Siang con el pulgar.

—Desgraciadamente, estáis solos —respondió el Maestro.

—¿Qué? ¿Solos? —aulló Rob—. Pero dijiste que habíais combatido a los nazis. Yo pensé que erais... que vosotros...

—Las guerras han dispersado a nuestro pueblo durante siglos. Hace cincuenta años nuestra comunidad contaba apenas con un millar de miembros. Pero después de la gran guerra incluso ellos han desaparecido —el rostro del Maestro se ensombreció—. Por algún motivo, he dejado de sentir su presencia en el continuo. Es como si hubiesen desaparecido para *siempre*.

—¿Qué rayos significa eso? —exclamó Rob.

—¡Mierda! —masculló Leo—. Trata de decirnos que no contemos con nadie más.

—Lo siento —dijo el Maestro—. Siang es el último de los Hermanos de la Luz. Cuando él muera, me temo que la tradición que ha durado milenios desaparecerá para siempre.

—Lucharé hasta el último aliento —dijo Siang con orgullo. El Maestro le sonrió con ternura desde la pantalla.

*Genial*, pensó Rob. *Nos acabamos de enrollar en el pelotón suicida. Bueno, el suicidio era lo que andabas buscando desde un principio, ¿no?*

—Ahora solo puedo desearos suerte, hijos míos. Mi karma estará con vosotros—. La imagen del Maestro se esfumó, la pantalla se tornó oscura como un cielo sin estrellas.

Rob se quedó mirando la pantalla negra. Sus pensamientos se hacían un ovillo y se plegaban sobre sí mismos, negándose a aceptar la absurda realidad que, sin embargo, se imponía cada vez con más fuerza.

—¿Entonces? —dijo Leo.

Rob le miró como si no comprendiese sus palabras. Luego se puso en pie, y ese movimiento fue como dar un paso adelante desde una azotea al vacío. Las tripas se le revolieron y la cabeza le dio vueltas.

—¿Cómo demonios lo haremos? —preguntó.

Siang le respondió con su maldita sonrisa cargada de confianza.

El inspector Gómez bebió un rápido trago de la botellita de whisky que guardaba en el cajón de su despacho. Se sintió inmediatamente reconfortado. Encendió un cigarrillo mientras meditaba sobre la historia de Viktor. En realidad no era la primera vez que escuchaba cosas como aquellas. En la época en la que trabajó para los servicios secretos eran moneda corriente las historias sobre organizaciones ocultas infiltradas en ciertos gobiernos. Se decía que en algunos estados tenían tanto poder que podrían llevar al país a una guerra si se lo proponían. A tenor de la corrupción que existía en los países del este, aquello no le sorprendía lo más mínimo. De hecho, casi parecía un milagro que todo el armamento nuclear descontrolado después de la caída del muro acabara caducado como un yogurt en lugar de cumplir su destino de aniquilar a la raza humana.

Descolgó el teléfono y pidió a Alcaraz que acudiese a su despacho. Un minuto más tarde, el corpulento teniente se sentaba frente a él. Dejó caer sobre el escritorio una carpeta repleta de papeles.

—¿Alguna novedad sobre la mujer? —preguntó Gómez.

—Nada todavía —el policía se recostó en su silla— ¿Me das uno? —preguntó señalando la cajetilla de cigarrillos.

Gómez empujó el paquete hacia su compañero.

—Nada —repitió Alcaraz soltando una nube de humo—. Ninguna de las otras prostitutas la conocía realmente. Nadie sabe de dónde llegó, nadie sabe nada sobre su vida pasada. Es como investigar a un fantasma.

—Los tipos que se la llevaron, ¿los hemos identificado?

—No. Enviamos sus fichas a Interpol, pero aún no hemos recibido respuesta.

—Insiste. Tal vez la policía alemana tenga algo sobre ellos.

—Volveré a intentarlo.

—La mujer muerta, creo que se llamaba Linda —Gómez consultó sus notas—. ¿Qué hay de ella?

—Poca cosa. Llevaba cinco años trabajando en aquel club. Sin antecedentes. Todos la conocían. Una vida normal. Nadie la relaciona con nada sucio.

—Así que fue una víctima casual.

—Eso parece.

—Mierda —resopló Gómez dando un golpe en la mesa. Con un gesto mecánico, buscó la botellita en el cajón—. ¿Qué hay del caserón de la foto?

—He movlizado a medio departamento, pero al final hemos dado con el —respondió Alcaraz con satisfacción—. La fotografía se corresponde con un viejo palacete del siglo diecinueve reconvertido en sede de un selecto club de golf. El propietario es un tal Helmut Hess, de nacionalidad alemana. Un empresario sin antecedentes, aunque su nombre está vinculado con algunos sumarios judiciales que andan enredados en una trama de tráfico de drogas y prostitución. Milagrosamente, ningún juez le ha investigado a fondo para cursar una orden de arresto.

—¿Algo más?

—No demasiado, aparte de que ese sitio tiene una curiosa historia. En los años setenta, durante las obras para acondicionar el viejo caserón, un camión que transportaba material, piezas de metal, una hormigonera y demás herramientas, aparcó en la puerta de entrada al patio del edificio. Los obreros bajaron para avisar de su llegada. Cuando se encontraban en el interior con los dueños, oyeron un gran estruendo. Salieron fuera y se encontraron que el suelo asfaltado se había tragado el camión. Los obreros bajaron para inspeccionar el vehículo y descubrieron que aquello era una gruta. Los obreros pudieron ver lo suficiente para afirmar después que los túneles se adentraban bajo la mansión y continuaban hacia algún lugar. El caso salió en la prensa hasta que los dueños decidieron cerrar el agujero sin dar explicaciones ni permitir ningún tipo de investigación. En realidad, el palacete tiene un gemelo a pocos kilómetros de distancia, conocido como Cortijo Jurado en referencia a sus dueños originales. Al parecer ambas mansiones habían sido construidos por la misma persona, un viejo aristócrata inglés, y se sospechaba que ambos edificios estaban conectados por una red secreta de túneles. Le cuento todo esto porque hace unos años hubo algunas denuncias de desapariciones en la zona. Normalmente muchachas jóvenes. Según algunos rumores, las desaparecidas habrían sido llevadas al interior del Cortijo, donde dicen que se llevaban a cabo ritos satánicos, vejaciones sexuales, y torturas hasta la muerte.

—Parece un sitio macabro —dijo Gómez, pensativo.

—Y tiene peor aspecto. Yo mismo fui a inspeccionarlo —Alcaraz abrió la carpeta y sacó un grueso fajo de fotografías—. Todo el perímetro está rodeado por una alta verja, pero me las apañé para sacar algunas fotos.

Gómez las estudió cuidadosamente. Mostraban un viejo palacete cubierto de hiedra que se erguía sobre una loma. Una puntiaguda torre de estilo gótico, adosada al patio interior, le confería un aspecto siniestro. Lo más llamativo de la fachada era el enorme pórtico de entrada, coronado por un intrincado escudo tallado en piedra y flanqueado por columnas pulidas y blancas como huesos. Gómez buscó un primer plano de la entrada entre las fotografías. Cogió una lupa del cajón. El motivo principal del escudo era un águila con las alas extendidas. Bajo las alas podían verse doce calaveras rodeadas por extraños símbolos semejantes a la escritura árabe. A un lado distinguió un espadín cuya empuñadura era una cruz gamada. Incrustadas en la piedra, había también varias frases en latín. Unas palabras atraparón su mirada: *Yog-Sothoth Rex Universi*.

Se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¿A dónde vas? —preguntó Alcaraz.

—A hablar con el juez —respondió Gómez desde la puerta—. Voy a convencerle para que autorice una redada en ese condenado club de golf.

Es un hecho demostrado que si la actividad neurotransmisora de un cerebro aumenta drásticamente, se cae en el pozo de una crisis psicótica. Un simple desequilibrio químico se traduce en un cambio de la percepción que afecta a la misma raíz de la personalidad. La realidad se interpreta de forma retorcida. Sucesos cotidianos sin ninguna relación entre sí parecen encajar meticulosamente dentro de un siniestro plan. Alguien que camina en nuestra misma dirección nos está siguiendo. Una mirada casual no es tal: nos están inspeccionando con intenciones oscuras. Si un teléfono suena en la noche es porque, en algún lugar, algo horrible está sucediendo. El mundo entero conspira en nuestra contra. Para cualquiera será evidente que todo es fruto de nuestra imaginación. ¿Pero que ocurriría si ese desajuste de la mente le sucediera a todo el mundo a la vez? ¿Nos volveríamos todos locos y el mundo llegaría a su fin? ¿O evolucionaríamos hacia una sociedad nueva, con reglas diferentes, hacia una cultura distinta, pero tan estable y con una lógica interna tan sólida como la que creemos tener? ¿Y quién nos dice que no nos encontramos ya en esa situación? ¿Quién nos dice que la forma en la que interpretamos los sucesos naturales no contiene graves errores de apreciación? ¿Cómo sabemos que todo no está deformado y distorsionado por un filtro en nuestra cabeza? Si todos los medidores tienen la misma desviación en la calibración, nunca conseguiremos descubrir el error en la medida...

*En el país de los ciegos, la luz no existe. Si todos estamos locos, entonces nadie está loco.*

Rob se recostó en su butaca de mimbre dando un largo trago a su cóctel. El sol, instalado en mitad de un cielo azul, acariciaba su rostro, y una leve brisa tibia mantenía la temperatura en el punto ideal. Mientras meditaba, su mirada se perdió en la infinita extensión de hierba frente a él, las hojas ondulando bajo el viento como olas plateadas en un mar esmeralda. Sentado a su lado, Leo engullía una cerveza fría con expresión huraña.

A su alrededor la gente charlaba animadamente, disfrutando de bebidas exóticas, exhalando el humo de tabaco caro. Los hombres vestían pantalones claros y camisas a cuadros, en sus muñecas lucían relojes de diseño. Las mujeres sonreían con labios rellenos de inyecciones de colágeno; alrededor de sus cuellos largos y esbeltos brillaban collares de perlas y diamantes. Coches deportivos aguardaban en el aparcamiento. El guardarropa abarrotado de abrigos de pieles.

Varios camareros solícitos observaban atentamente la escena, prestos a acudir al menor gesto. Rob aspiró una bocanada de aire dulce, e imaginó por un instante que formaba parte de aquel grupo afortunado. Pero las pautas mentales de aquellos seres transcurrían a un ritmo diferente, difícilmente imaginable. Sus vidas permanecían inamoviblemente enfocadas en una sola dirección: la del éxito. Su vida, en cambio, apuntaba certeramente hacia el desastre y el caos, hacia una vergonzosa podredumbre. Sus únicos ritmos mentales, pensó, serían a partir de ahora los de la enfermedad y la locura...

Siang apareció frente a él y se sentó en la silla libre junto a la mesita.

—Listo. Tardará un minuto —anunció.

Rob le miró como si no fuese real. Ahora nada parecía real. Comenzaba dudar de que la esclerosis no tuviese algún efecto secundario sobre su cordura. Cada vez que cerraba los ojos encontraba mayor cantidad de pavorosos recuerdos de un pasado que no se correspondía con su vida. Los recuerdos eran cada vez más nítidos, como fotografías reveladas poco a poco en la cámara oscura hasta acabar formando una imagen llena de detalles. Sentía un pánico a toda al bucear entre aquellos recuerdos. Y a la vez una misteriosa atracción. Se sentía como un niño que se interna en una mansión abandonada, caminando de una habitación a otra con el corazón en un puño, temeroso de lo que va a encontrar en la siguiente estancia pero sin poder resistir el impulso de avanzar y descubrir los misterios que esconde, algunos horribles, otros maravillosos.

—En marcha —dijo Siang poniéndose en pie.

GiRANDO ser turistas despistados que buscan información, se aproximaron al mostrador de la recepción. Entonces comenzó a salir el humo, espeso y negro, de una de las puertas de los lavabos.

—¡Fuego! —gritó alguien.

Instantáneamente se formó un revuelo entre los empleados del club, que corrieron hasta los extintores colgados de las paredes. La alarma del detector de incendios aulló como el llanto desconsolado de un recién nacido. Siang abrió una puerta de servicio y cruzaron al otro lado sin que nadie pareciera advertirlo. Se internaron en un angosto y alargado almacén atiborrado de utensilios de limpieza. Siang manipuló la cerradura de una segunda puerta con un pequeño instrumento metálico hasta que se abrió con un leve chasquido. Detrás arrancaba un largo pasillo. Las paredes estaban cubiertas de gastado papel a medio arrancar. El techo era muy alto, jalonado por una hilera de monstruosas lámparas de cristal que parecían saucos invertidos a punto de desplomarse. Oía fuertemente a humedad. Aquella parte de la mansión jamás había sido restaurada. Llegaron hasta una puerta, al fondo. Siang forzó la cerradura. Al otro lado unas escaleras de cemento se perdían en la oscuridad.

—¡Por aquí! —susurró Siang.

Encendió una linterna que proyectó un huidizo haz luminoso. Descendieron con cuidado un buen número de escalones hasta llegar a la base del sótano. El sonido de la alarma y el bullicio quedaron atrás, engullidos por la oscuridad. La linterna tropezó con los pilares del sótano. Más allá se perdía en las sombras. El subterráneo parecía extenderse bajo toda la superficie del edificio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leo—. ¿Tienes idea de qué dirección seguir?

Siang se internó en la negrura sin responder. Rob no pudo ver su cara, pero podía imaginar su maldita sonrisa confiada en el rostro.

Avanzaron varias decenas de metros hasta toparon con uno de los muros. Siang lo recorrió con el pequeño círculo de luz hasta encontrar el hueco de un pasadizo. Era amplio, el techo abovedado, semejante a las galerías subterráneas de alcantarillado de las grandes ciudades. Las paredes destilaban una humedad que se condensaba en el suelo formando pequeños charcos. El aire era pesado, la oscuridad se cernía cada vez más asfixiante, hundida únicamente por los afilados puñales de luz de las linternas. Caminaron durante un tiempo indeterminado hasta encontrarse con una pared de ladrillo que les cerró el paso.

—¡Aquí se acaba! —dijo Leo, anunciando lo evidente— ¿Seguro que era por aquí?

—Sí. Solo es un tabique para aislar esta parte —dijo Siang.

—Entonces no podemos seguir —dijo Rob, sintiendo alivio ante la idea de dar la vuelta y volver a la superficie.

Siang guardó la linterna en un bolsillo. Tanteó la pared con las palmas de las manos, como si acariciase el lomo de un animal. Flexionó las piernas y, sin previo aviso, su brazo se disparó como la cuerda de un arco tensado al límite. El puñetazo hizo saltar el ladrillo en pedazos. Rob y Leo miraron atónitos el orificio. El muro tenía al menos diez centímetros de espesor, pero el grueso ladrillo se había quebrado como si fuese escayola. Al otro lado continuaba la oscuridad impenetrable.

—Por ahí no cabemos —murmuró Rob, aunquE imaginaba lo que vendría a continuación.

Siang se balanceó hacia atrás como un péndulo. Con un movimiento que recordó el salto de un felino, descargó la pierna contra la pared. Parte del tabique desapareció fulminado, dejando una hendidura de más de medio metro de diámetro. Rob se preguntó cuál sería el efecto de esa patada en el pecho de una persona.

—Joder con el chino —masculló Leo mientras tiraba de algunos ladrillos que habían quedado sueltos en los bordes.

Lo que había al otro lado era una especie de almacén. Por la pared discurrían cables eléctricos que acababan en inertes bombillas colgando de techo. Vieron un interruptor, pero no se atrevieron a activarlo. Había estanterías metálicas atornilladas a las paredes, ocupadas por cajones de madera. Rob se estremeció al descubrir las esvásticas pintadas en las cajas.

El almacén tenía una puerta metálica cubierta de surcos de óxido. Siang apenas tardó unos segundos en abrirla. Un corredor, idéntico a la galería por la que habían llegado, continuaba al otro lado, oscuro y silencioso.

—Un momento —dijo Siang. Fue hasta las cajas y abrió una, estudiando el contenido.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Rob.

—Restos de la tecnología secreta nazi.

Sacó algo de la caja y se lo mostró.

—¿Máscaras anti-gas? —preguntó Leo.

—No —dijo Siang— Son mucho más que eso.

El artilugio recordaba ciertamente a las caretas anti-gas utilizadas en la segunda guerra mundial. Un corto tubo corrugado encajado en una especie de máscara cubría la cara, el conjunto unido a un casco militar mediante bandas de plástico. Siang la estudió detenidamente, manipulándola con los dedos como un ciego que reconoce un objeto por el tacto.

—Probémosla —dijo tendiéndosela a Rob.

—¿Yo? ¿Para qué me servirá?

—Si aún funciona, lo comprobarás tú mismo.

Primero le ayudó a colocarse el casco, luego le ajustó la máscara alrededor de la barbilla. El tubo corrugado colgaba suelto a un lado.

—Ahora, cuando cierre la máscara —explicó Siang—, presionaré el tubo y notarás como entra en tu boca, como un respirador de submarinismo. Tienes que meter la lengua dentro.

—¿La lengua? ¿Para qué?

—En el casco hay un sónar y un sensor de infrarrojos. Las fibras nerviosas de la lengua actúan como transmisores de las señales hasta el cerebro. El resultado es que podrás ver en la oscuridad.

Siang cerró la máscara y presionó suavemente el tubo. Leo alumbraba la escena con su linterna. Rob sintió el plástico entrando en la boca. Reprimiendo una arcada, buscó el

rificio con la lengua. El maldito tubo avanzó muy adentro, hasta casi tocarle la garganta. La lengua quedó completamente prisionera en su interior. Entonces se dio cuenta de que no podría hablar.

—No podremos hablar —dijo Siang adivinando sus pensamientos— pero nos será muy útil para orientarnos en los túneles.

Le ajustó las correas para fijar el conjunto a la cabeza. Apretó un pequeño interruptor en la base del casco. Rob sintió un cosquilleo en la lengua que le recordó a ciertas golosinas de su infancia que burbujeaban en la boca. De repente, todo se iluminó como si hubiesen encendido un foco de un millón de vatios. Podía distinguir la superficie rugosa de las paredes, la áspera madera de las cajas apiladas, las formas sedosas del cristal de las bombillas en el techo, las partículas de polvo flotando en el aire, los rostros hociucados de Siang y Leo, como deformados por una lente. La imagen era monocromática, con un suave tono sepia. Con un gesto inconsciente, movió la lengua y la habitación giró bruscamente a su alrededor. Dio un traspies, mareado. El suelo, la pared, después el techo, volteaban a su alrededor como si girase dentro de una rueda. Se esforzó por no mover la boca y todo se detuvo. Comprendió instintivamente que los sensores del tubo transmitían información onmidireccional que él tenía que seleccionar presionando la lengua en un punto u otro. Con lentos movimientos, como si saborease un caramelo, consiguió fijar de nuevo lo que tenía delante.

—Si funciona, asiente —dijo Siang.

Rob agitó la cabeza.

—Bien. Tu turno.

Siang le ajustó el casco a Leo quien, al cabo de unos segundos, trastabillaba contemplando su alrededor con idéntica expresión de desconcierto.

—A partir de ahora nos comunicaremos por señas. Conocéis el plan. Suerte —dijo Siang antes de embutirse su máscara.

Rob se preguntó si las vagas indicaciones que Siang les había dado —colarse en la vieja mansión a través de la red de túneles que comenzaban en el club de golf para, una vez dentro, tratar de buscar a María y a Vera— podían considerarse un plan. Cómo escaparían cuando las encontrasen era algo que Siang había dejado en el aire. Aunque, tal y como Rob lo veía, la idea de salir de allí con vida pertenecía a un hipotético universo paralelo.

Siang sacó una pistola. Avanzaron por el corredor durante un centenar de metros hasta que una nueva puerta les cerró el paso. Esta vez Siang no trató de forzar la cerradura. Señaló hacia una rejilla de ventilación en la pared, a un par de metros sobre el suelo. Leo pareció comprender. Entrelazó las manos a la altura de la cintura, las palmas hacia arriba. Siang puso un pie en el apoyo que le ofrecía y se encaramó hacia lo alto. Acercó la cabeza a la rejilla y la giró suavemente, buscando la posición adecuada que permitiera a las ondas del sónar atravesar las láminas de la rejilla. Se quedó quieto unos instantes, como si escuchase algo atentamente. Después saltó al suelo. Enseñó dos dedos en forma de uve. Se tocó el pecho con el pulgar. Rob y Leo se hicieron a un lado.

Siang se plantó frente a la puerta. Su pierna saltó como un resorte. La puerta se abrió de par en par con un estampido metálico. Saltó dentro. Hubo dos rápidos fognazos. Siang asomó de nuevo y les hizo una señal para que entrasen.

La estancia parecía una especie de puesto de vigilancia. Un panel de monitores mostraba jardines soleados, una pista de tenis, una piscina, el pórtico de un palacete. Había dos hombres muertos, sentados en sus butacas frente a las pantallas. Todo parecía tranquilo. Rob pasó junto a uno de los cuerpos con un estremecimiento. Los ojos del muerto miraban hacia delante como si contemplasen algo con un asombro infinito.

De la sala partía un nuevo pasillo de techos bajos y más angosto que los anteriores. Rob se detuvo en seco cuando hubo recorrido una docena de metros. Reprimió una arcada. El corazón se aceleró en su pecho batiendo como las alas de un pájaro asustado. Leo echó a correr. Siang, unos metros por delante, ya estaba allí. Rob dio un paso. Se detuvo. Los detalles del horror se hicieron un poco más nítidos. De haber podido gritar, lo habría hecho con todas sus fuerzas. De niño, una vez había acompañado a su padre mientras éste hacía unas gestiones en un matadero de ganado. El recuerdo de las hileras de animales muertos, despedazados, las entrañas al descubierto, le persiguió durante varios días. Pero lo que más le costó olvidar fue el penetrante hedor a muerte, a sangre y a vísceras que flotaba en el aire. Aquel olor intenso le sacudió de nuevo, acompañado esta vez de imágenes mil veces más horribles.

Rob se obligó a llegar hasta el final. La galería desembocaba en una estancia circular. Seis cuerpos colgaban encadenados en las paredes, los brazos y piernas abiertos en cruz, sujetos por gruesas argollas de metal. Todos eran mujeres. Tenían el cuerpo cubierto de grandes ampollas hinchadas y costras de sangre seca. El visor de infrarrojos no detectaba ningún rastro de calor. El hedor a carne podrida le abrasaba las fosas nasales.

Leo se abalanzó sobre uno de los cuerpos. La cabeza colgaba sin vida. Una mata de pelo negro tapaba su rostro. El mismo pelo negro y sedoso de María. Un cuchillo helado atravesó el estómago de Rob. Leo alzó la cabeza del cadáver. No era María. Tenía la cara hinchada y cubierta de llagas, los ojos eran dos cuencas vacías. Pero no era María. Rob se aflojó las correas del casco y se sacó el tubo que aprisionaba su lengua. Su percepción de la realidad, gracias a Leo, se redujo a una densa penumbra.

—¡Santo Dios! ¿Qué pesadilla es esta? —gritó Leo, arrancándose también la máscara.

Entonces cayeron en la cuenta de que Siang había desaparecido.

—¡Al diablo con él! —aulló Leo, histérico— ¡Tenemos que encontrar a mi hermana!

Cualquier rastro de duda que Rob pudiera albergar sobre seguir adelante se disipó barrido por un huracán de desesperación. ¡Tenían que encontrar a María! Tenían que encontrarla, y eso era lo único que importaba.

Vieron unas escaleras de piedra que ascendían. A su lado también se abría un oscuro túnel que se perdía en tinieblas.

—¿Por dónde habrá seguido Siang? —preguntó Rob.

—¡Me importa una mierda! ¡Por aquí! —respondió Leo, adentrándose en la galería.

El pasillo estaba flanqueado por varias puertas de tosca madera. Leo zarandó la primera de ellas. Estaba bloqueada por un pasador de hierro y un candado. La puerta no tenía ningún tipo de rejilla que permitiera atisbar al otro lado.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Leo con voz quebrada.

Escucharon un sollozo, o tal vez lo imaginaron.

—¿Hay alguien ahí? —repitió Leo— Venimos a ayudar. No tengas miedo.

—Por favor, sáquenme de aquí... —dijo una voz ahogada, apenas audible.

Leo se abalanzó contra la puerta con todas sus fuerzas. Aunque el candado no cedió, la cerradura se desprendió por completo de la madera podrida por la humedad.

El interior de la celda apestaba a heces y orín. Sumida en la oscuridad, una muchacha se acurrucaba desnuda en una esquina. No era María. Estaba demacrada y los huesos se le marcaban en la piel, pero no mostraba signos de haber sufrido torturas. Rob se arrodilló junto a ella, probablemente más asustado que la temblorosa muchacha. La celda estaba helada y húmeda como el interior de una cámara frigorífica. La joven tenía la piel cubierta de sabañones. Los labios eran dos finas líneas moradas que destacaban en el rostro lívido.

—Tranquila, todo ha acabado —dijo Rob esforzándose por controlar el temblor de la mandíbula—. Vamos a ayudarte.

Se sacó la chaqueta. Le cubrió los hombros y la ayudó a incorporarse.

—Hay más celdas —dijo Leo—. Tenemos que probarlas todas.

Abrió la puerta contigua de una patada. Estaba vacía. Reventó una puerta detrás de otra. Encontraron cuatro asustadas mujeres más. Ninguna era María.

—¡Mierda! ¡Mierda! —sollozó Leo desesperado—. ¿Qué han hecho con ella?

Las cinco mujeres permanecían de pie junto a ellos, temblorosas, mirando a su alrededor como animalillos asustados. Rob se fijó en que una de ellas parecía menos delgada y con más energías que el resto. La tomó de la mano.

—¿Cómo te llamas? —preguntó suavemente.

—Blanca —respondió con esfuerzo, como si tuviese que traer la voz desde un lugar recóndito.

—Bien Blanca, escúchame. No tengo ni idea de quién os ha hecho esto, pero vais a salir de aquí.

Los ojos de la mujer emitieron un leve brillo de esperanza. Rob unió su mano a la de otra muchacha. Ellas entendieron y se dieron las manos entre sí, formando una cadena humana. Ayudado por Leo, las condujeron hasta el túnel por el que ellos habían llegado.

—A partir de aquí continuaréis solas —le explicó Rob—. Nosotros tenemos que seguir buscando a una persona, ¿entiendes?

La mujer asintió con movimientos espasmódicos.

—Sigue adelante, hasta que lleguéis a un sótano muy grande. Estará oscuro, pero no importa. Tenéis que buscar unas escaleras que os llevarán hasta la superficie. En cuanto salgáis alguien llamará a la policía, ¿comprendes?

—Sí —murmuró ella con determinación— saldremos de aquí.

Rob intentó sonreír para darle confianza, pero su rostro se contorsionó en una mueca torcida, como si una brida invisible tirase de la mitad de su cara.

La mujer comenzó a caminar guiando a las demás. Al cabo de unos segundos se perdieron en la oscuridad, como fantasmas que nunca hubiesen existido. Rob imaginó por un instante el revuelo que causaría la aparición de las cinco mujeres, desnudas, sucias y demacradas, irrumpiendo de repente en el club de golf.

—Vamos —le apremió Leo.

—Espera. Será mejor que nos volvamos a poner esta cosa. No podemos seguir a ciegas.

La espesa neblina de las galerías que apestaban a muerte le infundía un miedo atávico difícil de controlar. Al menos, poder ver con todo detalle por donde se movía le resultaba levemente tranquilizador. Leo le ayudó a colocarse el casco, y él hizo otro tanto con su amigo. Después volvieron sobre sus pasos. Al cruzar de nuevo la cámara de torturas Rob pidió con todas sus fuerzas, como cuando era niño y todavía creía en Dios, que María se encontrase a salvo.

Más adelante el túnel giraba a la derecha, pero no había más puertas, tan solo una escalera que ascendía en espiral. La escalera finalizó en otro lóbrego pasillo. Había una puerta al fondo.

Rob se encaminaba decidido hacia ella cuando Leo le detuvo agarrándole por el brazo. Señaló a un punto en el aire, entre ellos y la puerta. Su dedo se movió trazando una línea

blicua que unía las paredes. Rob observó fijamente el espacio vacío, hasta que finalmente comprendió. El delgado haz de rayos calentaba las moléculas de aire haciéndolas brillar tenuemente, casi en el umbral de sensibilidad del visor de infrarrojos. Varias líneas difusas se perfilaron en el aire formando una red que les cerraba el paso.

Se sacó la máscara. Le sorprendió la oscuridad que les envolvía. Ni siquiera podía distinguir a Leo junto a él.

—Mierda, eso es una especie de detector, ¿no? —preguntó.

—Joder —masculó Leo—, tiene que serlo.

—¿Qué hacemos ahora? No podemos pasar por ahí.

—No lo sé, maldita sea. Tenemos que dar la vuelta.

—No, espera. Creo que hay una forma. ¿Te fijaste en el suelo?

—¿A qué te refieres?

—A las huellas de ratas —dijo Rob. No había dejado de ver a los pequeños roedores observándoles con curiosidad desde cada rincón, huyendo asustados cuando se acercaban. Debía de haber miles viviendo allí debajo.

—¿Ratas? Claro, he visto montones de ratas por todos lados. ¿Por qué?

—Me refiero a que las huellas llegan hasta aquí. Algunos de los bichos con los que nos hemos cruzado medían al menos quince centímetros de alto. Si las ratas andan por aquí, los detectores deben de mantener un espacio libre sobre el suelo. De otra forma harían saltar la alarma continuamente.

—Entiendo —dijo Leo.

Se colocaron de nuevo las máscaras. Como Rob había supuesto, había al menos quince centímetros libres entre el rayo inferior y el suelo. Leo se arrastró al estilo militar, como si cruzase una alambrada de las líneas enemigas. De rodillas, Rob observaba el ajustado espacio entre la robusta silueta de su amigo y la tenue línea roja.

Leo pasó al otro lado sin interrumpir la continuidad de la luz en ningún momento. Le hizo un gesto con el pulgar. A continuación, Rob se tumbó completamente, la cara pegada al suelo. *Si él ha pasado, yo no debería tener problemas.* Plegó una rodilla y se impulsó hacia delante. Le costaba avanzar sin separarse del suelo. ¿Cómo demonios lo había hecho Leo para que pareciera tan fácil? Doblaba las rodillas con sumo cuidado, intentando que la cadera no se elevase. Tenía la impresión de que el culo estaba muy por encima de su cabeza. Se esforzó por pegarse más al suelo. El miedo y la postura forzada hicieron que los músculos de su espalda se tensaran como cuerdas de guitarra.

Cuando estaba a mitad de camino, sintió un pinchazo en la nuca. Un calambre se extendió como una mecha encendida hasta la base de la espalda.

Entonces el suelo desapareció. Extendió las manos en un reflejo desesperado. Los dedos arañaron la piedra hasta encontrar un saliente. En un instante se encontró colgado en el borde de un foso.

¿*Qué había pasado?* Debía de haber activado una trampa. Pero no había tiempo para analizar. No aguantaría. Las manos le ardían como si le hubiesen echado brasas por encima. Arriba, Leo se asomaba al borde, a un par de metros sobre su cabeza. Las ondas del sónar descendieron verticalmente y transmitieron a través de su lengua la forma, profundidad y el contenido del fondo del foso. La adrenalina corrió desbocada por sus venas, insuflándole unos segundos más de fuerzas a sus dedos, que sostenían todo su peso sobre el abismo. Quien había preparado aquella trampa no había querido atrapar a nadie vivo. Si no le mataba la caída lo harían las aguzadas estacas sembradas en el fondo como el lomo de un puercoespín.

Iba a morir. Lo sabía. Y la muerte sería horrible. Empalado, los huesos destrozados por la caída. *Y con mi suerte, incluso podría sobrevivir al golpe y agonizar durante horas.*

Si al menos hubieran traído una cuerda con ellos. Por mucho que Leo se estirase nunca le alcanzaría. ¿Qué estaba haciendo? Leo se agitaba como si se sacudiese insectos del cuerpo. ¿Por qué se movía así?

La tensión era insoportable. Los brazos le ardían, los músculos de las manos a punto de estallar. Se iba a soltar. Iba a ocurrir. Y ni siquiera podía gritar, la lengua aprisionada en el maldito visor nocturno.

Siang ascendió veloz como una corriente de aire los peldaños de piedra que le llevaron hasta el nivel del suelo. El sónar le indicaba que todo estaba despejado. El visor de infrarrojos solo mostraba pequeñas manchas rojas arrastrándose por el suelo. Ratas que huían asustadas del sonido de sus pasos. El pasillo acabó en una nueva puerta que le cerraba el paso. Esta vez no había rejillas para escrutar el otro lado. Tendría que jugársela. Se tomó unos segundos, respirando profundamente, una pistola en cada mano.

No estaba seguro de haber actuado bien dejándoles atrás, pero ellos le obligaban a avanzar mucho más despacio. No dudaba del Maestro, pero todavía no acababa de entender cómo el asustadizo Rob podría ayudarle. Sí, él había sido la clave que les había conducido hasta Yög-Sothoth. ¿Pero qué más podría hacer? No podía negar que su presencia había sido útil para escapar del castillo. Pero no veía en él ningún vestigio del hombre despiadado y resuelto que había conocido en su vida anterior. En un enfrentamiento abierto suponía más un estorbo que una ayuda. Sin embargo, el Maestro se había mostrado firme en su idea de que era importante contar con él. Y el Maestro nunca se equivocaba.

Abrió la puerta de una patada. Realizó tres disparos. Tres hombres se desplomaron como trajes vacíos. No había nadie más en las inmediaciones. Con andar felino cruzó la sala abarrotada de muebles de estilo decimonónico que contrastaban con las modernas armas automáticas, los ordenadores portátiles y los teléfonos móviles de última generación que descansaban en las vitrinas de metal dorado. Salió a una especie de rellano junto al hueco de unas escaleras. Se asomó al otro lado de una gruesa barandilla de hierro y atisbó lo que parecía un enorme salón en la planta inferior. Escuchó voces a sus espaldas. Siguiendo una intuición, decidió subir. En el recodo de la escalera se topó de bruces con un matón que bajaba a toda prisa, como si acudiese a una llamada urgente. Siang le frenó en seco con un disparo entre los ojos. Continuó el ascenso más despacio, dándole tiempo al sónar para que tantease el siguiente recodo de la escalera.

Arriba, encontró una antecámara amueblada con dos gruesos sillones de oreja. En las paredes colgaban una hilera de óleos que ilustraban, a modo de macabro manual, escenas de torturas medievales. Había varias puertas. Tanteó en el casco y ajustó la sensibilidad del visor infrarrojo al máximo. Una difusa mancha roja se perfiló en el interior de una de las habitaciones. Manipuló la cerradura. La hoja de madera se deslizó suavemente hacia dentro con el sonido leve del suspiro de un alma.

En el interior de la habitación, sobre una enorme cama con dosel que parecía un altar, se encontraba recostada una mujer. Sus curvas voluptuosas se perfilaban bajo sábanas de seda carmesí. Tenía los ojos cerrados y su respiración era suave. El pelo dorado sobre la almohada enmarcaba un rostro que desprendía una paz beatífica.

—¡Despierta! —susurró, zarandeándola por los hombros.

La mujer abrió los ojos y no pareció alarmarse. Sus ojos vacíos, blancos como un cielo cuajado de nubes, le miraron sin ver. Le dirigió una sonrisa seductora. Se agitó bajo las sábanas y su cuerpo desprendió una fragancia que atrapó los sentidos de Siang. La mujer emanaba un magnetismo sexual que le cautivó durante unos instantes.

—¡Levanta! ¡Tienes que venir conmigo! —apremió Siang, luchando contra el impulso de fundirse con ella— ¡Rápido!

La obligó a incorporarse. Estaba desnuda. Siang la agarró del brazo y tiró de ella hasta la puerta. Vera le siguió dando traspiés, como sonámbula.

Descendieron las escaleras con cautela. Siang tiraba de Vera con una mano mientras blandía la pistola con la otra. El visor le indicaba que aquella parte de la casa estaba desierta. Abajo, sin embargo, se escuchaban voces y carreras. La salida a la red de galerías subterráneas estaba cerca, el camino despejado. Entonces, escuchó una voz familiar. Sin soltar a Vera, se detuvo agazapado junto al hueco de escaleras. Aguardó unos segundos, dejando que el sónar rastrease más allá, donde sus ojos no podían alcanzar. Soltó una maldición en un idioma desaparecido.

Siang estudió a la mujer. La tenía. El milagro de escapar de allí con ella parecía posible. Pero el Maestro había insistido en la importancia de Rob. Había insistido en que debía seguir todos sus pasos. ¿Cuál era su papel exactamente? ¿Debía dejarle allí y condenarle a una muerte segura?

Miró a Vera a los ojos. Detrás de aquella neblina opiácea podía intuir una maldad indecible. Rezando por no equivocarse, apretó su mano con fuerza y tiró de ella escaleras abajo, alejándose de la salida.



Rob vio que algo se agitaba a su lado. Soltó primero una mano y luego la otra, agarrándose con fuerza desesperada. Leo tiró de él hasta que pudo asirle por los brazos. Con un último esfuerzo le sacó del foso y ambos cayeron hacia atrás, exhaustos. Rob se arrancó la máscara de un tirón, respirando agitadamente. El suelo bajo su cuerpo le pareció lo más maravilloso que había sentido nunca.

—Gracias amigo —dijo—. Lágrimas de agradecimiento afloraron a sus ojos.

—No hay de qué —Leo se levantó y comenzó a vestirse.

Rob le ayudó a deshacer la improvisada cuerda. Leo había anudado la pernera del pantalón a la manga de su chaqueta. Gracias a dios, la tela había resistido lo suficiente como para izarle hasta la superficie.

Cuando Rob comenzaba a preguntarse qué harían a continuación, la puerta que había a sus espaldas se abrió. Al otro lado aparecieron varios hombres armados. Rob pensó que ya era la segunda vez que alguien le apuntaba con una pistola en los últimos días, y aún seguía vivo. Debía tener mucha suerte, o demasiada mala suerte. Tal vez las dos cosas a la vez.

Levantó los brazos y enseñó los dientes en una sonrisa canina.

—Nos hemos perdido —dijo—. Paseábamos por el club de golf y de pronto caímos en una cueva. Buscamos la salida.

Uno de los hombres bajó la pistola y le devolvió la sonrisa. Sus ojos eran fríos y turbios como una charca helada. Dio un paso hasta quedar frente a él. Entonces movió el brazo con rapidez, golpeándole salvajemente en la sien con la culata de la pistola.

Un relámpago de dolor precedió a la oscuridad.

Rob entró en la celda apestosa seguido por Dirlwanger, el jefe de la división disciplinaria de las SS. La mujer, a quién conocían como Pelagaja Sacharovna, capitán de la NKVD y oficial de enlace con los partisanos de Lublin, había sufrido durante dieciséis horas la tortura de los verdugos. Aún estaba despierta, pero en sus ojos ya no brillaba el fuego de unas horas antes, cuando la habían traído prisionera. Rob comprendió, un instante tarde, cuando ya la habían tumbado sobre un hornillo ardiente, que sus hombres ya habían logrado vencer toda resistencia en ella.

—¡Os lo diré todo! —aulló la mujer, enloquecida por el sufrimiento, antes de desmayarse.

La rociaron con agua helada para reanimarla. Sus heridas palpitantes eran como fuego que la hacían gritar de dolor. Rob sabía que, antes de entregarla a los verdugos, Dirlwanger se había acostado con aquella polaca tan guapa. Pero de la mujer comisario político tan segura de sí misma sólo quedaban ahora unas carnes sanguinolentas, una cosa indecible que clamaba la muerte. En frases rápidas, farfulladas, Sacharovna delató los escondrijos de los partisanos, el emplazamiento de los campos de minas y de los sistemas de seguridad. Reveló los nombres de los guías que sabrían hacer cruzar los pantanos a los cazadores de hombres de las SS.

Cuando lo hubo dicho todo, Rob hizo un gesto con la mano. Uno de los verdugos se puso detrás de ella y le pegó un tiro en la nuca.

—Buen trabajo —felicité con tono glacial. Dio media vuelta y salió de la celda.

Se despertó sobresaltado. Algo caliente y pegajoso clavado en su ojo izquierdo a través de un punzante aguijón le suministraba oleadas de dolor con cada pálpito de la sien. Solo pudo abrir el ojo derecho, con el que apenas alcanzó a distinguir formas borrosas que giraban a su alrededor. Escuchó un zumbido agudo alternándose de un oído a otro. Los oídos le dolían como si algo caliente se derramase por ellos. Tenía las manos sujetas a la espalda. Le dolían los brazos. Parpadeó varias veces. Como si mirase a través de una gasa, reconoció lo que parecía el salón de un antiguo palacete. Sillones cubiertos de polvo y telarañas, mesas labradas con su superficie pesada y gris de mármol surcada de venas rosadas, el techo abarrotado de recargadas volutas de yeso y cenefas en oro. Giró la cabeza y vio a Leo junto a él, atado en una silla. Leo tenía la boca sellada con un trozo de cinta adhesiva. Lucía una enorme hinchazón violácea en la sien, el ojo púrpura y tumefacto.

Un hombre apareció frente a ellos como un maestro de ceremonias en una macabra función. Era un hombre de raza negra, bastante anciano, vestido con una bata de médico. Tenía la cabeza afeitada, la piel oscura tirante y ceñida al contorno del rostro como una máscara de cuero. Los párpados arrugados que caían sobre los ojos azul lechoso y la nariz ancha le conferían el aspecto de una vieja tortuga. Rob sintió un escalofrío cuando sus miradas se cruzaron. Los ojos de aquel hombre exhibían una maldad impúdica que relacionó en seguida con los cadáveres que habían encontrado en el sótano. El corazón le latía tan rápido que apenas podía respirar.

—Así que tu eres la pequeña sabandija que escapó de Wewelsburg —dijo el anciano. Tenía una voz áspera y gangosa que parecía surgir de una garganta obturada de flemas—. Karla se alegrará mucho cuando sepa que te hemos cazado vivo —frunció los labios mostrando unos colmillos afilados e increíblemente blancos.

Rob vio cómo llegaban más hombres y se acomodaban en los amplios sillones. Tenían un aspecto voluminoso y feroz, vestidos con jerséis de cuello alto y americanas de piel. Sus poses, los movimientos sinuosos y conferidos, sus miradas torvas y duras, todo en ellos clamaba que eran asesinos. Le observaron con una mezcla de atención e indiferencia, como una manada de leones retozando en torno a una presa medio muerta.

El anciano se inclinó sobre Rob. Le habló despacio, como si se dirigiese a un niño.

—Escúchame bien, pequeño gusano. Vas a sufrir indecibles torturas. Desearás un millón de veces no haber nacido. Desearás que tu madre se hubiese arrancado las entrañas y que tu padre se hubiese cortado las pelotas antes de concebirte. Desearás que tus puñeteros antepasados hubiesen muerto en una horrible epidemia medieval para que nunca hubiera existido la más remota posibilidad de que tu vinieras a este mundo. Eso ocurrirá tanto si hablas ahora como si no —concluyó—. Así que te voy a hacer unas preguntas y tú eliges contestar ahora, o después.

Rob quiso hablar, buscó las palabras, pero sus pensamientos giraban frenéticos en el interior de su cabeza en un torbellino descontrolado. Emitió un gemido ahogado, tenía la lengua seca y adherida al paladar.

—Venga. Sois más duros que todo eso —la voz del viejo se arrastró con sarcasmo—. No intentes fingir conmigo. Dime, ¿en qué mugriento agujero se esconde ahora tu Maestro?

—Ese no hablará —dijo uno de los hombres acomodados en el sofá—. Te advertí que la putilla todavía podría ser útil. Creo que era la hermana del otro —señaló a Leo con la barbilla—. Estos cabrones están entrenados para aguantar las torturas, pero se acojonan cuando ven sufrir a uno de los suyos.

—¡María! —gritó Rob. La voz brotó de su garganta y fue como si destapase un recipiente que derramó sobre él una nueva clase de angustia, una desesperación insoportable que no podía durar ni un instante más.

—¡Te lo dije! —prorrumpió divertido el hombre del sofá—. Unas caricias a esa putita y nos lo hubiesen contado todo.

—¡Bah! —respondió el anciano—. Ya es tarde. Hablarán igualmente cuando me ocupe de ellos —se relamió el labio inferior con una lengua roja y afilada—. Lo cierto es que disfruté mucho con tu hermanita —dijo mirando a Leo.

Leo luchaba inútilmente por ponerse en pie, las venas del cuello hinchadas parecían a punto de estallar. El viejo le miró con una sonrisa sádica.

—Lo pasé muy bien con ella, de verdad. La putilla murió suplicando piedad.

Rob sintió que un hierro candente le subía por el intestino hasta el estómago. Vomitó. La bilis amarilla le abrasó la garganta y chorreó por la barbilla.

—¡Hijo de puta! —gritó, aunque la voz le salió cortada, sin fuelle.

Los hombres estallaron en una carcajada. El viejo con aspecto de tortuga también dejó escapar una risa cascada que parecía el intento de puesta en marcha de un motor sin batería.

Las risas quedaron suspendidas en el aire como una bandada de pájaros detenidos en pleno vuelo. El anciano se quedó inmóvil durante unos segundos interminables, la boca abierta. Entonces se desplomó. Desde el suelo, sus ojos sin vida miraban fijamente a Rob, como si le reprochasen algo. Las baldosas blancas dibujaron finos trazos rojos, hilillos de sangre formando una cuenca fluvial en miniatura que brotaba de sus labios.

Subitamente estallaron cristales de espejos, molduras de puertas; jarrones de intrincados dibujos se hicieron añicos, como si una tormenta de granizo infernal se hubiese desencadenado en el interior del salón. Un abrasador olor a pólvora lo impregnó todo.

Rob ni siquiera vio la figura de Siang asomado en la escalinata. Cuando volvió la cabeza para buscar a Leo sintió que el corazón estallaba en su pecho como un bloque de hielo golpeado por un mazo. La cabeza de su amigo colgaba en un extraño ángulo, la barbilla apoyada en el pecho. Un hilillo escarlata pendía de su frente hasta el suelo, donde un líquido rojo y espeso formaba un charco viscoso que se expandía muy despacio, a cámara lenta.

Rob gritó. Gritó mientras las lágrimas huían de sus ojos y hacían arder las heridas en su rostro. Gritó hasta que lo único que existía en el mundo era el sonido de su propia voz, que le envolvió como un manto protector. Gritó hasta que los pulmones ya no pudieron bombear más aire hacia el horno llameante en que se convirtió su garganta.

Siang puso el último cargador en la pistola y bajó con precaución. No sabía cuántos hombres más podría haber en la casa. Soltó las cuerdas que sujetaban a Rob. Le bastó un vistazo para saber que Leo estaba muerto.

—¡Rob! ¿Me oyes? ¡Tenemos que salir de aquí!

Rob no se movió. Había en su mirada una especie de hilaridad demente, una histeria congelada en un único instante de insoportable agonía. Siang le agarró por el brazo y tiró de él hacia arriba. Le empujó hacía el recodo del pasillo justo cuando una bala zumbó en la pared junto a ellos. Siang se volvió y disparó cuatro veces. Después corrió tirando de Rob hasta el siguiente recodo. Allí les esperaba Vera, sentada en el suelo. Se mordió las uñas de las manos como una niña, ajena a lo que sucedía a su alrededor. En cuanto vio a Rob se abalanzó sobre él.

—¡No sufras! ¡No sufras! —gimoteó rodeándole con sus brazos— Yo calmaré tu dolor, yo calmaré tu dolor...

Siang valoró la situación. No conseguirían escapar. No si tenía que arrastrarles a ambos. Había tenido cuidado de dejar al menos tres balas en el cargador. No iba a dejarse coger vivo. Ya había sufrido una vez las torturas, y el recuerdo del martirio le había perseguido durante varias vidas. Pero sobre todo, no podía dejar que ella cayese de nuevo en sus manos. Apuntó a la mujer en primer lugar. Vera le miró sonriendo tontamente mientras acunaba la cabeza de Rob. Sus labios murmuraban una letanía sin sentido.

Todo comenzaría una vez más. Una nueva encarnación. Una nueva búsqueda frenética para encontrar a Yog-Sothoth. Era el último de los hermanos. El Maestro no viviría para siempre. ¿Durante cuánto tiempo podrían seguir retrasando la derrota?

Disparó. La cabeza de Vera saltó hacia atrás bruscamente y se quedó colgando a un lado. Un caño de sangre brotó del orificio en su frente, entre los ojos.

A continuación apuntó a Rob. Su dedo se tensó en el gatillo. Un fuerte olor a quemado impregnó el aire. Humo blanco y espeso se filtraba por el hueco de las escaleras. Siang escuchó pasos cautelosos, siluetas agazapadas aproximándose.

Sonaron disparos, pero provenían de la planta inferior.

—¡La policía! ¡Mierda! ¡Salid de aquí! —gritó alguien.

Las palabras llegaron hasta sus oídos a pesar del tiroteo que estalló abajo. Aflojó el dedo en el gatillo y se dio la vuelta, dando la espalda a Rob y a la mujer muerta. Los disparos y los gritos continuaron durante varios minutos. Después se hizo un tenso silencio.

Siang observó el extremo del pasillo, el humo rodeándole como niebla perezosa, la mano sujetando con fuerza la pistola. Gotas de sudor perlaban su cráneo desnudo.

Alguien se asomó fugazmente entre el humo, un rifle en los brazos.

—¡Manos arriba! —gritó una voz.

Siang dejó caer la pistola y alzó las palmas de las manos. Dos hombres saltaron al pasillo y se aproximaron lentamente, sin dejar de apuntarle con sus armas. Vestían uniforme, chalecos acolchados y un casco con el distintivo de las fuerzas especiales de asalto.

—¡Al suelo!-gritó uno de ellos.

Siang se dejó caer de rodillas, los brazos alzados en cruz, las palmas vueltas hacia los policías. Los ojos le escocían por el humo. La casa estaba ardiendo. Tras él, cubierto de sangre, Rob contemplaba la escena como si se tratase de un sueño dentro de otro sueño, aguardando el momento de despertar de al menos una de las pesadillas.

La gruesa figura del inspector Gómez apareció en el pasillo tras los dos agentes.

Siang le miró con sus ojos rasgados, y sonrió.

Podía sentir con total claridad los latidos del corazón, duros y secos, percutiéndole las sienes como el galope de un caballo desbocado que atraviesa a toda velocidad un puente de madera. Embargado por la ira, hacía un esfuerzo extraordinario para controlarse. Tenía que reconocer que el plan estaba resultando en cierta manera. ¡Qué imbéciles eran todos! Solo había tenido que afeitarse el bigote y quitarse las gafas para que nadie le reconociera...

Ese era precisamente el problema.

No era tanto que lo hubieran atrapado. Nunca había puesto demasiadas esperanzas en aquella patética huida a la desesperada. Lo que no podía soportar era pasar inadvertido. El trato indiferente. Encerrado en aquella celda maloliente junto a un par de idiotas, tratado como un prisionero más. ¿Acaso no podían intuir el genio a través de sus efervescentes pupilas?

¡Al diablo con el Tercer Reich, al diablo con Hitler! ¡Berlín podía arder en el infierno! El increíble deshonor de pasar inadvertido le quemaba las entrañas como un brasero hirviendo. Él era Himmler. Cuando entraba en una habitación los ojos de todos los circunstantes miraban hacia abajo. Todos medían sus palabras en su presencia. Fiel Himmler, solía llamarle la estúpida marioneta. Escupió una amarga carcajada. Himmler solo era fiel a sí mismo.

¿Se había equivocado en algo? Las palabras de Graf Schwerin resonaban en su cabeza:

“Tal y como yo lo veo, solo tienes tres caminos: afeitarte el bigote y enfundarte un sombrero y gafas oscuras, e intentar desaparecer, pero aun así creo que te acabarían encontrando, y no sería un final demasiado glorioso. La segunda opción sería levantarte la tapa de los sesos, pero como cristiano no te lo puedo aconsejar. Lo que te recomiendo entonces es que vayas a los cuarteles de Montgomery y digas: soy Heinrich Himmler, y tomo responsabilidad total sobre todo lo que han hecho las SS”

Decidió terminar ya con la farsa. Tal vez debería haber seguido el consejo de Schwerin desde el principio.

—¿Quién demonios está al mando? ¡Tengo que verte! —gritó ante la atónita mirada de sus dos compañeros de celda.

El capitán Selvester, un americano alto y fornido de aspecto hosco, les recibió en su despacho. Los tres prisioneros alemanes entraron uno tras otro, Rob en primer lugar, con paso decidido, seguido de los titubeantes Grothmann y Macher. Entonces se quitó el maldito parche del ojo y se puso las gafas. Una mueca de altiva satisfacción se instaló en su semblante ante la cara de asombro del capitán.

—Heinrich Himmler... —susurró Selvester, en un esfuerzo visible por evitar que la mandíbula se le fuera al suelo.

Rob apretó los dientes ante la falta de respeto, pero mantuvo la compostura. Todo aquello no importaba. Lo que le ocurriera allí no era nada comparado con lo que podrían hacerle *ellos* si llegaban a sospechar de su traición. No, aún no estaba preparado. Pero algún día volvería y les haría pagar a todos, algún día volvería...

En la oscuridad más absoluta, como flotase sumergido en aguas negras e inmóviles, Rob podía escuchar con total nitidez el sonido de su corazón. Y ese rítmico latir le horrorizó al comprender que un día el corazón se pararía, y que los latidos que restaban entre ahora y entonces daban cuenta, como el tic-tac de un macabro reloj, de que el tiempo de su vida estaba contado.

Una sola imagen acudía a su mente una y otra vez: la cabeza de Leo colgando sin vida. Se esforzó inútilmente por modificar la escena. Imaginó que era él quien moría, que era el rostro desencajado de Leo el que gritaba impotente al verlo morir y no a la inversa. Pero todo seguía igual. Un hilo de sangre roja y brillante, como si tuviese alguna cualidad plástica, fluía sin parar de su frente. *No puedes cambiar la realidad, por mucho que lo desees. No puedes cambiar nada. No puedes...*

Pasó la tarde tranquilo, charlando animadamente con los oficiales, bromeando incluso con ellos, sin pensar apenas en el indigno cacheo al que le había sometido el capitán. El muy imbécil ni siquiera se había dado cuenta de que conservaba la cápsula debajo del paladar. Había sentido un inmenso alivio cuando por fin le separaron de Grothmann y Macher, signo de que comenzaban a mostrarle cierta deferencia. Finalmente, le habían acabado encerrando en una habitación junto a un intérprete que estaba demasiado impresionado por su presencia para abrir la boca. ¡Ja!

Aprovechó aquellos instantes de tranquilidad para repararlo todo una vez más. Cerró los ojos. Movié los labios, pronunciando las palabras del antiguo lenguaje como en una silenciosa plegaria. Cada palabra evocaba un concepto perfectamente delimitado, un pensamiento que quedaría grabado para siempre en su Karma. Describió las montañas, el recorrido preciso de los senderos, las simas, los desfiladeros. Rememoró su querido castillo, recreándose por última vez en las obras de arte y en su belleza arquitectónica. Se relató a sí mismo su propia vida, quién era y lo que había hecho y, lo más importante, lo que aún le quedaba por hacer.

Los recuerdos eran tan vívidos que cuando abrió los ojos casi se sorprendió de verse sentado en aquel cuartucho junto al estúpido intérprete. Se permitió una sonrisa descendiente ante la expresión de terror que sus extrañas palabras había provocado en él. El hombrecillo parecía horrorizado, siempre al límite de pedir auxilio.

Entonces la idea de la muerte le pareció casi un alivio. Se sonrió al pensar que en la próxima vida podría ser un apuesto ario de metro noventa, musculoso, claro que sí, sería tan apuesto como el formidable Heydrich. Se le escapó una sonrisa amanerada que perturbó a su intérprete.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —le preguntó despreocupadamente.

Abrió los ojos.

Estaba recostado en una camilla de hospital, rodeado por una cortina de gasa verde que colgaba de un armazón metálico. Oía intensamente a alcohol y a medicinas. Se puso en pie. Estaba desnudo. Las rodillas le temblaban. Se sentía liviano como un fantasma. Dio un paso vacilante. La habitación giró a su alrededor. Apoyándose en la camilla, se las apañó para llegar hasta una mesa y una especie de fregadero que había a un lado. Rebuscó en los cajones de la mesa, entre papeles y rollos de vendaje. Sus dedos encontraron una llave. La probó en la cerradura de un pequeño armario mural. Se abrió. En el interior había jeringuillas y botes de cristal con etiquetas incomprensibles. También había unas grandes tijeras.

Las hojas parecían lo suficientemente afiladas. Se sentó en el suelo, la espalda apoyada en la pared. Abrió las tijeras y paseó el filo por el dorso de la muñeca, como un músico que prueba un violín. La carne se abrió. La sangre espesa comenzó a manar a pequeños borbotones, en intervalos de dos o tres segundos, empujada por cada latido del corazón. Repitió el corte en el otro brazo.

Tuvo la agradable sensación de que se iba vaciando por dentro, como un muñeco de goma al que se saca el aire. La conciencia fue apagándose poco a poco. Cerró los ojos. El mundo dejó de preocuparle. La muerte saldaba las cuentas, ponía el balance a cero. Ya no sentía rabia, ni envidia, ni odiaba a nadie. Todo lo ocurrido era una simple anécdota. Lo importante era la inmensidad que venía a continuación, una oscuridad infinita que se tragaba el mundo. A su lado todo era insignificante.

El corazón latía cada vez más despacio, como si meditase largamente la siguiente contracción. El sonido del corazón era lo único que le seguía diciendo que había una realidad exterior, más allá de la oscuridad. Entonces también dejó de escucharlo.

—Para ser intérprete eres bastante parco en palabras —insistió Rob—. Con la labia que tiene, Hitler jamás te contrataría.

Los dos hombres prorrumpieron en una tensa carcajada. Les interrumpió el sonido de la puerta al abrirse, que casi le provoca un ataque al corazón al pobre intérprete.

A pesar de que nadie le había advertido de quién se trataba, el sargento mayor Edwin Austin reconoció al prisionero al instante. Sin ninguna parsimonia, le dijo en perfecto alemán:

—Esa es su cama, quítese la ropa.

—No sabe quién soy —dijo Rob dirigiéndose al intérprete.

—Sí que lo sé —replicó Austin tajante— Usted es Himmler, a pesar de eso, esa es su cama. ¡Quítese la ropa!

Aquello era demasiado. Rob clavó en él sus ojos brillando de furia, pero algo insólito ocurrió.

Austin le mantenía la mirada. Era la primera vez, desde que era adulto, que alguien le aguantaba la mirada de aquella forma.

Podía sentir la sangre fluyendo a borbotones por su cuello, pero los ojos se le fueron al suelo. *Idiota, no tienes ni idea.*

Ya estando desnudo, pasaron el coronel Murphy y el capitán Wells. Examinaron su cuerpo, le miraron dentro de las orejas, debajo de los sobacos, sin encontrar nada.

—Tumbese boca abajo.

Sabía que le iban a inspeccionar el ano, pero ya ni siquiera esa idea tan inconcebible le importaba. Él mismo se tumbó dócilmente sobre la cama tal como le pedían. Sintió como dos manos se posaban sobre sus nalgas y se las separaban, la presión de unos dedos hurgándole las entrañas... pero consiguió mantener la boca cerrada.

Acto seguido el doctor le dijo que se sentara sobre la cama. Rob le obedeció con movimientos parsimoniosos, preparándose para su acto final. Solo necesitaba escuchar aquellas tres palabras que avanzaban hacia él tan inexorablemente como la muerte.

—Abra la boca.

Apenas entreabrió los labios el doctor alcanzó a meterle dos dedos.

—Acérquese a la luz.

Giró la cabeza y apretó las mandíbulas con fuerza, sintiendo el crujido de la cápsula entre los dientes y el sabor de la sangre. El doctor gritó. Rob lanzó la cabeza hacia atrás y tragó con todas sus fuerzas.

Cuando despertó, supuso que la extraña calma que recorría sus venas se debía al tranquilizante que suministraba el gotero unido a su brazo mediante un fino tubo de plástico. Una cara le observaba. Era una mujer joven. Tenía el pelo rubio recogido en un moño en la parte de atrás. La piel de su cara tenía un aspecto aterciopelado, como si hubiese sido masajeadá recientemente. Ligeras arrugas se formaban alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, gruesos y sensuales. Rob pensó que no había ningún signo de sufrimiento en aquel rostro de ángel, y esa idea le reconfortó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la enfermera.

Rob no contestó. Las lágrimas resbalaron de sus ojos destilando la triste desconsolada que ardía en sus entrañas como un volcán.

—Avisaré al doctor —dijo la mujer, y desapareció de su vista.

Rob quiso decirle que se quedase junto a él, pero fue incapaz de articular una palabra. Sentía una distancia inexplicable entre él y el resto de las cosas.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó un hombre de bata blanca—. El detective Gómez vendrá en seguida —dijo sin darle tiempo a responder—. Quería hablar con usted en cuanto despertara.

Rob miró a la enfermera mientras manipulaba el gotero a su lado. Percibió el tacto fresco de su perfume, el roce de su bata en su brazo desnudo. Su cuerpo se agitó convulso. La enfermera cruzó una mirada con el médico, quien asintió imperceptiblemente. Sacó una ampolla del bolsillo, la ajustó a una jeringuilla e inyectó el líquido ambarino a través de un orificio del gotero. Rob sintió que una mano suave le acariciaba por dentro, bajo la piel. Sus músculos se relajaron instantáneamente a la par que los pensamientos se asentaban en su mente, apilados unos encima de otros en lugar de girar en un vórtice frenético.

—No quiero más tranquilizantes —protestó, aunque su voz era plácida. Intentó incorporarse, pero el cuerpo le pesaba, distante. Cuanto más luchaba por moverse, más se hundía en el mullido colchón. *De acuerdo, vamos abajo, pensó, hasta el infierno.*

—Es por tu bien. Tu cuerpo acumula una cantidad increíble de tensión nerviosa —informó el médico.

Dos hombres irrumpieron en la habitación sin pedir permiso previo. Uno de ellos tenía un aspecto imposiblemente alto y robusto, el cuello de toro, el torso macizo y musculoso que ni siquiera la gruesa chaqueta de piel podía disimular. A Rob no se le escapó la mirada fugaz de admiración que chispeó en los ojos de la enfermera. De repente se sintió horriblemente frágil, un muñeco de trapo sin fuerzas ni voluntad propia. *Por favor, que alguien me tire por la ventana y acabe con este sufrimiento.*

El otro hombre, más bajo y rechoncho, de aspecto desaliñado, le hizo una señal al médico para que les dejase a solas. Cuando el doctor se hubo marchado, rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó un paquete de cigarrillos, y se puso uno entre los labios. Sacó un encendedor plateado. Una pequeña hoguera llameó en el hueco de sus manos.

—No debería —dijo mientras el humo brotaba de su boca— pero qué diablos —sonrió enseñando unos dientes amarillos—. Soy el inspector de homicidios Gómez Orellana —se presentó—. Me acompaña un colaborador de la policía —señaló al hombre alto, que se acomodó silenciosamente en uno de las butacas al fondo de la habitación.

Rob les miró sin interés, hundido en su almohada.

—Mi obligación es informarle que se encuentra usted detenido bajo sospecha de colaboración con banda criminal —dijo el inspector—. Los médicos indican que se encuentra sometido a un estrés post traumático que puede ser peligroso para su salud. Sin embargo, debo hacerle algunas preguntas.

—¿Detenido? —balbuceó Rob. Comprendió entonces que aquello no era un hospital normal, sino la enfermería de una prisión—. Yo no he hecho nada.

—Eso tendrá que decidirlo el juez. De momento eres cómplice del asesinato de una mujer.

—¡Vete a la mierda! —gritó Rob—. ¡Puedes encerrarme! ¡Puedes hacer lo que quieras conmigo! ¡Eso no le devolverá la vida a ellos!

—Tranquilo, por favor. Será mejor para ti que colabores. En primer lugar, ¿por qué estabas en esa casa?

¿Por qué? Las palabras resonaron en la mente de Rob como un sonido hueco, vacío de significado. La pregunta no tenía sentido. ¿Por qué? De qué servía buscar un motivo cuando uno ya estaba muerto. Rob hubiera querido explicarle eso y mucho más. Ahora entendía qué significaba estar muerto. Ahora entendía. La imagen de la muerte se dibujaba clara frente a él, con todos sus intrincados detalles. Un tapiz negro sobre negro, envuelto en silencio. Era agradable. Él lo deseaba. ¿Por qué no le ocurría? ¿Por qué?

—Vamos muchacho, habla, ¿qué hacías allí?

—Había cinco mujeres —dijo Rob recordando de repente—. Las ayudamos. ¿Las encontraron?

—En el club de golf —dijo el inspector—. A decir verdad, su aparición precipitó la operación. ¿Cómo las ayudaste a escapar exactamente?

Rob alzó la cabeza hacia Gómez. Comprendió que la policía no había irrumpido allí en aquel preciso instante por casualidad. *Pero habían llegado tarde. Unos minutos antes y Leo seguiría con vida...*

—¿Cómo llegaste hasta ese viejo caserón? —insistió Gómez.

—Siang nos llevó —dijo Rob, realizando un terrible esfuerzo. Escuchaba su propia voz débil y lejana, como si llegase hasta sus oídos después de atravesar un árido desierto—.

Siang buscaba a Vera, a... Yog-Sothoth. El viejo... Maestro nos pidió que fuésemos con él..., nos dijo que María también podría estar allí.

Gómez intercambió una mirada con Viktor.

—¿Quién es María?

—La hermana de Leo. Fuimos a buscarla. Entonces nos cogieron. Uno de aquellos hombres dijo que ella... —se interrumpió. Un flujo de angustia, como lava ardiente, se abría paso bajo la capa de hielo de los tranquilizantes.

—Comprendo. ¿Cómo te viste envuelto en esto? ¿Cómo conociste a ese tal Siang?

Rob no dijo nada más. Era incapaz de expresar nada con palabras. Los recuerdos de lo sucedido eran semejantes a los de las pesadillas, borrosos e inconexos. Se había dejado llevar arrastrado por una fuerza ajena. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que todo lo vivido en los últimos días había formado parte de su vida desde siempre. Echando la vista atrás, se sorprendió de que la extrañeza que había sentido en un principio se estuviera difuminando tan rápidamente. Era como comparar el primer día de clase en la facultad con el último. Las caras desconocidas de los alumnos, los nuevos profesores, todos los detalles novedosos acababan siendo devorados por la familiaridad de la rutina. *Esto debe ser la locura*, se dijo. *Aceptar lo inaceptable*. Cerró los ojos con fuerza. Apretó la mandíbula tratando de contener el temblor. Los dientes rechinaron, un sonido agudo se extendió por su cráneo. Se agarró con fuerza a las sábanas, las manos crispadas, como si la fina tela fuese la última barrera entre él y los horrores del mundo. *Aceptar lo inaceptable*.

—Está bien. Tendremos ocasión de hablar más tarde —dijo el inspector Gómez, dándose por vencido—. El médico dice que ya estás recuperado del ataque de nervios. Dentro de unas horas te bajaremos a una de las celdas.

Gómez intercambió una mirada con el imperturbable Viktor y, por un instante, por su mente cruzó una sensación de familiaridad, como si ya hubiese vivido idéntica situación en otra ocasión. Y, a esas sombras flotantes de la memoria, se unieron inexplicables recuerdos de imágenes de pesadilla. Encendió un cigarrillo y se dejó caer pesadamente sobre una de las gastadas butacas, junto a la cama. Su expresión mutó imperceptiblemente, su rostro se tiñó de confusión. Confusión y un profundo cansancio.

Entonces cayó en la cuenta de algo. Se puso en pie y agarró a Rob del brazo.

—¿Por qué llevas esto? —preguntó mirando las muñecas envueltas en vendajes.

Rob no dijo nada.

—¡Doctor! —Gómez salió al pasillo— ¡Doctor! —llamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó el médico, alarmado.

Viktor se puso en pie y se aproximó a Rob. Desde el fondo de su mirada gris surgió, como una luciérnaga perdida en la noche, el destello de una nota de curiosidad.

—¿Qué le ha pasado? —dijo Gómez señalando a los vendajes.

—Ah, se refiere a eso —respondió el doctor—. Cuando recobré el conocimiento intenté quitarme la vida. Lo siento, no creímos que fuese un paciente peligroso. Ya hemos tomado precauciones para que no vuelva a ocurrir.

—Entiendo. No se preocupe. Puede marcharse.

—Él también intenta suicidarse —dijo Viktor. Su voz grave sobresaltó a Gómez.

—Y esa mujer intentó matarle —reflexionó el inspector—. ¿Es ese el móvil de sus crímenes? Todo esto es una locura, ¿no cree? ¿Cómo podía saber que ellos planeaban matarse? Es absurdo, absurdo —menó la cabeza—, pero lo absurdo parece la explicación más lógica...

Por algún motivo, aquellas palabras avivaron una llama en el pecho de Rob, una sensación de cosquilleo premonitorio. Algo se removió en su interior, una llamada de atención desde el subconsciente, como si una cuerda de arco tensada al límite se rompiese dentro de él. *¡Tang!*. Un dedo intangible le presionaba en las entrañas diciéndole: *jeh, mira hacia allí!*

—¿A quién se refiere? —preguntó en un susurro ronco.

Gómez le miró sin verle. Se pasó la mano por el mentón sin afeitarse, en un gesto de cansancio.

—La prostituta que tu amigo Siang mató en esa casa —respondió, ensimismado en sus propios pensamientos— asesinó a dos hombres. Los despellejó vivos. El único vínculo que los unía es que los desgraciados estaban a punto de suicidarse. Luego, algunas mujeres que vivían con ellos desaparecieron. Tú te tropezaste con ellas en aquel sótano.

Entonces Rob creyó que comprendía algo. Una idea terrible y maravillosa se abría paso en su mente, como una pequeña fosforescencia ascendiendo desde un fondo abisal. *¡Tang! ¿Era posible? No podía ser de otra forma... ¡encontrar al suicida! ¡Eso era!*

La cabeza comenzó a arderle como si la sangre hubiese entrado en ebullición. Los efectos de los calmantes desaparecieron como por arte de magia. Un temblor espasmódico se apoderó de su cuerpo. Arrojó las sábanas al suelo con una patada. El brazo golpeó el mástil del gotero, haciéndolo caer.

—¿Qué te ocurre muchacho? —Gómez le agarró por los hombros—. ¡Doctor! —llamó.

—¡Siang! —gritó Rob en una convulsión— ¡Tengo que hablar con él! ¡Tengo que explicarle! —miró a Gómez, suplicante— ¡Por favor! ¡Tengo que hablar con él!

El médico evaluó durante unos instantes los movimientos incontrolados de Rob, y se lanzó hacia el gotero, en el que inyectó una nueva dosis de tranquilizante.

Rob notó de repente que su cuerpo dejaba de pertenecerle, mientras su mente se alejaba flotando en una neblina gris de sueño.

Caminaba orgulloso por los senderos terregosos del campo de concentración, en las afueras de Minsk. Por fin iba a presenciar personalmente cómo se llevaba a cabo la limpieza, el exterminio de los malditos judíos. Incluso se paraba e intercambiaba algunas palabras con algunos de los prisioneros que, aterrorizados, apenas acertaban a mascullar unos cuantos monosílabos.

Todo marchaba según lo previsto. Sin detener la marcha, sus acompañantes en la visita hacían preguntas irrelevantes a los oficiales que estaban a cargo del campo. Pero Rob no les escuchaba, se limitaba a embriagarse con la escena.

Se paró un instante, sin previo aviso, ante la sorpresa de los oficiales, que se detuvieron precipitadamente y guardaron silencio. Observó el panorama, girando muy despacio sobre sí mismo. El contorno de los barracones y las vallas alambradas del campo de concentración a un lado, el horizonte al otro y, bajo las nubes y el sol de la tarde, los lamentos ahogados, golpes de tos, algún disparo en la distancia. Como pequeñas figuras de juguete, cientos de judíos, rusos, disidentes, algunos de ellos sentados, o desparramados por el suelo, aterrados ante la presencia de Rob y su séquito.

Les buscaba la mirada, alguien que se atreviera a mirar al Reichsführer a los ojos. Pero todos los ojos de aquellas sabandijas estaban clavados en el suelo. Ya no les quedaba ni una pizca de dignidad o de orgullo. Aquellas criaturas eran cascarones sin vida. Habían hecho un excelente trabajo. *Ellos* estarían satisfechos.

No pudo evitar una sonrisa torcida.

Cuando estaba a punto de dar la orden de largarse de allí, una escena le llamó la atención. Un puñado de soldados alrededor de una zanja rectangular apuntaban sus pistolas y rifles hacia el interior.

—Vamos a ver eso —dijo, divertido.

—¿Está seg...? —Karl Wolff no llegó a terminar la frase, maldiciéndose a sí mismo por casi haber cuestionado al Reichsführer en público.

Rob se acercó hasta el borde mismo de la zanja y miró hacia abajo, donde yacían los cuerpos de varias docenas de judíos que acababan de ser ejecutados.

—¿Por qué siguen estos soldados apuntando a los cadáveres? —preguntó.

—Podría quedar alguien vivo —replicó Wolff—, si ven que algo se mueve...

Pero Rob no le escuchó. Por algún motivo, uno de los cuerpos del montón atrapó su mirada. Era una muchacha. Su piel desnuda y blanca destacaba entre el resto de cadáveres. Pero lo que le atrajo de aquel cuerpo en particular fue que uno de sus brazos era más delgado de lo normal, acabado en una mano demasiado pequeña, como reducida en relación al resto del cuerpo.

Se preguntaba dónde había visto antes a aquella muchacha judía cuando, de repente, la joven abrió los ojos y clavó en él una mirada intensa, suplicante. Rob sintió que el suelo se abría bajo sus pies y se lo tragaba.

Uno de los soldados disparó su rifle y el cráneo explotó en mil pedazos.

Tras un segundo de confusión, Rob se quitó las gafas muy despacio y vio que una sustancia gelatinosa cubría una de las lentes. Buscó un pañuelo en la chaqueta. Se encontró más pedazos de cerebro sobre las solapas, una sensación húmeda en una de sus mejillas...

Sintió que la cabeza la daba vueltas y le temblaban las piernas. Wolff se apresuró a sujetarlo con firmeza.

—Reichsführer, ¿se encuentra bien?

Rob no contestó, se giró sobre sí mismo y se alejó de la zanja intentando mantener la compostura.

Viktor tuvo la inquietante sensación de que el joven oriental, al otro lado de la pared de cristal, le miraba directamente a los ojos, como si pudiese verle a través del espejo que les separaba.

Sentado en una silla con pose relajada, Siang lucía una sonrisa orgullosa en los labios. Tenía una expresión cargada de insolente altivez. Su figura de porte ascético, erguida en la sala de interrogatorios, parecía fuera de lugar, como si él perteneciese a otro mundo, a una realidad superior totalmente ajena a la de los dos policías gordos y sudorosos que, echados prácticamente encima de él, trataban de intimidarle con sus preguntas. Siang apartó la mirada de Viktor y fingió prestar atención al inspector Gómez y al teniente Alcaraz.

—Escúchame bien, estás acusado de al menos un asesinato —gritaba Alcaraz en su oreja— y es probable que de unas cuantas cosas más después de que sepamos lo que pasó en aquella casa. ¿Entiendes eso? Pasarás una buena temporada en la cárcel. Pero te podemos ayudar si colaboras.

—Sí, claro —respondió Siang con tranquilidad—. Les contaré todo lo que quieran saber.

—Bien —resopló Gómez—. En primer lugar, ¿quién eres y qué hacías en esa casa?

—Me llamo Ouyang Siang, de la estirpe de Zhou, a cuyas estepas mi Karma ha permanecido vinculado durante siglos —dijo con voz perfectamente modulada, serena y arrogante—.

Respecto a la segunda pregunta, fui allí buscando a Yog-Sothoth.

—¿Yog-Sothoth? —repitió Gómez como si escuchase ese nombre por primera vez.

—Así es. La mujer a la que disparé era su encarnación.

Gómez soltó un bufido.

—¿Qué relación tenías tú con esa mujer?

—Somos enemigos. Ellos se han propuesto exterminar a los hermanos de la luz y someter al Mundo.

—¿Ellos? ¿Te refieres a los hombres que había en aquella casa?

—Me refiero a los Trece —dijo Siang con una sonrisa que a Gómez se le antojó burlona.

—Los Trece... —repitió el inspector—. ¿Qué relación tenía esa mujer con ellos?

—Le he explicado que ella era la encarnación de Yog-Sothoth. Era su líder.

—¿Así que esa mujer controlaba la organización?

—No todavía.

—¿Entonces, quién?

—Karla —respondió Siang con el mismo tono de voz con el que alguien mencionaría el nombre del presidente de América.

Detrás de la superficie acristalada, Viktor sintió un frío gélido en los huesos, seguido de un estremecimiento parecido al que se siente cuando por fin se empieza a entrar en calor. Sus ojos se cruzaron de nuevo con los de Siang a través del espejo, como si éste le lanzase una mirada cómplice.

—¿Karla? ¿Eso es todo? —dijo Alcaraz enrojándose—. Más detalles. ¿Cómo podemos encontrarla? ¿Dónde se esconde? ¿Cuáles son sus negocios?

—Para llegar hasta ella solo hay que seguir rastro del dolor —respondió Siang.

—¿El dolor? ¿Qué diablos quieres decir con eso?

—Ellos utilizan el dolor como un camino para alcanzar la iluminación. Todos los seres existen en estado de sufrimiento debido a los tres venenos del alma: deseo, miedo e ignorancia. Karla bebe de sus fuentes. Los hermanos, sin embargo, cultivamos las seis perfecciones: generosidad, moralidad, paciencia, esfuerzo, concentración meditativa y sabiduría.

—¡Mierda! —Gómez se puso en pie de un salto— ¡Basta ya de acertijos!

Agarró a Siang por las solapas, agitándole con fuerza. Siang no opuso resistencia. Su cuerpo parecía extrañamente flojo. El inspector Gómez tuvo la desagradable sensación de que agarraba un cuerpo muerto, sin alma. Le soltó bruscamente.

Siang se desplomó en el suelo.

—¡Pero qué diablos! ¡Ponte en pie, maldita sea!

Siang no se movió. Su cuerpo quedó tendido en una postura extraña, como un cadáver arrojado a una fosa. Una corriente de aire frío acarició la nuca de Gómez. Agarró el brazo de Siang, pero no podía sentir su pulso. Tenía los ojos vueltos del revés, en blanco.

—¡Que venga un médico, rápido! ¡A este hombre le ha pasado algo!

El encuentro con sus padres fue tan duro como lo había imaginado. Su madre no acudió a la cárcel. Le recogió su padre, serio y circunspecto. En su rostro, Rob podía ver con claridad la vergüenza que lo consumía por dentro. Apenas tuvo valor para mirarle a la cara. *¿Qué he hecho mal? ¿Por qué nunca has estado orgulloso de mí?*

Rob firmó varios documentos bajo la atenta mirada de los funcionarios de prisiones y, por fin, salieron del recinto penitenciario. Su padre se mantuvo en silencio durante todo el trayecto en coche. Rob, en el asiento de atrás, luchaba por esconder las lágrimas, la mirada clavada en la mancha borrosa del paisaje.

Llegaron al pueblo al atardecer, cuando el crepúsculo era una enorme mancha de sangre congelada en el cielo. Su madre le abrazó y lloró al verle, pero tampoco dijo nada, ninguno de sus habituales sermones, y ese silencio le causó más dolor que todas las duras palabras recriminatorias. Fue una vuelta al hogar extraña, plagada de silencios, de miradas que huyen, de reproches mudos. La casa donde había transcurrido su infancia y casi toda su adolescencia, un enorme caserón de dos plantas que su padre había comprado y restaurado treinta años atrás, estaba fría, de alguna forma desprovista de la acogedora calidez del hogar a la que estaba acostumbrado. Sin decir nada, Rob subió a su habitación en la planta de arriba. Ni siquiera contemplar las estanterías repletas de familiares libros le hizo perder la sensación de intruso, de no pertenecer ya a aquel lugar.

Todo su equipaje consistía en una pequeña bolsita con medicinas que le habían dado en la enfermería de la cárcel. Calmantes, antibióticos para la hinchazón del ojo, y un frasquito de pastillas para dormir. Se quedó contemplando las pastillas. Todo podía acabar en unos segundos. Abrió el frasco y vertió un par de píldoras en la palma de la mano. Las engulló de un trago. Dejó el bote sobre la mesita y se metió desnudo bajo las gruesas mantas, temblando.

Un silencio plomizo cayó sobre la casa. Fuera ya había oscurecido y la luz de las farolas se filtraba con un resplandor enfermizo a través de las cortinas. Escuchó sonidos ahogados provenientes de la planta inferior, pasos, un murmullo de conversación. Se preguntó de qué estarían hablando. De él sin duda. *¿Podían pensar unos padres en otra cosa que no fuera su hijo?* Con el alma encogida, imaginó cuánto debían sufrir ellos por su causa, y eso le provocó un contradictorio sentimiento de culpa. Si se mataba, ellos sufrirían. Si seguía viviendo, también. Y lo peor vendría cuando la maldita enfermedad avanzase y apareciesen los primeros síntomas. *¿Qué podía hacer?* La respuesta era evidente. Muerto, al menos acabaría el dolor para uno de los tres.

Buscó el frasco de pastillas sobre la mesita. Los somníferos comenzaban a hacer efecto, hundiéndole en un pozo negro de sueño. Un puñado más y no despertaría jamás. La idea le reconfortó. Estiró el brazo, pero lo que cogió fue un libro de Bukowski de la estantería cercana. Era una edición antigua y manoseada. En los momentos difíciles solía buscar consuelo entre sus páginas. *¿Qué consuelo podría ofrecerle ahora?* Ni siquiera el viejo poeta lo había pasado tan mal. Al menos él había vivido una juventud rebosante de energía. Abrió una página al azar y leyó:

*Los mejores a menudo mueren por  
su propia mano  
sólo para huir,  
y aquellos que quedan atrás  
nunca pueden entender  
porqué alguien  
querría  
huir  
de  
ellos*

El suicidio era la única salida. Era un consuelo saber que siempre contaba con esa vía de escape. Paradójicamente, esa idea le daba la tranquilidad para esperar un poco más. Dejar correr los segundos, inspirar, espirar, un latido tras otro, resistir un poco más la atracción del pozo negro en el que se ahogaba. Pensó en Leo. Pensó en María. Y entonces le asaltó de nuevo esa sensación en la boca del estómago, una extraña certeza que le sobrevino segundos antes de quedarse dormido. En alguna parte ella seguía viva. Y él era el único que podía ayudarla. Pero cuando esas ideas cobraron forma, ya eran parte de sus pesadillas.

Rob y su séquito de 25 oficiales llevaban casi media hora esperando. Comenzaba a impacientarse. Era una mañana calurosa y, a pesar de que la montaña de Montserrat se encontraba a elevada altura sobre el nivel del mar, una bruma pegajosa lo impregnaba todo; la montaña bañada por un océano de niebla que convertía el paisaje en un borroso contorno gris. Rob sudaba bajo el uniforme, cada vez más irritado. El general Karl Wolff emergió por fin de la abadía, seguido por un hombrecillo menudo, vestido con los hábitos de monje.

—El abad se niega a recibirle —anunció Wolff con expresión contrariada—. Aduce que habéis dado demasiadas pruebas manifiestas de vuestra actitud... opuesta al catolicismo... —su rostro se contrajo durante un segundo, como si estuviese a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo—. Sin embargo, el padre Ripoll nos guiará al interior —señaló al hombrecillo junto a él.

—Será un honor servirles de guía en su visita —dijo el solícito monje en un perfecto alemán.

—Además habla nuestro idioma —añadió Wolff despectivo.

Rob se encogió de hombros y le indicó con un gesto impaciente que entrasen cuanto antes. El padre Ripoll se encaminó al interior, seguido de Rob y Wolff. Caminaron por un corredor de paredes de piedra y techo abovedado, decorado con sencillos retratos al óleo de frailes y santos en actitud devota.

—En seguida llegaremos a la basílica —dijo el padre Ripoll visiblemente orgulloso, como si la existencia de aquella delicada construcción fuese exclusivamente mérito suyo.

—No me interesa la basílica —respondió Rob cortante. Se detuvo en seco.

—Perdone —advirtió Wolff—, pero a su Excelencia no le interesa el monasterio, sino la naturaleza. Nos gustaría acceder a las galerías subterráneas.

Ripoll alzó las cejas como si no comprendiese.

—Es nuestra intención visitar las cuevas sobre las que se asienta el monasterio —explicó Rob en un esfuerzo por que su voz sonase amable—. Queremos que nos conduzca hasta allí. Y esto debe quedar en absoluto secreto. No se debe saber jamás, de lo contrario...

Wolff se acercó a Ripoll y le susurró algo al oído. El padre agachó la cabeza con expresión compungida y meditó un instante. A continuación se dirigió hacia el fondo del corredor. Desde allí nacían unas escaleras de piedra que descendían hasta perderse en las sombras. Presionó un interruptor. Una hilera de bombillas se encendió en el techo. Bajaron en silencio hasta llegar a una nueva galería excavada en la roca que, a su vez, desembocaba en una amplia cámara subterránea. Olía a tierra mojada, las paredes rezumaban humedad. Desde algún lugar les llegaba el sonido del agua goteando sobre la piedra.

—A partir de aquí —explicó el padre Ripoll señalando a las distintas aberturas en la roca— se abre una red de túneles plagada de innumerables cuevas y simas. En ellas se refugiaron los últimos cátaros huyendo de la cruzada emprendida por el papa...

—Conozco la historia de la herejía albigense... —le interrumpió Rob— con la que nosotros tenemos tantos puntos en común —sonrió agriamente.

El padre Ripoll le miró sin comprender, retorciéndose las manos, nervioso.

—Gracias padre —dijo Wolff—. Ahora nos gustaría quedarnos a solas.

—¿Solos? —exclamó Ripoll abriendo los ojos desmesuradamente— Pero... los túneles pueden ser peligrosos, muchos permanecen aún sin explorar.

—No se preocupe por nosotros —insistió Wolff— A su Excelencia le gustaría recorrer algunos tramos en privado. Y nunca olvide lo que le he dicho.

Ripoll titubeó durante unos instantes, pero cedió finalmente y se alejó hasta que su diminuta silueta se perdió en el largo túnel por el que habían venido. Entonces Wolff se arrodilló para poder abrir el maletín de cuero negro que portaba en todo momento encadenado a su muñeca. Sacó un plano que desplegó ante ellos.

—¿Crees que éste puede ser el lugar? —preguntó.

—Que el diablo me lleve si lo sé —respondió Rob agachándose sobre el mapa—. Pero rastrearemos hasta el último centímetro de este agujero para asegurarnos.

Se despertó cerca del mediodía. Se dio cuenta de que era la primera vez desde hacía muchos días que dormía profundamente. Se puso en pie sintiendo el cuerpo ligero y ágil. Corrió las cortinas y se tapó los ojos deslumbrados. La luz blanca del sol se aferraba con furia a la superficie de las cosas. A pesar del intenso frío, el día tenía un aspecto sólido y acogedor.

Sus padres le esperaban en el comedor. Su madre llevaba platos a la mesa cuando él entró.

—¡Rob! —exclamó al verle— ¡Estás pálido! ¿Te encuentras bien?

Dejó caer los platos con estrépito y corrió hacia él, tomándole la cara con las manos. Su padre se levantó y le observó con preocupación.

—¡Dios mío, Rob! —dijo su madre— mañana te llevaremos al hospital.

—No, estoy bien —dijo Rob.

—Iremos a ver al doctor —dijo su padre tajante—. Probablemente tengas que empezar un tratamiento.

Rob se sentó en la mesa sin protestar. Engulló la sopa caliente. Cuando acabó, se sirvió un nuevo plato. Desde la dura travesía por el bosque disfrutaba de cada comida como si

te sea la última. *Puede que lo sea, se dijo a sí mismo.*

Su padre encendió la televisión, tal vez para disipar el incómodo silencio instalado entre ellos. Sin prestar atención, Rob miró la pantalla mientras comía. Una mujer joven y guapa —cuyo rostro parecía milagrosamente sano y ajeno a cualquier contrariedad—, relataba animadamente la ración de desgracias ocurridas en el día.

Rob pensó que no había hecho nada de lo que sentirse avergonzado, pero aún así la vergüenza le quemaba por dentro, como un niño que sabe que ha cometido un acto terrible a punto de ser descubierto. *No es lo que he hecho*, comprendió de pronto, *sino lo que voy a hacer. ¿Cómo se sentirán cuando por la mañana no despierte? ¿Cuándo encuentren mi cuerpo inerte en la cama?* Rob miró de reojo a su madre. La idea de quitarse la vida le pareció demasiado cruel. *No puedo hacerles eso. ¿Pero, qué salida tengo entonces?*

—...continúa el pulso entre Irán y la Unión Europea. A estas alturas parecen frustradas las negociaciones para evitar que Irán desarrolle armamento nuclear. Irán ha decidido este lunes volver a activar su programa nuclear, poniendo en funcionamiento la planta nuclear de Isfahan...

Las voz suave de la presentadora del telediario interfirió en el curso de sus pensamientos, desplazando las lúgubres imágenes que le asaltaban. Escuchó atentamente la noticia hasta el final.

—...el gobierno de Teherán asegura que su actividad nuclear tiene fines exclusivamente civiles, mientras que la UE y los Estados Unidos temen que su destino sea la creación de armamento nuclear. Por su parte, Rusia ha pedido a la comunidad internacional que no se tomen medidas sancionadoras contra Irán por la reactivación de su programa nuclear. El Jefe de Asuntos Exteriores ruso considera que "Irán no ha violado ninguna de sus obligaciones internacionales sobre no proliferación de armas nucleares" ya que Irán tiene "derecho a desarrollar energía nuclear con fines pacíficos, incluido la fabricación de combustible nuclear". El representante ruso ha añadido que imponer sanciones a Irán no sería conveniente ya que podría conducir a una situación de relaciones como la que actualmente existe entre EEUU y Corea del Norte, y confía en que no se lleve el asunto al Consejo de Seguridad de la ONU.

Luego pasaron a los deportes y Rob dejó de prestar atención. Apartó el plato a un lado. De pronto había perdido el apetito. Algo estaba sucediendo. El mundo se movía. Cambios estratégicos que afectaban a países enteros se reflejaban en un breve apunte en el telediario. Su padre masticaba mientras escuchaba atentamente, sin oír. La mayoría apenas le prestaría atención. Era algo que ocurría en otro lugar, en otro mundo. Pero ahora podía ver con claridad, podía completar el lienzo a partir de unos cuantos trazos sueltos. Tenía los ojos bien abiertos.

Se estaba preparando una nueva guerra. Tal vez no sería hoy ni mañana, pero la guerra llegaría. Y entonces millones morirían, el mundo cambiaría una vez más, como había sucedido hacía sesenta años. Miró a sus padres mientras comían en silencio. En la sencilla calidez de cada hogar era difícil imaginar que alguien pudiera ambicionar el poder para dominar el mundo. Era difícil creer que alguien pudiera torturar a inocentes. Pero él lo había visto. Había un mundo oscuro y terrible ahí fuera, y ahora no podía darle la espalda.

—¡Yo puedo evitarlo! —dijo en voz alta—. ¡Yo tengo el poder!

Sus padres le miraron alarmados. Rob se levantó de la mesa, tambaleándose. La comida se revolvía en su estómago.

—Lo siento —se disculpó—, estoy bien, de verdad. Me iré a acostar un rato.

Subió las escaleras y se metió en la cama. La habitación daba vueltas a su alrededor. El frasquito de pastillas para dormir desfiló ante sus ojos, como si flotase en el aire. Alargó la mano y lo tomó al vuelo para llevárselo a la boca. Tragó un puñado de pastillas y arrojó el resto al suelo. Había un libro de Bukowski sobre la mesita, aunque no recordaba haberlo dejado allí. Aquel libro era un regalo de Ainara. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? Su sonrisa fresca y el brillo de sus ojos inteligentes acudieron vívidos a su mente. Pero también recordó a Fran, y una rabia infinita le hizo levantarse de un salto. *¡Al diablo! ¡Iros todos al diablo!* gritó en voz alta. *¡Os arrasarán las bombas! ¡Suplicaréis bajo el cuchillo del verdugo! ¡La noche caerá sobre vosotros y nadie podrá evitarlo! ¡Solo yo! ¡Solo yo!*

Comenzó a reír histéricamente mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Se desplomó sobre el colchón, el cuerpo pesado bajo el efecto de los somníferos. *¡María! Sólo tú puedes comprenderme. ¿Dónde estás mi dulce María?* Se acurrucó haciéndose un ovillo bajo las mantas.

...sé que aún vives...

Entonces la idea acudió a su mente. *¡Tang!* De nuevo la sensación de que algo se rompía en su interior. Pero la idea escapaba, se alejaba cuando intentaba aprehenderla para explorar sus bordes y aristas, sus implicaciones. La cabeza le pesaba demasiado. Luchó por vencer el sueño, pero la química era demasiado poderosa. Con un terrible esfuerzo buscó un papel y un lápiz en la mesita y anotó la idea, solo unos trazos, unas palabras sueltas, pero suficiente para recordarlo a la mañana siguiente. Ahora sabía que merecía la pena despertar de nuevo. Rezó por que el exceso de pastillas no le matase, y con esa idea se quedó profundamente dormido.

Con el fin de humedecer la garganta reseca, Rob hizo una pausa en su discurso para beber un trago de agua. Se ajustó las gafas. Miró con orgullo a su público. El auditorio de la escuela de oficiales de las SS estaba repleto. Centenares de hombres de pulcro uniforme, como maniqués recién fabricados. Todos le escuchaban atentamente, casi sin pestañear, un millar de rostros que relumbraban con devoción y respeto.

—Unidos por el inquebrantable juramento de honor y fidelidad —dijo con voz pausada pero firme—, somos más que un ejército. Somos una comunidad que recupera el contacto con las fuerzas originarias de la estirpe y con la gran civilización nórdica primordial. Hombres de las SS, vuestro honor es la fidelidad. A quien prometa y luego no cumpla no le quedará otra vía que la pistola. Si rechaza prometer será expulsado. Quien presta juramento sobre la cruz gamada debe renegar y odiar todas las otras cruces. Vivimos en comunidad con la muerte, y hemos de aprender a valernos de ella de la mejor manera posible. Por el bien de la raza alemana y de su expansión, es preciso aspirar a una Europa vacía, lo cual significa el aniquilamiento de todas las otras naciones. Un pueblo cuyas familias tienen una media de cuatro hijos por familia puede permitirse una guerra cada veinte años. Dos hijos caen en el campo del honor y los otros dos perpetúan la raza.

Hubo gestos de asentimiento entre la multitud. Rob se aclaró la garganta, bebió agua.

—¡La mejor arma política es el terror! —profririó. El tono de voz iba en aumento, ganando paulatinamente emoción e intensidad—. Todo lo que atañe a la crueldad impone respeto. Que se nos quiera tiene poca importancia con tal de que se nos respete. Incluso que se nos odie. Tanto mejor, con tal de que se nos tenga miedo. Quiero una juventud alemana violenta, esforzada y cruel. Los métodos de educación intelectual no me interesan. El saber pudre a la juventud, en tanto que si se la somete a pruebas durísimas, aprende a vencer el miedo y la muerte. Preconizo los métodos pedagógicos duros. ¡Toda debilidad ha de ser eliminada implacablemente! En nuestras escuelas crece una juventud que aterrorizará al mundo. Dondequiera que luchemos, cada uno deberá saber que matar a un hombre no tiene más importancia que matar a una pulga. ¡Es el camino seguro hacia el poder total! —gritó enardecido. La multitud le respondió con un murmullo de aprobación— ¡Juramos no escatimar nunca la sangre! ¡Sea la nuestra o la de los extranjeros, si la nación lo reclama!

Todos estallaron entonces en un aplauso entusiasta. Apoyado en el estrado, Rob recogió satisfecho los vítores.

Cuando despertó, el primer pensamiento que cruzó por su mente fue preguntarse por qué no estaba muerto. El dolor de cabeza era espantoso, como si, mientras dormía, le hubiesen atravesado el cerebro con un centenar de finas agujas. Entonces recordó la revelación que había tenido justo antes de caer dormido. Se levantó de un salto. ¡Había visto algo! ¿Qué era? No lo recordaba, pero había anotado la idea antes de que el sueño le venciese. El papel sobre la mesita de noche. ¿Dónde estaba? Se tiró al suelo, buscó bajo la cama. ¡Allí estaba! Pero en el pedazo de papel solo había dos palabras, escritas con letra temblorosa:

vive suicida

¿Eso era todo? ¿Un mensaje pidiéndole que no se quitase la vida? Estaba tan seguro de haber visto algo... ¿O solo se había tratado de una idea dentro de un sueño? Uno de esos pensamientos inspirados entre la vigilia y el sueño que parecen tener todo el sentido, pero que a la luz del día resultan totalmente estúpidos. Y sin embargo, sea lo que fuere, le había llenado de esperanza hasta el punto de hacerle olvidar la idea del suicidio. *¡Definitivamente, me estoy volviendo loco!*

La luz vaporosa del amanecer se filtraba a través de las cortinas. Escuchó ruidos abajo. Era lunes. Sus padres desayunaban antes de irse a su trabajo en la escuela. Ambos ejercían como profesores en un instituto cercano. Pasarían fuera toda la mañana. El mundo seguía su curso, con o sin él.

Se levantó y se metió en la ducha. Se apoyó en la pared de azulejo mientras el agua helada corría por su espalda. Temblaba de frío, pero el dolor de cabeza remitía mientras los músculos del cuerpo se tensaban. El agua fría le hacía sentirse cada vez mejor. Más despierto. Algo bullía en su interior. Un ansia de venganza. Le sorprendió que la idea de vengarse ya no le pareciera absurda. Algo había cambiado. Una extraña sensación de poder crecía dentro de él. Una idea fue cobrando forma en su mente, vaga, difusa, casi en el límite del subconsciente. La idea de que conocía un poderoso secreto, que tenía en sus manos la clave para que todos le temieran. En sueños había saboreado el poder, y su dulce regusto no le abandonaba aún despierto. Pero había algo más. Ese no era el motivo por el que no había querido morir. Había comprendido algo. Había visto el dibujo de una trama, una retorcida jugada de ajedrez destinada a engañar a otra persona. Él solo había sido un peón. La estrategia iba destinada a burlar a Siang, a confundir a su Maestro. Había escrito *suicida*, porque un suicida era la clave. Había escrito *vive*, pero no era un imperativo, sino un adjetivo. *¡Eso es! ¡Viva! ¡Está viva!*

¡Por fin lo comprendí! ¡Cómo no lo había visto antes! ¡María estaba viva! Estaba seguro. No tenía la menor duda. Pero eso solo podía significar una cosa. *¡Oh dios! Si, no podía ser de otra forma.*

Salió de la ducha y se vistió a toda velocidad. No había tiempo que perder. Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla cuanto antes. Cada minuto podía ser demasiado tarde. *¡Oh estúpido!* No la iban a torturar, pero le esperaba algo mucho peor. Sin pensarlo, corrió hasta el teléfono, pero se detuvo en seco. ¡Siang! Tenía que hablar con él. Era el único que podría creerle. Pero no tenía ninguna forma de contactar. O tal vez sí. Marcó un número.

—¿Policía? Oiga, necesito hablar urgentemente con el inspector Gómez —dijo esforzándose por hablar sin atropellarse— No, no... no. Yo soy... soy un confidente, ¡un confidente, eso es! ¡Necesito hablar con él! ¡Solo con él! ¿Me entiende? ¡Es algo importante, maldita sea!



**Ese mecanismo devastador**

El inspector Gómez soltó una maldición y salió de la sala del juez. Un sombrío Viktor le esperaba en el pasillo del juzgado, sentado en un banco. Un grupo de abogados con toga charlaban con aire despreocupado a su lado. De vez en cuando, la risotada de alguno de ellos sobresalía entre el murmullo de la conversación. Faltaba una hora para el amanecer. Una limpiadora vestida con un mono azul recorría el pasillo arriba y abajo, empujando con aire cansado un enorme cepillo que acumulaba una gruesa capa de suciedad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Viktor.

Gómez aplastó sobre la frente un mechón de pelo grasiento.

—Han cancelado la investigación. ¿Se lo puede creer?

Viktor asintió, como si la noticia no le sorprendiera.

—Quieren que nos olvidemos del maldito asunto —dijo Gómez con los dientes apretados—. El juez considera probado que la mujer que encontramos en aquella casa es nuestra asesina. ¡Caso cerrado! No lo entiendo. Es como si nos hubieran dejado llegar hasta un punto y, luego, ¡zás, se acabó!

Salieron a la calle. Nubarrones oscuros y deshinchados como brochazos de un artista desquiciado ocultaban la luna. Gómez encendió un cigarrillo con gesto nervioso.

—Hemos tenido que soltar al único testigo por falta de pruebas —dijo—. La mansión ardió hasta los cimientos. Alguien se ocupó de que allí no quedase demasiado sobre lo que investigar. Lo peor de todo es que el maldito chino ha escapado delante de nuestras narices.

—¿Ha escapado? —preguntó Viktor. Su voz sonó como si le hubiese caído un rayo.

—Algún burócrata imbécil decidió trasladarlo a un hospital fuera de la cárcel. Los médicos certificaron que estaba en estado vegetativo, las funciones vitales casi suspendidas. A un paso de la muerte. Así que relajaron la vigilancia. Horas después despertó como si nada y desapareció.

Viktor tuvo la impresión de que su garganta se estrechaba. No podía respirar. Estaba seguro de que Siang era la clave para llegar hasta Karla. Después de veinte años, sentía que se estaba acercando a ella más que nunca. Pero si el oriental había desaparecido sus esperanzas también se esfumaban.

—Hay que encontrarle como sea —dijo.

—No lo entiendo. Oficialmente yo no puedo hacer nada más. Mis hombres tienen que ocuparse de otros asuntos. La investigación está cerrada.

Un soplo de aire húmedo le apagó el cigarrillo. Empezó a llover. Un trueno distante retumbó elevándose sobre los tejados en sombras. Viktor apretó los puños con fuerza, como si tratara de agarrarse a una pasarela invisible para no caerse. Iba a decir algo, pero le interrumpió el zumbido que salió del bolsillo de Gómez. El inspector se resguardó de la lluvia bajo la arcada de un portal y sacó el teléfono móvil.

—Gómez —le dijo de mala gana al aparato, sin esforzarse por alzar la voz sobre la tormenta.

—Alguien quiere hablar contigo —dijo una voz desde la comisaría—. Dice que es un confidente tuyo, un tal Roberto Font. ¿Le conoces?

—Pásamelo —hubo un chasquido sordo y luego una voz atropellada al otro lado.

—¿Oiga? ¿Es usted el inspector Gómez? ¡Soy Rob! ¿Me recuerda verdad? Hablamos en el hospital... Yo... yo necesito... he averiguado algo y necesito... ¡Siang! ¡Tengo que hablar con Siang!

—Tranquilo muchacho. Despacio —Gómez intercambió una mirada con Viktor. Conectó el altavoz del teléfono para que también pudiese escuchar la conversación—. ¿Qué has averiguado y por qué quieres hablar con el condenado chino?

—Yo..., es complicado... ¡nos han engañado! ¡quiero decir! Engañaron a Siang, a todos...

—Por partes. ¿De qué engaño hablas?

—¡Ella está viva! ¡María! ¡La hermana de Leo! ¡Dios! ¡Leo! ¡Leo está muerto! —hubo un silencio que duró varios segundos, durante los cuales Gómez creyó que se había cortado la conexión— Pero creo que ella sigue viva... y creo que yo puedo encontrarla...

—¿A qué demonios te refieres?

—¡Es largo! ¡Es muy largo! Tiene que ver con suicidas y la prostituta, y... y... ¡tengo que hablar con Siang! ¡Necesito verte!

—Siang ha desaparecido, muchacho.

—No es posible... ¡Tengo que encontrarle! ¡Solo él me creería! ¡Solo él!

—Habla. Yo puedo ayudarte.

—No... no... Yo... yo no...

La llamada se cortó.

—Creo que ese chico está mal de la cabeza.

—Pero sabe algo que nosotros ignoramos —dijo Viktor—. Iré a hablar con él.

—Usted es libre de hacer lo que quiera. Tal vez tenga razón. No puedo sacudirme la impresión de que hay algo oscuro detrás de todo esto, algo grande, tan grande que nos supera a usted y a mí —encendió un nuevo cigarrillo con gesto cansado—. Supongo que es solo la vida, ¿no cree? Pero le rogaría que me mantenga informado si averigua algo más.

—Le agradezco su ayuda. Estaremos en contacto —dijo Viktor a modo de despedida.

Un trueno retumbó sobre sus cabezas, espoleando con su rugido a la lluvia que caía con fuerza. Ríos de agua sucia dibujaban cuencas fluviales en miniatura entre los desniveles del suelo adoquinado. Bajo los balcones de los antiguos edificios, feroces gárgolas vomitaban agua a chorros sobre la acera. Tal vez fue la forma en que el coche se aproximó hacia ellos, deslizándose suavemente sobre el adoquinado, a cámara lenta. Tal vez fue un instinto de supervivencia arraigado en sus genes, el mismo que le había permitido sobrevivir a mil peligros hasta entonces. Mientras la ventanilla del coche se abría, Viktor se tiró al suelo, rodando sobre sí mismo hasta parapetarse tras uno de los grandes contenedores metálicos repletos de basura. La ráfaga de balas rasgó la cortina de lluvia, punteando en plomo la estela que su cuerpo había trazado décimas de segundo antes. El coche aceleró bruscamente con un chirriar de neumáticos y desapareció calle abajo.

Viktor, pistola en mano, ni siquiera tuvo tiempo de replicar al ataque. Corrió hacia Gómez. Tumbado en el suelo, el inspector tenía la vista clavada en algún lugar detrás de la eternidad. Un orificio en su cuello sangraba a borbotones. Viktor le cerró los ojos y se puso en pie. Luego, como si recordase algo, rebuscó entre el abrigo de Gómez y tomó su agenda. Protegiendo las hojas del agua con una mano, pasó las páginas hasta encontrar lo que buscaba.

De pronto experimentó una apremiante sensación de urgencia. Había un tren en marcha y él estaba a punto de perderlo. Le sacudió una misteriosa inquietud. Presentía fuerzas extrañas en movimiento, fuerzas que le sobrepasaban, tal vez ese mecanismo devastador llamado Historia. ¿Cuáles eran las posibilidades de un hombre solo atrapado en la trampa de la Historia? ¿Qué podía hacer un solo hombre cuando un mundo entero se estaba desangrando? Durante siglos millones habían muerto sin poder cambiar nada. ¿Pero acaso la Historia misma no era sino la suma de pequeñas historias individuales, la contribución en mayor o menor medida de incontables biografías? A veces, se dijo, un solo hombre puede marcar la diferencia. A veces.

Sus ojos grises brillaron con determinación. Alzó el cuello de la chaqueta para protegerse de la lluvia y comenzó a caminar. Su alta figura recortada bajo la lluvia se perdió entre las oscuras callejuelas del centro.

Rob colgó. Era inútil. ¿A quién iba a engañar? No podría convencer a nadie en su sano juicio de las ideas que le rondaban por la cabeza. Pero estaba convencido de que eran ciertas. No hace mucho él también se hubiera tomado por loco, pero ahora... ahora recordaba cosas, veía cosas... La realidad ya no era algo nítido. Todo a su alrededor se había convertido en una amalgama confusa de deseos y miedos. ¿Dónde estaba la verdad? ¿Qué era cierto y qué no? Las preguntas flotaban en su cabeza en un torbellino histórico.

*Tranquilízate, piensa, piensa...*

Escuchó un sonido a sus espaldas, un chasquido sordo. Se giró bruscamente. Dos altas siluetas se cernían sobre él. El corazón le dio un vuelco. Una de las figuras alzó un brazo. El golpe, rápido y brutal, como si se hubiera estrellado de cabeza contra un muro, cortó en seco la cadena de pensamientos y le lanzó a una oscuridad profunda donde sombras de pesadilla campaban a sus anchas.

Se inclinó sobre el mapa extendido en su escritorio. Junto a él, el Oberführer Hoffmann, un hombre de su máxima confianza, señalaba un punto en el mapa. Era medianoche. Solo la oscilante luz de una pequeña lámpara de gas en la mesa iluminaba los rostros de los dos hombres. En el castillo de Wewelsburg reinaba un silencio sobrecogedor. Habían transcurrido solo dos semanas desde la muerte de Hitler, y el imperio del Tercer Reich se deshacía como una casita de papel bajo la lluvia. Pero eso no le importaba lo más mínimo.

Hoffmann relataba en todos sus pormenores cómo, seis días atrás, un destacamento de elite de las SS compuesto únicamente por oficiales había interceptado la ruta Innsbruck-Salzburg para permitir que él y su convoy, también formado por oficiales, pudieran abrirse camino en medio del avance aliado. El convoy desembocó en la encrucijada del Isar y su valle siete días más tarde, la misma noche en que Berlín se rendía a los aliados. Habiendo recogido a su paso refuerzos suficientes para su protección, la columna prosiguió su ruta en dirección a la alta montaña. Cuando llegaron al pie del macizo de Zillertal, el grupo dejó el cargamento y se disgregó, quedando únicamente un pequeño grupo de oficiales de confianza escogido personalmente por Himmler. Tras una corta ceremonia a la luz de las antorchas, recogieron un pesado cofre de plomo. Después, tomaron el sendero que conducía al glaciar de Shleigeiss, situado al pie del Hochfeiler, una montaña de 3000 metros de altitud.

—En la vertical de esta cornisa —explicó Hoffmann— se abre una gruta.

Rob estudió las fotografías. Mostraban una sima escarpada, un corte vertical en el hielo a casi dos mil metros de altitud.

—Construimos un refugio aquí —Hoffmann señaló un punto del mapa—. Permanecerá oculto bajo la nieve la mayor parte del año. Gracias a él, la ascensión podrá ser realizada con equipo ligero, a lo sumo por un par de hombres.

Rob asintió. Miró las fotografías extendidas sobre la mesa, memorizando hasta el último detalle. La ruta trazada en el mapa, las aristas y los picos de las montañas, cada saliente y recodo del escarpado sendero.

Todo, absolutamente todo debía quedar grabado en su mente. Para siempre.

Cuando abrió los ojos la realidad seguía más o menos como la había dejado por última vez. Lo cual no era decir demasiado. Estaba recostado en el sofá, y alguien había bajado las persianas sumiendo el salón en una silenciosa penumbra. ¡Alguien! Se levantó de un salto. Una punzada de dolor le aguijoneó en la base del cráneo. La habitación dio un par de vueltas a su alrededor y, cuando por fin pudo enfocar la mirada, lo vio, sentado en el viejo butacón de su padre, observándole.

—¡Tú! —gritó con una mezcla de alivio y pánico.

La silueta de Siang estaba envuelta en sombras, pero su rostro emanaba una luz propia que lo hacía inconfundible.

—¡Mis padres! —jadeó Rob— ¡Dios mío! ¡Había dos hombres! ¿Qué ha pasado? —mareado, se dejó caer en el sofá, palpándose la sien. La cabeza le ardía. El miedo ácido le quemaba la boca del estómago.

—Tus padres están bien —dijo Siang, tranquilizador—. Siguen en su trabajo, ajenos a lo que aquí ha ocurrido. Uno de los míos les vigila. En cuanto a los dos hombres que te siguieron, ya me he deshecho de ellos —sonrió como un gato que acaba de atrapar un polluelo.

A la mente de Rob acudió la imagen fugaz de dos cadáveres enterrados en el jardín trasero. Reprimió un escalofrío.

—¡No, no! —gimió— Mis padres no... ¡Tengo que salir de aquí! ¡Tenemos que irnos!

—Estoy de acuerdo —asintió Siang—. Veo que hice bien en vigilarte. La premonición del Maestro fue acertada. Aún corres peligro. Ellos quieren eliminarte.

—¡Eliminarme! ¡Dios mío! ¿Qué soy, una cucaracha? ¿Y si mis padres hubiesen estado aquí? ¡No podemos irnos y dejarles aquí sin más! —pero entonces comprendió que no intentarían hacer nada contra ellos. Sólo le querían a él.

—Desconozco por qué siguen interesados en ti —admitió Siang—. Con Yog-Sothoth fuera de juego temporalmente, tu papel deja de ser relevante.

—¿Fuera de juego? ¡Te han engañado! —gritó Rob— ¡Han jugado contigo! Te han tendido una trampa y has picado como un estúpido —Rob soltó una carcajada histérica—.

¡María! ¡Ella está viva! ¿Entiendes? ¡Ella sigue viva!

Rob miró a Siang, sereno, inmutable, y tuvo ganas de agitarle por los hombros.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Siang. No había emoción en su voz, ni siquiera curiosidad, lo cual irritó aún más a Rob.

—El Maestro —dijo— acertó al predecir que Yog-Sothoth tenía un vínculo conmigo. Pero él no conocía su verdadera identidad, ¿no es cierto?

Siang negó con un imperceptible movimiento de cabeza.

—El Maestro no fue el único que vio ese vínculo —dijo Rob—. Los Trece, ellos también supieron que encontrándome a mí llegarían hasta Yog-Sothoth. Así que mientras me buscaban, os pusieron un señuelo, os lanzaron una presa falsa... ¡y vosotros mordisteis el anzuelo!

Rob observó atentamente la cara de Siang, pero no notó ningún cambio en el rostro inmóvil, que parecía una máscara de cera.

—Verás —trató de explicar sin que sus palabras se atropellasen. Le exasperaba la calma que exhibía Siang—. Creo que, a diferencia de tu Maestro, ellos ni siquiera sabían quién era yo. Suocidieron adivinar que se trataba de alguien que vivía en esta ciudad y que estaba desesperado, a punto de quitarse la vida. Así que enviaron a esa mujer para buscar en un suicidio. Una vez que yo aparecí, encontrar a Yog-Sothoth solo era cuestión de buscarte desde los que me rodeaban —y *no había demasiado donde buscar*, pensó con amargura—. La mujer que mataste, Vera, apuesto a que era uno de ellos, uno de los Trece. Probablemente fingía. O tal vez fue hipnotizada, le limpiaron la mente, idiotizada, yo que sé. De alguna forma grabaron en su mente una sola idea: encontrar a un suicida... ¿comprendes?

Con los nervios de punta, Rob daba vueltas alrededor de la mesa de comedor mientras hablaba, dos pasos arriba, dos pasos abajo. Siang le observaba impasible.

—¡La jugada les salió redonda! Daban conmigo y a la vez te engañaban a ti. Piénsalo. Tú me seguías a mí. Cuando secuestraron a la mujer, no dudaste de que se trataba de ella. ¡Yo estaba allí! ¡Esa era la prueba! ¿No lo entiendes? Todo ocurrió delante de nuestras narices, demasiado real para que sospecharais que era una trampa, un truco, ¡puro teatro!

Rob contuvo el aliento. Los pensamientos cobraban forma con claridad en su mente. Todas las piezas parecían encajar en su sitio a la perfección. *¿O es que me habré vuelto completamente loco?* Le pareció detectar una imperceptible arruga en la frente de Siang. Sintió un amargo placer en romper en pedazos la suficiencia de aquel hombre.

—Así que mientras nosotros escapábamos de aquel castillo —continuó—, y tú te convencías de que la prostituta era la nueva encarnación de Yog-Sothoth, ellos fueron a por María sin ninguna interferencia. Incluso parecía tener cierto sentido dentro de su lógica macabra.

—¿María? —inquirió Siang— ¿Piensas que ella es Yog-Sothoth?

—¿Por qué si no se iban a tomar la molestia de secuestrarla? Ahora, mientras creéis haber ganado tiempo matando a esa pobre mujer, ellos tienen lo que buscaban, y tiempo suficiente para despartarla —la idea le hizo estremecer. Rob no podía conciliar en su mente los rasgos suaves y tiernos de María con alguien despiadado capaz de las atrocidades que había visto en aquel sótano. ¿Pero acaso él mismo no había sido capaz de cometer los crímenes más inhumanos?

—Lo que dices es interesante —dijo Siang. Rob no notó ningún rastro de inquietud en su voz—. Sin embargo, el Maestro predijo que tú me ayudarías a impedir que Yog-Sothoth tomase entidad en esta vida. Y así ha sido.

—¡No! ¡Lo que el maestro vio fue que yo te ayudaba a encontrar a la persona que él creía que era Yog-Sothoth! —gritó Rob con impaciencia—. ¡Piénsalo! ¿Cómo llegó esa mujer al club? ¿De dónde salió? Alguien tuvo que llevarla allí.

—No lo entiendes. Las visiones del Maestro no pueden confundirse. Nuestras identidades verdaderas no se pueden camuflar bajo máscaras de sombras. Lo que él vio es cierto, y sin embargo...

—¡Maldita sea! ¡Claro que tengo razón! ¡Estoy seguro!

¿Estaba realmente convencido? ¿Y si todas aquellas ideas no eran sino un fruto más del delirio? Su mente negándose a aceptar la realidad. Sentía que se encontraba en un delicado equilibrio sobre el abismo que separa locura y cordura. Pero ya no podía dar marcha atrás. Tenía que seguir adelante, aunque no estaba seguro de en cuál de los dos lados había caído.

—Puede que lo que tu Maestro vio —dijo Rob— tal vez aún deba suceder.

Siang cerró los ojos, el ceño fruncido, y esta vez Rob estuvo seguro de que realizaba un esfuerzo para mantener la calma.

—Puede que tengas razón —dijo finalmente—. De cualquier forma, el Maestro me rogó que siguiera contigo hasta el final. Y eso haré.

Rob iba a decir algo cuando sonó el timbre de la puerta. El corazón casi se le salió por la boca. Siang se levantó de un salto, como un gato azulado por un hierro candente. Sacó una pistola. Rob se tranquilizó en seguida, pensando que los sicarios de los Trece no llamarían a la puerta. *¡Mis padres!* El reloj de péndulo que presidía el comedor marcaba casi las dos. Podían llegar en cualquier momento.

Siang le indicó con un gesto que fuese hasta la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Rob, con un esfuerzo para sacar la voz del cuerpo.

La pregunta se congeló en su garganta al abrir y encontrarse con un tórax enorme. Tuvo que forzar el cuello para mirar la cara a la que pertenecía aquel torso. Reconoció a uno de los dos policías que le habían interrogado en el hospital.

—¿Qué... qué quiere usted? —balbuceó. Oculto tras la puerta, Siang tenía la pistola preparada.

—Tranquilo. Solo quiero hablar contigo —dijo Viktor mostrando las palmas de las manos en un gesto que pretendía ser tranquilizador.

Siang apareció entonces a su espalda, en silencio. Viktor le miró, con sorpresa primero, luego dirigió una mirada indiferente a la pistola en su mano, como si se tratase de cualquier utensilio inofensivo.

—Tengo una cuenta pendiente con una mujer llamada Karla —dijo Viktor sin rodeos—. Sé que vosotros podéis ayudarme a llegar hasta ella.

Rob y Siang intercambiaron una mirada.

—¿Quién eres, y por qué tenemos que confiar en ti? —preguntó Siang.

—Me llamo Viktor Andropov, si ese nombre todavía significa algo. Estoy solo. Es todo lo que necesitáis saber de mí. Si sois enemigos de Karla, yo puedo ayudaros.

—No necesitamos tu ayuda —dijo fríamente Siang.

—¡Eh, un momento! —replicó Rob—. ¿Estás loco? ¡Claro que necesitamos ayuda!

—No podemos confiar en la policía.

—No soy policía, si eso te preocupa.

—¿Entonces, qué eres?

—Alguien que quiere llegar hasta el final.

Rob miró a Viktor. Sus ojos grises estaban vacíos, inexpresivos, pero detrás de ellos pudo adivinar que latía una honda desesperación. Por un instante percibió una extraña conexión entre los dos, como si los sentimientos de ambos brotasen de un lugar común.

—Nos vendrá bien cualquier ayuda —dijo encarándose con Siang—. Los dos solos no podremos hacer lo que tengo en mente —le interrumpieron las campanadas, prolongadas y vibrantes, del reloj de péndulo— ¡Mis padres están a punto de llegar! ¡Tenemos que irnos de aquí!

Siang dirigió una mirada cargada de desconfianza a Viktor, pero guardó la pistola.

—De acuerdo —dijo—. Hablemos en otro lugar.

**Cómo encaja cada pieza**

A quince mil metros de altura, volando en su jet privado, Sara Slim se recostó en el mullido sillón de piel mientras se servía un vaso de whisky escocés. Estaba sola en la cabina del avión forrada de cuero blanco y madera de arce moteado tan barnizada que reflejaba las cosas como un espejo. Marcó un código en el teclado del brazo de su sillón, y del techo surgió la pequeña pantalla de la consola de comunicaciones en la que se materializó el rostro de Helmut Hess, el delegado alemán. Hess la miró con el ceño fruncido y un brillo enfermizo en los ojos.

Sara paladeó un sorbo de su escocés y levantó el vaso, en un gesto de brindis.

—Buen trabajo —dijo—. Cuando Yog-Sothoth vuelva entre nosotros sin duda sabrá recompensarte como mereces.

Hess alzó a su vez una copa, que apareció en el campo de visión durante un breve instante.

—¿Cuándo está prevista la siguiente fase de la operación? —preguntó Sara.

—Llevará su tiempo. Faltan siete meses para el nacimiento.

—Será un gran momento. ¿Cómo se encuentra ella?

—Está en perfecto estado. Los médicos la controlan las veinticuatro horas. Le suministran calmantes en la comida. Eso la mantiene tranquila, al menos durante un tiempo.

Sara sonrió.

—Bien —dijo—, las operaciones en Irak siguen el curso previsto. Los americanos abandonarán pronto, y entonces tendremos a nuestro primer país dispuesto a iniciar una nueva guerra.

—¿Qué hay del resto? —preguntó Hess— Según tengo entendido, Turquía se muestra reticente.

—No importa. Acabará sumándose. El delegado turco trabaja con ahínco. Pronto conseguirá la reforma que esperamos. No te preocupes, Irán es nuestra pieza clave en la zona, y hace tiempo que está ganada.

—Los malditos americanos me preocupan —masculló Hess con el gesto de un perro de presa reticente a soltar un hueso— A pesar de nuestros esfuerzos no hemos conseguido que rompan lazos con la UE. Llegado el momento, me temo que volverán a formar un nuevo bloque.

Sara agitó la mano, como si espantase una mosca.

—La UE ya no existe, militarmente hablando. Solo Gran Bretaña conserva el viejo espíritu, pero con su potencial actual no debe preocuparnos. Además, tenemos algunas puertas abiertas, de eso me encargo yo —Sara sonrió con malicia. Gracias a su hábil golpe había cambiado el signo del gobierno en España y, como resultado de ello, la frontera con África era ahora más débil que nunca. Esa operación, se dijo a sí misma con agrado, también le valdría un reconocimiento personal de Yog-Sothoth.

—La última vez la pinza Japón-Alemania no fue suficiente —dijo Hess con amargura— ¿Por qué crees que será diferente ahora? No confío en los malditos árabes, y mucho menos en los sudamericanos. Sospecho que en el momento de la verdad se echarán atrás.

—A ti y a mí se nos escapan los movimientos tácticos a largo plazo. Pero así lo ha planeado Karla. Hemos seguido sus instrucciones hasta el último detalle. Cuando Yog-Sothoth ocupe su lugar veremos como encaja cada pieza.

Cruzaron una mirada satisfecha y apuraron sus copas. Sara consultó su reloj de oro con incrustaciones de diamantes.

—Estaré ahí en diez minutos —dijo, y cortó la comunicación.

El bar de carretera estaba repleto de camioneros y trabajadores que almorzaban a medio día. Oía a fritura y a cerveza. En el aire flotaban partículas de grasa que brillaban bajo la luz del sol como pequeñas motas de polvo dorado. Rob sentía que el estómago se le revolvió como un animal agónico, pero intentó olvidarse de las náuseas y concentrarse en ordenar sus pensamientos. Sentados en torno a una pingosa mesa, Viktor, Siang y él mismo se comportaban como tres extraños a los que, obligados a compartir un reducido espacio, les incomodara la presencia de los demás.

Viktor pidió un whisky y encendió un cigarrillo con movimientos mecánicos. Sus ojos grises parecían absortos en la contemplación de algún remoto pliegue del espacio que se abría entre él y los rostros que lo circundaban. Minutos antes, en un resumen rápido y deshilvanado, Rob le había relatado lo sucedido en los últimos días, su encuentro con Siang y el Maestro, las sorprendentes revelaciones que le asaltaban en sueños y sus temores y esperanzas acerca de la situación de María. Viktor había escuchado sin decir nada y, ahora, parecía concentrado en sí mismo, inmerso en una costosa digestión para asimilar el significado de las palabras.

Mientras Rob hablaba, Siang se había limitado a contemplar con expresión ausente el paisaje gris al otro lado de una cristalera sucia. De vez en cuando, llegaba hasta sus oídos el sonido vibrante de los camiones al cruzar la autopista, que dejaban en el aire el eco de promesas de un futuro que se alejaba a toda velocidad.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Rob tratando de captar su atención—. Ni siquiera sabemos dónde puede estar María, ¿o sí?

Siang meneó la cabeza sin apartar la mirada de la ventana.

—No, no lo sabemos —dijo—. Si ella es realmente Yög-Sothoth es probable que ya esté fuera de España —su rostro se nubló como si se mimetizase con el descolorido paisaje que contemplaba.

—¿Y vuestra red de espías? —preguntó Viktor con voz cavernosa. Cuando Viktor hablaba, daba la impresión de que su voz recorría un largo y oscuro camino hasta llegar a sus labios.

—¡No somos vulgares espías! —exclamó Siang airado. Clavó en él una mirada acerada—. Nuestra hermandad cultiva el conocimiento del espíritu. Solo la presión de los Trece nos ha obligado a convertirnos en guerreros.

—Tranquilo muchacho. Solo era una pregunta.

—De acuerdo —intervino Rob—. ¿Y el Maestro? ¿Puede ayudarnos?

—La visión remota del Maestro está a punto de agotarse —explicó Siang—. Han pasado ya demasiadas vidas desde que custodió La Llave del Conocimiento. Y en cuanto a los hermanos —miró a Viktor con ojos encendidos—, nuestra orden se está diluyendo. Los viejos tiempos en los que nos movíamos infiltrados en los servicios secretos de los gobiernos acabaron. No sé cómo ni por qué —apretó los dientes como si mordiese un ronza!—, pero después de la guerra los hermanos han desaparecido —Siang suspiró. Parecía a punto de desinfiltrarse como un globo.

A pesar de toda su suficiencia, comprendió Rob, Siang tan solo era un hombre. Un simple y limitado hombre. ¿Qué podía hacer un solo hombre contra el mundo? ¿Y qué puedo hacer yo? se preguntó. Había estado rehuyendo la respuesta desde el principio. Pero no había otra salida. Se puso en pie. Dio unos pasos alrededor de la mesa. Necesitaba moverse para disipar la tensión nerviosa que su cuerpo acumulaba sin parar.

—Esa cosa —dijo pensando en voz alta— *La Llave*. Si de alguna forma... imaginemos que estuviera en nuestro poder...

Siang se envaró como si le hubiesen derramado aceite hirviendo sobre la cabeza.

—Nos ayudaría a encontrar a María, ¿no es cierto? —se apresuró a decir Rob. Estaba cada vez más excitado, algo bullía en su interior—. Y también podríamos ver el futuro... Eso nos daría una ventaja sobre ellos, ¿no es así?

—¿No estarás diciendo que...? —interrumpió Viktor.

Rob les miró con el rostro encendido. Parecía un mago a punto de ejecutar su truco más asombroso.

—Sí. Yo sé dónde se encuentra La Llave —la palabra yo salió de su boca revestida de orgullo.

Siang palideció. En su rostro asomó una sombra de terror. Viktor le dirigió a Rob la mirada de un joyero que examina mercancía defectuosa.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó.

—Mi alter ego —explicó Rob sin poder evitar una sonrisa torcida— urdió un ingenioso plan para burlar a Los Trece. Es una larga historia. No sé cómo se las apañó exactamente, pero estoy convencido de que uno de sus hombres encontró por fin la dichosa Llave. Himmler mantuvo en secreto el descubrimiento. Tuvo mucho cuidado para que nadie, ni Hitler, ni mucho menos los Trece, supieron que había tenido éxito en su búsqueda. Todo eso ocurrió durante la confusión que siguió al final de la guerra.

Siang abrió la boca, pero no dijo nada. De no ser por el vértigo creciente que sentía, Rob casi hubiera disfrutado de su expresión. Decidió no pensar demasiado lo que estaba diciendo, en lo que implicaba.

—Para ganar tiempo, Himmler envió La Llave a un lugar remoto y después se deshizo de todos los que conocían el secreto. Aguardaba el momento adecuado. Pretendía dar un golpe, eliminar a los Trece y asumir él mismo el mando del nuevo imperio. Creo que el desfavorable desenlace de la guerra le impidió concretar sus planes.

Cerró los ojos. Había algo más, algo que se le escapaba. Sabía que la mente analítica de Himmler había previsto todos los posibles desenlaces, incluido su posible captura y muerte antes de tiempo. Se estremeció ante la idea. Si Himmler había planeado qué hacer en sus futuras reencarnaciones, eso le incluía a él. Sin embargo, no estaba seguro de qué era exactamente. Tendría que seguir soñando.

—Si eso fuera cierto... —murmuró Siang. Una red de arrugas se extendió por su frente—. Pero no podemos correr ese riesgo. Es demasiado peligroso.

—¿Por qué? —preguntó Viktor—. Cualquiera que sea el efecto de esa cosa, ellos la codician. Si estuviese en nuestro poder sería un reclamo irresistible para atraerles.

—¡Precisamente por eso! —bramó Siang dando un puñetazo en la mesa— La Llave debe seguir oculta. Mis hermanos y yo sufrimos indolentes torturas por negarnos a revelar su paradero. ¡No voy a permitirlo!

—¿Qué haremos entonces, rendimos? —dijo Rob con desesperación— ¿Dejar que comience otra guerra horrible?

Siang se cruzó de brazos. Los surcos de su frente eran como líneas de un lenguaje secreto que expresaba una honda frustración. Negó con la cabeza, igual que un niño que no quiere dar su brazo a torcer.

—He buscado a esa mujer durante veinte años —dijo Viktor—, y ha sido como perseguir a un fantasma —detrás de sus ojos se encendió un fulgor, como si despertase de un largo letargo—. Tú y los tuyos sois tan perdedores como yo —miró fijamente a Siang, el tono de su voz adquirió un matiz de desafío— Tarde o temprano empezará una nueva guerra, y tal y como están las cosas, esta vez ellos ganarán. ¿Qué podemos perder entonces?

—Ya lo ves. Él está conmigo —dijo Rob. Se asombró del tono de provocación de su propia voz—. Si tú no nos ayudas, lo haremos sin ti.

Siang le lanzó una mirada furiosa. Viktor se tensó como si estuviese dispuesto a saltar sobre él. Durante un largo minuto ambos permanecieron en silencio, observándose mutuamente como dos púgiles que sopesan a su contrincante. La tensión crecía a su alrededor como una fuerza invisible.

Rob se dejó caer en la silla, luchando por acallar la parte racional de su cerebro que le gritaba todos los fallos de su razonamiento. Aún encontrando la maldita cosa y utilizándola para llegar hasta María, no parecía una tarea sencilla rescatarla. Lo más probable era que les atrapasen en el intento. Y entonces les someterían a torturas inimaginables para sonsacarles su paradero. Tomó nota mental de que si por algún milagro llegaban a intentar un rescate, se proveyeran de una cápsula de veneno rápido y letal. *No me importa morir, pero, ¿y si pongo en manos de esos lunáticos el instrumento para perpetuar su poder durante siglos? ¡A la mierda!* No podía quedarse de brazos cruzados esperando a que viniesen a por él. Tenía que intentarlo. Por María. Por Leo.

—¿Qué dices entonces? —preguntó retador.

—Que el Maestro me perdone —dijo por fin Siang. Su mirada desafiante se extinguió como una antorcha arrojada a un pozo. De pronto pareció lo que era, un joven de poco más de veinte años, cansado y pálido—. Lo haremos a vuestra manera.

María apagó el televisor con un gesto de irritación y se levantó de la cama por enésima vez, tratando inútilmente de quemar la adrenalina que corría por sus venas. Tenía ganas de correr, de saltar, de sentir el viento en la cara. Las sienas le palpitaban con un ritmo frenético, como el corazón de un pequeño animal asustado. Con la televisión desconectada, el silencio era absoluto. El único sonido era el rumor del aire acondicionado entre las rejillas de ventilación en el techo. Estaba en una habitación cerrada, sin ventanas, con el suelo y las paredes enmoquetadas. El mobiliario consistía en una cama, una mesita de noche, un armario empotrado y una televisión. La habitación tenía dos puertas. Una de ellas permanecía siempre cerrada. La otra daba a un espacioso cuarto de baño. En una de las paredes se abría una especie de pequeño montacargas en el que, cada cuatro horas, aparecía una bandeja con comida suficiente para alimentar a varias personas. Al principio no pudo comer. Pero pronto sucumbió al hambre, sobre todo pensando en el hijo que llevaba dentro.

Entró en el cuarto de baño y se echó un puñado de agua helada a la cara. Contempló durante un instante su rostro abotargado, ligeramente sonrosado, los ojos hinchados por el llanto. Gritar no serviría de nada. Nadie acudiría, ni para ayudarla ni para obligarla a callar. El primer día que despertó en aquel extraño encierro había gritado hasta quedarse sin voz. Había golpeado y pateado. Había estrellado contra el suelo aquel odioso televisor una docena de veces. Pero cada vez que el sueño la vencía, al despertar, el televisor aparecía restaurado en su lugar. Quien fuera que la mantuviese allí prisionera debía considerar que la tele era un entretenimiento más que suficiente. Y María había descubierto con tristeza que se sentía reconfortada cuando la televisión estaba encendida. Los programas de televisión eran la única señal del paso del tiempo, de que seguía existiendo un mundo ahí fuera, en alguna parte. Pensó que se volvería loca si no aparecía alguien pronto.

Se dejó caer en la cama, la mirada perdida en el techo blanco como la mente de un cadáver. Hizo una vez más un repaso mental de los últimos acontecimientos de su vida, en un intento desesperado por encontrar una clave oculta que le diese un sentido a lo que le estaba sucediendo. Algo le decía que, de alguna manera, todo estaba relacionado con su embarazo. ¿Tendría algo que ver su ex-novio? ¿Para qué querría él secuestrarla? ¿Estaba en una especie de clínica para obligarla a abortar? ¿A qué esperaban entonces?

Pensó que tal vez no estaría allí si se hubiera sincerado con su hermano desde un principio. Pero al pensar en Leo la embargó una sensación de asfixia, como si una manta cayese sobre ella envolviéndola y robándole el aire. Tuvo la inminente sensación de que a Leo le había ocurrido algo malo. Cada vez que pensaba en su hermano la sacudía una premonición que parecía brotar de su vientre y que se extendía por todo su cuerpo como una descarga eléctrica.

El exceso de hormonas generado por el embarazo espoleó sus nervios. Se hizo daño en la mano al golpear con furia una silla. La levantó del suelo y la estrelló contra la pared. El estruendo retumbó en la habitación durante un instante, y luego todo quedó en silencio de nuevo. Comenzó a llorar, el último recurso que le quedaba a su cuerpo para combatir el sentimiento de injusticia que la angustiaba.

Entonces, sin previo aviso, se abrió la puerta que había permanecido cerrada hasta entonces. Un hombre y una mujer aparecieron en el umbral. María se llevó una mano a la boca para ahogar un grito. El hombre dio un paso al interior. Era alto y robusto, tenía unas enormes cejas gruesas y una mandíbula cuadrada que le confería un aspecto militar y salvaje, de legionario romano sediento de sangre. La mujer, delgada, el rostro afilado, tenía un brillo extraño en los ojos. María casi hubiera dicho que la miraba con devoción.

—¿Quiénes sois? —chilló con voz temblorosa— ¿Qué queréis de mí?

—No queremos nada de ti —respondió el hombre con una sonrisa gélida. Su voz oscura resonó con un pronunciado acento germánico—. En realidad, queremos a tu hija.

A lomos de la renqueante mula, Rob tenía que realizar un esfuerzo constante para no perder el equilibrio y caer al suelo. Siang caminaba delante, tirando del ronzal del animal para que avanzase por la empinada pendiente. Viktor cerraba la marcha, con una mano apoyada en la grupa de la mula. A su alrededor, las montañas eran tan grandes que la mente no podía abarcarlas. A la altitud a la que se encontraban la claridad sobrenatural de la atmósfera las hacía visibles en toda su espantosa amplitud. Estaban demasiado lejos, se elevaban hasta una altura excesiva y tenían tantas irregularidades que contemplarlas era como observar un cielo abarrotado de estrellas en una noche clara y tratar de entender la extensión que comprendía. Viktor se detuvo un instante para dar un trago a la botellita de whisky, tratando en vano de inmunizarse del frío eterno que convertía las palabras en frágiles nubecillas de vapor que ascendían hacia el cielo. Reinaba un silencio sobrecogedor. Los cascos de la mula repiqueteaban con un eco siniestro al chocar contra las piedras del sedero que ascendía hasta la base de aquellos gigantes que arañaban el cielo. El sol brillaba despiadado sobre la extensión de hielo y, a pesar de las gafas protectoras, aquella blancura demencial penetraba en los ojos con tal intensidad que parecía querer borrar todo rastro de color de la mente.

Rob se dijo que pronto los colores no tardarían en formar también parte del resto de cosas que había dejado atrás. A pesar de las protecciones térmicas de la ropa especial, el viento gélido se le metía en los huesos como si estuviese desnudo. Trató de buscar consuelo recordando la última vez que se había sentido caliente. Habían transcurrido solo dos días desde que abandonaron la pequeña posada, pero parecía como si llevasen meses recorriendo aquellas nieves eternas.

Los preparativos para el viaje habían sido rápidos. Un vuelo desde Barcelona hasta Munich y, desde allí, en tren hasta Innsbruck. A continuación, un autobús regular les llevó hasta el valle de Isar, donde pudieron perrecharse para el último tramo. Luego habían recorrido a pie la ruta hasta el macizo de Zillertal, donde tomaron el sendero que conducía al glaciar de Shleigeiss, situado al pie del Hochfeiler, una montaña de tres mil metros de altitud. Estudiando un plano detallado del macizo montañoso, Rob había señalado una determinada cornisa donde, estaba convencido, habían sido enterrados ciertos objetos.

Rob estudió la alargada sombra de muchos hombres que se perfilaba junto a él. Aún le resultaba extraño que el misterioso hombre se les hubiese unido en aquel demencial viaje. Viktor se había mantenido en silencio la mayor parte del viaje. Siang tampoco hablaba demasiado, así que Rob se encontraba, a su pesar, sin otra compañía que la de sus propios pensamientos.

El camino que trepaba a lo largo de la cara del Hochfeiler se iba haciendo cada vez más abrupto, lo cual le desesperaba, no tanto por la dificultad en sí que suponía el ascenso, sino porque sabía que aquello no era más que el preludio de las verdaderas simas escarpadas que tendrían que atravesar. Confirmando sus peores temores, el sendero se estrechó hasta tal punto que tuvieron que avanzar en fila india por la cornisa. Rob comenzó a marearse por el vértigo y tuvo que bajarse de la mula y caminar muy pegado a la pared, con el lomo del animal haciendo de parapeto entre él y el precipicio. El corazón se le salía por la boca cada vez que la mula desprendía un trozo de risco con una pezuña y tenía que hacer una contorsión para no perder el equilibrio y caer despeñada.

Por fin, llegaron hasta una plataforma irregular barrida por el fuerte viento pero lo suficientemente ancha como para que la sensación de estar cruzando el cielo caminando por una cuerda floja cediera ligeramente. Se resguardaron del viento apretándose contra la pared rocosa y se tomaron unos minutos para descansar. Viktor dio un nuevo trago a la botellita. El cielo comenzaba a oscurecerse cobrando un majestuoso tono anaranjado, como si un incendio de proporciones gigantescas se hubiese declarado en el horizonte, al otro lado de las montañas.

Rob reprimió un temblor en las piernas. Se dijo a sí mismo que se debía al frío, aunque sabía que el temblor persistiría aunque se encontrase a cuarenta grados. A pesar de todo, sus músculos parecían haber alcanzado un milagroso equilibrio para evitar el colapso y seguir en movimiento. Aquella sorprendente fortaleza física funcionaba como un bucle, realimentando con nuevas energías su determinación. Lo extraño era que, a pesar de la continua sensación de agotamiento, se sentía mejor que nunca en relación a su cuerpo.

—Tenemos que llegar al refugio antes de que anochezca —indicó Siang—. Una vez allí estaremos a menos de un día de nuestro destino.

Viktor dio un último trago y se puso en pie. Tenía el rostro rígido por el frío, músculos correosos se perfilaban en la mandíbula tensa.

—Escuchad —dijo.

—No oigo nada —dijo Rob.

—El silencio —murmuró Viktor—. No es normal.

El rugido del viento que les había acompañado desde que comenzaron el ascenso se había detenido. Las montañas quedaron suspendidas en un silencio inquietante.

—¡Santo Buda! —exclamó Siang con la mirada perdida en el cielo.

Rob le miró sin comprender.

—¿Qué pasa con...? —pero lo supo antes de acabar la pregunta.

Un millón de diminutos copos de nieve, que parecían surgir de todas partes a la vez, les golpeó con la furia de un enjambre de insectos rabiosos. El aullido del viento resurgió con más fuerza que nunca, como si el silencio que le había precedido hubiese sido tan solo una pausa para coger aliento. La nieve caía con tanta fuerza y era tan densa que apenas les permitía ver unos metros adelante.

—¡Tenemos que seguir! —gritó Siang para hacerse oír en medio del fragor del viento— ¡Si no alcanzamos el refugio estaremos perdidos!

¿Y cómo diablos vamos a encontrarlo?, quiso gritar Rob. Apenas podía verse sus propios pies. La nieve le golpeaba con tanta fuerza que pensó que si abría la boca se ahogaría. Los tres se encontraban atados entre sí mediante cuerdas de seguridad. Rob simplemente se dejó guiar, caminando penosamente como un ciego llevado por su perro lazarillo.

—¿Podéis seguir el sendero? —gritó Viktor tras él— pero sus palabras se perdieron en el viento.

Entonces la mula se detuvo, las orejas agachadas, los ojos cerrados como si se negase a soportar por más tiempo el azote de la nieve. Siang retiró uno de los bultos que cargaba, se lo pasó a Viktor y se echó a las espaldas el resto. Rob intentó protestar para hacerse cargo de algún bulto, pero sabía que su ataque de orgullo no le ayudaría a soportar más peso extra. Ya era bastante penoso arrastrar su propio cuerpo ladera arriba. Siang soltó en ronzal de la mula y le acarició el hocico con suavidad.

—¡Tenemos que dejarla aquí! —dijo— ¡Solo nos retrasaría!

Continuaron avanzando. El viento rugía sobre sus cabezas como una risa siniestra que se burlase de sus insignificantes esfuerzos. La nieve giraba frenética ante sus ojos. Densos copogulos de oscuridad se formaban a su alrededor.

De pronto, Rob resbaló y sus pies perdieron contacto con el suelo. El corazón le dio un vuelco al sentirse suspendido sobre el vacío. Agitando las piernas, buscó frenético las cuerdas que le sujetaban desde los costados y las agarró con fuerza. Siang y Viktor tiraban ya de él hacia arriba. Hasta que no tuvo de nuevo los pies sobre la helada roca no se atrevió a mirar hacia abajo. El vello se le erizó en la nuca. El abismo ululante parecía llamarlo con su mirada negra. Se preguntó qué ocurriría si era Viktor el que resbalaba. Sin duda, su peso les arrastraría también a ellos. ¿Era mejor soltarse entonces? En ese caso él estaría muerto ahora. *Hagamos lo que hagamos, la muerte parece ser el único destino*, pensó con desesperación.

El refugio apareció ante sus ojos al final de un escarpado trecho de cornisa. Se trataba de una pequeña estructura de piedra medio enterrada por la nieve, de apenas metro y medio de altura y un par de metros de ancho, pero su aparición supuso un alivio para los tres. El viento arremetió con más fuerza contra ellos, como si realizase un último intento desesperado por impedir que llegasen a su meta. Por un momento, Rob creyó que saldría volando, arrastrado por aquel huracán como una bolsa de plástico atrapada en un remolino de aire.

Siang alcanzó por fin la pequeña portezuela metálica, la abrió hacia dentro y los tres entraron arrastrándose. Viktor cerró la puerta con dificultad. El estruendo de la tormenta se apagó súbitamente, convertido apenas en un silbido agudo.

—¡Creí que nunca llegaríamos! —suspiró Rob. Se dejó caer en el suelo exhausto, respirando pesadamente.

Viktor se sentó cerca de la puerta, la espalda apoyada contra la pared y las largas piernas semi flexionadas. Parecía un gigante atrapado en una casita de muñecas. Siang se acomodó al otro lado, frente a Rob.

—Creo que hemos superado lo peor —sonrió con evidente muestra de alivio—. Si al amanecer la tormenta ha despejado, llegaremos antes de medio día.

—¿Estáis seguros de saber a dónde vamos? —preguntó Viktor mirándoles con ojos hundidos. De repente, la piel rígida y arrugada y una barba blanquecina le hacían parecer mucho más viejo.

Siang se encogió de hombros y miró a Rob.

—Apostaría mi vida —respondió Rob con una seguridad que no sentía.

Viktor asintió, como si aquello le bastase. Siang rebuscó en la pesada mochila y repartió tres raciones enlatadas. Rob activó el sistema de auto-calentamiento y apretó las manos alrededor del recipiente mientras las baterías liberaban el calor desde la base. En cuanto el indicador se apagó, abrió la lata y devoró el contenido, una especie de carne gelatinosa y tibia. Le pareció lo más sabroso que había comido nunca. Casi podía sentir cómo las proteínas y los hidratos de carbono recorrían sus arterias, fortaleciendo y reparando sus músculos agotados.

Cuando acabaron de comer, Siang apagó la linterna y quedaron sumidos en la oscuridad. No llegaba ningún sonido del exterior, como si la tormenta se hubiese dado por vencida. Envueltos en aquel denso silencio de ébano uno podía imaginar que el refugio flotaba en el vacío del espacio.

Rob sintió el inicio de un ataque de pánico claustrofóbico. Tuvo que hacer un esfuerzo para meter aire en los pulmones. ¿Seguían las montañas allí fuera? ¿Seguía el mundo tal y como lo recordaba, o todo se había desvanecido como una ilusión? Intentó imaginar el bullicio de la universidad, los estudiantes tomando el sol recostados en el césped, las aulas

pletas, las largas y tediosas charlas de los profesores. ¿Estaba sucediendo eso realmente en aquel mismo instante, a miles de kilómetros de distancia? Todo parecía ilusorio ahora, la única realidad era la oscuridad y el silencio, el dolor y el miedo, el pánico ante el futuro incierto.

Viktor encendió un cigarrillo. Un puntito rojo parpadeó en la oscuridad, palpitante como un corazón en miniatura. Les envolvió un agradable olor a tabaco. Rob cerró los ojos, intentando dormir, pero no pudo.

—Siang —llamó en la oscuridad—. Quería preguntarte algo. ¿Recuerdas realmente tus vidas anteriores?

—Sí lo que intentas saber es si los recuerdos que te asaltan son reales, la respuesta es sí. Lamento que no sean agradables. En mi caso, algunos tampoco lo son. A veces, desearía poder olvidar para siempre.

—Cierro los ojos —dijo Rob—, y en mi mente aparecen imágenes extrañas y a la vez familiares. Es como verte en una antigua grabación de video. Te reconoces a ti mismo y a la vez sientes que ahora eres otra persona totalmente distinta a la que sale en la pantalla.

—No es fácil llegar a entender dónde reside el verdadero yo —explicó Siang—, la parte que permanece inmutable durante toda una eternidad.

—Sin embargo, creo que lo puedo intuir. Si muriese y despertase en otro cuerpo, en otra vida, con nuevos recuerdos... siento de alguna forma que una parte de mí seguiría reconociéndose a sí misma.

—El verdadero yo ocupa más espacio del que puedes creer. Las experiencias configuran en buena parte la personalidad en cada nueva vida. Pero, en última instancia, lo que dicta cómo encaja cada experiencia en tu personalidad es ese patrón único que cada uno de nosotros reconocemos como nuestro yo.

—¿Quieres decir que mi yo verdadero es un criminal despiadado? —preguntó Rob.

—Lo que quiero decir es que bajo ciertas circunstancias, en un determinado ambiente y con los estímulos adecuados, tú podrías llegar a actuar de esa forma. Ya lo hiciste en una vida anterior. Y puede repetirse, pero no quiere decir que *necesariamente* tengas que volver a hacerlo.

—Mierda, eso no tiene sentido. ¿Soy entonces lo que dicta el entorno? ¿Si hubiese nacido en otras circunstancias sería una persona distinta?

—Exacto.

—Creí que había algo inmutable —Rob se frotó los ojos con cansancio.

—No lo has entendido. Hay algo inmutable. Tu yo inmutable es distinto a mi yo inmutable. Eso significa que sometidos a idénticos estímulos, tú y yo seríamos personas muy diferentes.

—Eso no es justo —protestó Rob.

—No me malinterpretes —se disculpó Siang—. Yo no soy ningún santo. Me esfuerzo por ser una persona justa. Trato de dirigir mis actos para procurar el bien a los demás. No siempre lo consigo, como has podido comprobar tú mismo.

—A veces he deseado con todas mis fuerzas el mal a algunas personas —confesó Rob—. Cuando me han humillado. Si hubiese tenido realmente el poder para infringir dolor...

—No te tortures. Todos hemos sido Hitler en algún momento. O algo peor. Lo que importa es el aquí y el ahora.

—Los sueños —dijo Rob—, los malditos sueños. En mi vida anterior vivía obsesionado con encontrar esa cosa. Me pregunto si realmente nos servirá de algo.

—Si tus recuerdos son ciertos, pronto lo sabremos.

Envuelto en la oscuridad, Rob rememoró una vez más las palabras del oficial de las SS, visualizó las líneas trazadas en el detallado mapa de montaña. Lo encontraría. Si la maldita cosa le iba a ayudar a llegar hasta María, ni las montañas más altas, ni la tormenta más feroz iban a impedir que la encontrase. Acunado por el recuerdo de la dulce sonrisa de María, se dejó vencer por el cansancio y se quedó dormido.

Se colocó en el centro de la sala, flanqueado por dos caballeros apoyados sobre sus espadas y vestidos con túnicas negras y cascos ornados con cuernos. Frente a ellos se sentaban el tesorero y el secretario, que portaban cordones blancos, mientras que el heraldo se situó a su lado. Detrás permanecía el bardo, ataviado con una túnica blanca y, frente a él, el maestro de ceremonias, revestido con ropajes azules. El resto de hermanos de la logia se dispuso en semicírculo en torno a ellos. Al fondo había una sala de música donde un armonio y un piano eran acompañados por un coro de voces cuyos miembros tenían los ojos vendados.

La ceremonia comenzó con una dulce música que brotó del armonio, mientras que las voces entonaban el coro de los peregrinos del Tannhäuser de Wagner. La sala estaba iluminada únicamente por un centenar de inquietas velas. Oía intensamente a incienso. Los hermanos congregados realizaron el signo de la esvástica. Rob les respondió con el mismo gesto. Entonces, dos novicios con los ojos vendados y revestidos con la sencilla túnica gris del peregrino fueron introducidos en la sala. Rob se situó frente a ellos y les habló. Las palabras se arrastraron desde el interior de su garganta y resonaron en las paredes de piedra entrelazándose con la música del piano y el coro, en un crescendo enfático que incendió los corazones de los presentes.

—¡Así como volvéis a estar entre nosotros, os reencontráis con vosotros mismos! ¡Con nosotros alcanzáis el imperio invisible y eterno de nuestros antepasados del Norte!

Los novicios fueron despojados entonces de su manto y de su venda. En ese momento, Rob tomó la lanza de Wotan y la mantuvo ante él, mientras que los dos caballeros cruzaban sus espadas delante suya. La música de Wagner continuó gloriosa, encadenando una ominosa melodía tras otra en un crescendo interminable, el sonido en movimiento rememorando el ardor y el fuego de la batalla, sacudiendo el pecho de los presentes.

Rob tomó un anillo de plata que descansaba sobre un cojín de terciopelo y lo introdujo en el dedo del novicio. En el anillo había grabada una calavera, y su posesión significaba la entrada al primer círculo de la Orden Negra. Rob escogía personalmente a sus miembros entre el personal de las SS que por algún motivo se había distinguido en el cumplimiento de servicios. Existía un segundo círculo que tenía como talismán distintivo un espadín con las runas de la victoria, destinado a los miembros más antiguos y fieles, aquellos que habían demostrado una lealtad inquebrantable.

Pero solo trece manos lucían el anillo que unía los talismanes de los dos anteriores a las runas de las SS, un anillo que indicaba la pertenencia al tercer círculo. Ellos eran el centro de la orden, doce jefes supremos de las SS sentados en torno a Himmler. Les había elegido cuidadosamente entre miles y, junto a él, dirigían el imperio de terror de la Orden Negra y, por extensión, a todo el pujante imperio Alemán.

Cuando abrió los ojos todo seguía oscuro, pero unos puntitos de luz flotando en el vacío, donde la puerta encajaba contra el marco de piedra, le advirtieron de que ya había amanecido. Rob sacudió levemente la pierna extendida junto a él. Siang abrió los ojos, bostezó y se desperezó como si despertase de un sueño plácido en mitad de unas vacaciones de verano. Viktor tosió y empujó la puerta con un gruñido de esfuerzo. La luz brillante les cegó durante unos segundos. Una bocanada de aire gélido les estremeció hasta los huesos.

Salieron, se estiraron, desayunaron una ración enlatada y emprendieron el ascenso. El aire estaba muy quieto, frío y expectante. El sol asomaba sobre las estribaciones del este, pequeño, brillando ferozmente. En seguida tuvieron que ajustarse las gafas para poder ver en la claridad cegadora. Los gigantescos macizos montañosos les observaban desafiantes desde el norte, siempre frente a ellos, como una muralla imposiblemente alta e infranqueable. Contemplando el espectáculo grandioso que ofrecían, Rob entendió el desafío que impulsaba a algunos a dejarse la vida tratando de alcanzar las cimas de aquellas moles. Aquello suponía el mayor reto que la naturaleza en estado puro podía ofrecer, y superarlo significaba llegar, literalmente, a la cúspide del mundo. No obstante, Rob agradeció que ellos solamente tuviesen que conquistar un pico de apenas tres mil metros. Ya se sentía muy arriba dónde estaba. Llegar más allá era algo que dejaba para otros.

Caminaron durante todo el día, siempre subiendo. A veces la pendiente era tan escarpada que tenían que ayudarse de las manos para ascender. Cuando el sol comenzaba a declinar, el sendero se ensanchó ligeramente en un punto, justo antes de perderse bruscamente en un recodo a la derecha tras el cual se prolongaba ya demasiado inclinado para seguir a pie. Si querían continuar por allí tendrían que hacer uso de las cuerdas de escalada.

—¡Aquí! —gritó Rob, deteniéndose.

Sacó el mapa y lo estudió detenidamente.

—¿Estás seguro? —preguntó Viktor, atisbando a su alrededor— No veo ninguna señal.

—No la hay —dijo Rob.

Siang le interrogó con la mirada. Rob asintió con firmeza. Nunca había estado allí antes, pero había hecho que el oficial que escondió el cofre le describiera con todo lujo de detalles el lugar. Luego lo mató y se ocupó de que todos y cada uno de los ocho hombres que le habían acompañado hasta allí fueran ejecutados. Un escalofrío serpenteó por su espalda. Desde luego, había sido una forma eficaz de asegurarse de que no revelarían el secreto.

Rob se tumbó en el suelo y se asomó al borde del precipicio. El fondo del abismo se perdía en una neblina vertiginosa. Se preguntó cuánto tiempo tardaría un cuerpo en llegar hasta el fondo. ¿Y qué sentiría durante el trayecto? Reprimió esos pensamientos morbosos y se concentró en estudiar la pared vertical. La ladera se inclinaba hacia dentro, perdiéndose de vista durante unos doscientos metros hasta que volvía a surgir más abajo. Reculó hacia atrás y no se atrevió a ponerse en pie hasta que sintió el contacto con la pared de la montaña a sus espaldas.

—Es aquí —anunció, pálido—. Unos cincuenta metros abajo se abre una cavidad.

Siang asintió. Buscó un lugar apropiado en la pared y comenzó a clavar un punto de anclaje. Los golpes del metal contra la piedra resonaron en el silencio de las montañas. El sonido del eco tardaba unos segundos en regresar hasta ellos, sumándose a los nuevos golpes, hasta que pareció que una multitud estaba picando la roca. El sonido aún persistió durante un minuto después de que dejase de golpear, extinguiéndose lánguidamente como si el ejército de demolición se alejase a otro lugar.

Sin decir una palabra, Siang se ajustó el arnés, pasó la cuerda por la línea de vida y caminó de espaldas hasta el borde de la cornisa. Después desapareció con un salto hacia atrás. Rob y Viktor se tumbaron en el suelo junto a la cuerda y observaron cómo Siang descendía como una araña, rebotando contra la ladera hasta perderse de vista, una veintena de metros abajo. Transcurrió un largo minuto en un silencio expectante, y entonces volvieron a escuchar el repiqueteo del metal contra la piedra. Segundos más tarde, la cuerda que pendía tensa se aflojó.

—Tu turno —dijo Viktor.

La idea de negarse a bajar pasó por la mente de Rob, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Se ajustó el arnés tal y como Siang le había enseñado, y pidió con todas sus fuerzas que todas aquellas aparatosas cuerdas fuesen seguras. Por una vez se alegró de pesar tan poco. Tragó saliva y se dejó caer de espaldas, manteniendo la cuerda tensa y



los pies elevados, las piernas formando un ángulo de noventa grados contra la pared. Soltó cuerda despacio, rebotando suavemente, pero de pronto la pared se curvó hacia dentro y se encontró colgando en el aire. Pataleó desesperado, agitándose como un pez en el anzuelo. Miró hacia abajo. El estómago le dio un vuelco. El sonido del viento se le antojó una risa macabra. Con un esfuerzo se obligó a quedarse inmóvil, balanceándose suavemente. Entonces la cuerda que colgaba bajo él se tensó y tiró de su cuerpo hasta acercarle de nuevo a la pared. Rob soltó cuerda y siguió descendiendo hasta que el suelo apareció por fin bajo sus pies.

Siang le agarró y le ayudó a introducirse en la cavidad. Le quitó el amnés. Luego se concentró en ayudar a Viktor.

Rob dio varios pasos hacia el interior, el corazón bombeando con fuerza. El recuerdo del abismo le hacía temblar las piernas.

—Buen escondite —masculló mientras inspeccionaba con la linterna a su alrededor.

Se trataba de una galería natural de un par de metros de diámetro, un túnel que se adentraba en la montaña prolongándose más allá del alcance de la linterna. Las paredes brillaban cubiertas de hielo. Del techo y del suelo brotaban estalactitas y estalagmitas formando un laberinto escabroso que asemejaba las fauces de un enorme reptil. Rob desvió la luz hacia la izquierda, buscando el pasadizo que el teniente le había descrito.

Una abertura circular surgió unos metros adelante, como una boca sin labios abierta de par en par. Rob se adentró por el túnel como en un sueño, sin ser apenas consciente de que Viktor y Siang caminaban ya tras él. El pasadizo continuaba en una ligera pendiente durante un centenar de metros, hasta desembocar en una gigantesca cavidad circular. El techo se elevaba en una impresionante bóveda varios metros sobre sus cabezas, pero sus miradas fueron atraídas hacia un objeto en el suelo.

Un cofre.

Rob lo inspeccionó con la linterna, sin atreverse a tocarlo. Era una caja rectangular de madera revestida de planchas de oro. Tenía dos aros en los extremos, a modo de asas. Sobre la tapa reposaban dos figuritas, talladas en oro, que representaban a dos querubines con las alas extendidas.

—Dentro —susurró Siang.

Viktor rodeó la tapa con sus grandes manos y la alzó con esfuerzo. En el interior, tapizado de seda carmesí, descansaba un objeto que refulgió suavemente bajo la luz de las linternas. Se trataba de una cruz metálica de unos treinta centímetros, similar a una esvástica, pero formada por dos trazos curvos en lugar de rectos, como dos eses superpuestas en un ángulo de noventa grados. Rob recordó la pequeña réplica en el colgante que el Maestro les había mostrado.

—¿Es esto? —preguntó Viktor. Parecía decepcionado.

Rob tragó saliva. A pesar de que aquella cosa no parecía ser capaz de nada extraordinario, un nudo atenazaba su estómago. El corazón le latía con fuerza, presa de un temor reverencial. Por un segundo cruzó por su mente la idea de que todo aquello fuera una patraña, un delirio compartido. Aquella cruz solo era un trozo de metal, y entonces tendrían que regresar sintiéndose completamente estúpidos.

—¿Y ahora, qué?

—Tienes que tomarla en tus manos —dijo Siang con un hilo de voz.

—¿Yo? Creí que serías tú quien...

—No —Siang meneó la cabeza, tajante—. Hace muchos años, vidas atrás, cuando La Llave era custodiada por mi orden, yo también compartí con los míos el gozo del Sagrado Conocimiento. Pero esa clarividencia también ha significado una gran responsabilidad. He llevado durante siglos esa carga sobre mis hombros. Durante mucho tiempo desprecié al resto de hombres por su ceguera. Y sin embargo, ahora que casi he olvidado, me gustaría seguir disfrutando de una vida sencilla entre tinieblas.

—Pero yo no... —Rob miró a Viktor. El hombretón le devolvió una mirada escrutadora.

—Sea lo que sea el efecto de esa cosa —dijo Viktor—, no creo que pueda cargar con la responsabilidad. Mi objetivo es otro.

*¡Genial!* Viktor podría ser su padre por edad y su abuelo por experiencia, y le dejaba a él la responsabilidad. Siang observaba la cruz con una mezcla de devoción y recelo. *Está cansado*, comprendió Rob. *Lleva siglos peleando y ahora tiene miedo de que la lucha no acabe nunca.* Así que tendría que hacerlo él mismo. *¡Ja! ¿Quién me llamó cobarde?* A sus labios asomó una tímida sonrisa de orgullo. Llevaba tanto tiempo asustado que el miedo se había convertido en un familiar ardor de estómago, molesto, pero al que había aprendido a ignorar y seguir adelante.

—Acabemos con esto —dijo en voz alta para insuflarse ánimos, y estiró el brazo.

Había esperado un tacto frío y metálico, pero fue como si la cruz de le devolviese un apretón de manos, cálido y viril.

Entonces, la realidad se desvaneció como una pompa de jabón.

## Lo que hay detrás de la última tortuga

Flotaba en el espacio, sobre la curva del limbo planetario de la Tierra. Bajo sus pies se extendía la masa azul del océano, cubierta parcialmente por nubes blancas y relucientes que reflejaban la luz del sol. Antes de que tuviese tiempo de marearse, algo tiró de él y la superficie azul se alejó, reduciéndose vertiginosamente, curvándose hasta formar una esfera azul y blanca del tamaño de un balón de fútbol. Más allá, millones de estrellas refulgían como un mar de diminutos diamantes incrustados en un negro tapiz.

Algo le apretaba con fuerza la mano, agitándola arriba y abajo, reclamando su atención. Rob apartó la vista del fondo de estrellas. Había alguien frente a él. El asombró que sintió al reconocerle casi eclipsa el vertiginoso desconcierto que le atenazaba. Era un hombretón de unos sesenta años, muy alto, grande y voluminoso, sus manos se veían pequeñas y delicadas en contraste con el resto del cuerpo. Tenía la cara marcada por antiguas cicatrices de acné, el mentón prominente cubierto por una barba descuidada. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos pequeños y brillantes, que le observaban con una expresión que translucía cinismo y sensibilidad a partes iguales.

—¡No es posible! —exclamó Rob.

El hombre frunció el ceño, se enderezó sacando pecho, los labios apretados y curvados hacia abajo.

—¡Tú! ¡Tú! ¡Eres Bukowski! —gritó Rob.

Rob giró la cabeza a un lado y a otro, buscando a su alrededor, intentando aferrarse a algo lógico. Pero flotaban en mitad del vacío del espacio, como un globo a la deriva, la luz de las estrellas bañando sus rostros. Podía respirar, hablar, gritar, incluso había cierta sensación de gravedad, su oído interno seguía proporcionándole la referencia de un arriba y un abajo. Escuchaba el sonido del aire expelido por sus pulmones, los golpes del corazón en su pecho, rápidos y secos como si alguien llamase a una puerta con insistencia. Debía estar soñando de nuevo. Y sin embargo, la inmensa vastedad del espacio que se extendía a su alrededor parecía tan real. *Aceptar lo inaceptable...*

—¿Quién eres? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado?

—Tranquilo muchacho —contestó el hombre, su voz era ronca, áspera—, esas son demasiadas preguntas. Me llevará algún tiempo responderlas. Pero respecto a la primera, tú lo has dicho, ¡soy Bukowski! ¡El gran escritor y poeta! —abrió los brazos teatralmente.

—¡Sé quién eres! Quiero decir... ¡Pero eso es imposible!

—Vaya muchacho, me ofendes —se cruzó de brazos—. ¿Acaso andar por aquí te parece menos imposible? —señaló a su alrededor. Sus ojillos brillaban divertidos—. Y sin embargo, aquí estás. ¿Por qué dudas entonces de mí?

—Bueno, tal vez porque estás muerto... —balbuceó Rob. El estómago le daba vueltas, estaba a punto de vomitar.

El viejo poeta cerró los ojos y comenzó a recitar, la voz ronca y susurrante, exhalando cada sílaba con un cuidado exquisito, acentuando melodiosamente cada frase como si entonase una antigua canción:

No es frecuente verlo porque  
donde hay multitud ellos no están.  
Esos tipos raros no son muchos,  
pero de ellos provienen los pocos cuadros buenos  
las pocas buenas sinfonías  
los pocos buenos libros  
y otras obras.  
Y de los mejores  
de los extraños  
quizás nada.

Ellos son sus propias pinturas  
sus propios libros  
su propia música  
su propia obra.

A veces me parece verlos  
por ejemplo cierto viejo sentado en cierto banco  
de una cierta manera  
o un rostro fugaz en un automóvil que pasa en dirección contraria  
o un cierto movimiento en las manos de un chico o  
una chica que empaqueta las cosas en el supermercado.  
A veces incluso es alguien con quien estuve viviendo algún tiempo,  
te vas a dar cuenta de una mirada rápida y luminosa que nunca le habías visto antes.

A veces sólo notarás su existencia repentinamente en un vívido recuerdo.

Algunos meses algunos años después de que se hayan ido.

Recuerdo a uno:

Tenía unos 20 años  
iba borracho a las 10 de la mañana  
se miraba en un espejo resquebrajado de Nueva Orleans,  
un rostro soñador contra los muros del mundo  
¿Qué ha sido de mí?

Rob escuchó atónito. Conocía ese poema de memoria. Lo había leído mil veces en la soledad de su apartamento mientras se maldecía a sí mismo por sentirse diferente de los demás.

—La respuesta a la pregunta de por qué estoy aquí es que tú me has llamado —dijo Bukowski—. Pero continuemos hablando en un lugar más cómodo.

La esfera de la Tierra creció alarmantemente bajo sus pies. Rob vio cómo en menos de un segundo la superficie azul y blanca aumentaba hasta ocupar todo su campo de visión, luego cayó vertiginosamente al suelo, y al instante siguiente se encontraba en el salón de una casa. Bukowski se desplomó sobre un gran sofá tapizado a cuadros rojos y azules.

—Siéntate muchacho —dijo.

A su lado había un cubo de plástico lleno de hielo y botellas de cerveza. Alargó la mano y cogió un par de botellines. Arrojó uno a Rob. Era de noche. Hacía calor. Por la ventana abierta apenas se colaba una brisa que arrastraba el sonido de los grillos en el jardín. Oía a hierba húmeda. Rob abrió la botella y dio un largo trago. Estaba muy fría, ligeramente amarga, su sabor parecía tan real como todo lo que le rodeaba.

—Si no me explicas lo que está pasando voy a volverme loco —dijo—. Aunque creo que ya lo estoy. Supongo que sigo en coma en aquel hospital, y todo lo que me ha pasado desde entonces es un delirio de mi maldita mente, que no se resigna a la bendita inactividad.

Bukowski sonrió malicioso. Encendió un cigarro y se estiró en el sillón, aspirando profundamente.

—Te aseguro que esto es tan real como lo que tú normalmente llamas realidad —dijo—, lo cual no es decir mucho, lo admito.

El poeta se llevó la cerveza a la boca y dio un largo trago, la cabeza echada hacia atrás. Bebió sin detenerse a tomar aliento, hasta apurar todo el contenido, como si aquella cerveza fuese la última gota de alcohol que quedase en el mundo. Arrojó la botella vacía al suelo, que rebotó estrepitosamente sin llegar a romperse, se limpió la boca con el dorso de la mano, y alargó el brazo para coger otra mientras daba una calada al cigarrillo.

—Pero no, yo no soy Bukowski —admitió—. No del todo. Digamos que esta personalidad es la más adecuada para poder comunicarnos. Tú subconsciente lo eligió. Soy alguien en quien confías, con quién te sientes identificado, cuya alma crees comprender. Cada uno de los hombres que han venido a hablar conmigo me ha visto bajo una forma diferente. Para algunos he sido su padre, su hermano, su amante, un amigo. Otros me han visto como un dios o un ser sobrenatural. Algunos vieron en mí un demonio.

—¿Pero quién eres en realidad? —*Si es que eres alguien.*

—Oh, solo soy un *observador*. Llegué cuando creasteis vuestro universo local y he estado por aquí mientras evolucionabais. En cierto sentido, he contribuido a esa evolución. Aunque en realidad, supongo que también soy un *guardián*. Observo, vigilo, y espero. Cada cierto tiempo uno de vosotros viene a hablar conmigo. Charlamos. Luego se marchan.

—¡Ah, ahora todo está claro! —Rob se hundió en el sillón. El cansancio de la montaña había desaparecido milagrosamente, pero le dolía el cuerpo y se sentía mareado y confuso, como si acabasen de pasarlo por una centrifugadora.

—Te contaré una pequeña historia —dijo Bukowski—. Ocurrió en la antigua Grecia. Un joven estudiante de filosofía solía conversar con su maestro. En una ocasión, el alumno

hizo la siguiente pregunta: si Atlas sostiene a mundo, ¿qué sostiene a Atlas? El maestro respondió sin dudar un instante: Atlas lo sostiene sobre el caparazón de una tortuga, le dijo. Pero, ¿sobre qué se sostiene la tortuga?, replicó el estudiante. Sobre otra tortuga, dijo el maestro sin vacilar. ¿Y qué sostiene a esa otra tortuga?, insistió el joven. Querido alumno, respondió el maestro, ¡de ahí para abajo todo son tortugas! —Bukowski soltó una carcajada ronca, se golpeó los muslos con las palmas de las manos—. ¿Te das cuenta? Eso es lo que ocurre cuando uno intenta buscar una explicación causal a las cosas, que los caparazones no acaban nunca. Mi propósito es explicarte qué hay más allá de la última tortuga.

Acabó con la segunda cerveza y cogió una tercera. Sus ojos chispeaban.

—Ahora presta atención. He contado esta historia cientos de veces, con palabras distintas, en infinidad de idiomas, bajo apariencias diferentes, pero la esencia siempre ha sido la misma. Todo el que vino a escucharme aprendió una lección. Luego, la mayoría intentó transmitirla a quienes quisieron escucharles. A su modo, empleando los conceptos y las ideas de su época. Algunos tuvieron éxito y se hicieron escuchar, otros fueron tomados por locos. Algunos fueron tomados por dioses. La mayoría de los conocimientos que transmitieron fueron malgastados en fundar religiones e ideologías. En los hombres existe el deseo innato de juzgar antes que comprender. Por eso, lo primero que debes hacer es olvidarte de emitir juicios. Debes aceptar la relatividad esencial de las cosas. Debes aceptar que lo que tú llamas realidad, el universo, las rocas y los árboles, los planetas y las estrellas, el aire que respiras, la carne y el sudor, no son más que un producto de tu mente.

—Cada vez estoy más convencido —dijo Rob—. ¿Eso también te incluye a ti?

—Oh, por supuesto, yo soy un producto de tu mente, al igual que tú lo eres de la mía. El primer paso es aceptar que la esencia última del universo es caótica. Puedo ver que eres el primero que trae en su mente esos conceptos. Pero aún no sabéis cómo conciliar esa imagen con vuestra percepción de un mundo estable. El último de los tuyos que vino a verme estaba convencido de que la posición de cada partícula física obedecía a una serie de leyes matemáticas y que, por tanto, era predecible. Veía el mundo como una pared sólida formada por ladrillos que ocupan posiciones definidas, uno encima del otro, perfectamente alineados. Si quitas el ladrillo inferior, el resto se desplomará hacia abajo. Lo llamaba determinismo. ¿Pero qué pensarías, mi joven amigo, si te dijese que los ladrillos en realidad bailan, giran sobre sí mismos, oscilan de forma impredecible, se entremezclan entre sí sin orden ni concierto, cambian su masa, su forma y su velocidad caprichosamente, y aún así, lo único que seguirás viendo es una pared perfectamente lisa e inmóvil?

Bukowski hizo una pausa para beber la cuarta cerveza. Aunque no fuese el verdadero poeta, bebía con la misma ansia que el original. Rob estuvo a punto de decir algo, pero guardó silencio. La cabeza le daba vueltas y no paraba de preguntarse en qué momento se habría golpeado con alguna roca y su mente había acabado por desquiciarse por completo. O tal vez les había sorprendido una avalancha y en realidad estaba congelado en mitad del glaciar y aquello no era más que una alucinación en el último estertor de muerte...

Bukowski se enderezó súbitamente, la mandíbula apretada y los labios fruncidos.

—¡Tú! ¡Pequeña sabandija! —gritó— ¡Te hice una pregunta!

Rob dio un respingo en el sillón.

—¡Contesta! —Bukowski le agarró por las solapas. Rob pudo sentir su aliento caliente que olía a tabaco y alcohol.

—Yo... eh... —balbuceó. Tenía la mente en blanco. ¿Qué rayos quería que dijese?

Bukowski se relajó tan rápidamente como se había enfurecido. Se acomodó en el sofá y encendió un nuevo cigarrillo.

—Ah, demonios —suspiró. De pronto pareció abatido—. No sé por qué me esfuerzo. Algunos, al menos, ponen interés. Cerró los ojos y comenzó a recitar con la voz triste de un hombre que ha ido perdiéndolo todo en la vida, hasta acabar perdiéndose a sí mismo:

No hay nada que discutir  
no hay nada que recordar  
no hay nada que olvidar  
Es triste y no es triste  
Parece que la cosa más sensata  
que una persona puede hacer  
es estar sentada con una copa en la mano  
mientras las paredes blanden sonrisas de despedida  
Uno pasa a través de todo ello  
con una cierta cantidad de eficiencia y valentía  
entonces se va  
Algunos aceptan la posibilidad de Dios  
para ayudarles en su paso  
Otros lo aceptan como es  
Y por estos  
Bebo esta noche.

Luego se quedó en silencio, mirando fijamente a Rob. Sus ojos eran dos pozos rebosantes de soledad, ojos acostumbrados a contemplar paredes desnudas, el poso de largas noches de alcohol en habitaciones de hotel mal iluminadas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Rob. Aquella mirada le hizo sentir culpable, aunque no acababa de entender de qué. Por extraño que fuera, estaba allí y tenía que seguir el juego. Todo aquello era un inmenso y absurdo juego, pero él había decidido participar y ahora no podía echarse atrás—. Dame un segundo. Trato de pensar. Hablabas de la diferencia entre determinismo y mecánica cuántica, ¿verdad? Supongo que lo que trae de cabeza a todos esos científicos es que el mundo sea predecible en lugar del caos que se supone a nivel partículas —*aunque mi vida ha sido cualquier cosa menos predecible en las últimas semanas*— ...pero una cosa es lo que vemos con nuestros ojos y otra lo que realmente está sucediendo.

—Sigue muchacho —le alentó Bukowski.

—Así que, si los ladrillos van ocupando aleatoriamente todas las posiciones posibles durante un intervalo de tiempo lo bastante largo —Rob imaginó cientos de ladrillos girando alocadamente en el aire—, entonces, en algún momento, una de las configuraciones que adoptan es sin duda una pared perfectamente lisa. Por lo tanto, lo que ocurre es que al mirar descartamos todas las otras combinaciones y solo vemos una. Es como ver solo un fotograma de cada cien y pensar que no hay más película, ¿no es cierto?

Rob miró al poeta buscando su aprobación. Tenía la garganta seca, dio un trago a la cerveza. Aún estaba fría.

—¡Bien, muchacho! Veo que no eres tan tonto después de todo. Por supuesto, todo esto sigue siendo una burda aproximación a la *realidad*. Siento decirte que en la mente humana no caben determinados conceptos. El hecho de que solo podáis concebir cuatro dimensiones os limita bastante —Bukowski sonrió con picardía—. Supongo que la siguiente pregunta que debemos hacernos es por qué sucede esto, ¿por qué solo podemos ver uno de cada cien fotogramas? Pero preguntamos el por qué de las cosas es una vieja trampa del razonamiento humano que nos lleva a error, a pensar que alguien, llámalo Dios o las leyes de la física, da igual, ha hecho que las cosas sean así por alguna razón. ¿Y por qué así y no de otra manera? Algunos de vosotros tratáis de elaborar leyes matemáticas que describan el comportamiento de lo que os rodea. Pero inexorablemente esas leyes tienen que apoyarse en ciertos parámetros arbitrarios calculados mediante la observación. Tenemos a *c*, la velocidad de la luz; tenemos a *G*, la Constante de Newton de la gravitación universal; tenemos a *m*, la masa del electrón... tenemos muchas *constantes*... Esas constantes forman, en rigor, el esqueleto del universo alrededor del cual se articulan vuestras teorías. Las constantes definen el entramado de la realidad. Pero nadie ha sido capaz de explicar o predecir el valor de ninguna de ellas. Newton no tenía ni la menor noción de por qué el valor de *G* es de  $6,673 \times 10^{-11}$ ; Einstein nunca pudo explicar por qué *c* es igual a 299.792.458; Bohr jamás acertó a imaginar por qué motivo la masa del electrón totaliza exactamente la cifra de  $9,10938188 \times 10^{-31}$ ; ni el mismísimo Avogadro supo jamás por qué el Número de Avogadro es de  $6,02 \times 10^{23}$ , ni uno más ni uno menos...

—¡Vale, alto! ¡Capto la idea! —Rob se esforzaba por seguir el hilo del razonamiento, temeroso de un nuevo ataque de ira de su anfitrión, pero solo conseguía sentirse cada vez más confuso.

Bukowski frunció los labios, hizo una pausa para apurar una nueva cerveza, y continuó hablando.

—Los hombres siempre han soñado con una teoría que concluya que cada una de las constantes del universo físico sólo pueden adoptar un valor lógicamente posible. Si eso ocurriese, se les revelaría un orden subyacente bajo la aparente arbitrariedad de las cosas. Pero rara vez se hacen la pregunta fundamental. ¿Te has preguntado alguna vez, muchacho, de dónde viene eso que llamáis inteligencia? Das por hecho que la inteligencia reside en el cerebro. Observemos entonces el conjunto de partículas que forman tu cerebro y tratemos de ver más allá de los átomos y electrones, más allá de la mera interacción electromagnética que se produce en las neuronas, a un nivel más profundo, donde dominan las extrañas leyes de la mecánica cuántica, donde el espacio y el tiempo tal y como lo conocemos dejan de tener sentido, donde la realidad se comprime o se expande indefinidamente, donde las dimensiones se agolpan y se amontonan unas sobre otras. ¡Oh, casualidad! Entre infinitas posibilidades se produce una curiosa combinación que da lugar a un ser que piensa. A ti, Rob, a la persona que tengo frente a mí.

Rob se encogió de hombros, sonriendo tontamente.

—Tomemos una variación infinitesimal y tendremos una persona diferente. Cambiemos algo más, y la inteligencia será tan distinta que ya no será ni siquiera humana. Las posibilidades son infinitas.

—Me hubiese gustado ser cualquier otro menos yo —dijo Rob—. Supongo que eso significa que mi mala suerte también es infinita...

Bukowski soltó una carcajada, los ojillos chispeantes.

—Veo que me sigues —dijo complacido—. Ahora, busquemos otra metáfora más apropiada —agitó el puño y de su mano surgieron un puñado de pequeñas bolas que rebotaron en el suelo—. Imagina un enjambre de estas pequeñas esferas botando sobre una superficie horizontal, cada una desplazándose con una velocidad distinta, arriba y abajo, siguiendo

na trayectoria vertical. Cada una, cada esfera alcanza hasta una altura distinta. Algunas llegarán hasta el infinito, otras apenas superarán uno o dos centímetros... Ahora, supongamos que eres un ser bidimensional situado a una determinada altura sobre el plano de la horizontal, y que por tanto eres incapaz de ver lo que ocurre por debajo o por encima de tu punto de vista. Verás solo un número parcial de la totalidad de las esferas que ocupan la superficie, aquellas que alcanzan la altura de tus ojos, apareciendo y desapareciendo. ¿Me sigues?

Rob asintió, sin tener ni idea de a dónde quería ir a parar.

—Bien —continuó Bukowski—. Supongamos que las bolas que tú puedes ver, y solo esas, golpean las teclas de una máquina de escribir. Están todas las letras, cada bola golpea una tecla en su apogeo, y el texto que producen parece aleatorio. Sin embargo, si ordenas esas letras de una determinada forma, como en un juego, surgen palabras con sentido, incluso frases. Si la máquina se encontrase más abajo o más arriba, el resultado sería distinto. Así que tenemos nuestro espacio dividido en planos diferentes, y en cada uno de ellos se producen combinaciones de letras aparentemente sin sentido pero que, ordenadas de determinada manera, llegan a formar palabras, y las palabras, frases que enhebran el discurso de un pensamiento, el embrión de una consciencia. Esa consciencia, por su propia naturaleza bidimensional, estará confinada en un plano. Y cuando trate de interpretar lo que le rodea solo alcanzará a ver las pequeñas esferas que botan a su altura; será incapaz de visualizar las que queden debajo, ni las que superen su nivel. Desde su punto de vista el mundo estará compuesto únicamente por esos elementos. Para nuestro amigo ni siquiera existirá el concepto de altura, de un arriba o un abajo. Para un observador externo será evidente que solo contempla una fracción infinitesimal del total. Y podemos imaginar que lo primero que se preguntará nuestro amigo bidimensional es por qué el mundo es como es. Y cuando llegase a desentrañar la mecánica del movimiento de las bolas, se preguntará por qué cada una de esas partículas que forman su mundo se comporta de esa manera y no de otra, por qué rebotan hasta una cierta altura siguiendo unas determinadas leyes que a él se le antojarán arbitrarias. ¿Porque ciertamente lo son!

Bukowski calló. Engulló otra cerveza mientras observaba a Rob con sus ojillos entrecerrados, como si lo estuviese sometiendo a una evaluación.

—¿Lo has entendido? —preguntó arrojando la botella vacía que esta vez, sin embargo, no hizo ningún sonido al golpear el suelo.

En la mente de Rob se afianzaba cada vez más la idea de estar dentro de un sueño del que despertaría sin apenas recordar nada. Pero como en los sueños que imponen su extraña lógica, algo le infundía la necesidad de seguir el hilo de aquella conversación. Reflexionó unos instantes.

—Supongo que lo que quieres decir es que en el caos de partículas —dijo—, lo primero que surge es la inteligencia... y luego el resto del mundo...

—Algo así —respondió Bukowski. Encendió otro cigarrillo y se dedicó a chuparlo placenteramente.

Rob aguardó pacientemente. Había venido buscando respuestas, pero no a aquellas preguntas. Bukowski le miraba en silencio, exhalando humo, con su mirada chispeante.

—Lo primero que surge es la inteligencia —repitió Bukowski al cabo de un minuto—. Como un recién nacido que abre los ojos por primera vez y trata de interpretar las formas confusas que se agolpan a su alrededor. Lentamente, el tiempo tal y como lo conocemos no existe hasta que la mente lo inventa y se incorpora a su flujo, transcurren siglos, eones, hasta que ese ser establece una relación con el caos que le rodea, y comienza... a pensar. ¿De dónde sale esa inteligencia? Las partículas, la interacción que da lugar a los procesos mentales, todo está ahí desde siempre, flotando en el infinito. Inteligencias complejas, inteligencias extremadamente sencillas, toda una gama de posibilidades y variantes.

—Creo que lo entiendo... —dijo Rob. Se tomó su tiempo para pensar sobre ello—. Es como ir leyendo un libro lleno de letras al azar, pero solo nos quedamos con la letra que necesitamos para formar el pensamiento que queremos expresar... seguimos el texto buscando la siguiente letra, ignorando el resto... alguien distinto puede recorrer el mismo tramo y formar palabras diferentes... el número de variaciones es casi ilimitado... porque una combinación que no tenga sentido en un idioma puede tenerlo en otro idioma completamente diferente... No estamos hablando solo de los humanos, ¿verdad?

—No. La mente humana es solo una de las posibilidades. La... raza, llamémosla así, a la que yo pertenezco es otra. Pero hay muchas más, millones, la realidad misma no es más que un gigantesco hervidero de mentes superpuestas en incontables pliegues.

Bukowski se puso en pie.

—Ahora, necesitamos cierta perspectiva de nuevo —anunció.

De pronto, Rob sintió que caía vertiginosamente. Sus reflejos le gritaron que se agarrase a algo, pero para entonces el suelo ya estaba muy lejos bajo sus pies. Durante un instante vio cómo se alejaba el tejado de la casa, el jardín. Luego contempló la ciudad entera con sus luces parpadeantes antes de que la misma ciudad se convirtiese en un único punto luminoso brillando entre otros puntos. El horizonte se curvó, y rápidamente la Tierra no fue más que una esfera azulada bajo sus pies. Las estrellas les rodeaban de nuevo.

—¡No vuelvas a hacer eso! —masculló Rob, sintiendo el estómago del revés.

Bukowski se encogió de hombros con una sonrisa.

—Mira —dijo, señalando hacia la esfera planetaria.

Rob se giró. La imagen de la Tierra había desaparecido. Un billón de sinuosos hilos dorados cruzaban ahora el espacio de un extremo a otro hasta perderse de vista. En el punto donde había estado la Tierra el haz era muy grueso, los hilos se entrecruzaban y se enredaban entre sí formando una madeja esférica que recordaba vagamente a la forma y el tamaño que había tenido el planeta en ese mismo punto. Más allá, donde había estado el fondo de estrellas, finos haces palpitantes cruzaban los vastos confines del espacio como brillantes telarañas de dimensiones inabarcables. Algunos de los haces parecían cercanos, donde habían estado las estrellas más próximas. Otros se entrecruzaban detrás, en las profundidades del espacio. Y se intuían líneas más allá, donde la vista apenas alcanzaba, y todos ellos formaban un extraño y vasto enrejado tridimensional.

—Esto es lo que ven los míos cuando levantan la vista al cielo —dijo Bukowski con una nota de emoción en la voz—. En realidad, los ladrillos fundamentales sobre los que se construye la realidad se asemejan más a elementos de una dimensión que a partículas adimensionales. Desde nuestra perspectiva actual, cada uno de esos hilos —dijo señalando a la maraña más cercana— representa a un ser vivo, a una de las autoconsciencias que habitan la Tierra. Y cada una de ellas está formada a su vez por incontables hebras individuales, los elementos básicos entretrejidos entre sí.

Rob no podía apartar la vista, fascinado por la visión. El entramado de filamentos se entrecruzaban, vibraban y se agitaban mezclándose entre sí, sacudiéndose como si se tratase de un único organismo vivo. A un nivel subliminal, comprendió que todo ese movimiento era la vida que bullía en la Tierra, el intrincado entramado que formaban los ecosistemas del planeta, billones de seres vivos relacionándose. Pero los pliegues y repliegues eran tan complejos que daba vértigo intentar fijar la mente siquiera sobre una pequeña parte. Daba vértigo pensar que cada uno de aquellos filamentos estaba constituido a su vez por infinidad de partículas que interactuaban entre sí con una pasmosa complejidad. Rob comenzaba a asimilar todo aquello cuando una pregunta acudió a su mente.

—Hay algo que no entiendo —dijo, inspirado por la visión del flujo y reflujo de vibrantes surcos en el espacio—. ¿Por qué nos juntamos? Quiero decir, ¿por qué un puñado de nosotros vemos más o menos lo mismo? ¿Por qué los humanos compartimos la misma porción del espacio?

—¡Ah, el gran misterio! —bramó Bukowski—. Por fin nos acercamos. No olvides —señaló sonriendo maliciosamente—, que el espacio solo existe desde una perspectiva subjetiva, y aunque es cierto que casi todos los seres del multiverso se rigen por las coordenadas de al menos dos dimensiones, la mayoría nos movemos en espacios de siete... —agitó una mano, como si quitase importancia a ese hecho—. Pero tienes razón, hay algo más, un principio universal, una fuerza primordial que prevalece más allá de las leyes locales y los principios físicos. Los humanos habéis desarrollado un concepto que la define bastante bien: *empatía*.

Rob le miró sorprendido. Había esperado cualquier cosa, pero, ¿la empatía una fuerza cósmica?

—La empatía —explicó el viejo poeta—, tomada en un sentido amplio, es ni más ni menos que la capacidad de identificarnos con los que nos rodean, de encontrar vínculos de semejanza, de entender a los demás. La empatía tira de todos los seres vivos que comparten un mínimo común denominador, les atrae entre sí, les saca de su aislamiento y les impele a relacionarse con su entorno. Como la fuerza de la gravedad forma las estrellas en vuestro universo, la empatía aglutina inteligencias del mismo orden en un espacio común. Es la fuerza que conforma cada una de las burbujas individuales que son los universos dentro del multiverso.

—Supongo que también tengo que tomarlo como una metáfora —apuntó Rob.

—Por supuesto, se trata de una simplificación —puntualizó Bukowski—. El concepto comprende infinidad de matices que te trascienden. Pero a efectos prácticos, puedes tomarlo de forma muy literal.

El poeta señaló con un dedo a la Tierra. Rob pensó en los millones de seres humanos que se apiñaban en aquella pequeña fracción del espacio.

—La empatía —dijo Bukowski—, actúa como una fuerza básica que tiene dos polos: amor y dolor. Vuestro mundo bulle de ambos, y eso significa que se encuentra en plena expansión. El amor y el amor generan una señal básica, una vibración que se extiende atrayendo a quienes sepan escucharla. Cuando un nuevo ser toma consciencia de sí mismo, en un estado aún embrionario, escucha a su alrededor. Busca, por así decirlo, un idioma que pueda entender. Puede permanecer aislado, o bien puede verse atraído por otros semejantes y comenzar una existencia en común. Se rodea de aquellos que comparten sus esquemas de pensamiento, que perciben lo mismo que él. Y eso refuerza su propia existencia. Juntos crecen, sus visiones del caos que les rodea se realimentan entre sí, convergen hasta un punto de vista común. Crean reglas, lenguajes, formas de relacionarse y comunicarse, interpretan su pequeña fracción del caos y lo llaman universo. Lo llaman realidad.

—¿Es como nacer por primera vez? —dijo Rob.

—En cierto sentido. Pero la inteligencia existe y existirá para siempre. Sin embargo, sufre cambios, evoluciona, aprende. Algunos como vosotros parecen seguir una pauta cíclica. Alternáis periodos de intensa actividad con otros de letargo en los que creéis que la existencia ha acabado. Con cada ciclo olvidáis las vivencias anteriores, y eso os hace pensar que se trata de un comienzo totalmente nuevo. En ese sentido sois seres muy limitados, aunque algún día tal vez logréis dejar atrás ese absurdo comportamiento.

—Pero... —objetó Rob, que se esforzaba por asimilar todas aquellas ideas— ...cada vez hay más personas, la población crece... Si todos están ahí desde un principio...

—No he dicho que la empatía sea una fuerza instantánea. Es un proceso continuo. Está en marcha y aún no ha finalizado. Debéis crecer, aglutinar cada vez más miembros, expandiros por el espacio, encontrar otras inteligencias y formas de vida, diferentes pero que, necesariamente, compartan vuestro punto de vista, vuestro universo local. La empatía os mantendrá unidos. A través del amor. A través del odio. Mediante el placer y el sufrimiento. Debéis crecer hasta llenarlo todo, hasta que forméis un único haz tan grueso como el universo entero. Y entonces, llegaréis al siguiente nivel.

—¿Al siguiente nivel? —repitió Rob, confuso.

—Mira —dijo el poeta, y el entramado que era la Tierra se alejó hasta convertirse en un filamento casi imperceptible.

Otros hilos aparecieron a su alrededor... Pero esas otras líneas seguían una trayectoria que se entrecruzaba con la Tierra, hacia arriba y hacia abajo, hasta el infinito. Un millón de hilos tejían una cuerda de dimensiones inimaginables, de vastos espacios intergalácticos entre ellos. La imagen se alejó de nuevo hasta que ese grupo tomó la apariencia de un único haz, y otros surgieron a su alrededor, ondulantes, serpenteando unos en torno a otros, mientras la perspectiva se alejaba cada vez más para convertirlos de nuevo en una sola línea, rodeada de otras nuevas que se enroscaban a su alrededor...

—¡Basta! —gritó Rob mareado— ¡Lo he cogido! O eso creo. Es como si cada grupo formase parte de un orden superior, y así sucesivamente.

—Así es. Podemos establecer una analogía si consideramos cada una de tus neuronas como un ser vivo independiente, con una inteligencia mínima, pero que unidas conforman tu mente.

—¿Por qué me muestras todo esto?

—Fuiste tú el que vino a verme —respondió Bukowski— ¿Qué diablos esperabas encontrar?

Rob le miró azorado.

—Bromeaba —dijo Bukowski—. En realidad, forma parte de la motivación de mi raza. Tratamos de ayudarnos a perpetuarnos.

—¿A perpetuarnos? —preguntó Rob.

—En realidad todo se encuentra en un equilibrio muy delicado. Si no conseguimos mantenernos unidos echareis a perder este universo. Volveréis al vacío. Al asilamiento. El siguiente orden de inteligencia del que formáis parte se verá afectado, y no queremos que eso ocurra —sonrió afablemente.

Rob tuvo la impresión de que le ocultaba algo, había todavía demasiadas cosas que no entendía. Pero ya tenía suficiente. Quizás en otra ocasión.

—¿Recordaré todo esto cuando regrese?

—Eso dependerá de ti. De cuanto amor te rodees, o de cuanto dolor. Ambos funcionarán como estímulos para contemplar el mundo desde la perspectiva adecuada.

Bukowski guardó silencio, sonriendo beatíficamente. Ahora había una paz infinita en sus ojos, como un hombre que ha visto satisfecho el objetivo de su vida y puede descansar en paz. Contagiado por aquella mirada, Rob casi olvidó lo que había venido a hacer.

—¡Necesito encontrarla! —exclamó de repente, temiendo despertar en cualquier momento—. Vine porque buscaba a una persona. ¿Me la mostrarás?

—Te has ganado el derecho a contemplar el espacio-tiempo sin ataduras —Bukowski extendió la mano al frente.

Rob se giró y pudo ver de nuevo a la Tierra flotando en el espacio, tal y como había aparecido al principio, blanca y azul, nítida como en las imágenes enviadas desde los satélites orbitales. Pero esta vez sintió que podía manipular esa imagen a su antojo con su propio pensamiento, dirigirse hacia el punto que eligiese, cualquier momento y lugar, pasado o futuro. Supo que si quisiera podría ver el desarrollo de los acontecimientos venideros, la evolución de las economías, las inversiones que le harían millonario en un puñado de años, las próximas guerras y conflictos, las decisiones de los gobiernos, conocer a los futuros líderes del mundo incluso antes de que nacieran... El futuro no era más que una interminable imagen estática frente a él. Un hombre ambicioso podría querer conocer todo aquello y sacarle provecho. Adquirir suficiente riqueza y poder para perpetuarse durante una eternidad. No le sorprendió que muchos hubiesen sucumbido a esa tentación. Pero a él no le interesaba nada de eso.

—*María, ¿dónde estás?* —preguntó en un susurro.

En un parpadeo, la imagen de la superficie del planeta saltó ante sus ojos. Divisó un paisaje desde el aire, como si flotase en un globo, un campo dorado de trigo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Vio un puñado de hombres que se afanaban en las labores del campo, pero su atención recayó sobre una figura que se irguió durante un instante y levantó la mirada al cielo, frotándose el sudor de la frente con el dorso de una mano sucia y callosa. En el horizonte se recortaba la silueta triangular de tres pirámides, brillantes y relucientes, algunas incompletas, pero no por el desgaste del tiempo, sino porque se encontraban todavía en construcción. En el cielo, las nubes se movían y cambiaban de forma a gran velocidad, como en una grabación pasada a cámara rápida. El hombre escupió una maldición en un idioma antiguo y se inclinó para continuar trabajando la tierra... *¡No!, adelante.* El paisaje cambió, agitándose antes sus ojos, y lo que vio a continuación fue a una niña en una habitación de paredes de adobe. La tela rasgada de su túnica dejaba al desnudo su espalda cubierta de llagas sangrantes. Una mujer la golpeaba con un látigo con la insensible determinación del que se sabe con derecho de vida y muerte sobre su esclavo. La niña sollozaba, demasiado acostumbada a los golpes para intentar ya siquiera una débil queja. La mujer gritaba con ira, jadeando por el esfuerzo de manejar el látigo. La niña se acurrucó en el suelo, el cuerpecito temblando con espasmos de dolor, incapaz de comprender por qué merecía aquel castigo... *¡No!, adelante.* En una mísera cabaña de barro y paja, sobre un jergón mugriento, una mujer lloraba mientras sujetaba a un bebé contra su pecho. El bebé estaba muerto. El aliento de sus sollozos escapaba en nubecillas blanquecinas, condensándose al instante por el intenso frío. Las bubas alrededor de su cuello tenían un aspecto grotesco. La peste no la dejaría vivir mucho más tiempo que a su pequeño... *¡No!, adelante.* La tierra retumbaba, estremeciéndose como el pecho de un niño a punto de romper a llorar. El aire caliente olía a pólvora y azufre, los ojos del hombre ardían, la cabeza contra el suelo polvoriento protegiéndose bajo el casco, en sus labios una plegaria para que todo aquello acabase. Apretaba el fusil con fuerza bajo su cuerpo, como si aquella pequeña arma pudiese protegerlo de las bombas que llovían sobre él, un pequeño cuerpo flotando en un mar de cadáveres... *¡No!, adelante.*

La había encontrado. Sabía que todas aquellas personas eran, habían sido y serían María. Sus momentos más tristes o dolorosos reclamaban su atención como si buscasen un consuelo imposible en la mirada ajena, una vida tras otra, muerte y nacimiento, un millar de cuerpos distintos, todos ligados a la misma esencia que los sustentaba. Pero lo que necesitaba era llegar hasta el momento actual, hasta el día en que ella desapareció.

Una niña pequeña correteaba desnuda sobre un suelo de cerámica. Rob detuvo su atención sobre ese instante. Las imágenes se ralentizaron, avanzando casi en tiempo real. El tipo de mobiliario indicaba que era la fecha correcta. La niña, regordeta, de pelo negro y lacio, corría por el pasillo con los bracitos abiertos, trastabillando en cada paso, oscilando a un lado y otro como si anduviera sobre la cubierta de un barco agitado por una tormenta, siempre a punto de caer, pero manteniéndose milagrosamente en pie. Entró en una habitación y, sorteando los juguetes desparramados por el suelo, se arrojó a los brazos de un niño rollizo, algo mayor que ella. El niño la recibió con grandes muestras de alborozo. Rob reconoció al instante a su amigo Leo. Con el corazón en un puño, desplazó su atención hacia delante, con cuidado, lentamente.

La vida de María desfiló ante sus ojos escena a escena, como vagones de un tren cuyas mercancías fuesen emociones en estado puro. Rob vio como la niña crecía arropada por su hermano mayor en un hogar marcado por un padre violento y alcohólico y una madre de carácter débil. Cuando su padre irrumpía borracho y comenzaban los gritos, su hermano se ocupaba de sacarla de la casa y llevarla al parque de juegos, o bien se encerraba con ella en el dormitorio y subía el volumen del televisor hasta ahogar los gritos que se arrastraban desde el cuarto de sus padres. Fue testigo de la adolescencia atormentada de María, de sus esfuerzos por pasar la mayor parte del tiempo fuera de aquella casa, refugiándose en la pandilla de adolescentes rebeldes, jóvenes la mayoría de las veces tan desorientados y atormentados como ella misma; de cómo María siguió en contacto con su hermano, quien, enrolado en la marina, la llamaba cada vez que tenía ocasión y la mantenía al día de sus andanzas y viajes. A los dieciséis años María dejó el instituto y consiguió un trabajo como camarera en un bar de copas. Soñaba con reunir algo de dinero y decidirse por fin a abandonar su casa, escapar a cualquier otro lugar, no le importaba dónde, con tal de estar lejos de sus padres. Se sentía atrapada, vacía. Con dieciocho años la vida ya era para ella un túnel sin salida. Entonces conoció a Marc. Él era alto y guapo. Tal vez un poco bravucón, pero qué chico de veinte años no lo es, pensó María. Él la hizo sentir importante cuando se fijó en ella entre todas las chicas de la pandilla. María se engañó a sí misma convenciéndose de que estaba enamorada. O tal vez sí lo estaba realmente. Rob apretó los dientes y maldijo en voz baja cuando contempló cómo hacían el amor, cómo él la follaba con rudeza... ella sintiéndose agradecida por tenerle entre sus piernas. Después llegó el embarazo, y el tenue destello de esperanza se extinguió como una vela bajo un vendaval cuando le dio la noticia y él respondió con ira. Rob vio los golpes. Y no se le escapó el detalle de cómo lanzaba el puño hacia el vientre de María, buscando el aborto. Con los dientes apretados, Rob maldijo a aquel bravucón. El odio ácido corrió por sus venas como agua a presión por una cañería. Y cuanto más odiaba, con mayor claridad fluían las imágenes ante él.

Poco después, María escapó para encontrarse con su hermano en Barcelona. Se vio a sí mismo frente a ella. Turbado por su propia imagen, evitó esos momentos buscando más allá. Por fin alcanzó a ver lo que le había sucedido. La habían secuestrado la misma noche que ellos desaparecieron en el Club Paraiso. Luego los habían llevado a todos a Alemania. ¡Al castillo de Wewelsburg! Así que ella estuvo allí desde el principio. Comprobó que estaba bien y que, por supuesto, ellos hacían todo lo posible para que el bebé se encontrase en perfecto estado. ¡El bebé! ¡Así que la reencarnación de Yóg-Sothoth era en realidad su hijo! Le inundó cierto alivio que pronto se convirtió en ansiosa urgencia al comprender que cuando el niño naciera, ella ya no les serviría.

Lo que vino después le hizo estremecer. Nadie la rescataba. No había ni rastro de Siang, de Viktor ni de él mismo en el futuro de María. Ella tenía el bebé, y luego...

No pudo seguir. El futuro que atisbó era demasiado terrible para enfrentarse a él. ¿Dónde diablos estaban ellos? Rob se buscó a sí mismo en el flujo del tiempo, se buscó siguiendo el hilo del odio que le había embargado y del amor que sentía por María. *¿Dónde te has metido, maldito imbécil?* La imagen de María se desvaneció convertida en un flujo neblinoso, como el humo expelido por una chimenea alrededor del cual comenzaba a entrelazarse otra hebra, un fluido vaporoso que provenía de otra dirección, y siguiendo esa dirección Rob se encontró a sí mismo. Junto a él también estaban Siang y Viktor. Los tres intentaban colarse en el castillo arrastrándose por túneles secretos que solo él conocía. Pero esta vez les estaban esperando. Viktor murió peleando. Siang y él fueron capturados vivos. Les llevaron hasta una de las salas de tortura.

—¡Basta! —gritó, la frente empapada en sudor.

Las imágenes se alejaron absorbidas por un remolino, y Rob volvió a encontrarse en mitad del vacío, la Tierra flotando ante él, sólida y majestuosa. Se giró buscando a Bukowski, quien le observaba ceñudo, con un matiz cínico en los labios.

—¿No te gustó lo que viste, muchacho? El futuro no es siempre lo que uno espera.

—El futuro no es irreversible, ¿verdad? No tiene por qué suceder así. ¡Puede cambiarse! —era más una súplica que una pregunta.

—Puede parecer una paradoja, pero lo que has visto es lo que ocurriría irremediabilmente si tú no lo hubieses contemplado. Desde el mismo instante en el que has comprobado a dónde te llevarán tus actos, tú y solo tú puedes hacer que sea diferente.

Rob pensó sobre ello unos instantes.

—Pero si tomo decisiones distintas —dijo—, ¿cómo sabré que son acertadas? ¿Cómo sabré que me llevaran a dónde quiero?

No fue necesario que Bukowski se lo explicara. Lo comprendió mientras la pregunta tomaba forma en sus labios. Por eso todos anhelaban tener La Llave en su poder. Por eso habían muerto millones. Se habían declarado guerras solo para conseguir aquel objeto que ahora él tenía entre sus manos. Con La Llave, siempre podría regresar allí y comprobar

cuál sería el resultado de sus actos. Anticipar el futuro no significaba saber lo que iba a ocurrir inevitablemente, sino qué es lo que podría ocurrir bajo determinadas circunstancias. Y las circunstancias siempre podían cambiarse para que el futuro resultara favorable a sus intereses. Pero, ¿podría soportar semejante responsabilidad? ¿Qué ocurría si a pesar de todo fallaba y La Llave caía en manos de los Trece? Ya habían demostrado lo retorcidos que podían llegar a ser a la hora de tejer sus engaños. ¿Y si todo aquello seguía siendo parte de la trampa? ¿Una forma de descubrir el secreto de Himmler?

Había atisbado lo que pasaría si le atrapaban. No resistiría la tortura. Un nuevo imperio de terror se extendería sobre el planeta sustentado por el poder de La Llave. No podía arriesgarse. Tendría que continuar a ciegas, después de todo. Ya había vislumbrado un posible futuro. Eso era algo. Ahora solo tenía que buscar la forma de cambiarlo.

—Intentaré que pase mucho tiempo antes de que vuelvas a tener visita —dijo con determinación.

—Lo comprendo —asintió Bukowski—. No me importará esperar.

Rob miró por última vez al viejo poeta, con su barba descuidada y sus manos pequeñas, con aquellos ojillos tristes y brillantes. Se lamentó de no poder quedarse allí por más tiempo.

—Y ahora, ¿cómo rayos salgo de aquí?

Rob sintió que el cuerpo le pesaba una tonelada, atraído contra el duro suelo de roca como si un centenar de pequeños garríos tirasen de sus músculos. Esa brutal vuelta a la realidad le hizo darse cuenta de lo ligero que se había sentido mientras se encontraba... ¿dónde? Abrió los ojos para toparse con el rostro preocupado de Siang.

—¡Por fin has despertado! —exclamó el oriental con alivio. Acercó a los labios de Rob un cuenco humeante—. Bebe. Esto te hará bajar la fiebre.

Rob dio un par de tragos y toxió bruscamente. Había esperado algún truco efectista al regresar, como que apenas hubiesen transcurrido unos segundos desde que agarró La Llave. Pero ya debía de ser bien entrada la noche a juzgar por la oscuridad en la boca de la caverna. Junto a él, una hoguera ardía débilmente. La luz proyectada por las llamas dibujaba sombras vacilantes en las paredes. Un denso frío impregnaba el aire. Su cuerpo sin embargo estaba bañado en sudor, la piel hirviendo en contacto con las ropas térmicas.

—Has pasado varias horas inconsciente —explicó Siang—. La fiebre fue muy alta, pero ya pasó lo peor. Es normal —añadió tratando de tranquilizarle.

Rob intentó incorporarse, pero los músculos le dolían como si llevara una semana postrado en la cama.

—¡Mierda! —se quejó— Me sentí tan bien allí arriba, parece que mi cuerpo lo estaba compensando aquí abajo...

Viktor apareció a su lado, observándole con el ceño fruncido, un cigarro humeando en los labios.

—¿Arriba? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

Rob cerró los ojos. Detrás de sus párpados la oscuridad parecía tener un significado oculto. De alguna forma sabía que no estaba solo. Un enjambre de ojos ciegos le observaban desde las sombras. Su cuerpo se agitó con un estremecimiento helado.

—¿Viste algo? —insistió Viktor—. ¿La encontraste?

Rob no supo si se refería a María o a Karla.

—Sí —respondió, pensando en María—. La tuvimos tan cerca... Nos la jugaron bien. Cuánto más lejos corríamos, más nos alejábamos de ella. Estuvo desde el primer momento en aquel castillo... —Leo también estuvo allí, pensó, y ahora no está. Sintió que el mundo ya no era el mismo mundo que había conocido. Leo había desaparecido, su propia vida había desaparecido, y algo distinto y sin sentido había ocupado su lugar—. Karla está a su lado, en Wewelsburg —dijo mirando a Viktor.

—¿Estás seguro? —preguntó Viktor—. ¿Podemos fiarnos de esa cosa?

Siang le lanzó la mirada de un cura que se encuentra ante alguien que duda de la existencia de Dios.

—Si dudas, compruébalo tú mismo —dijo.

—Bien —tuvo que admitir Viktor—, ahora que sabemos dónde está, vayamos a por ella.

—No estoy tan seguro —dijo Siang. Su frente se pobló de arrugas—. Si nos atraparan, estaríamos entregándoles el poder de La Llave.

—Pero ahora él puede emplearla para participar sus movimientos —replicó Viktor—. No nos cogerán.

—¿Eso es así? —preguntó Siang.

Rob intentó hablar, pero un acceso de tos le interrumpió. Tenía la garganta muy seca, y al hablar el paso del aire frío le producía el efecto de una lija acariciándole la tráquea. Siang le hizo apurar el contenido del cuenco.

—Si vamos a buscarla —logró articular cuando la tos le dio una tregua— nos matarán.

Viktor abrió la boca, pero solo para emitir una nubecilla de vapor que se perdió en la penumbra. Dio un par de pasos que resonaron lúgubres en la caverna.

—¿Entonces, de qué ha servido todo esto? —murmuró.

—¿Qué viste exactamente? —preguntó Siang.

—Intentamos... quiero decir, vi cómo intentábamos entrar en el castillo a través de uno de esos túneles que se supone que solo yo conocía. Pero todos los accesos estaban vigilados. Nos cazaron como a ratas. Y luego... —vaciló unos segundos, miró de reojo a Viktor—. Nos cogieron a ti y a mí —señaló a Siang—. Nos torturaron. Nos arrebataron La Llave. No pude seguir mirando, fui adelante, y lo que vi... Hubo una guerra, bombas... millones de muertos... y ellos ganaban...

—¡Mierda! —maldijo Siang, apretando los dientes— ¡Es lo que temí desde un principio! ¡Nos hemos metido en una ratonera! ¿No lo veis? —dijo un puñetazo a una de las estalactitas que les rodeaban, que se quebró en pedazos—. Si intentamos rescatar a María nos arriesgamos a que nos capturen vivos y averigüen dónde está La Llave. Si no lo hacemos, Yog-Sothoth acabará de nuevo al frente de Los Trece.

—Pero tiene que haber una salida —replicó Viktor—. Creí que con eso tendríamos ventaja —señaló a la caja junto a ellos.

—No podemos arriesgarnos a llevarla con nosotros —Siang meneó la cabeza, agitando como si quisiera sacudirse el frío.

—Pero es el reclamo perfecto para atraer a Karla.

—¡Estúpido! —estalló Siang— ¿Crees que tú solo podrás hacer algo contra todos ellos? ¡Karla te aniquilará!

—¡No le tengo miedo! ¡Al menos moriré intentándolo!

Viktor se irguió en toda su altura, tenso como un mástil.

—No —intervino Rob—. Siang tiene razón. Hemos fracasado.

Viktor le miró como un niño que de pronto se da cuenta de que ha sido estafado por un adulto.

—Cabe otra posibilidad —dijo Siang, pensativo—. Aunque no llevemos La Llave con nosotros, durante un tiempo Rob conservará la visión remota de un Mahatma. Carece del entrenamiento espiritual necesario para evocar eventos del futuro, pero sus visiones deberían ser suficientes para encontrar, al menos, un curso de acción que nos sea favorable.

—¿Es eso cierto? —preguntó Viktor—. ¿Puedes ver el futuro aunque estés lejos de esa cosa?

—Tal vez —dijo Rob—. Siento que algo tira de mí, como una llamada que intenta despertarme de un sueño... Pero es un vínculo frágil, hay que fortalecerlo con...-se sintió estúpido por decirlo en voz alta, pero así lo sentía— ...con *amor*.

Rob se derrumbó sobre el saco de dormir. Cerró los ojos y pensó en María. Por un instante su presencia pareció tan cercana que abrió los ojos esperando encontrarla postrada junto a él. Pero el amor que sentía por ella era aún demasiado incipiente, incorpóreo, un mar de promesas llenas de anhelos. Aparte de María, ¿a quién podía considerar que amaba realmente? ¿A sus padres? Sin duda, pero era un amor racional, demasiado cotidiano para despertar en él un sentimiento penetrante. ¿Alguien más? Ainara. ¿La había amado realmente? Su recuerdo fue como reencontrarse con un viejo poema de adolescencia escrito en el margen de un libro olvidado. Sentimientos hacía ella se le revelaban más como una necesidad desesperada de compañía que como verdadero amor. ¿Y qué había del odio? Había mucho resentimiento en su interior, lo sentía vibrar, bullir bajo su pecho. Odiaba a Fran. Odiaba al novio de María. Odiaba a los asesinos de Leo. ¿Era aquel odio lo suficientemente potente como para arrastrar su mente? Las lágrimas se abrieron paso entre sus párpados apretados. Detrás de la oscuridad desfilaron los rostros que le habían abandonado.

—No consigo ver nada —dijo. Se sentía débil y estúpido, pero sobre todo, se sentía impotente.

Siang rebuscó en su mochila y sacó una navaja. La abrió, estudiándola detenidamente. La hoja, muy afilada, brilló con el reflejo de la hoguera. Después, con un gesto brusco, como si tomase una determinación, puso el metal sobre el fuego hasta que adquirió un fulgor anaranjado.

—Sin la preparación adecuada, ésta es la única forma —dijo sin poder ocultar un ligero temblor en la voz. Se arremangó la manga del grueso chaquetón y aplicó la hoja al rojo sobre la piel desnuda del antebrazo.

—¡No! —gritó Rob, comprendiendo sus intenciones un segundo tarde.

El rostro de Siang se contrajo por el dolor. Un grito ahogado resonó en las paredes de la cueva como el eco de un alma torturada. El grito golpeó a Rob con la fuerza de un huracán, una onda expansiva que le traspasó la piel sacudiéndole hasta las entrañas. La luz vibró y se estremeció, como afectada por la onda expansiva. El dolor brilló en su mente durante un instante insoportable. Luego se extinguió para dar paso a una oscuridad pesada, extraña, un mar de ébano suspendido frente a sus ojos. Tuvo la absoluta certeza de que ya no se encontraba en la cueva. Ciego, parpadeó tratando de distinguir algo. Los ojos le escocían. Oía intensamente a carne a la brasa, a grasa quemada, a pólvora y azufre. Poco a poco comenzó a distinguir formas a su alrededor. El suelo estaba cubierto de cadáveres. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, supo que había exactamente doscientos hombres allí tendidos, muertos, los cuerpos mutilados, torsos, brazos, cabezas y piernas entremezclados, como piezas de muñecos a medio componer. La pila de cuerpos ardía lentamente, las ropas se consumían como papel mojado, las llamas resbalando sobre la piel desnuda. En las ropas, quemadas y destrozadas, vio centenares de evásticas, insignias bordadas en chaquetas y pantalones, en solapas y cinturones. Pero sabía que no se trataba de una escena del pasado, sino del futuro. Aquello no había ocurrido aún.

Entre decenas de rostros sin vida, uno atrajo su atención, como el epicentro de aquella pesadilla. Era su propio rostro.

—¡No! —gritó. Su cuerpo se puso rígido y luego se aflojó con un espasmo, como un elástico tensado al límite que se rompe.

Siang le agarró los hombros, ayudándole a incorporarse.

—¡Dios mío! —gimió Rob, respirando agitadamente— ¿Qué diablos era eso? —tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas.

—Lo has conseguido. ¡Ha funcionado! —exclamó Siang.

—¿Qué es lo que ha funcionado? —preguntó Viktor.

—Acaba de experimentar la visión remota —explicó Siang. La sombra de una sonrisa de satisfacción aleteó por su rostro—. ¿No es cierto?

—¡Maldita sea si lo sé! —Rob se puso en pie. Tenía el estómago del revés, todo daba vueltas a su alrededor—. Fue espantoso. No lo entiendo... Creo que se trataba del mismo momento del futuro que vi cuando estaba arriba —hizo un gesto vago hacia el techo de la caverna—. Pero ahora todo era diferente... No tiene sentido. —¿O tal vez sí? Un escalofrío le

sacudió como una descarga eléctrica.

—¿Qué es lo que viste esta vez? —insistió Viktor.

Rob describió brevemente la visión. Siang le estudió pensativo.

—Creo que esos hombres estaban de nuestra parte —dijo Rob—. Murieron por mi culpa

—Pero eso no tiene ningún sentido —murmuró Viktor—. ¿Quiénes eran?

—Es difícil de saber. El futuro fluctúa constantemente —dijo Siang—. El mismo hecho de anticiparlo provoca que cambie. Es imposible saber cuándo un suceso está determinado completamente. Solo las predicciones que afectan a grandes masas de población son estables, porque es difícil que las acciones de unos pocos hombres cambien el curso de los acontecimientos. Por eso el poder de La Llave es tan efectivo en las grandes guerras. Cuando pones en movimiento a miles de personas, las probabilidades de que los actos de unos pocos puedan desviar ese curso de acción disminuyen drásticamente. Sin embargo, el futuro de nosotros tres es incierto. Incluso contando con las predicciones directas de La Llave sería muy difícil saber si obramos bien en cada momento.

—El Maestro dijo que yo reuniría un ejército... —dijo Rob—. Creo que acabo de entender a qué se refería.

Una idea estaba cuajando en su mente. Era una locura, una temeridad, pero tal vez funcionara. Mierda, él mismo lo había previsto todo para su regreso. Aunque el propósito original fuese una perversión moral, ¿por qué no hacer uso de ello para un fin justo? En cierto sentido, sería una forma de redimirse a sí mismo por los crímenes del pasado.

Fue hasta el cofre que contenía La Llave. Metió la mano debajo, en el estrecho espacio que quedaba entre la base y el suelo. ¡Sí! ¡Allí estaba! Tal y como lo recordaba.

Siang y Viktor le miraban sin comprender. Rob les enseñó el pequeño objeto extraído del fondo del cofre: un anillo con un sello en el que destacaba el delicado grabado de dos runas con forma de S.

—Himmler dejó aquí una copia de su sello personal con el que identificaba sus órdenes —explicó Rob—. Todo estaba preparado para su regreso.

—¿De qué diablos hablas ahora muchacho? —preguntó Viktor.

—Siang —dijo Rob, ignorándole—, dijiste que las predicciones se hacen más efectivas cuando afectan a un gran número de personas. ¿Qué ocurriría si además de nosotros tres involucrásemos a unos cuantos más? ¿A un centenar, a un millar? Si contásemos con un ejército.

Siang lo miró con preocupación, como si temiese que Rob estuviese delirando de nuevo.

—No creo que Los Trece esperen un ataque a gran escala. Tal vez, ayudándonos de tus visiones, podríamos establecer un curso de acción desde varios frentes que fuese difícil de desviar. Pero no veo cómo...

Rob acarició el anillo en su mano, permitiéndose una sonrisa por primera vez en mucho tiempo. Él sí veía cómo.



Sentía los gemelos a punto de estallar por el esfuerzo constante de impulsarse hacia arriba. Ascendían por una pronunciada rampa de hielo casi vertical. Siang, siempre una decena de metros por delante, se movía como si no existiese la fuerza de la gravedad. Rob gruñó y miró sobre su hombro para comprobar por enésima vez que Viktor continuaba detrás, paciente, con la increíble carga a sus espaldas. Las montañas, al este, tenían una apariencia siniestra bajo la vaporosa luz del amanecer: parecían inmensos gigantes postrados que aguardasen el momento de despertar para arrasar el mundo. Rob echó un vistazo fugaz al punto donde habían encontrado el cofre, abajo, increíblemente abajo. Nunca hubiese imaginado que sería capaz de llegar tan arriba.

Una ráfaga de viento helado le azotó el rostro. Se detuvo. Un chorro de sudor brotó de sus axilas. No quería imaginar lo que les sucedería si estallaba una tormenta como la que les había sorprendido abajo. Allí, en la ladera casi vertical, pegados como moscas a un cristal, estaban totalmente expuestos. Una dosis de adrenalina le ayudó a impulsarse con fuerza hasta el siguiente tramo del ascenso. Siang había asegurado que durante unas horas el cielo estaría tranquilo, pero Rob se estremecía de pánico cada vez que una ligera ráfaga de viento le agitaba un mechón de pelo.

Para su sorpresa, aunque ya había pocas cosas que pudieran sorprenderle, conocía perfectamente el arte de escalar montañas. Himmler había sido un excelente escalador. La mayoría de los miembros de las SS lo fueron. La escalada era uno de los deportes favoritos del grupo de líderes nazis, si bien Rob no alcanzaba a recordar cuál era la verdadera razón de ese interés. Tal vez no había ninguna intención oculta más allá del puro placer del deporte, o tal vez Himmler se había estado preparando para aquel momento. Sin embargo, una cosa era recordar la técnica, los movimientos, los lazos y nudos adecuados, y otra que su cuerpo respondiese al esfuerzo necesario.

Se detuvo, clavado a la pared con la punta delantera de sus crampones, al borde del agotamiento. Durante unos segundos apoyó la mejilla en la pared de hielo, ahogado por las náuseas. Echó un vistazo al abismo bajo sus pies y tuvo la sensación de que en el fondo había algo vivo que aguardaba en silencio, semejante a esas plantas carnívoras que esperan pacientemente que un insecto se pose en su interior.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Viktor.

Viktor estaba muy cerca, casi podía tocarle los pies si estiraba el brazo. Rob asintió débilmente y buscó el siguiente saliente disponible, cogiendo impulso ayudado por el piolet. *Esto acabará*, se dijo, *algún día acabará y podrá quedarme tumbado todo un año seguido. O mejor aún, metido en una bañera de agua hirviendo.* El sol surgió majestuoso por encima de la cordillera y la luz dorada subió por la pared con un fulgor cegador, como un foco en busca del artista en el trapecio. Continuaron ascendiendo lentamente durante quince minutos más, y entonces la silueta de Siang desapareció sobre su cabeza.

—¡He alcanzado la cima! —la voz de Siang llegó flotando desde las alturas.

Rob clavó las puntas de los crampones con fuerza, lanzando una lluvia de esquirlas sobre Viktor, que soltó una maldición. Rob murmuró una disculpa que apenas logró salir de sus labios pálidos por el frío. Envuelto en una nube de dolor, ascendió un poco más. La pared se inclinaba hacia adentro. El último tramo parecía más sencillo, si las fuerzas no le abandonaban por completo. También el hielo era más quebradizo. Los salientes se resquebrajaban peligrosamente bajo la presión de sus guantes, obligándole a tantear mucho más hasta encontrar un punto adecuado al que asirse para impulsarse. ¿Cómo rayos había subido Siang tan rápido? Las habilidades físicas del asiático nunca dejaban de sorprenderle. Pateó con las botas en el hielo hasta encontrar un saliente en la roca, apoyó el pie derecho, buscó un nuevo apoyo para el pie izquierdo, se impulsó hacia arriba tanteando con las manos como un ciego en busca de un asidero y, por fin, sintió cómo unas manos se aferraban a las suyas y tiraban de él hacia arriba. Se dejó arrastrar, como un bulto inerte, hasta la cima.

El rostro de Siang, enrojecido por el esfuerzo, le miró sonriente.

—¡Te dije que lo conseguirías! —exclamó satisfecho.— ¡Ya pasó lo peor!

—¡Lo peor será bajar! —musitó con un hilo de voz, y se derrumbó sobre el suelo sembrado de peñascos. El cielo tenía un color sobrenaturalmente azul, salpicado por un puñado de nubes blanquecinas que parecían dar vueltas sobre su cabeza.

Un gruñido les avisó de que Viktor completaba el ascenso. Siang se apresuró a ayudarlo.

—¡Demonios! —exclamó el hombretón— ¡Hacia años que no intentaba algo así! ¡Pero ha merecido la pena! —Viktor contempló el paisaje a su alrededor, la espalda inclinada y las manos apoyadas en las rodillas, respirando con dificultad.

Sobreponiéndose al agotamiento, Rob se incorporó y echó un vistazo. Se encontraban en el interior del lecho de un antiguo arroyo helado, flanqueado a ambos lados por peñascos grises. Más allá de las rocas, el suelo estaba sembrado por un enjambre de picos de hielo esculpidos por la intemperie hasta formar afiladas cuchillas de color lechoso. Una cascada congelada se desparramaba en numerosas columnas que brillaban bajo el sol.

—¡Vamos! —llamó Siang.— ¡Allí está!

Salieron del lecho del arroyo y caminaron sobre una superficie redondeada y resbaladiza, el dedo de un glaciar que antiguamente había descendido varios kilómetros. Ahora, el flujo se había detenido y estaba revertiendo hacia atrás, comprimiéndose, perdiendo el terreno ganado tan laboriosamente durante siglos. La frontera actual del glaciar, un impresionante muro de hielo iluminado por el sol, se elevaba varios cientos de metros sobre sus cabezas. Siang se aproximó a la pared y caminó por el borde, sorteando el reguero de rocas de diversos tamaños que habían quedado al descubierto tras el retroceso de la pared de hielo.

—¡Aquí! —llamó.

A sus pies vieron una grieta de un par de metros de diámetro. Más abajo parecía ensancharse conforme se hundía en la base del glaciar.

—¿Servirá? —preguntó Rob dejando vagar la mirada en aquel pozo sin fondo.

—Es perfecto —afirmó Siang—. La hendidura puede prolongarse un centenar de metros abajo. Y no durará mucho abierta. Unas cuantas nevadas más y desaparecerá por completo, como si nunca hubiese existido. El movimiento mismo del glaciar la sellará definitivamente en unos años. Con suerte lo arrastrará tras de sí. Será como si la tierra se lo tragase.

Rob asintió. Aquel parecía el mejor escondite para La Llave, un lugar donde se perdiera definitivamente, donde nadie pudiese alcanzarla jamás. No mientras la montaña permaneciese en su sitio.

—De acuerdo —dijo— Hagámoslo.

Viktor se sacó la mochila de la espalda y la depositó cuidadosamente en el suelo. La abrió y sacó de su interior un bolso de piel del tamaño de una cartera de mano.

—Sigo pensando que deberíamos conservarla en nuestro poder —dijo.

—La decisión está tomada —dijo Rob.

Viktor frunció el ceño. Sus ojos grises se fundían con el paisaje que les circundaba.

—Está bien. Creo que deberías hacerlo tú —le tendió la bolsa a Rob.

Sin vacilar, Rob dejó caer la bolsa y la negrura se la tragó en silencio.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Que ocurre? —preguntó Siang alarmado.

Rob les miró a ambos con expresión abatida.

—Que ahora tenemos que bajar —dijo, y se desplomó agotado sobre las rocas heladas, soñando con una cama caliente.

El Pub Ostara, en el centro de Berlín, uno de los puntos de reunión y captación de jóvenes nazis, se encontraba aquella noche medio vacío. Un hombre de cuarenta años llamado Hans, que había sido designado para regentar aquel local, se sirvió un vodka con hielo y se acomodó detrás de la barra mientras hojeaba con interés un catálogo de armas automáticas. Encendió un cigarro de marihuana y aspiró lentamente, disfrutando del sabor ácido del alcaloide. Un solo de guitarra de algún oscuro grupo de heavy metal atronaba en el aire. De vez en cuando, la carcajada de alguno de los jóvenes que bebían cerveza y charlaban en las mesas sobresalía por encima del estruendo de la música.

La puerta del local se abrió. Hans levantó la vista para toparse con un enano paliducho, de aspecto indudablemente judío, que entró seguido por un gigante de casi dos metros. ¿Pero, quién diablos...? Hans se puso en pie, llevando con un gesto reflejo la mano a la escopeta recortada que descansaba bajo la barra. Una veintena de cráneos afeitados se volvieron al unísono para mirar a Rob y a Viktor. Las conversaciones se apagaron con un murmullo siseante, como una hoguera bajo un cubo de agua.

Rob ignoró la voz interior que le gritaba que saliera corriendo y se adentró entre las mesas tratando de aparentar una digna calma. El local, tenuemente iluminado, apeataba a sudor y alcohol, vapores rancios le taladraron la nariz y casi le provocan una arcada. Las paredes estaban repletas de banderas con insignias nazis, calaveras, águilas y esvásticas retratos de Hitler y Himmler. A su paso, Rob miró de reojo brazos, cuellos, cabezas afeitadas que lucían tatuajes con la esvástica o la doble runa de las SS.

Bien, aquel parecía un sitio tan bueno como otro cualquiera para empezar a buscar. Su intuición, o lo que diablos fuese aquel sexto sentido que guiaba sus pasos desde que entró en contacto con La Llave, le decía que alguno de aquellos hombres pertenecía a la reconstituida Orden Negra. Solo tenía que dar con él antes de que aquellos lobos salvajes le despellejasen.

Se sintió ridículo cuando tuvo que ponerse de puntillas para poder mirar al barman por encima de la barra. ¡Mierda! ¿Por qué precisamente esta barra tenía que ser tan alta? —¡Ejem, oiga! —dijo. Notó que le temblaba la voz— ¡Quiero hablar con el que esté al mando aquí! —Para su alivio, comprobó que su acento alemán era impecable. Un par de sesiones de hipnosis con Siang y había conseguido hablarlo con una fluidez sorprendente. Había practicado mucho con Viktor durante el viaje hasta Berlín, pero hablar en alemán seguía pareciéndole un truco que podía fallarle en cualquier momento, como una radio a punto de perder la sintonía.

Ignoró el exhalo colectivo de sorpresa a sus espaldas. Detrás de la barra, un hombretón que lucía en el cráneo un tatuaje de una enorme águila con las alas desplegadas, tan gordo que parecía a punto de estallar si aspiraba demasiado aire, se plantó frente a él.

—¡Lárgate ahora mismo o estás muerto! —dijo en un susurro cortante, los labios fruncidos entre la rabia y el estupor. Aunque el gordo se dirigió a él, no le quitaba la vista de encima a Viktor. Rob trató de contener el temblor en la barbilla. *Vamos, no puedes titubear. Se supone que eres el líder que esta gentuza lleva décadas esperando. Esperan a alguien seguro de sí mismo.* Vio de reojo cómo media docena de tipos de las mesas contiguas se ponían en pie.

—¡Escucha, asquerosa bola de grasa! —dijo alzando la voz todo lo que le permitían sus cuerdas vocales. El hombre tras la barra abrió los ojos como si alguien le acabase de dar una patada en los huevos—. ¡Te he dicho que quiero hablar con el oficial al mando! —Rob escupió las palabras en cortas ráfagas, como disparos de una metralleta—. ¿No sabes quién soy? No... claro, no puedes saberlo —intentó sonreír confiado. Con un gesto casual apoyó la mano izquierda sobre la barra pegajosa—. ¿Lo reconoces, verdad? —el anillo con la doble runa de las SS refugió bajo las luces anaranjadas del pub—. Míralo bien... Más te vale tratarme con respeto —las palabras salieron arrastrándose entre sus labios. Rob pensó con satisfacción que el acento alemán les confería un adecuado tono de amenaza.

Buscó los ojos del barman y le miró fijamente, desafiante. El pecho del hombre se infló, las venas de su cuello de toro se hincharon como mangueras a presión. Parecía a punto de saltar sobre él, pero se contuvo en el último instante. Su mirada se movía frenética del anillo a los ojos de Rob, y de vuelta al anillo.

—¿De qué diablos hablas? —dijo por fin.

¡Bien!, gritó una voz en la cabeza de Rob. Vio como una sombra de duda cruzaba el rostro del individuo. Había reconocido el anillo. Aquel gordo sudoroso era la persona que estaba buscando.

—¡Lo sabes muy bien! —Rob compuso una sonrisa torcida, esperando que resultase maquiavélica—. Este anillo no deja lugar a dudas. Soy el que tú y algunos otros habéis estado esperando durante cuarenta años, vuestro Comandante Supremo... ¡el Reichsführer! —bajó la voz hasta convertirla en un susurro, lanzando miradas cargadas de desconfianza en derredor—. Necesito encontrarme cuanto antes con el Obergruppenführer —explicó en tono confidencial— ...para realizar el rito del *Enigma*, y recuperar el mando de nuestra Sagrada Orden.

El barman vaciló, se mordía los labios, se retorció las manos sin apartar la mirada del anillo. No todos los días se presentaba alguien declarándose la encarnación del mismísimo Himmler. Nadie estaría tan loco para hacerlo si no fuese cierto.

—No puedo perder tiempo —remarcó Rob, con voz persuasiva—. Hay asuntos importantes que debo atender cuanto antes... —le miró fijamente a los ojos, sintiendo cómo se rompía poco a poco su resistencia—. Sin duda, sabré recompensar a aquellos que me ayuden desde el principio a ocupar mi puesto...

—Debo haberme vuelto loco —dijo el hombretón, y se volvió para salir de la barra—. Seguidme.

Hizo un gesto a los hombres en pie para que aguardasen. Abrió una puerta de madera carcomida y ascendió por unas escaleras estrechas, volviendo la vista atrás con cada paso. Rob iba justo detrás de él, la cabeza muy erguida componiendo un gesto altivo, las manos cruzadas tras la espalda. Así era como suponía que debía comportarse Himmler frente a sus hombres. Tras él, Viktor no le quitaba la vista de encima a Hans.

Llegaron frente a una puerta pintada de rojo, decorada con una gran cruz gamada en el centro. El nazi gordo llamó con un golpe de nudillos. La puerta se abrió al cabo de unos segundos. En el umbral apareció un joven alto y esbelto, de aspecto atlético. Tenía el pelo muy rubio, casi albino, cortado al cepillo, y unos ojos azules como el mar.

—¿Qué pasa Hans? —dijo con el tono impaciente del que acaba de ser interrumpido en mitad de un asunto importante. Su mirada recayó sobre Rob y Viktor, y su expresión mudó de la sorpresa inicial a la irritación— ¿Quiénes son estos? ¿Qué hacen aquí?

—Err..., señor, ellos han venido..., él dice ser... —Hans comenzó a sudar, casi se podían ver las gotas de líquido brotando en su frente—. Tiene el anillo del Reichsführer. Yo pensé que usted querría... —se quedó en silencio, agitándose nervioso. Miró a Rob, como si buscara la inspiración, pero era obvio que, intimidado por su superior, la idea que segundos antes le había parecido plausible perdía fuerza.

Rob decidió intervenir.

—Lo cierto es que soy el Reichsführer —dijo con firmeza. Levantó el puño izquierdo, mostrando el anillo. Por desgracia, el nazi ni siquiera bajó la mirada hacia su brazo—. Reclamo el derecho a realizar el rito del *enigma*.

El hombre rubio alzó las cejas, abrió la boca, la cerró, apretó la mandíbula y se encaró con Hans.

—¡Maldito gordo saco de mierda! ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo te atreves a traer ante mí a los dos primeros chiflados que se presentan?

A Rob no se le escapó la mirada de odio que chispéo en los ojos de Hans antes de que agachara la cabeza, visiblemente avergonzado. *Esa no es forma de ganarse el respeto de los subordinados*, pensó Rob. *No hay que degradarlos, no hay que insultarlos. Tus hombres deben estar dispuestos a morir por ti, no deseosos de que mueras.*

—¿Acaso has pensado por un solo segundo que este... enano puede ser nuestro esperado líder? —bramó el superior de Hans.

Había llegado el momento de actuar. No podía permitir un insulto directo como aquel. Himmler nunca lo permitiría. Hizo un gesto con la mano a Viktor, que saltó como un resorte y se abalanzó contra el hombre rubio. El desgraciado nunca supo qué se le vino encima. Viktor le noqueó con un directo brutal sobre el puente nasal y el hombre se derrumbó como una marioneta a la que cortan los hilos.

—¡No permito que nadie me insulte! —gruñó Rob, dirigiendo una mirada horrorizada al cuerpo en el suelo, aunque en realidad sus palabras buscaban causar el efecto apropiado en Hans.

¡Dios mío! ¿Está muerto? Rob intentó que el hombre gordo no advirtiese el pánico en sus ojos. Un charco de sangre se extendía como aceite bajo sus pies. Rob no se atrevió a mirar a Viktor, comprendiendo por primera vez lo peligroso que podía llegar a ser aquel hombre. Se giró hacia Hans con un gesto amistoso. El hombre sudaba copiosamente y parecía debatirse en una lucha interna.

—Muchacho —dijo sintiéndose algo ridículo, aquel hombretón probablemente le doblaba en edad y le triplicaba en peso—, veo que las cosas no han ido del todo bien por aquí en mi ausencia. Si un soldado no sabe reconocer a su verdadero jefe, no es un buen soldado —Se llevó las manos a la espalda, sacando el pecho y estirándose todo lo posible—. Sin embargo tú, muchacho, has actuado con valentía, demostrando buen juicio desde el primer momento. Necesitaré hombres así al mando de mi ejército. Desde ahora ocuparás el puesto de esta escoria —señaló desdeñoso al cuerpo con la puntera del zapato—. ¡Brigadenführer!

Hans se retorció las manos, tragó saliva, se limpió el sudor de la frente con la manga de la chaqueta. Sus ojos recorrieron de arriba abajo al hombrecillo frente a él. Parecía tan seguro de sí mismo, y tenía el anillo...

—Sí... señor —dijo con voz quebrada, y extendió el brazo hacia Rob, mostrándole la palma de la mano.

Rob le devolvió el saludo y le dio la espalda despreocupadamente, retrocediendo hacia la salida.

—Y bien teniente, ahora necesito que me conduzca hasta la persona al mando —Rob comprobó con satisfacción que el hombre le seguía sumiso. ¡Bien! Al menos has dado el primer paso dentro de esta organización de locos. Si lograba llegar hasta el custodio de *enigma* antes de que le mataran, tal vez lo conseguiría.

—Desconozco dónde se encuentra el Obergruppenführer. —dijo Hans dubitativo— El cuartel general está aquí, en Berlín, pero nunca he conocido su ubicación exacta. Sin embargo, conozco al mayor Ribbs, él sabrá como llevamos hasta el comandante.

¡Mierda! Otro intermediario más al que convencer, pensó Rob, ya también se iba a acabar de liquidar...

—De acuerdo —dijo resignado—. Llévanos ante ese tal Ribbs.

Atravesaron el pub sin que nadie se atreviese a interponerse en su camino. Hans caminaba en primer lugar, la cabeza gacha. Rob le seguía con andar despreocupado, las manos cruzadas tras la espalda, lanzando fugaces miradas aquí y allá, deteniéndose para examinar a algún hombre concreto, como un general que pasa revista a las tropas. *Esto les desconcertará aún más*, se dijo con maliciosa satisfacción. *Esperaban que saliésemos con los pies por delante y no entienden cómo alguien como yo se pasea por aquí con tanto descaro.*

La noche era muy fría, las estrellas brillaban con intensidad en el cielo despejado. El sucio callejón donde se encontraba la entrada del Pub apestaba a vómitos y a orín, pero a Rob aquel aire le pareció dulce y puro comparado con la atmósfera en el interior. Hans les hizo un gesto para que le siguieran. Al fondo del callejón, junto a un contenedor rebosante de basura, había aparcada una destartada ranchera de cristales tintados. Hans se metió dentro y Viktor se sentó en el asiento de copiloto. Rob tomó asiento en la parte de atrás. El motor arrancó con un sonido ronco y esforzado.

—Tenemos que ir hasta el Prenzlauer Berg —dijo Hans con la vista clavada en el asfalto— al otro lado...

Rob asintió con un despreocupado movimiento de cabeza. El vehículo se puso en marcha. Las calles de Berlín desfilaron tras la ventanilla. Invadido por cierto estupor, Rob contempló los edificios altos y solemnes, las calles limpias y bien iluminadas, los anuncios luminosos. Las calles bullían llenas de vida; el tráfico, a pesar de la avanzada hora de la noche, era denso. En las aceras, grupos de jóvenes se movían rápido para protegerse del frío, peregrinando de un bar a otro. Una sirena de policía aulló en la distancia, y ese sonido disparó en su mente otro recuerdo, un sonido más lento y agónico, el de las sirenas que alertaban de un inminente bombardeo. Todo aquello había sido arrasado tan solo sesenta años atrás. La ciudad había sido reducida a un montón de escombros humeantes, un gigantesco cementerio en ruinas que sepultaba a miles de cadáveres. Rob nunca había estado antes en Berlín, pero así era como la veía en sus recuerdos. Si cerraba los ojos, a su mente acudían las imágenes de los edificios a medio derruir en los que podían verse aún los cuadros colgados en las paredes de lo que había sido un cuarto de estar o un dormitorio, las familias garabateaban mensajes para advertir al hijo que regresaba del frente que se encontraban bien y que habían ido a alojarse a otro lugar, el cielo surcado constantemente por la aviación británica y estadounidense, las bombas lloviendo sin cesar. Ahora parecía un milagro ver la ciudad de nuevo en pie, como si la guerra nunca hubiese ocurrido. *Como si nunca pudiese ocurrir.* A los berlineses de hace sesenta años tampoco se les hubiese pasado por la cabeza que iban a acabar de aquella atroz manera. Como un accidente de tráfico, como el cáncer, la guerra parecía algo que solo les pasa a los demás.

Sumido en sus pensamientos, Rob miró al frente y sus ojos se cruzaron con los de Hans, que le observaba a través del espejo retrovisor.

—¿De verdad es usted? —preguntó Hans, en un susurro ronco.

Rob frunció ligeramente las comisuras de los labios, en el inicio de una sonrisa. Le miró fijamente durante unos segundos, durante una eternidad, hasta que Hans desvió por fin la mirada, asintiendo, como si todas sus dudas se hubiesen disipado por completo. Rob se estremeció. Aquella mirada no había sido fingida.

El vehículo aceleró, filando una avenida kilométrica cuyo final se perdía en el horizonte. Las farolas que la flanqueaban formaban dos hileras de puntos de luz que se fundían en una sola línea borrosa en la lejanía, como el futuro incierto. De pronto, Hans frenó bruscamente. Se escuchó un estruendo de chapa y metal.

—¡Mierda! —gritó Hans— ¡Ese gilipollas se me ha echado encima!

Rob se inclinó para mirar por la ventanilla. Había una moto de gran cilindrada tirada en el suelo. Junto a ella, un hombre vestido con un traje de motorista se ponía en pie con dificultad. Varias motos se detuvieron junto a la primera. Los recién llegados ayudaron al accidentado a levantarse. Después se aproximaron gritando amenazas. Todos eran muy altos y fofidos, bajo las ajustadas cazadoras de piel se adivinaban músculos cultivados en el gimnasio y abonados con anabolizantes.

—¡EH! ¡Tú, cabrón! ¡Te voy a abrir la cabeza! —gritó el que había caído al suelo. Lanzó una patada contra el parachoques de la ranchera.

En unos instantes se congregaron una docena de motoristas a su alrededor. El corazón de Rob se aceleró. Miró a Viktor, que observaba la escena sin inmutarse. El cristal tintado de la ranchera descendió lentamente. La mirada torva de Hans apareció al otro lado.

—Desapareced —dijo tranquilamente.

Rob vio como el rostro del motorista palidecía cuando sus ojos recayeron sobre la insignia en el pecho de Hans. Sin decir una palabra, subieron a las motos y se perdieron en la noche con un retumbar de tubos de escape.

Aliviado, Rob se aflojó en su asiento. Un agradable cosquilleo le recorrió la columna vertebral. Así que eso era el poder. Había visto el miedo reflejado en las pupilas del motorista. Y el miedo era la antesala del respeto. Se dejó embriagar con la idea de tener a miles de hombres bajo su control, temiéndole, respetándole, dispuestos a morir a una orden suya. ¿Y si en lugar de un pequeño ejército era todo un país el que te idolatraba? ¡Ah! Era tan fácil dejarse llevar aguas abajo por la corriente de la ambición. Nunca hubiese imaginado que esa tentación se le pudiese presentar a alguien como él. Al fin y al cabo, ¿qué había de malo en ser un líder? Muchos soñaban con una sociedad justa, pero muy pocos tenían la oportunidad real de pasar de las ideas a la práctica, de convertir el sueño de muchos en realidad. ¿Qué había de malo en eliminar las desigualdades? ¿De luchar contra la pobreza? ¿De hacer que todos y cada uno de los miembros de la sociedad se sintiesen útiles y valorados? ¿Y qué había de malo en que todos ellos albergasen en sus corazones amor y agradecimiento ante el líder que les había traído la paz y la prosperidad? El ideal nazi había estado profundamente equivocado, pero ahora él tenía la oportunidad de utilizar los rescoldos del movimiento para luchar por una causa justa y noble...

¡Pero en qué estoy pensando! Se incorporó en su asiento con un respingo. Abrió la ventanilla y una bofetada de aire gélido le devolvió al curso normal de sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Viktor.

—Sí... sí... Creo que sí.

Se frotó los ojos con el dorso de las manos, como si luchase por despertar de un mal sueño. ¡Mébécil! ¿Cómo has podido pensar por un segundo...? Despreciaba profundamente todo lo que representaban aquellos tipos, con sus cabezas rapadas, sus insignias nazis y su filosofía trasnochada. Les necesitaba para liberar a María. Les usaría y luego se olvidaría de ellos. Eso era todo. Respiró hondo. El corazón palpitante regresó rápidamente a su ritmo habitual, como un motor que vuelve al punto muerto después de una rápida aceleración.

—Aquí es —anunció Hans deteniendo el vehículo.

Se bajaron delante de un anodino edificio de ladrillo con la fachada cubierta de pintadas. La calle estaba desierta y mal iluminada, apenas una farola derramaba una pálida luz enfermiza sobre la acera sucia y estrecha. Siguieron a Hans por una callejuela lateral hasta llegar a una especie de patio de manzana trasero. Hans se detuvo junto a una verja de hierro cubierta de óxido. Sobre la puerta había un rótulo apenas visible con la palabra *Ahnenerbe* inscrita en letras doradas. Hans pulsó un pequeño timbre y esperó.

—¿Qué? —respondió una voz en el diminuto altavoz del telefonillo.

—Soy Hans, del círculo tercero. Necesito hablar con Ribbs.

La puerta se abrió y un hombre alto y fofido, de mejillas rubicundas, apareció en la penumbra. Sus ojos se pasearon inquisidores por los rostros de los tres.

—¿Quiénes son estos? —preguntó suspicaz.

—Eso no te incumbe —respondió Hans con sequedad—. Tengo que hablar con Ribbs cuanto antes.

El hombre en la puerta resopló, mirando intensamente a Viktor. Rob sintió una punzada de orgullo herido al notar que su presencia no parecía preocuparle.

—No estamos armados —dijo Hans, impaciente.

—Está bien, adentro.

Se internaron por un estrecho pasillo en sombras. Rob observó con curiosidad las paredes cubiertas de estandartes y banderas con extrañas runas cuyo significado flotaba en la periferia de su consciencia. Siguieron al hombre hasta una especie de antesala débilmente iluminada. De las paredes, chapadas en madera oscura, colgaban más banderas y escudos nazis. Repartidas por la sala, sobre pedestales de mármol semejantes a columnas griegas, había numerosas estatuas de bronce que representaban extraños demonios mitológicos. El centro del salón lo ocupaban dos enormes sillones de oreja tapizados de terciopelo rojo y, junto a ellos, una mesa rectangular de madera de roble. La mesa estaba repleta de gruesos libros forrados en piel y aspecto vetusto.

Un hombre surgió entonces tras unos cortinajes al fondo. Aparentaba unos cincuenta años y vestía un uniforme militar que le hacía parecer un viejo general sacado de un documental en blanco y negro sobre la segunda guerra mundial. Tras él aparecieron dos hombres con cara de pocos amigos, que les apuntaron con sendos fusiles.

—¡Espero que sea algo importante, Hans! —dijo el mayor Ribbs, visiblemente irritado. Tenía un rostro que recordaba a un halcón, con bolsas negras bajo los ojos, como si no hubiese dormido en un mes.

Hans tragó saliva y se giró hacia sus dos acompañantes. *De acuerdo*, pensó Rob, *ya has hecho suficiente. Ahora me toca a mí.* Rob encaró al hombre vestido de militar y comenzó a hablar, tratando de que la voz no le temblase.

—Comandante Ribbs —dijo inclinando levemente la cabeza a modo de saludo.

Ribbs hizo un visible esfuerzo para centrar su atención en él, pues obviamente había esperado que fuera Viktor quién hablase. Rob pasó por alto ese detalle y continuó:

—Sé que esto le resultará extraño y desconcertante, pero créame, no puede suceder de otra forma. Usted, todos ustedes —amplió el gesto a los dos hombres que le apuntaban con sus armas— han aguardado este momento durante muchos años. Tal vez ésta no sea la forma en la que habían esperado que hiciese mi aparición, pero las circunstancias obligan a...

—¿De qué diablos está hablando? —le interrumpió Ribbs, mirando a Hans. Dio un golpe en la mesa con la palma de la mano y se dejó caer sobre uno de los sillones con aire cansado—. Hans, si esto es una especie de broma...

—Le ruego —dijo Rob tratando de atraer de nuevo la atención hacia él—, y tenga en cuenta que no soy un hombre que suele hacer ruegos... —sonrió condescendiente—, le ruego que valore muy seriamente lo que le tengo que decir.

Ribbs abrió los ojos de par en par, pero guardó silencio. ¡Bien! se animó Rob.

—Afirmo ser, y soy —dijo alzando el tono— el Comandante Supremo de la Ahnenerbe, aquél a quien habéis esperado durante décadas. Y para que no quepa ninguna duda

—¿Duda de mi palabra? —dijo Rob, en un susurro sibilino — ¿Quién si no podría portar el anillo del círculo interno? —alargó la mano, mostrando el anillo al comandante. Al verlo, Ribbs se levantó de un salto como si le hubiesen azuzado con una brasa hirviendo en el trasero.

—¿Cómo es posible? ¿De dónde lo has sacado? —bramó.

Ribbs rodeó el escritorio y se abalanzó sobre él. Antes de que pudiera reaccionar, le agarró la mano y le sacó el anillo, que se deslizó fuera de su dedo sin dificultad. Rob vio de reojo como Viktor se tensaba para actuar, pero le indicó con un gesto que no se moviese.

Ribbs observó el anillo con los ojos convertidos en dos ranuras.

—Parece auténtico. ¿Dónde lo robaste? —preguntó encarándose con Rob.

—Solo tuve que cogerlo del lugar donde yo mismo di órdenes para que fuese depositado —dijo serenamente.

Se hizo un tenso silencio. Ribbs pareció valorar la situación, sopesando el anillo en la palma de la mano, calibrando a los dos extraños visitantes con la mirada. Durante un largo minuto solo se escuchó la respiración agitada de Hans y el zumbido de los tubos fluorescentes en el techo.

—¡Encerradlos! —dijo Ribbs por fin.

Los dos hombres armados se colocaron tras ellos. Presionándoles con el cañón de sus armas, les hicieron introducirse por uno de los corredores que partían del salón.

—¡Pienselo! —gritó Rob mientras se internaba a regañadientes por el oscuro pasillo—. Está cometiendo un grave error. Tiene que avisar a su superior. De lo contrario, lo pagará muy caro. Deje que sea él quien asuma la responsabilidad. Sabré recompensarle, pero si falla, no tendré piedad...

Un último empujón y se encontraron dentro de una habitación desnuda, sin ventanas. Apeataba a cloaca. La puerta se cerró tras ellos con el estampido de un cohete de feria.

Viktor miró a Rob con una sonrisa burlona.

—¿Y ahora de qué te ríes? —gruñó Rob.

—No tendré piedad... Ahora mismo el tipo debe estar temblando de miedo.

—¿Y qué querías que dijese? Espero que mis palabras hagan mella.

—Podría haberme encargado de esos dos.

—¿Y de qué nos hubiera servido? Hans no tiene ni idea de quién es el Reichsführer en funciones —y yo tampoco, pensó con fastidio—. Además, seguro que no son los únicos tipos armados que hay por aquí. No —meneó la cabeza—, necesitamos que el tal Ribbs informe a su superior.

—¿Y si no lo hace?

Rob se encogió de hombros. Tenía que hacerlo. Por ridícula que le pareciese la idea de que alguien como él fuese la reencarnación del Reichsführer Himmler, sabía que no podría desestimarla por completo. Ribbs no podría vivir con esa incertidumbre. Rob se sentó sobre el suelo desnudo, las rodillas flexionadas bajo la barbilla.

—¿Hay alguna forma de escapar de aquí? —preguntó.

Viktor inspeccionó la puerta de madera, presionándola con las palmas de las manos.

—Parece sólida. Si habitualmente utilizan esto como celda debe tener una cerradura de barras cruzadas. No creo que pueda echarla abajo.

—Probablemente habrán dejado un guardia al otro lado —apuntó Rob, pesimista.

Viktor sonrió como si esa idea le agradase. Rob pensó que, allí dentro, Viktor parecía más que nunca un animal enjaulado, tenso y dispuesto a saltar mortalmente sobre el primero que apareciese. Aún le estremecía la naturalidad con la que se había deshecho del primer mando nazi. Rob se encogió sobre sí mismo, como si la mórbida violencia que exudaba el gigante fuera algo contagioso que de algún modo pudiera pegársele.

—¿Cuánto tardará Siang en sacarnos de aquí? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Un par de horas. Eso fue lo que convinimos.

—Pues sea lo que sea que vayan a hacer con nosotros, espero que se tomen su tiempo en pensarlo.

Rob imaginó a Siang arrasando aquel lugar. Torció el gesto al descubrirse a sí mismo con una sonrisa malévolamente en los labios. Se puso en pie y comenzó a caminar en círculos. No quería volver a pensar en el futuro. No todavía. Le asustaba la posibilidad de descubrir que ni siquiera con la ayuda de aquel puñado de chiflados neonazis conseguirían llegar hasta María. No tenía ni idea de cuán grande sería la organización en aquel momento. ¿Cuántos hombres serían necesarios para contrarrestar el factor individual y hacer que el peso numérico prevaleciera en el balance estadístico del futuro? Además, los Trece también conservaban cierta capacidad para predecir el futuro. ¿Sabían ellos ya lo que estaba tramando? Nunca podría estar seguro de que ellos no iban un paso por delante. *¿De qué sirve ver el futuro si puede cambiar en cualquier momento? Ellos saben que yo sé que ellos saben que yo sé que ellos saben... ¡y así hasta el infinito!*

—¡Mierda! —gruñó, dando una patada a la pared.

—Tranquilo muchacho —dijo Viktor, inmóvil como una estatua de piedra en la penumbra—. Tienes que aprender a relajarte. Guarda las energías para más tarde.

—Lo siento —se disculpó Rob, sin dejar de caminar en círculos—. Cuando mi cerebro se lanza a hacer conjeturas, es difícil pararlo. Empiezo a tener claustrofobia... ¿Alguna vez has estado encerrado? En una prisión, quiero decir.

—En la academia militar me arrestaron en unas cuantas ocasiones, pasé un par de noches en el calabozo. Pero eso no es como estar en la cárcel de verdad.

—Creo que yo me volvería loco. Empiezo a sentirme realmente mal aquí dentro.

Sin nada en lo que centrar la atención, su cerebro era un torbellino de ideas que amenazaba con agotarlo. Pensó que lo peor de estar encerrado era quedarse a solas consigo mismo. Las horribles imágenes de lo sucedido en las últimas semanas no dejaban de atormentar su memoria. Repetición continua sin botón de interrupción. ¡*Al diablo!*, suspiró, y se dejó caer de nuevo en el suelo.

Transcurrió una eternidad y, cuando empezaba a temer que se hubieran olvidado de ellos, la puerta se abrió. Un tipo malencarado asomó blandiendo una pistola.

—¡Tú! ¡Sal fuera! —ladró señalando a Rob—. ¡No! ¡Solo el pequeño! —advirtió cuando Viktor se incorporaba.

—Estaré bien —dijo Rob tratando sin mucho éxito de sonar convencido.

El hombre le interrumpió con un empujón que le lanzó contra la pared del pasillo. Cerró la puerta con violencia.

—¡Andando! —gritó, empujándole sin miramientos con el cañón de su arma.

La rudeza del guardia le hizo temer lo peor. No parecía la forma adecuada de tratar al que podría ser su jefe. *¿Y si sencillamente le iban a matar?* Una bruma roja nubló su visión. Podía oír la sangre batiéndole en los oídos como una marcha fúnebre. Entonces se le ocurrió otra idea. Tal vez, sencillamente, ellos no querían que regresara. Puede que la persona que estuviera al mando quisiera seguir conservando su poder. Quién sabía en qué clase de negocios sucios podría estar empleando a sus hombres. Un potencial paramilitar y fanático como aquel podría ser muy útil para traficar con armas, con drogas, o como mercenarios en cualquier trabajo sucio... Las posibilidades eran ilimitadas. La aparición del Reichsführer tal vez no sería tan esperada por algunos como había imaginado.

Trastabilló en el saliente de una losa y sintió el cañón de la pistola clavándose en su espalda, apremiándole a seguir. *O tal vez este imbécil aún no sabe nada. Claro, es lógico que Ribbs lo mantenga todo en secreto hasta pasar la prueba del enigma. Si resulta un fraude, el ridículo ante sus hombres podría ser espantoso...*

Llegaron a la sala donde les habían recibido horas antes. Rob suspiró aliviado a ver una pequeña caja fuerte de acero macizo sobre la mesa. A su lado, con aspecto similar a una antigua máquina de escribir, estaba la máquina Enigma, la joya de la computación alemana sesenta años atrás. Basándose en aquel artilugio, Himmler había dispuesto una forma sencilla pero infalible para determinar su identidad frente a sus hombres. La caja fuerte contenía una placa de oro sobre la que había grabada una frase escogida personalmente por Himmler. Rob recordaba perfectamente cada una de las palabras. La caja fuerte tenía una cerradura con clave de ocho dígitos y un sistema que la bloqueaba si no se acertaba a la primera. Himmler había cerrado personalmente la caja, eligiendo los ocho dígitos de la clave, que nadie más conocía. Pero la verdadera prueba no estaba en la caja fuerte, sino en la máquina de encriptado Enigma. En ella se había codificado la misma frase que se hallaba en el interior de la caja. Himmler también había memorizado la clave necesaria para extraer el mensaje encriptado. Siguiendo sus instrucciones, aquellos objetos habían sido cuidadosamente custodiados, esperando el momento en el que alguien reclamase hacer uso de ellos. Solo la auténtica reencarnación de Himmler sería capaz de abrir la caja y extraer el mensaje correcto de la máquina Enigma. Y ambos mensajes deberían coincidir.

Tras la mesa, sentado en el enorme sillón, Rob descubrió a un hombrecillo menudo cuyos rasgos recordaban a un roedor. Llevaba unas gafas redondas de metal y lucía un bigotillo pasado de moda. Rob lo identificó de inmediato como el Reichsführer en funciones. El hombre le sonrió afablemente y, sin decir palabra, le señaló los objetos sobre la mesa. Sus ojos brillaban con intensidad, aunque Rob no supo leer qué sentimientos albergaba tras ellos. Tal vez solo quería asegurarse que quitaban del medio al verdadero Himmler, de forma que no volviera a molestarles al menos durante un par de décadas. Miró a Ribbs, apostado junto al hombrecillo del sillón, que le observaba con los ojos muy abiertos, como un niño atento a una función de magia que no quiere perder detalle del truco que está a punto de ocurrir delante de sus narices. También estaba Hans, gordo y sudoroso, mordiéndose los labios con nerviosismo. Su presencia tranquilizó un poco a Rob. Si iban a matarle, no parecía apropiado que hubiese tantos testigos presentes. Aunque nada les impedía liquidarles a todos... ¡*Al diablo! Acabemos con esto cuanto antes.*

Se acercó a la caja fuerte. Manipuló con destreza el mecanismo rotor. Un chasquido metálico brotó del interior. Luego, tiró hacia fuera y la pequeña puerta se abrió con un gemido casi imperceptible. Rob escuchó con satisfacción como los tres hombres soltaban un suspiro de asombro. Sacó la placa de oro y la depositó en la mesa. Todos pudieron leer la cita que estaba inscrita en ella:

*Quieres subir a las alturas libres. Tu alma codicia las estrellas, pero también tus malos instintos anhelan la libertad. Tus perros salvajes ansían que los sueltes, y cuando tu espíritu trata de abrir todos los cerrojos, ellos ladran de alegría en su jaula.*

Rob se giró entonces hacia la máquina enigma. Tecléo los números que flotaban nítidos en su cabeza como boyas insumergibles en un mar de recuerdos. Himmler había hecho un buen trabajo con su mente. Rob estaba seguro de que podría olvidar cualquier cosa salvo aquellos malditos números. La máquina comenzó a funcionar con un suave zumbido de engranajes. La técnica empleada en su construcción había sido tan perfecta que después de sesenta años de inactividad se encontraba en las mismas condiciones de funcionamiento que el primer día de su fabricación. Un papel de metal dorado, fino y flexible, brotó lentamente por una ranura lateral. Tenía una frase impresa.

La frase era idéntica a la inscrita en la placa de oro.

Rob alzó la mirada. Los rostros de Ribbs y del hombre menudo se habían transmutado ahora en una mezcla de asombro, admiración, y respeto. Sus ojos estaban vidriosos, empañados por la emoción. Hans observaba la escena con la boca abierta, las rodillas temblorosas. Entonces, el hombrecillo de aspecto ratonil se puso en pie como impulsado por un resorte. Alzó la palma de la mano en dirección a Rob. Hans y Ribbs le imitaron de inmediato, tensos como cables de acero.

—¡Saludos Reichsführer! —gritaron los tres al unísono.

Rob asintió con una sonrisa complacida.

## ¿Oyes cómo ladran los perros del infierno?

Alguien llamó a la puerta de la habitación con un ligero toque de nudillos, un toc toc que rodó en el silencio como un par de dados arrojados sobre el tablero.

—Adelante —dijo Rob, cruzando una mirada con Siang y Viktor.

Habían transcurrido apenas un par de horas desde que se había proclamado Reichsführer, y lo primero que había hecho había sido convocar una reunión de emergencia de los doce Oberführer del círculo interno, los nuevos dirigentes de la renacida Ahnenerbe. Dos de ellos ya se encontraban allí, Ribbs y el hombre de rostro ratonil que había ejercido hasta ese momento como Reichsführer en funciones, y cuyo nombre era Zimmer. Rob se había recluso en una de las habitaciones con Viktor y Siang, a la espera de que llegasen el resto de comandantes. Quería dormir algo y aclarar sus ideas, pero ni había conseguido dormir, ni sus ideas habían ganado en frescura. La falta de sueño, la fatiga y la tensión, le mantenían en un estado de vigilia neblinosa en la que se alternaban momentos de lucidez con un sopor insoportable.

El rostro de comadreja inquisidora de Zimmer apareció al otro lado de la puerta.

—Han llegado diez de los once comandantes... —anunció—. Pero... Hans me ha contado el incidente con el Oberführer Rubens.

Así que aquel tipejo era un Oberführer, se dijo Rob. *Incidente* era una forma suave de decir que lo habían matado.

—Bien —respondió—, comencemos el consejo cuanto antes.

—Pero, señor —dijo Zimmer, parecía turbado—. Se requiere la presencia de los doce comandantes para que tenga lugar el consejo.

—Lo haremos igualmente con once —replicó Rob con fingida severidad.

Zimmer agachó la cabeza. Parecía profundamente disgustado.

*Las malditas normas*, masculló Rob para sus adentros. *¿Era tan importante que estuviesen presentes los doce?* No lo recordaba. Pero si no quería meter la pata desde el principio, sería mejor fingir que era el primero en seguir las reglas con devoción.

—Un momento —llamó—. Ciertamente necesitamos doce Oberführers. Así que voy a nombrar a un sustituto —Zimmer le miró con muestras de sincero alivio—. Que se presente Hans —ordenó.

Siang le dirigió una mirada inquisitiva a la que Rob respondió con un encogimiento de hombros. Intuía que contar con el apoyo de Hans podría serle de utilidad en el futuro a la hora de manejar las lealtades del círculo interno. De dónde provenía esa intuición, esa astucia organizativa, era algo que le inquietaba profundamente, así que no se detuvo demasiado a pensarla.

Hans apareció en el umbral, gordo y sudoroso.

—Bien muchacho —dijo Rob, mirando condescendiente al hombre que le doblaba en tamaño, peso y edad—. Quiero recompensar lo que hiciste por mí. Gracias a hombres como tú, que demuestran un sentido común y una apreciable habilidad para ver más allá de las apariencias, nuestra Orden llegará a lo más alto.

Hans le observaba con una mueca que era una mezcla de perplejidad y orgullo.

—¡Rodilla en tierra, soldado! —aulló Rob.

Hans se arrodilló de inmediato. Rob extendió la mano que lucía el anillo de las SS.

—Alegra tu corazón porque llegó el momento de tu resurrección —recitó con voz de cura en una homilía—. Solo ahora llegará el gran mediodía. Solo ahora se convierte en señor el hombre superior. ¿Entendéis lo que os digo, hermanos míos? ¿Os asusta? ¿Sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis que se abre un abismo delante de vosotros? Tal vez sea porque escucháis cómo ladran los perros del infierno —tomó aliento. Una extraña emoción se estaba apoderando de él. Hans, de rodillas, no se atrevía a levantar la vista del suelo. Los ojos de Zimmer refulgían como si contemplase el estallido de una supernova—. ¡Pues adelante hombres superiores! En este momento va a alumbrar el monte del futuro. El hombre ha muerto. ¡Dios ha muerto! Nosotros haremos que renazca el superhombre. Yo te nombro caballero del círculo eterno de la Ahnenerbe. ¡Oberführer Hans! —miró a su alrededor como si despertase de un trance—. Y, ahora, vayamos a esa maldita reunión.

Doce enormes cirios, erguidos como columnas, iluminaban la estancia con una luz temblorosa. Doce rostros le miraban expectantes, como doce efigies silenciosas en un templo oscuro y olvidado. Sentados en gruesas butacas de roble alrededor de una mesa ovalada, los Oberführers de la nueva Orden Negra guardaban un silencio sepulcral. En un extremo, Rob los observaba cuidadosamente uno a uno. Entre ellos, Hans, ascendido en tan asombrosas circunstancias, mostraba el mismo interés hacia los demás que el propio Rob. Hans había conocido en un momento u otro a casi todos aquellos hombres, pero nunca hubiese imaginado, ni en sus más delirantes sueños, que algún día llegaría a formar parte del selecto círculo de Oberführers.

Viktor y Siang se sentaron en la cabecera de la mesa, flanqueando a Rob. Dos retratos de Hitler y Himmler presidían la reunión colgados en las paredes entre banderas con la esvástica y el águila. Rob imaginó que en el futuro su rostro podría ocupar uno de aquellos cuadros y el vello se le erizó en la nuca.

—Caballeros —dijo después de aclararse la garganta—. Me alegro de verles. Me alegro de que se hayan seguido mis instrucciones con tanta exactitud. Me alegro de que las cosas, al menos en parte, sigan siendo como yo las recordaba. Han hecho un excelente trabajo.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Rob asintió satisfecho. No había nada como un poco de reconocimiento a los subordinados para vencer cualquier atisbo de resistencia a obedecer las órdenes.

—Sé que hay mucho de lo que hablar, mucho sobre lo que ponerme al día. Desgraciadamente ahora no tenemos tiempo. Nos encontramos en una situación de crisis, y necesito que nos pongamos en marcha cuanto antes.

Todos guardaron un silencio expectante.

—Señor Zimmer —dijo dirigiéndose al hombre sentado frente a él— ¿De cuántos efectivos disponemos actualmente? Me refiero a hombres con el entrenamiento adecuado y equipados con armas para un asalto inmediato. No, no me lo diga —dijo Rob cuando Zimmer abrió la boca para contestar—. Doscientos hombres, ¿no es correcto?

—Así es, señor —respondió Zimmer sin poder disimular su aflicción—. Siento comunicarle que nuestras tropas actuales en activo apenas ascienden a ese número.

Rob tragó saliva. A su mente acudió la imagen de la macabra pila funeraria compuesta por doscientos hombres y en la que, por cierto, también estaba su propio cadáver.

—Comprendo —dijo tratando de parecer complacido—, pero para lo que pretendo necesitaré más hombres.

—¿Y de qué se trata? —preguntó uno de los comandantes, sentado a su izquierda. Era un hombre joven, demasiado joven, pensó Rob, para ser Oberführer. Tenía un aspecto aniñado y una desagradable cara afilada que recordaba a un ave rapaz.

Rob miró a Siang con el rabillo del ojo. *Vamos allá, tarde o temprano tienen que saberlo.*

—Nuestro objetivo es el asalto de la fortaleza de Wewelsburg.

Al parecer, el respeto que le proferían aquellos hombres fue insuficiente para contener los gritos de asombro. Todos intentaron hablar a la vez. Una algarabía de preguntas, protestas, quejas y maldiciones se cruzaron en la mesa. Sin embargo, nadie se atrevió a exhortar directamente a Rob, quien esperó a que volviese la calma antes de continuar.

—Sé que puede parecer una locura —dijo—. Vuestra reacción me confirma que conocéis con quién trato de medirme. Pero creedme, todos estos años no habéis hecho otra cosa sino prepararos para este momento.

—Pero señor... —objetó Zimmer—, ellos... ¿Está seguro de que quiere desafiarles?

*No, no estoy seguro de nada...*

—Te aseguro —dijo tratando de asumir un aire de confianza en sí mismo—, os aseguro —alzó la voz— que ahora que he regresado ellos deberían temernos a nosotros —les miró a todos con ojos chispeantes—. El ciclo de Los Trece está llegando a su fin. ¡Ha llegado nuestro turno para gobernar el mundo!

Sus palabras no causaron el efecto que esperaba. Las protestas continuaron. Las conversaciones se entrecruzaban a lo largo y ancho de la mesa. Rob les miró impotente. Aquellos hombres no eran los doce comandantes originales que habían estado bajo el mando de Himmler, hombres duros y disciplinados, forjados en tiempos de guerra. ¿Qué habían esperado ellos que ocurriría con su retorno? Probablemente no que los embarcase en una guerra contra la organización más temible del mundo. Aquella algarabía era una forma encubierta de expresar el miedo que sentían.

—¿Por qué es tan importante entrar en esa fortaleza? —preguntó el joven con rostro de ave rapaz. Todos callaron de repente.

Rob sintió como Siang se revolvía inquieto en su asiento. *De acuerdo, continuemos con las mentiras.*

—Todos conocéis cuál era el propósito original de la *Ahnenerbe* —dijo en un susurro—. La búsqueda del objeto conocido como La Llave del Conocimiento.

Comprobó satisfecho cómo todos y cada uno de los rostros palidecían.

—El objeto fue hallado —dijo. Un murmullo de sorpresa recorrió la sala—. Después de una laboriosa búsqueda, mis hombres dieron con ella —todos le miraron conteniendo la respiración—. La Llave se encuentra oculta en un lugar secreto en las entrañas de la fortaleza, un lugar que solo yo conozco. Por eso necesito entrar allí.

Los doce hombres guardaron silencio, como si meditasen sobre lo que esa revelación significaba.

—No será fácil, pero la recompensa bien vale la pena el sacrificio —enfaticó—. Y, cuando La Llave esté en nuestro poder, barreremos a esos bastardos como a insectos —dijo con saña, apretando los dientes—. Recuperaremos el poder de antaño. ¡Cien veces, mil veces más poder! ¡Comenzará un nuevo orden en el que vosotros seréis los dueños del mundo!

Todos gritaron con entusiasmo. Golpeaban la mesa con los puños, escupiendo maldiciones triunfantes. Rob aguardó unos segundos, observándoles con satisfacción. Cruzó una

mirada fugaz con Siang, que le miraba con una sonrisa enigmática.

—Sin embargo —levantó una mano para pedir silencio—, doscientos hombres serían insuficientes para controlar esa fortaleza —paseó la mirada a lo largo de la mesa hasta llegar a Ribbs.

—Hay casi trescientos cadetes en nuestros grupos de adiestramiento —dijo Ribbs frunciendo el ceño, como si realizase intensos cálculos—. Aún no han superado la prueba para entrar en la Orden Negra, pero tienen formación militar y armados convenientemente pueden ser utilizados para un asalto.

Rob se volvió hacia Siang, quien ya estaba preparado. Tenía en una mano un recipiente con sosa cáustica en polvo y un bote de vinagre en la otra. Siang se llevó el dorso de la mano a la boca para humedecerlo con saliva y, acto seguido, vertió en la piel un puñado del ácido. Un olor a carne quemada se extendió por el aire. La piel de su mano bullía con efervescencia consumida por la quemadura química. Siang apretó los dientes para reprimir un grito de dolor. Rob le miró angustiado. El dolor debía ser insoportable...

Entonces llegó la sacudida, como una descarga eléctrica. Un espasmo recorrió su cuerpo de arriba abajo. Apretó los ojos con fuerza y se concentró en el recuerdo de la pila de cadáveres. De alguna manera se había establecido un vínculo entre él y ese momento del futuro, sentía que podía llegar hasta allí como un ciego encontraría un nudo en una cuerda recorriéndola con la mano. Los cadáveres seguían en el mismo lugar, solo que la montaña de cuerpos humeantes había aumentado. Imágenes al rojo blanco le traspasaban la mente. Sintió su propio cuerpo en llamas, pero además, y esa era la parte inquietante, sentía que lo correcto era que su cuerpo estuviera en llamas.

Abrió los ojos. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Siang vertió sobre la herida un chorro de vinagre que contrarrestó la quemadura química con un siseo humeante. Luego se aplicó en la mano un paño también empapado en vinagre. Durante todo el proceso Siang no emitió ni un solo gemido. Rob se admiró una vez más de la fortaleza física de aquel hombre.

—No es suficiente —dijo volviéndose hacia los comandantes con la mirada vidriosa. En sus rostros de asombro vio que habían comprendido lo que acababa de ocurrir. Todos tenían ahora una expresión de infinita admiración—. Necesitaremos más hombres —dijo—. ¿Alguien tiene más ideas?

—Podemos utilizar a las asociaciones —dijo el joven con rostro de halcón. Su nombre era Henrich.

—Explícate —pidió Rob.

—Antes de entrar en la Ahnenerbe nuestros hombres tienen que pasar por varios filtros. El primero de ellos es la afiliación al partido nacionalsocialista. No es un partido legal, por supuesto —explicó apretando los dientes, como si aquello fuese una tremenda injusticia—, pero lo mantenemos funcionando en la clandestinidad.

Rob asintió, alentándole a que continuara.

—La mayoría de los afiliados son hombres jóvenes, fuertes, de raza aria —bajó la mirada cuando se cruzó con los ojos de Rob—. Los mejores pasan al círculo interno de la Ahnenerbe y reciben entrenamiento militar. Pero antes de llegar a eso muchos de ellos ya han aprendido el uso de armas ligeras y están entrenados para la lucha cuerpo a cuerpo.

—¿De cuántos estaríamos hablando? —inquirió Rob, que se sentía cada vez peor. Si ya era malo llevar a la muerte a un puñado de chiflados paramilitares, peor era hacerlo con aquellos jóvenes descerebrados que, Dios sabía por qué motivo, habían decidido entrar en un partido político que cosechaba aquella ideología trasnochada.

—De varios miles —respondió Henrich—, aunque no creo que podamos contar con más de quinientos o seiscientos que reúnan las condiciones que antes he mencionado.

Quinientos hombres adicionales significaría contar con casi un millar en total, calculó Rob. ¿Sería suficiente? Siang ya estaba preparado. Rob intentó transmitirle con la mirada que sentía hacerle pasar por aquello, pero Siang evitó sus ojos, inspiró profundamente y se rocío de nuevo el dorso de la mano. Un rayo aterrizó en la cabeza de Rob. Sintió que lo cortaban en trocitos y lo volvían a recomponer. Su alma emitió un alarido de angustia que se hundió en las profundidades del tiempo.

Entonces se encontró en otro lugar.

El patio del castillo estaba ahora desierto. El cielo mostraba una negrura sobrenatural, una opacidad semejante al fondo de un abismo. El aire estaba fresco y limpio como después de una tormenta. Había socavones y restos de explosiones, pero ni rastro de los cuerpos. Quiso indagar sobre lo que había ocurrido, pero no conseguía separarse de aquel patio vacío. El dolor vibraba a su alrededor, luminoso y caliente, trenzando hilos semejantes a una escala por la que trepar. Pero la luz se deshacía cuando intentaba aferrarse a ella, insuficiente para romper el muro de oscuridad que le rodeaba. ¿Por qué? Tal vez necesitaba más dolor, un foco más potente con el que abrirse paso.

—¡Suficiente! —exclamó, saliendo del trance—. Un millar de hombres serán suficientes —afirmó. ¿Sería cierto? Al menos los cadáveres habían desaparecido. Tendría que confiar en que eso significaba que habían ganado—. Bien, caballeros —dijo apartando las dudas—. Ahora les encomiendo la tarea de poner a punto nuestras fuerzas. Sugiero que cada uno de ustedes se haga cargo de un escuadrón de una treintena de soldados, de treinta cadetes y de otros tantos afiliados. Eso nos dará un total de doce escuadrones de noventa hombres, que tendrán que estar listos en, digamos... ocho horas.

Hubo un leve murmullo de protesta que se extinguió rápidamente cuando Rob se puso en pie.

—Caballeros, nos encontraremos aquí —consultó su reloj— a las siete en punto. ¡Suerte!

Saludó y salió de la sala seguido por Siang y Viktor. Volvieron a la habitación que habían habilitado para su uso privado. Rob se desplomó agotado sobre la cama.

—¿Qué tal he estado? —preguntó mirando al techo.

—Ni el mismísimo Himmler en persona lo hubiese hecho mejor —dijo Siang con una sonrisa burlona.

—Te odio —dijo Rob—. Tú me has convertido en esto.

—No. Simplemente he ayudado a que aflorara una parte oculta de ti.

Rob tuvo que admitir en su fuero interno, un segundo antes de quedarse profundamente dormido, que Siang tenía razón.

## Enormes losas de plomo cayendo del cielo

Desde el aire, el castillo era una masa oscura e informe cuyo perímetro se confundía con el bosque que lo circundaba. El helicóptero se encontraba aún a demasiada altura para que el fragor de las hélices pudiese escucharse abajo. Mientras se preparaba mentalmente para el salto, Rob se ajustó por enésima vez el cinturón que sujetaba el paracaídas. La lista de cosas con las que ni siquiera se hubiera atrevido a soñar tan solo una semana atrás seguía creciendo dramáticamente. Entre las propiedades de la nueva Ahnenerbe se encontraba un pequeño aeródromo, varias avionetas y aquel viejo helicóptero que utilizaban para prácticas militares. La idea había sido de Siang y, aunque Rob sentía un miedo atroz a arrojar al vacío, tuvo que reconocer que aquella era la mejor forma de colarse en el castillo.

Frente a sus comandantes había fingido planificar la secuencia del asalto cuidadosamente. El verdadero plan era desesperadamente más sencillo. Viktor, Siang, algunos de los mejores hombres y él mismo saltarían en paracaídas, confiando en no ser detectados gracias a la confusión que crearían los comandos terrestres. Cómo conseguirían llegar hasta María y sacarla de allí con vida era algo que Rob ni siquiera se planteaba aún. De momento, tenía suficiente con preocuparse en acertar dentro del patio del castillo, que se veía ridículamente pequeño desde aquella altura.

Vieron un destello abajo, seguido por un sonido distante semejante a un trueno. El asalto había comenzado. El perímetro del castillo se volvió claramente visible, punteado por los fogonazos de las explosiones. Podía decirse que el improvisado ejército no estaba mal equipado. Además de los rifles de asalto y abundante munición, disponían de lanza-granadas y de una lanzadera antiaérea transportable. La idea, había explicado Rob con énfasis, era atacar con todo a la vez, pillarles por sorpresa y triturarles antes de que pudiesen darse cuenta de lo que estaba sucediendo. A juzgar por el estruendo que llegaba desde abajo, sus hombres habían captado la idea.

—¡En diez segundos estaremos en la cota de salto! —gritó una voz sobre el ruido de los rotores.

Rob sintió que el estómago le daba un vuelco cuando el helicóptero inició bruscamente el descenso. Siang apareció a su lado, se asomó al vacío, se llevó la mano mecánicamente al cinturón en una última comprobación, y la oscuridad le engulló. Hans, que era uno de los hombres designados para el comando aéreo, fue el siguiente en disponerse a saltar.

—¡Señor! —gritó, volviéndose hacia Rob desde el borde. Su cara fofa temblaba como un flan agitada por el viento—. ¡Quería agradecerle lo que está haciendo por nosotros! ¡La vida eterna! ¡Seremos superhombres!

—Yo no... —trató de decir Rob, pero Hans saltó sin esperar una respuesta.

—¡Tu turno! —gritó Viktor en su oreja— ¡Yo iré detrás de ti!

Rob tragó saliva. Las explosiones llegaban hasta su oídos con nitidez, una tras otra, como en un espectáculo de fuegos artificiales. Cohetes centelleaban en la noche, describiendo brillantes arcos antes de expandirse como flores de fuego. Y de fondo, un martilleo de disparos más continuo, semejante al repiqueo de un centenar de tambores desacompañados, como la lluvia feroz sobre una chapa metálica. Pero por encima de aquel estruendo comenzó a percibir los gritos de dolor, los alaridos de desesperación y los ausados de agonía de los hombres de uno y otro bando que eran alcanzados por las balas o la metralla de las bombas. Se llevó las manos a los oídos en un gesto instintivo para acallar aquel clamor, pero los gritos no le llegaban a través del aire, las vibraciones parecían venir del mismísimo tejido de la realidad, como si cada partícula de materia se agitase inducida por los espasmos de dolor de aquel puñado de hombres que trataban de matarse unos a otros. Rob se esforzó por desligarse del torbellino de emociones, pero el odio, visceral e irracional, instintivo o premeditado, parecía solidificarse a su alrededor, como si cobrase forma y sustancia física para convertirse en un elemento más del mundo real, viscoso y reluciente, envolviéndole con un millar de tentáculos emergentes, como algas kilométricas desplegándose desde el abismo en busca de la luz del sol.

—¿Te encuentras bien? —le gritó Viktor— ¡Tienes que saltar ya!

Rob le miró durante un instante eterno, sin comprender. Aquel hombre también desprendía una amalgama brutal de emociones, tan visible e impactante como el olor avinagrado del sudor. En lugar de un rostro, Rob vio una mancha borrosa de odio en estado puro, de ansiedad, y del peor de los miedos que es la falta de esperanza en el futuro.

—¡Rob! ¿Te encuentras bien?

El espejismo se diluyó. Rob recobró de pronto los turbios sentidos, aunque el ruido de fondo de un millar de emociones entrecruzadas seguía presente como el rumor de un mar encrespado a pocos metros de la costa. Sentía que podía sumergirse en aquellas aguas en cualquier momento y que, en su interior, el mundo adquiriría un aspecto más parecido a su verdadera naturaleza.

—¡De acuerdo! ¡Saltaré! —dijo.

Se agarró a la barra de salto. El helicóptero se balanceaba como un farolillo agitado por el viento. Tenía ganas de vomitar. Cerró los ojos con fuerza.

Un enjambre de puntos luminosos aparecieron borrosos a sus pies, metamorfoseando de puntos a esferas brillantes que aumentaban de tamaño. Mientras el viento silbaba en sus oídos, una masa oscura, enorme y eterna, se abalanzó hacia él a toda velocidad, como una madre ávida por abrazar a su hijo. Recordó que tenía que tirar de cierta anilla, y lo hizo. Algo le agarró por los hombros con fuerza y el mundo se estabilizó. Las formas cobraron sentido de nuevo. Desde el aire podía advertir la actividad frenética. En el patio, decenas de hombres iban y venían, gritándose instrucciones unos a otros. En los tejados, tras las almenas salpicadas de explosiones, más hombres hacían fuego contra los atacantes al otro lado de los muros. Entonces algo zumbó junto a su oreja agitando el aire como el aleteo de un pájaro. Rob se contorsionó en el aire y, a pesar del centenar de metros que les separaban, su mirada se cruzó con la del hombre apostado en la torre. No sintió ningún impacto de bala en su cuerpo, pero los disparos de la ametralladora habían destruido el paracaídas, que de pronto se convirtió en un puñado de tela enmarañada e inservible. El suelo, todavía demasiado lejos, avanzó de nuevo velozmente. Rob se precipitó hacia la muerte.

Abrió los ojos. Estaba muerto. Había ocurrido y no había nada que pudiera hacer por evitarlo, aunque si lo hubiera evitado, entonces no habría ocurrido. Y él había estado allí viéndolo ocurrir. Así que no lo había hecho. Así que no había ocurrido. La lógica de los hechos se colocó en su sitio como una serie de enormes losas de plomo cayendo del cielo. Quizá había un lugar en el que ya estaba muerto.

El helicóptero todavía se balanceaba peligrosamente. Sus manos sudorosas se agarraban con fuerza a la barra sobre su cabeza.

—¡No puedo saltar! —gritó volviéndose hacia Viktor— ¡Alguien debió ver a Siang! ¡Esperan más paracaidistas!

—¡Maldita sea! ¿Cómo lo sabes?

—¡Lo sé! ¡Confía en mí! ¡Tenemos que esperar hasta que despejen la zona de las almenas!

—¿Y cuánto tiempo es eso?

—¡No lo sé, diablo! ¡Solo sé que no podemos saltar ahora!

—¡Tampoco podemos permanecer en esta altitud indefinidamente! ¡Si saben que estamos aquí no tardarán en atacarnos con munición antiaérea!

—¡Mierda! —Rob se giró, contemplando de nuevo el vacío.— ¡De acuerdo! ¡Voy a hacerlo!

Saltó, y esta vez el suelo llegó a sus pies con sorprendente rapidez. Se deshizo del arnés del paracaídas y corrió hasta uno de los soportales del castillo. El corazón retumbaba en su pecho con la misma intensidad que los impactos de granada a su alrededor. Nadie parecía haber reparado en su llegada. El patio estaba prácticamente desierto. Todos debían estar en los tejados o en los fosos, tratando de contener el asalto de sus hombres. *Bien, ¿y ahora qué?* Miró hacia el cielo buscando la silueta de Viktor, pero solo encontró el brillo difuso de las estrellas, ocultas a intervalos por el resplandor fugaz de las explosiones. Tampoco había ni rastro de Siang. Guardó un par de minutos. Nadie apareció. *¡Mierda!*

Se enfrentó a la oscuridad rocosa. En algún punto de aquella estructura de granito María se agitaba temblorosa, expectante. Podía sentir su presencia como un susurro en la nuca. Su mayor temor era que intentasen sacarla de allí cuanto antes, y por eso había tomado la precaución de bloquear todas las salidas posibles, apostando hombres en todos los caminos, en todas los túneles y galerías secretas que recordaba. Pero algo le decía que si Karla decidía escapar, poco podrían hacer sus hombres para cortar la huida.

Entonces se le ocurrió algo que no había tenido en cuenta hasta aquel momento. ¿Y si Siang la encontraba primero? ¿Sería capaz de...? No se atrevió a pensarlo siquiera. Escrutó la oscuridad con un nuevo impulso desesperado, tratando de orientarse, no con los ojos u oídos, sino con ese sexto sentido que trascendía el espacio y el tiempo.

Respiró hondo. El aire frío inundó sus pulmones, insuflándole de un nuevo aliento. Sí, allí estaba, en el tercer piso, en el ala norte del castillo. Podía ver su miedo señalando su posición, brillante y nítido como un faro en la noche. El miedo de ella y el amor de él parecían ejercer una fuerza de atracción mutua. Corrió a toda velocidad sosteniendo en su mano una pistola con toda la firmeza de la que era capaz. El pórtico de piedra le condujo a un pasillo iluminado débilmente. Desde que Himmler lo reconstruyera sesenta años atrás, el castillo había sido destruido en la guerra para ser reconstruido de nuevo más tarde. Por lo que había vislumbrado en la mazmorra y lo que veía ahora, se daba cuenta de que sólo los sótanos y las galerías subterráneas habían sobrevivido tal y como él las recordaba. Avanzó por una siniestra galería cuyas paredes estaban cubiertas por un sinfín de bajorrelieves y de grotescas esculturas y gárgolas que acechaban en nichos semiocultos. Atravesó una serie de pasillos que se entrecruzaban como un laberinto. En determinado momento creyó oír unos pasos tras él, pero cuando se detuvo con el corazón en un puño no escuchó nada. La tenue luz de la luna se filtraba por varios ventanucos, y en algunos tramos se vio a sí mismo reflejado en enormes espejos encajados en el mismo muro del pasillo. Cuando comenzaba a desesperar se topó con una amplia escalera de mármol que se perdía en la oscuridad. No tenía ni idea de si le llevaría a dónde quería, pero al menos sabía, y eso le acercaría un poco más a María. Deseó que Viktor estuviese con él. ¿Qué ocurriría si se encontraba con alguno de los mercenarios cara a cara? La idea hizo que la adrenalina fluyera como metal líquido en sus venas. La adrenalina era lo único que lo mantenía en pie, como un esqueleto insuflado en sus arterias. ¡Al diablo! se dijo, y se internó por las oscuras escaleras. Después de incontables escalones llegó a otro largo pasillo. Cada pocos metros había una puerta de madera con un número inscrito, como en un hotel. Continuó adelante hasta doblar el siguiente recodo y, entonces, se topó de bruces con alguien que corría en su dirección. El hombre, muy alto, de cabeza afeitada y ojos de fuego, estudió durante un segundo la pequeña silueta frente a él. Un segundo demasiado breve. Levantó su arma y disparó. Nada se interpuso entre la bala y la frente de Rob.

Se detuvo, buscando desesperado una salida. Retrocedió hasta una de las puertas. Estaba abierta. Se coló dentro, cerrando tras de sí y rogando para que el hombre que venía



por el otro lado no quisiera entrar precisamente allí. Se trataba de un dormitorio amueblado sobriamente. Probablemente aquellas eran las habitaciones de los mercenarios. ¡Genial! Espero que entre todas las puertas no me haya metido en la habitación de ese tipo. Apretó con fuerza la empuñadura de la pistola, preguntándose si sería capaz de disparar llegado el momento. El sonido de los pasos llegó hasta sus oídos nítidamente, pero pasó de largo y resonó escaleras abajo hasta extinguirse en la distancia. Rob aguardó unos segundos antes de abrir la puerta con cautela. Comprobó que el pasillo volvía a estar despejado y continuó avanzando lentamente.

La primera explosión, tenue como el inicio de una tormenta aún lejana, apenas se sintió en el interior del castillo. En uno de los enormes salones de la fortaleza, sentada en la cabecera de una gran mesa ovalada, Karla alzó la cabeza y de inmediato supo que algo iba mal. A su lado, Helmut Hess y Sara Slim observaban un mapa de Europa y Oriente Medio extendido sobre la mesa mientras discutían la ruta más adecuada para sacar a María de Alemania. La segunda explosión les llegó claramente a través de los muros de piedra. Hess y Sara apartaron la vista del mapa para escuchar atentamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sara.

—Nos atacan —respondió Karla con frialdad—. ¿Quién se atreve? —dijo con una voz oscura y ronca que translucía una ira apenas contenida. Cerró los ojos y se agitó a un lado y a otro como si olisqueara el aire a su alrededor. Cuando por fin los abrió tenía la mirada inyectada en sangre.

—No es posible —dijo poniéndose en pie. Cruzó una mirada flamígera con Sara, quien palideció al comprender lo que significaba.

Karla sacó un diminuto teléfono móvil y pulsó una tecla. Una voz en alemán ladró desde el pequeño altavoz narrando la situación en el exterior.

—Necesito saber —murmuró a la par que dos corpulentos hombres entraban en el salón—. Sujetadla —les ordenó señalando a Sara.

—¡No! ¡Por favor, no! —suplicó la mujer— ¡Yo no...!

Los dos gigantes la agarraron por los brazos y la obligaron a tumbarse sobre la mesa. Karla abrió un pequeño cajón y sacó una aguja hipodérmica cargada con un líquido ámbar. Sara emitió un gemido ahogado cuando la droga potenciadora del dolor fluyó por sus arterias. Sabía que le esperaba un destino atroz. Su último pensamiento antes de que su mente ya no pudiese albergar ninguna otra cosa, salvo el indescriptible dolor, fue para desear que la muerte llegara rápida. Casi lloró de alivio cuando vio que Karla le aproximaba los electrodos. Un solo instante de agonía infinita y, luego, su corazón estallaría.

El alarido resonó interminable en las paredes de piedra. Un olor a ozono y a carne quemada se extendió en el aire. Mientras Sara agonizaba, Karla permaneció encorvada, los ojos cerrados y los labios apretados, la cabeza ligeramente inclinada, como si prestase atención a un sonido apenas imperceptible. Luego, su cuerpo se sacudió con un espasmo orgásmico, un breve destello de sudor brilló en su frente. Hess observaba la escena impasible, como si asistiese a la enésima representación del mismo acto teatral. Cuando Karla se incorporó le miró con ojos vidriosos.

—Es ese maldito Himmler —dijo—. ¿Tú sabías que seguía vivo?

—No —negó Hess—, creí que ella lo había quitado de en medio —dijo señalando al cadáver calcinado sobre la mesa.

—La estúpida falló. Debí encargarme yo misma de todos los detalles hasta el final —Karla descargó el puño en la mesa. La gruesa madera se quebró en dos como débil corcho.

—¿Qué puede hacer él? —preguntó Hess con indiferencia— Incluso si han descubierto nuestro pequeño truco, te aseguro que aquí estamos a salvo.

—Idiota. No les subestimes. Ese maldito Siang y los suyos ya han arruinado mis planes en otras ocasiones. Si se han atrevido a atacar abiertamente es porque esconden algún truco.

—¿No lograste ver qué traman? —preguntó Hess con un destello de sarna.

Karla le fulminó con la mirada.

—No tientes tu suerte —dijo—. Aún te necesito, pero si consiguen entrar tú serás el próximo. ¡Subid a una de las muchachas! —ordenó a los dos hombres que aguardaban discretamente en silencio—. Tengo que ver con más claridad qué pretenden esos gusanos —gruñó, rechinando los dientes.

Hess la miró y sonrió agriamente.

Viktor aterrizó pesadamente en el patio del castillo. Había hombres corriendo por todos lados, pero nadie pareció reparar en él. Las órdenes aulladas en alemán se mezclaban con el estruendo de los disparos y las explosiones que resonaban entre los muros como un coro de tambores enloquecidos. Viktor se deshizo rápidamente del paracaídas y corrió para resguardarse junto al muro más cercano. Estudió la infinidad de ventanas que se abrían a lo largo de la cara interior del castillo, comprendiendo que no tenía forma de saber en cuál de todas aquellas estancias se encontraría Karla. No confiaba en que el asalto al castillo tuviese demasiado éxito, así que solo contaba con un tiempo limitado para encontrarla mientras durase aquel caos. Sin embargo tenía una extraña intuición, la idea de que, de alguna forma, el odio que le abrasaba por dentro le acabaría conduciendo hasta ella.

—¡Eh tú! —ladró una voz áspera a sus espaldas.

Viktor se giró instintivamente y abatió al hombre de un certero disparo entre los ojos. Sin pensarlo dos veces se internó por una de las galerías que se adentraba al interior del castillo. Corrió una decena de metros y se encontró con una bifurcación. Eligió una de las entradas al azar y siguió corriendo. Luego subió por unos vertiginosos escalones de piedra que ascendían en espiral y llegó hasta un pasillo estrecho y oscuro. Se detuvo un instante para tomar aliento. Nadie le seguía. ¿Y ahora, qué? se preguntó. El interior del castillo parecía un laberinto de pasillos y galerías. Se maldijo a sí mismo por no haber prestado atención cuando Siang y Rob estudiaban un viejo mapa de la fortaleza. Avanzó con cautela mientras el corazón latía con fuerza en su pecho. Tenía la garganta seca, pero resistió el impulso de echar un trago de la pequeña botella que guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Necesitaba mantenerse despejado. No pudo evitar la sensación de encontrarse atrapado en un sueño, como si se hubiese establecido una distancia imposible de franquear entre él y el resto del mundo fuera del castillo. El tiempo parecía haberse detenido entre aquellos muros de piedra, el aire estaba denso y enrarecido, como si no hubiese sido renovado durante siglos. Avanzó paso a paso en la oscuridad. Sentía las piernas pesadas, como si la fuerza de la gravedad hubiese redoblado sus esfuerzos por atraerle hacia el suelo. La temperatura descendió bruscamente, un halo de vapor salió de su boca. Entonces comprendió que no estaba solo.

Vislumbró una silueta fugaz, borrosa, al final del pasillo. De la nada, un rostro oscuro y maléfico se materializó en el aire, unos dientes negros sonrieron con malicia. ¡Karla! gritaron todos sus sentidos. Sus músculos se tensaron al máximo. El brazo se levantó como si tuviese vida propia y comenzó a disparar hasta vaciar el cargador. Cuando se extinguió el eco de los disparos, Viktor escrutó la oscuridad. Su mano buscó mecánicamente un nuevo cargador. ¡Era ella! Había visto su rostro en el aire. Pero, ¿cómo era posible?

Súbitamente, una tenaza de hierro se cernió alrededor del brazo que sujetaba la pistola. Los huesos crujióron y su mano se aflojó, soltando el arma. Una segunda garra le atenazó por el cuello, le alzó en el aire y le lanzó hacia atrás como si fuese un muñeco. Sobreponiéndose a la sorpresa y al miedo que bombeaba su corazón, los viejos reflejos le hicieron dar una voltereta de espaldas para acabar en cuclillas, la segunda pistola lista en su mano. Pero antes de que pudiese disparar, un puño duro como la piedra le golpeó en la cara con una fuerza brutal que le desplazó varios metros.

—¿Pero qué diablos? —masculló, escupiendo sangre y dientes rotos.

—No soy un diablo —dijo una voz de hiel— sino un hombre. ¿O tendría que decir una mujer? —una carcajada siniestra resonó en el pasillo.

Viktor buscó la fuente de la voz. Provenía de un punto muy cercano a él, pero no podía ver nada. Algo le sujetó de nuevo por el cuello, impidiéndole respirar. Descargó los puños en el vacío y fue como si golpease un muro de piedra. Un muro invisible que le devolvió una lluvia de implacables golpes. Viktor sintió cómo sus costillas se hacían añicos. Se estaba asfixiando, pero el dolor de los golpes era una alarma silenciosa que le impedía caer en la inconsciencia. Entonces la presa se aflojó. Su cuerpo se desplomó en el suelo como un traje vacío.

—Esto no es el fin —dijo la misma voz cortante, desagradable como un cuchillo rasgando metal—. Cuando me encargue de ti como es debido lamentarás haber soñado siquiera con matarme.

Dentro de una nube escarlata de dolor y sangre, Viktor realizó un esfuerzo por mirar al frente. No podía acabar así. ¡No así! Muerto a golpes a manos de... ¿de quién? Conocía esa voz, sabía de quién provenía, pero su mente se negaba a aceptar lo que veía. O mejor dicho, lo que no veía. El rostro de Karla flotaba en el aire, sus ojos inyectados en sangre brillaban con cruel determinación.

—Tú... —gimió Viktor luchando por no caer en la inconsciencia— tú... pagarás...

La risa de Karla resonó por última vez en sus oídos antes de que un puño invisible le golpease con una fuerza inhumana, lanzándole a un oscuro abismo de pesadilla.

Siang no tardó en encontrar a María en el laberinto de estancias y galerías que se entrelazaban como un intestino en el interior del castillo. Su viejo don casi extinguido era más que suficiente para presentir su presencia cercana, brillante como una luciérnaga sobrevolando un océano de ébano. Sin embargo, lo que le guió hasta ella fue otra cosa, un pozo de tinieblas, un agujero negro tan abrasador como una supernova. Siang sabía que Karla velaría personalmente por su líder, así que para llegar hasta María solo tenía que encontrarla a ella.

El corredor que conducía hasta la habitación de María estaba desierto. No había nadie de guardia. Todos los hombres de Karla debían estar fuera, masacrando al milagroso ejército que Rob había logrado reunir. Bien, pensó Siang, de una forma u otra, el camino estaba despejado. Abrió la puerta. No estaba cerrada con llave. La estancia estaba a oscuras, pero pudo distinguir a la muchacha maniatada a una gruesa silla.

En los últimos días María había llegado a convencerse de que había agotado las lágrimas, pero se equivocaba. Un terror que hundía sus raíces en grietas oscuras donde abundan las pesadillas se había apoderado de ella llevándola a un estado de mansa histeria. Lloraba amargamente, y las lágrimas parecían no tener fin. El llanto era la única vía de escape que le quedaba para aliviar, siquiera ligeramente, el terror que la sacudió cuando la horrible mujer había irrumpido en la habitación y la había atado de aquella manera. Cuando la vio, María supo de inmediato que se trataba del verdadero responsable de su cautiverio. Pero cuando la miró a los ojos buscando respuestas, la mirada que ella le devolvió le provocó una desesperación como no había sentido hasta aquel momento. De alguna manera, María pudo entrever en sus ojos el terrible destino que ella le tenía reservado. Fue como si, de repente, esa parte de su mente que produce las pesadillas saliese a la superficie consciente, extendiendo sus putrefactas sensaciones y sus imágenes inquietantes a plena luz del día.

La puerta se abrió de nuevo, pero quién apareció esta vez fue un joven pálido, de aspecto oriental. Sus ojos brillaban en la oscuridad como un felino. María le miró y, por algún motivo, su presencia le infundió una débil nota de esperanza.

—He venido a ayudarte —dijo el joven con voz templada—. Me llamo Siang. Soy amigo de Rob.

María le miró sin comprender. Entonces Siang sacó una pistola y la apuntó a la frente.

—Lo siento —dijo—, pero es la única salida.

María se agitó frenética, pero las fuertes ataduras apenas la dejaban moverse.

—Oh, hazlo —dijo una voz a sus espaldas—. Acabaremos la gestación en una incubadora.

Siang congeló sus movimientos. Respiró pausadamente, envió señales de calma a todos los nervios de su cuerpo. *Estoy preparado*, se dijo. Identificó una nota de temor en su corazón y se avergonzó al instante. No podía fallarle al Maestro. No ahora. Se giró para encarar a la silueta envuelta en sombras. Una sonrisa de piedra rasgó la penumbra.

—Nos encontramos de nuevo —dijo la voz áspera de Karla—. Esta vez te aseguro que desaparecerás para siempre. Me ocuparé personalmente de que no vuelvas a molestarnos.

Siang apretó los puños. Karla se encontraba muy cerca, podía percibir el hedor abismal de su aliento.

—Ha llegado el día de tu final y el de los tuyos —dijo Siang con voz pausada.

—Me sorprende que hayas llegado hasta aquí —fue la respuesta de ella—. Creí que tu viejo se había tragado completamente el anzuelo que le preparamos.

Siang tragó saliva. Se esforzó por acotar sus pensamientos, pero no pudo evitar pensarlo durante un segundo.

—¡Así que es cierto! —exclamó Karla triunfal— ¡El gusano encontró La Llave! —una carcajada rebosante de maligna alegría salió de su garganta negra, como un borbotón de malolientes escorbos— ¡Y se ha atrevido a venir hasta aquí! ¿Aún no habéis aprendido nada?

Siang no tuvo tiempo para meditar sus siguientes palabras. Karla se movió con la velocidad de un rayo. Estaba sobre él, golpeándole ferozmente. Sus puños eran como mazas de hierro. Con un movimiento reflejo, Siang se dejó caer hacia atrás, girando sobre sí mismo en el suelo, aprovechando el impulso para incorporarse de un salto. Pero antes de que lograra recuperar el equilibrio una garra le atenazó el cuello, una rodilla le golpeó el estómago. Su cuerpo absorbió el impacto con un rechinar de dientes. Se plegó sobre sí mismo y lanzó ambas piernas al frente. Consiguieron que ella le soltase y ambos se alejaron momentáneamente.

—Creí que el viejo y sus malditas predicciones volverían a ser un problema —dijo Karla sin inmutarse—, pero me equivoqué. Ya ves, yo tampoco soy infalible.

Siang respiraba agitadamente, sangrando por la boca y la nariz. ¿Cómo era posible? Le estaba dando una paliza. Sus golpes tenían una fuerza sobrehumana. Era la primera vez que se enfrentaba cuerpo a cuerpo con uno de los Trece, pero no esperaba...

—Con el enano en mi poder —dijo Karla, casi como si hablase para sí misma— volverán los viejos tiempos de gloria —exclamó, y se lanzó de nuevo adelante.

Siang, que esta vez esperaba la embestida, realizó una finta lateral y descargó una patada sobre el costado de Karla, lanzándola contra la pared con un impacto brutal. Saltaron un millar de esquirlas de piedra y arena.

—Cuando aprenderás... —dijo Karla reponiéndose en un segundo. Se abalanzó de nuevo contra él— que soy... —su puño derecho se estrelló en la mandíbula de Siang— ¡...superior! —el puño izquierdo lanzó un directo que provocó una explosión de sangre.

Siang, con varios dientes rotos, un ojo destrozado y la cara convertida en un amasijo de sangre, encajó una docena de golpes que le obligaron a postrarse de rodillas. Pero ya no sentía dolor. El mundo se alejaba a toda velocidad. Sus pensamientos se desvanecían en la más pavorosa oscuridad, como partículas de polvo diseminadas en el vacío interestelar.

—Y ahora —dijo Karla, mirando a María con una sonrisa sinfín— me ocuparé de ese gusano de Rob.

Rob se detuvo en seco, conmocionado por el eco de un sufrimiento que le sacudió como la onda expansiva de una explosión. ¡Viktor! murmuró entre dientes. Mareado, se apoyó en el muro de piedra. ¡No ha muerto! No todavía, supo aliviado. Ahora comprendía qué era aquel pozo oscuro, la presencia que había sentido desde el aire incluso antes de poner los pies sobre el castillo.

Karla.

Ya ni siquiera se extrañaba de sus nuevas percepciones. Las emociones que los demás irradiaban constantemente eran como un tenue cosquilleo que excitaba su mente. Cada ser vivo era un pequeño bulbo luminoso que trataba de abrirse camino en la niebla, trazando jirones de emociones a su paso, como la cola lechosa de un cometa. Pero Karla destacaba entre todos con un brillo opaco, una mancha viscosa que atrapaba la luz. *Pero es tan humana como los demás*, se dijo. Vulnerable, tan efímera o tan eterna como cualquiera de los millones de seres que compartían aquel nicho del espacio tiempo que llamaban universo. *¡Somos iguales, tú y yo! ¡No me das miedo!*, susurró a la oscuridad para infundirse valor. Sin embargo, las piernas le flaquearon cuando trató de dar el siguiente paso. Algo le decía que no debía ir a su encuentro. No todavía.

Entonces llegó la segunda oleada de dolor. Escuchó un grito invisible y desesperado, amplificado no tanto por el sufrimiento sino por un angustioso sentimiento de impotencia. ¡Siang! Él también había caído. A pesar de que sabía que su improvisado ejército pronto lograría abrirse paso por el interior del castillo, se sintió desamparado. Sin la ayuda de Viktor y Siang se había quedado solo frente a Karla. *¿Y qué puedo hacer yo, maldita sea? ¿Qué puedo hacer yo?*

Con paso tembloroso, continuó avanzando con cautela por el lóbrego corredor en penumbra. El pasillo se bifurcaba en dos. Supo que si continuaba por la izquierda llegaría hasta unas escaleras que le llevarían a la planta superior, donde se encontraba Karla y también, muy cerca, María. Sin embargo, tomó el camino de la derecha. No era miedo lo que le empujaba a avanzar en esa dirección, sino una certidumbre apenas invocada de que eso era lo correcto. Al final del pasadizo se topó con una puerta de metal pintada de blanco que contrastaba con el aire medieval del resto del castillo. Tenía un aspecto aséptico, similar a la puerta de un quirófano en un hospital. Gotas de sudor frío rodaron por su espalda como pequeñas garras heladas. Su mente se negaba a aceptar lo que presentía al otro lado. *¡Esto es una pesadilla! ¿Pero acaso no lo era todo lo que le había sucedido en las últimas semanas? ¿Podía fiarse ya de su propia cordura?*

Con mano temblorosa comprobó que la puerta estaba cerrada. La cerradura parecía convencional. Sus nervios le gritaban que se diese la vuelta y se alejase de allí a toda velocidad, pero su instinto le aseguraba que era vital traspasar aquel umbral. Necesitaba algo que había al otro lado. ¿Al otro lado? Lo que presentía al otro lado no tenía ningún sentido. Detrás de aquella puerta le esperaban centenares de personas aglutinadas, extrañamente alineadas y apiladas unos sobre otros, como en un enorme almacén de almas. A su mente acudió la imagen de un cementerio, largas hileras de nichos. Pero las personas que había al otro lado... ¡estaban vivas! Escuchaba sus consciencias agitándose, imbricadas para siempre en aquel lugar común que llamaban universo. Aunque algo las mantenía sujetas, por algún motivo que se le escapaba su avance en la corriente del tiempo estaba detenido.

Venciendo el miedo apuntó la pistola a la cerradura y apretó el gatillo. El eco del disparo se extinguió rápidamente, succionado por los gruesos muros de piedra. Empujó la puerta, que cedió silenciosa. La sala al otro lado tenía el aspecto de un amplio y ordenado almacén. Enormes bastidores se erguían hasta el elevado techo. Había largas hileras de anaqueles repletos de urnas de cristal. En el aire flotaba una niebla densa que brotaba del suelo. Dio un paso al interior. Observó incrédulo el contenido de las urnas. Cada una contenía un feto humano flotando inermemente en un líquido ámbar, envuelto por una sustancia albuminosa y deshilachada. Debía haber por lo menos un millar. Marañas de cables salían de todos lados. Un macabro zumbido eléctrico presidía el silencio. Los fetos, blancos y arrugados, eran de diferentes tamaños. Algunos apenas parecían embriones prematuros, otros ya casi eran bebés recién nacidos. Bajo cada una había una chapa con una fecha inscrita, todas posteriores a mil novecientos sesenta. *El año en el que perfeccionaron la tecnología*, se dijo Rob. Comprendió que allí debían encontrarse los miembros desaparecidos de la orden de Siang, pero también otros enemigos de Los Trece. Arrancados del vientre de sus madres antes de nacer. Congelados para siempre en un instante eterno de sus incipientes vidas. Karla no se había limitado a matarles, sino que les había negado incluso la posibilidad de vivir de nuevo.

Avanzó entre los estantes. Apenas podía respirar. El aire era denso y brumoso, impregnado de un olor dulzón semejante al del sudor reciente. Con cuidado para no tropezar con los montones de cables y tubos que rezumaban vapores, llegó hasta el otro extremo de la sala. Allí encontró una consola llena de luces indicadoras y esferas medidoras que parecía el sistema de gobierno de la instalación. Empuñando con fuerza la pistola, vació el cargador sobre el panel. Un chisporroteo eléctrico le cegó durante unos instantes. Luego, un silencio pesado cayó a su alrededor. Tuvo la sensación de que el tiempo se detenía lentamente, como un enorme buque de sombras que encalla en la playa solitaria del fin del mundo. Transcurrió una eternidad, y cuando la esperanza se había secado en todas las grietas del mundo y el corazón del universo se detenía en un último latido, escuchó un susurro ahogado, como el suspiro de mil voces. Entonces sintió que algo se ponía en marcha de nuevo y todas aquellas consciencias escapaban, como pequeñas flores de papel arrastradas corriente abajo al segar los tallos que las retenían.

Se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento e inhaló una larga bocanada de aire con el ansia de un recién nacido. Estaba empapado en sudor. Siguiendo el impulso que le había llevado hasta allí, cruzó una puerta y se encontró en una especie de taller atestado de recambios de mantenimiento. Urnas de cristal vacías, artefactos eléctricos, bobinas, condensadores, válvulas, cables y herramientas. Sus ojos tropezaron con un gran armario con la esvástica nazi grabada en la puerta. Lo abrió. Los trajes colgaban de armazones metálicos. Un buen número de recuerdos afloraron a su mente. Un grupo de eminentes científicos pagados por Los Trece y supervisados por él mismo desarrollando armamento ultra secreto para soldados de élite. Sustancias formadas por millones de súper lentes de cristal blando que cancelan la luminosidad que atrapa cada molécula, haciendo invisible aquello que cubre; polímeros que se endurecen instantáneamente al recibir un impacto; micro redes de fibra que forman un exoesqueleto capaz de multiplicar por cincuenta la fuerza de un hombre. Los Trece se había encargado de que todos aquellos secretos desapareciesen al acabar la guerra.

Rob descolgó uno de los trajes y se desvistió apresuradamente. El tejido tenía una textura resbaladiza y elástica que se ajustó a su cuerpo como una malla. A su espalda quedó colgando un capuchón, que también se ajustó sobre la cabeza de forma que todo su cuerpo, salvo una pequeña ranura para los ojos, quedó cubierto por el traje como una segunda piel. Buscó un interruptor en la base del cuello y lo presionó. Se miró las manos con asombro. El efecto de invisibilidad era casi perfecto, apenas un leve efecto de difracción en el aire avisaba que algo se interponía entre sus ojos y los objetos al otro lado. La temperatura descendió súbitamente a su alrededor. Las células energéticas del traje, recordó vagamente, extraían calor del aire circundante...

Para regresar tuvo que deshacer el camino a través del almacén de fetos. Ahora flotaban en el borde de cada urna como peces muertos en una pecera. Se le revolvió el estómago y se detuvo para vomitar. Se preguntó por qué Karla le habría permitido liberarles. Entonces comprendió que tal vez ella no podía verle a él con la misma nitidez. *Me espera, pensó, y está usando a María como reclamo.*

Llegó hasta las escaleras que conducían al piso superior. Un ruido de pasos a su espalda le hizo detenerse con el corazón en un puño. Varios hombres corrían hacia él, pero no eran mercenarios de Los Trece, sino sus propios hombres.

—¡Hans! —llamó aliviado al reconocerle.

Hans se detuvo en seco, muy pálido, sudando visiblemente. Apuntó al frente con su fusil.

—¡Alto! —murmuró a los hombres que le acompañaban—. ¿Habéis oído eso?

Cuatro soldados escrutaron a su alrededor, las armas levantadas. El corredor estaba iluminado escasamente, pero había suficiente luz para distinguir a cualquiera que se encontrase allí.

—¡Hans! —repitió Rob, sacándose la capucha— ¡Soy yo, Rob!

—¡Santa madre! —gritó Hans con voz temblorosa— ¡Es usted! Pero... ¿cómo?

Los cinco hombres contemplaron con expresión de incredulidad la cabeza de Rob flotando en el aire.

—Es una larga historia —dijo Rob—. ¿Cómo van las cosas fuera?

—Bi...bien —balbuceó Hans—. Varias unidades ya han conseguido penetrar... La lucha es encarnizada, galería a galería, habitación por habitación, pero pronto el castillo será nuestro.

—¡Bien! —gruñó Rob encarando de nuevo las escaleras. No le quedaba mucho tiempo. La policía no tardaría en llegar. Ni siquiera la influencia de Karla podría mantenerles alejados demasiado tiempo. Al menos, el éxito de sus hombres le garantizaba una vía de escape segura. Pero eso sería si antes conseguía librarse de Karla.

Impulsado por el exoesqueleto del traje ascendió los peldaños de piedra saltando de cuatro en cuatro casi sin esfuerzo. Hans y sus hombres corrían tras la cabeza que flotaba frente a ellos, esforzándose para no quedar atrás. Las escaleras desembocaron en una plataforma sobre el vacío, una suerte de balconada que asomaba a una gigantesca sala abovedada sembrada de columnas que recordaba a la nave central de una catedral. Descendiendo una docena de metros desde el techo colgaban telas pintadas con esvásticas negras sobre fondo blanco y rojo. Una estrecha pasarela rodeaba el perímetro de la nave a más de diez metros de altura. Al otro lado había una pequeña puerta de madera. Rob sabía que Karla le esperaba detrás.

—Hans... —llamó Rob—. Detrás de aquella puerta hay una persona muy importante para mí. Vamos a entrar, pero debéis tener cuidado... es importante que solo disparéis a Karla. ¿Comprendes?

—¿Karla? —repitió Hans—. ¿Cómo sabremos quién es?

—La reconocerás cuando la veas —respondió Rob secamente.

Hizo una seña para que se dividieran en dos grupos, que avanzaron por ambos lados de la pasarela. Cuando llegaron al otro extremo, sus hombres se apostaron junto a la puerta. Hans buscó los ojos de Rob, esperando órdenes. Rob asintió con un gesto de cabeza. Se hizo atrás y se colocó la capucha, desapareciendo por completo. Hans dio una patada a la puerta. Se lanzaron en tropel al interior. Punteros láser recorrieron nerviosos la estancia. La habitación era muy amplia, el techo elevado. Las ventanas, estrechas y ojivales, se hallaban a una distancia tal sobre el suelo que eran absolutamente inaccesibles desde el interior. Las paredes estaban decoradas con tapices negros como el carbón. Débiles fulgores de luz roja se filtraban a través de los cristales enrejados, suficiente para distinguir a dos hombres maniatados y a una muchacha también atada a una silla, la boca amordazada, que miraba a su alrededor con ojos desorbitados.

Pero la atención se robó y se concentró en un solo ojo. Los ojos de Karla se abrieron como si el vacío se abriera en su pecho. Para él, su presencia era tan nítida como si el traje que ella llevaba brillase en la oscuridad en lugar de volverla invisible. Se preguntó si a aquella distancia ella también podría verle con la misma claridad. La respuesta llegó en forma del resplandor metálico de una pistola y el sonido de cuatro disparos consecutivos que martillearon sus oídos con fuerza. Cuatro de sus hombres se desplomaron inertes. Con movimientos premeditadamente pausados, Karla apuntó hacia Hans, quien buscaba frenético a su alrededor el origen de los disparos. Rob saltó hacia él como un resorte, empujándole fuera de la línea de fuego. Entonces comprendió su error. Karla cayó sobre su espalda. Rob se contorsionó y arqueó. Sus huesos crujieron bajo la pinza que ella le aplicó. Un grito de dolor retumbó en cada piedra del castillo. Un instante más y, a pesar de la resistencia del traje, su columna se quebraría como una rama seca.

—¡Alto! —dijo Rob, en un susurro— No entréis aún.

Hans le miró con un interrogante dibujado en su cara.

—¡Atrás! —ordenó Rob con un gesto de la mano.

Karla no podía verle, pero no vacilaría en utilizar a los demás para que él se mostrase. No dudaría en matar a Viktor y a Siang, pero también a María, comprendió, *si sospecha que sé dónde está La Llave. Cerró los ojos, respiró profundamente.*

—Tú, dame tu uniforme —dijo a uno de los soldados que parecía de menor estatura—. ¡Vamos, rápido!

El hombre se desvistió rápidamente y Rob se enfundó sus ropas, incluidas las gruesas botas.

—Yo alejaré a Karla —dijo cuando hubo acabado de vestirse—. Luego, liberad a los prisioneros. Sacadlos de aquí, ¿está claro?

Hans asintió. Sus ojos brillaban con una intensa devoción. Hizo unas señas a sus hombres, que se replegaron hacia los laterales de la plataforma.

Rob se plantó delante de la puerta y la abrió de una patada.

Siang regresó a la consciencia envuelto en una nube de dolor, un dolor que fue tomando forma y definiéndose en un centenar de alarmas que llegaban desde todas las partes de su cuerpo. A juzgar por la agonía que suponía respirar, debía tener los pulmones perforados y casi todas las costillas rotas. Había perdido el control de un ojo, y apenas pudo abrir el otro con dificultad. Tenía ambas piernas rotas, dobladas en un extraño ángulo. Estaba atado de pies y manos a una silla, aunque era innecesario. En el estado en el que se encontraba no hubiera podido dar un paso. Intentó levantar la cabeza para mirar a su alrededor y, cuando lo consiguió, lo que vio le heló la sangre que aún no había escapado por las heridas de su cuerpo. Rob estaba en el umbral, totalmente expuesto. Tenía la vista clavada en algún lugar, detrás, fuera del alcance de Siang. *¡Estúpido! ¡Aléjate!*, quiso gritar, pero de su garganta solo salió una bocanada de sangre negra y espesa.

—Puedes desconectar esa estúpida pantalla de invisibilidad —dijo Rob, mirando al espacio vacío donde se encontraba Karla—. Puedo verte.

La silueta de la mujer se materializó en el aire. Rob reprimió un escalofrío cuando ella le saludó con una sonrisa maligna, enmarcada en su rostro de reptil.

—Así que es cierto que encontraste La Llave —dijo Karla—. Tu ambición dio sus frutos —su sonrisa cambió para adquirir un matiz de complicidad—. Nos serviste bien en el pasado, y ahora por fin podrás unirte a nosotros.

—¿Formar parte de los Trece? —preguntó Rob.

—Es lo que siempre has anhelado —respondió Karla, usando un tono de voz que pretendía ser persuasivo.

Rob miró de reojo a María, que le observaba con los ojos muy abiertos, parpadeando constantemente, como si intentara convencerse de que no estaba soñando. A su lado estaban Siang y Viktor. Ambos tenían muy mal aspecto. *¡Vamos, no dudes ahora!*

—He venido a acabar contigo —dijo Rob, y esta vez no pudo evitar que la voz le temblase.

La risa entrecortada de Karla inundó la habitación con un torrente de lodo.

—¡Acabar conmigo! —graznó la mujer—. ¡Tú! ¡Gusano! ¿Cómo te atreves siquiera a soñarlo?

*¡Vamos, hija de puta! ¡Ven a por mí! ¿A qué estás esperando?* Pero Karla permanecía inmóvil. *Sabe que puedo anticiparme... ¿Sospecha que escondo algún truco?*

—Tienes razón en una cosa —dijo Rob, tratando de sonar altivo—. La Orden Negra resurgirá de sus cenizas para volver a dominar el mundo. ¡Y será conmigo al frente! —gritó, fingiendo exaltación.

—¡Idiota! ¡Jamás volverás a ver la luz del sol! —ladró Karla.

—Oh, venga, no me amenaces. Ahora yo tengo el poder, ¿recuerdas? —esbozó una sonrisa torcida que brotó en su rostro con sorprendente facilidad—. Me divertiré contigo en tu próxima vida. Creo que te usaré como mi lacayo personal...

Apenas se dio cuenta del ataque hasta que estuvo sobre él. Karla le agarró por el cuello, levantándole en peso mientras estrellaba el puño contra su pecho. Durante un instante pareció sorprenderse al comprender que él también llevaba un traje protector. Rob se encogió sobre sí mismo, lanzando las piernas hacia delante con todas sus fuerzas. El golpe hizo que Karla le soltase y ambos salieran despedidos en direcciones opuestas. Rob aterrizó de espaldas contra el duro suelo y, aunque el traje absorbió la mayor parte del impacto, tardó unos segundos en recuperarse. Demasiado tiempo, porque Karla cayó sobre él con todo su peso. Las losas crujieron bajo su espalda. Rob se protegió la cara, girando sobre sí mismo para intentar alejarse. Karla le agarró por el brazo, retorciéndoselo brutalmente. Rob sintió que el hombro se le salía de su sitio. El espasmo de dolor casi le hizo perder la consciencia.

—¡Arderás en mi infierno! —susurró Karla junto a su oído, justo antes de descargar un golpe en su espalda que de no ser por el traje le hubiese partido la columna en dos.

Rob aulló de dolor. En su desesperación, lanzó el codo hacia atrás. Acertó en pleno rostro de Karla con toda la fuerza que le confería el exoesqueleto. La mujer le soltó. Al sentirse libre, dio un salto adelante que le alejó varios metros.

—Voy a disfrutar realmente contigo —dijo Karla llevándose la mano al pómulo roto y ensangrentado. Escupió una bocanada de sangre.

Rob se golpeó el hombro contra la pared. Los dientes le rechinaron por el dolor, pero comprobó con alivio cómo la articulación volvía a su sitio. No tuvo tiempo de preguntarse dónde diablos había aprendido a hacer aquello. Karla estaba de nuevo encima de él. Esta vez Rob se anticipó a sus movimientos y la sujetó por las muñecas. Rodaron por el suelo. Karla descargó una rodilla sobre su estómago. Rob se quedó sin respiración. Luego ella consiguió soltarse de un brazo y le golpeó con un puño de hierro en la sien.

Rob casi perdió el conocimiento. Grotescas escenas de demonios pintadas en el techo giraron vertiginosamente ante sus ojos. Luego otro golpe, y otro.

—¿Puedes caminar? ¿Puedes caminar? ¡Mierda! ¡No despierta!

Viktor abrió los ojos y reconoció a Hans, que le gritaba mientras le agitaba por los hombros.

—Cre... creo que sí. —respondió, aunque no estuvo seguro de si la voz había salido de su garganta.

Le costaba respirar. Había una nube roja delante de sus ojos que no le dejaba ver con claridad. Trató de incorporarse, pero fue como intentar ponerse en pie sobre puñales al rojo vivo. El dolor hizo que se desplomase de nuevo sobre la silla.

—¡Joder! —exclamó Hans— ¡Creo que éste también tiene las piernas rotas! —gritó a sus hombres.

—¿Quiénes sois? —preguntó tras él una voz de mujer teñida por el pánico.

Hans se volvió para mirar a María. Liberada de sus ataduras, temblaba y se agitaba con movimientos histéricos.

—Tenemos órdenes de sacarte de aquí —respondió Hans.

—¿Órdenes? ¿Sois policías? —a María no le parecía que aquellos hombres que lucían insignias nazis perteneciesen a las fuerzas de seguridad.

—No, no somos la policía —respondió Hans, que parecía indeciso sobre qué hacer a continuación.

María miró a su alrededor con desesperación, como si buscase algo. Entonces comenzó a correr hacia la puerta.

—¡Cógela! —ordenó Hans a uno de sus hombres— ¡El jefe ordenó que la sacáramos de aquí ilesa!

María chilló y se resistió, pateando furiosamente mientras la sujetaban por los brazos y piernas.

—¡Soltadme! —gritó, retorciéndose—. ¿Quiénes sois? ¿Quién os envía?

—Nuestro Maestro Supremo. Himmler reencarnado —respondió Hans con orgullosa naturalidad—. Tal vez tú le conozcas como Rob.

—¿Rob? ¿Rob? —María sintió que el cuerpo se le aflojaba. Se quedó mirando fijamente al hombre gordo. No tenía un aspecto demasiado tranquilizador, los tatuajes de calaveras y símbolos nazis en su cabeza no ayudaban, pero con todo, le inspiraba menos terror que la horrible mujer que la había secuestrado. ¿Y que hacía Rob allí? ¿Era realmente él quien se había enfrentado a esa espantosa mujer, o había sido todo un delirio? ¿Estaba allí también su hermano? ¿Cómo podía Rob dar órdenes a aquellos hombres?

Una oleada de náuseas trepó por su garganta. El bebé se agitó en su estómago. María luchó por tranquilizarse, detener el torbellino de pensamientos agitados por el miedo. Decidió que si aquellos hombres tenían alguna relación con Rob, por descabellado que pareciese, tal vez habían venido a ayudarla realmente.

—Está bien, suéltame —dijo al hombre que la sujetaba— iré con vosotros.

—Muy bien —dijo Hans, advirtiendo con un gesto a sus hombres que no le quitasen la vista de encima— Ahora veamos qué hacemos con estos dos. El chino parece incapaz de moverse, tendremos que cargar con él, pero este es demasiado pesado para que lo arrastremos. ¿Puedes caminar? —le preguntó una vez más a Viktor.

Viktor se puso en pie ayudado por Hans. A pesar del dolor, las piernas parecían sostenerle. ¿Qué le había hecho Karla? Le había dado una paliza, pero era como si hubiese maltratado hasta el último nervio sensible de su cuerpo. ¿Y dónde estaba ella ahora? Recordaba vagamente cómo Rob había llegado hasta allí y la había desafiado. ¿Por qué había hecho esa tontería? Ahora debía estar muerto. O algo peor. Buscó a su alrededor. Siang parecía encontrarse aún en peor estado que él mismo. Miró a María y supuso que era la joven que habían venido a buscar.

—Sacadles de aquí —le pidió a Hans— ¡Rápido! Yo... tengo que buscar a Rob.

—¡Yo iré contigo! —gritó Hans—. ¡No podemos abandonarle así!

—No, ve con ellos. Es importante que ellos escapen, ¿comprendes? ¡Es muy importante! Yo le buscaré... ¡Vamos!

Viktor cogió una pistola del cinturón de Hans y se encaminó hacia la puerta. Escuchó el eco de un grito agónico. Era la voz de Rob. Comenzó a andar cojeando, todo lo rápido que sus mullidas piernas le permitían.

Rob sacó fuerzas de su desesperación y, sacudiendo los codos a un lado y otro, se zafó de la presa de Karla. Aún le sorprendía la fuerza inusitada de sus movimientos. Aún le sorprendía seguir vivo. Karla retrocedió y Rob descargó un golpe en su vientre, que absorbió el impacto como un saco de arena. Antiguos recuerdos sobre técnicas de lucha cuerpo a cuerpo acudieron a su mente como un flash. Hizo una finta, lanzó una patada, descargó un puñetazo. Se agarró al cuerpo de la mujer y ambos rodaron por el suelo.

Karla aterrizó sobre él y le dio un puñetazo en la cara que hizo que su cabeza rebotara contra el suelo. Casi perdió el conocimiento, pero aún aturdido, se dio cuenta de que ella se estaba conteniendo en sus golpes. *No quiere matarme. Muerto no le sirvo de nada.* Karla le sujetaba ahora por el cuello, y solo la resistencia del traje mantenía a raya a duras penas la presión de sus manos, evitando que le asfixiase. Como si el tiempo se hubiese detenido, Rob estudió de cerca su rostro. Los dientes negros, los labios finos y sin color, la piel lívida y escamosa, y aquellos ojos amarillentos que brillaban con una maldad enfermiza. *Me merezco esto*, se dijo a sí mismo, *si alguna vez estuve a las órdenes de alguien así...*

Rob se aferró a sus muñecas, tratando de aliviar la presión sobre su garganta. Pero era inútil. Apenas podía respirar. Una niebla plomiza enturbió su visión. *¡Esto es el fin!*

—Esto no es el fin —dijo Karla, como si adivinase sus pensamientos—. Tu agonía durará años, me encargaré de mantenerte vivo mucho tiempo.

Rob la miró con los ojos fuera de las órbitas.

—El recuerdo de ese dolor te perseguirá durante muchas vidas —siguió Karla. La mueca de su rostro se volvía más feroz a medida que aumentaba la fuerza con la que le apretaba la garganta—. Despertarás por la noche temblando... acosado por pesadillas... vivirás bajo la sombra del miedo... hasta que yo decida volver a buscarte y castigarte de nuevo...

—Eres tan estúpida... —dijo Rob, tratando de esbozar una sonrisa— ...si crees que puedes vencerme... ¡Yo tengo el poder! —exclamó con un hilo de voz— ¡Yo puedo ver más allá...!

Karla pareció comprender un segundo tarde. Su cabeza estalló en una explosión de sangre y pólvora. Su cuerpo de desplomó a un lado, sin vida. Rob se la quitó de encima mientras se esforzaba por meter aire en sus pulmones. Levantó la vista, buscando los ojos de Viktor. El gigante, ligeramente encorvado, parecía a punto de desplomarse como un coloso herido. La pistola humeante temblaba en su mano. Tenía los ojos fijos en el cráneo destrozado de Karla, que flotaba sobre un charco de sangre.

—¡Por qué has tardado tanto! —exclamó Rob con una explosión de alegría en cuanto recuperó el aliento.

Viktor le miró como si reparase en su presencia por primera vez. Le tendió un brazo y le ayudó a ponerse en pie.

—El traje aún funciona —dijo Rob—. Creo que soy yo el que tendría que ayudarte a ti.

—Tú... —dijo Viktor, comprendiendo—. ¿Sabías que yo vendría?

—¡Nunca estuve más seguro de algo! —respondió Rob, esbozando una sonrisa—. Ahora, larguémonos de aquí.

Apoyados el uno contra el otro, emprendieron el camino hacia la salida.

Cuando leas esto, estaré muerto. O quizás nunca llegue a tus manos. No se trata de una carta de suicidio, aunque siempre quise escribir una.

Mi corazón dejará de latir dentro de siete meses y catorce días. Cuento los latidos.

Estoy postrado en una silla de ruedas, convertido en un manajo de nervios retorcidos fuera de control, la baba corre por mi mejilla sin que pueda mover un solo músculo para evitarlo, así que morir no parece algo tan terrible. Nacerás nueve meses después de mi muerte y, en cierto sentido, será como si volviere a vivir.

Al otro lado de la ventana, el mar, inmenso como el tiempo perdido, respira en silencio. El sol se funde en el horizonte como oro líquido. Mi cuerpo, cansado de sí mismo, me rechaza. Mi conciencia se agita desesperada buscando consuelo. Tú eres mi futuro y yo, en mi juventud marchita, ya solo soy un antiguo recuerdo de mí mismo.

Me siento como un animal herido que contempla por última vez el amanecer al borde de un acantilado.

Lo siento, me invade un estúpido espíritu melodramático.

A pesar de todo, los últimos diez años han transcurrido felices. Eso no puedo negárselo al destino.

La esclerosis hizo su aparición triunfal hace dos veranos y, desde entonces, la melancolía de lo que pudo ser recorre mis venas. Durante estos diez años junto a María las mañanas han sido dulces, y las noches un tierno huracán de esperanza. Veo la tristeza reflejada en su rostro cuando contempla mi enfermedad, pero yo la consuelo en tu futuro. Nos volveremos a encontrar, le prometo en susurros. Deseo verla de nuevo, y ese deseo, aunque egoísta, es un motivo más para que tú cumplas tu destino.

Los últimos diez años también han sido una huida perpetua. Huimos de Alemania para refugiarnos en Israel, un país donde la orden de Siang tiene aún grandes aliados entre el gobierno. Sin embargo, la presión de Los Trece pronto fue insoportable. Consiguieron que Irán amenazara con invadir el país, así que tuvimos que ocultarnos en otro lugar.

De alguna forma, tarde o temprano acaban encontrándonos, aunque yo siempre voy un paso por delante. Cuando atacan, nosotros ya estamos a salvo a miles de kilómetros. No es fácil vivir de esa forma. Pero te acostumbrarás. Es parte del juego. La eternidad trae sus propias condiciones.

Contigo el imperio de terror de Los Trece desaparecerá para siempre. El plan es sencillo: esperaremos pacientemente a que cada uno de ellos muera y, entonces, nosotros los reclutaremos antes de que les encuentren los suyos. Ahora yo tengo la ventaja. Puedo saber dónde se encarnarán de nuevo incluso antes de que sus futuros padres se conozcan. Karla ya está entre nosotros. Es una niña simpática y algo traviesa. Yög-Sothoth, el hijo de María, es un niño saludable. Nos encargaremos de que nunca más recuerden su pasado. Solo es cuestión de tiempo que los otros once miembros caigan en nuestras manos. Sin ellos, su organización probablemente continuará adelante con nuevos líderes, pero perderá poder paulatinamente. Sin Yög-Sothoth, su imperio se convertirá en una cáscara vacía que pronto desaparecerá.

Desgraciadamente, mi vida no será lo suficientemente larga para cumplir ese propósito. Así que te necesitamos. El sacrificio merecerá la pena. Si eso sirve para que el mundo viva un poco más en paz.

No trato de convencerte. No tienes otra opción. Si me vas a odiar, estás en tu derecho. Yo me odié a mí mismo cuando descubrí quién había sido y lo que había hecho en el pasado. Espero que puedas perdonarme alguna vez. Yo aún no me he perdonado a mí mismo.

Tal vez cuando leas esto Siang ya esté llamando a tu puerta. Él vivirá muchos más años que yo. Nunca he entendido de dónde saca las energías. Al principio le odiarás. Yo también lo hice. Pero después de un tiempo acabarás apreciándole como a un hermano. Él te ayudará. Estará contigo en los momentos difíciles y te guiará en la oscuridad. Hasta que los papeles se inviertan y tú te conviertas en su guía y en la luz que ilumine nuestros destinos.

Ahora, se hace de noche y respiro en la oscuridad, pero solo contemplo el vacío.

Frente a la orilla, inmóvil, ya no tengo miedo.

## FIN